RIVERA
DE LA
TORRE
MINA
Y
MORENO
E.R
F1232
R61

ESTE LIBRO NO PUEDE
SALIR DE LA BIBLIOTECA

1817-1917

FRANCISCO JAVIER MINA

Y

PEDRO MORENO

CAUDILLOS LIBERTADORES

Biblioteca Rafael Garcia Granados
Instituto de Investigaciones Históricas
FONDO RESERVADO

MONOGRAFIA HISTORICA

ANTONIO RIVERA DE LA TORRE

MEXICO.—1917
DEPARTAMENTO EDITORIAL DE LA DIRECCION GENERAL
DE EDUCACION PUBLICA

CLASIF
ADQUIS
FECHA
PROCED

CLASIF F.R F1232.R61
ADQ FH 7858
FECH
PROCED Compra
$ 75-00

[redacted]

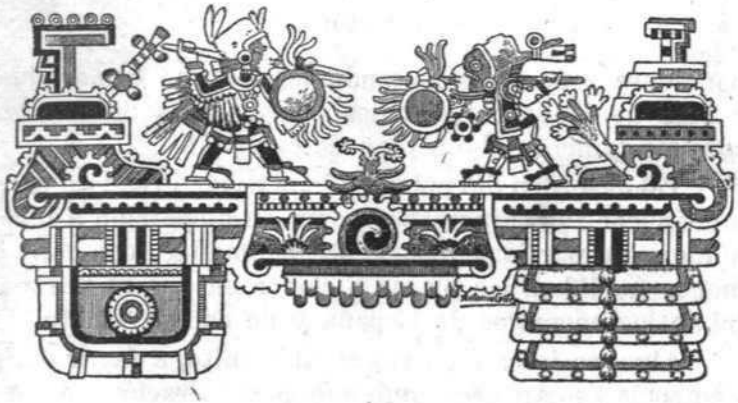
Inventario'80

INVENTARIO 1994

Sist. 21437

BIBLIOTECA
RAFAEL GARCIA GRANADOS
INSTITUTO DE
INVESTIGACIONES HISTORICAS

INST. DE INVESTIGACIONES HISTORICAS



MINA EN ESPAÑA CONTRA LOS FRANCESES

EN nuestro ambiente cronológico está próxima la fecha centenaria de la expedición que al mando de Francisco Javier Mina, revolucionario español y enemigo del absolutismo monárquico que se entronizaba en su país, vino a México en 1817, dispuesto a colaborar con los principales jefes de nuestro ejército libertador, entre quienes figuraban Vicente Guerrero, Nicolás Bravo, Guadalupe Victoria, Manuel Mier y Terán, el padre Torres, Sesma, Osorno, Rosains; todos ellos vacilantes, temerosos de un fracaso, al ver su misma desunión, provocada por ambiciones del mando supremo que cada quien quería asumir, alegando méritos y circunstancias personales.

Esta situación desconcertante, incongruente, anárquica, provenía, desde la muerte de Morelos, de la falta de un verdadero caudillo de influencia organizadora, que pusiese en estricta disciplina a los señores generales, concretándose a operar dentro de su corres-

FF- 7855

pondiente zona, y respetando las de sus camaradas, o bien poniéndose todos de acuerdo para desarrollar conjuntivamente algún plan de campaña.

Tal desorden dió pábulo a la actividad realista para multiplicar sus esfuerzos y poner en dispersión a buen número de partidas insurgentes, tomando, con más o menos facilidad, las plazas o cerros en que se parapetaban los enemigos de España y de su Virreinato.

Algunos jefes recurrieron al indulto, a favor de la clemencia de Apodaca, quien, con moderación de conducta, habilidad componedora y destreza política, hizo más daño a la causa de la revolución, con hacerse simpático a los ojos de los mismos sublevados y atrayendo a muchos con la oferta del indulto, que Calleja con sus crueldades.

Hubo verdadera amnistía, y aun los altos jefes deponían las armas y arreglaban su actitud, de modo de ajustar cuentas con el virrey. Citaremos entre los amnistiados, a Rosains, Osorno, Serrano y Espinosa; con vacilaciones a Muñoz, Avila, Vargas, López Correa, Guzmán y Salgado; pero firmes en sus puestos los Rayón, Guerrero y Bravo, Victoria, Rosales, el padre Torres y Mier y Terán. Este último conservaba en la región central del país el mando supremo y era obedecido por jefes secundarios; mas no así por los de alto prestigio, los últimamente citados que seguían agitando el sur, la costa de Barlovento, Michoacán, el Bajío de Guanajuato, una gran zona de los Estados de México y Puebla, todo Morelos y Guerrero y una parte de Jalisco, como otras de Zacatecas y San Luis Potosí.

Mier y Terán, después de Guerrero y Bravo, era el único jefe de carácter que quedaba al frente del enemigo. Disolvió el Congreso en Tehuacán, por considerarlo estorboso y antipatriótico, por su disparidad de juicios, y lo substituyó por un Directorio Ejecutivo, al que casi nadie obedecía y duró poco tiempo; pero el Congreso, haciendo ya política independiente, había dejado en Taretàn una Junta que podría entrar en

funciones directivas, en caso de un desastre o disolución de dicho Congreso. Como se efectuara esto último, la Junta asumió el mando con el nombre de "Jaujilla," compuesta de hombres de influencia y nombradía escasas, como eran don Ignacio Ayala, don M[illegible]no Tercero, don José Pagola, don Mariano Sá[illegible] Arriola, don Pedro Villaseñor y el Dr. José [illegible]an Martín. Este último era el único hombre [illegible]iento de los congregados, y sin duda alguna que él dirigía la política de entonces.

La Junta de Jaujilla reconoció después como jefe de las operaciones en la zona del Bajío de Guanajuato y en Michoacán, al padre Torres, cuyas órdenes obedecía, al correr del año de 1817; pero no así los principales caudillos que estaban muy alejados, sin depender de nadie, en morbosos aislamientos que mucho perjudicaban a la causa; sin norte ni decisión, desconfiados, indolentes, perplejos, esperando un mañana que se ofrecía brumoso e improductivo.

* * *

Por esas y otras razones, se requería la presencia de un nuevo jefe que asumiera la dirección general de la campaña y que pudiese atraer a los desunidos elementos, y establecer, con ayuda suya, un verdadero centro reorganizador, ecuánime, reflexivo, prudente, conocedor del temperamento revolucionario, para tomar acuerdos de índole práctica, convincentes, irrefutables, de positiva fuerza, y así, en esta forma única, alcanzar eficacia con la obediencia de los principales jefes, sin contrariar, ni deprimir, ni entorpecer sus disposiciones; antes bien, reconociéndoles sus gloriosos servicios, su valor depurado, su enérgica actitud de mando y su importancia de actualidad, a efecto de aprovechar todos los buenos elementos del conjunto, en favor de la causa salvadora.

Sólo así podríase encontrar verdadera acción combinada; disciplina en vigor constante; unificación de procedimientos; firmeza del mando general, en una cabeza equilibrada y en un corazón dispuesto a las mayores empresas, afrontando los mayores peligros y sabiendo vencer las dificultades, una por una y todas, para imponer la voluntad más robusta, más eficiente, más conocedora del medio ambiente revolucionario y convertirla en punto capital: eje, energía, germen, ariete, regulador.

Los pueblos necesitan de estos hombres inflexibles, pertinaces, videntes, la mayor parte de las veces; inquebrantables en sus propósitos, en el despertar de un espíritu latente como el de un patriarca ínclito que desprecia las ruindades y bajezas de la turba contraria, en pos del triunfo de su causa, ansioso de libertades y de mejoría económica. Esos pueblos con esos hombres, son los que dan al traste con el despotismo y ambición de tiranos; los que saben emplear los buenos elementos para conseguir el ensanche de la concordia, de la unión ciudadana, de la regeneración social, bajo la égida de la justicia, buscando, en todo y por todo, el beneficio comunal, que es la única forma de cimentar un buen Gobierno.

* * *

Muy oportuna se consideró la expedición de Francisco Javier Mina, con venir a tonificar la decaída guerra de Independencia, en la Nueva España, restados los mejores componentes, a causa de la desunión de los caudillos y en peligro de llegar al fracaso absoluto, por la falta de sustentación disciplinaria.

¿Quién era Francisco Javier Mina? Hombre de antecedentes limpios y generosos, tanto en lo militar como en lo político.

Nacido el mes de diciembre de 1789, en Pamplona, era hijo primogénito de un hacendado de respetos,

conocido en toda la prov ia de Navarra, dueño de bienes rústicos, cerca de la ciudad de Monreal.

Criado en la montaña, se acostumbró a transitar por hermosos valles y cañadas, a sortear los peligros de profundos barrancos y a posarse en las cimas más enhiestas, y doblarlas en púgil ejercicio cinegético, en medio de las variadas escenas de los Pirineos que despertaron en él emulaciones de fuerza y de ambición, para luchar por un futuro risueño que ya columbraba su juventud ardorosa. Así fue como se maduraron muy en breve sus facultades y pudo adquirir su alma un temple vigoroso de acero, inflexible y perseverante, para afrontar los problemas de la vida.

"Sabido es — dice Robinson — que el aspecto de las montañas y los sentimientos más vivos y enérgicos que excitan la voluntad, influyen poderosamente en la formación del carácter.

"Así es como huyen de la corrupción sus habitantes, dispuestos siempre a los pensamientos elevados y retirados del bullicio de las ciudades populosas; así es como los montes han dado tantas veces asilo a la libertad; así es, en fin, como se han formado en sus alturas aquellos hombres decididos cuyas hazañas son tan hermosas a la humanidad."

Mina consagró su inteligencia al estudio de materias científicas, como alumno de las universidades de Pamplona y Zaragoza, deseoso de alcanzar el título de abogado. En la última ciudad se hallaba, cuando ocurrió el glorioso levantamiento popular del 2 de mayo de 1808, en Madrid, prueba de resistencia española, contra la invasión francesa ejercitada. Los gritos de venganza y de odio contra la ambición napoleónica, convertida en yugo formidable, resonaron desde el Ebro al Guadiana, y Mina, uno de los que abandonaron las cátedras que le servían de fuente lustral de sabiduría y amor al progreso, se agregó como voluntario al ejército que cubría el norte de España, y en él dió buenas pruebas de extraordinario arrojo y valentía, al

grado de llamar la atención de sus jefes, que desde luego contemplaron en él vocación militar, facultades de mando y serenidad ante el peligro.

De seguro Mina estaba reservado para más altos fines. Demostró su competencia guerrera, burlando el espionaje y las comunicaciones secretas que tenían los franceses a través de la frontera con España, deseoso Napoleón I de reparar los desastres de Bailén con el envío de tropas de refuerzo. Los buenos recursos empleados por Mina, proporcionaron a sus generales pormenores muy curiosos e interesantes sobre lo que pasaba más allá de los Pirineos.

El hijo de Pamplona, al ver que las armas defensoras de la dignidad del suelo patrio eran abatidas por las francesas que ocupaban la frontera de Aragón y Cataluña, voló a Francia y entró en la provincia de Navarra, que le era familiar, con ambiente de simpatía, "e hizo de sus ásperas montañas el teatro de una guerra terrible, molestando constantemente la retaguardia de los enemigos e interceptándoles sus convoyes, correos y destacamentos," según lo expresa el historiador William Davis Robinson, quien nos proporciona datos originales, los de mayor autenticidad que consultar, sobre las hazañas de ese bravo adalid navarro que llegó a convertirse en paladín de la libertad, hollando fronteras y cruzando mares, como un celoso defensor de la regeneración de España, a la que deseaba ver limpia de supersticiones y prejuicios, en régimen liberal, con supresión del absolutismo monárquico que caracterizaba el trono de Fernando VII, después de la ruindad napoleónica, para arruinar más al pueblo ibero.

Las hazañas de Mina le atrajeron prestigio, el mayor cariño de los montañeses y el grado de coronel, al que superó, pocos meses después, transcurridos en ardores y triunfos de campaña, el puesto de comandante general de Navarra y del Alto Aragón.

Los franceses reanudaron su hostilización contra los montañeses, y al ver que éstos les hacían muchos

prisioneros entre los cuales se contaba un teniente coronel, tomaron la revancha con el mismo procedimiento.

Se dedicaron a capturar a los hijos de Navarra, parientes, amigos, simpatizadores de Mina, y cerca de treinta fueron remitidos a Francia, entre ellos **una linda joven de gran mérito social, de virtudes acrisoladas, a quien Mina amaba entrañablemente, jurando rescatarla del enemigo, yendo a París en la primera ocasión favorable.**

Este episodio, que parece novelesco, infundió mayor energía combatiente en el temperamento del caudillo navarro, quien realizó proezas de bravura y de habilidad estratégica, a través de las montañas.

Cito las siguientes:

Organización de guerrillas que daban golpes certeros a los franceses, con emboscadas que les urdían. Sus hombres aparecían de repente, cual si brotasen de la tierra, recordando a los de Cadmo.

Sorprender un convoy de municiones, a las puertas de Pamplona. Un cerro muy elevado, cerca de la casa paterna, servía de Cuartel General y de punto de observación a Mina, quien estaba acostumbrado a las privaciones y a la vida solitaria. No asaltaba las propiedades ajenas: los rebaños de su familia le suministraban cuanto sus compañeros y él necesitaban para mantenerse. Pasado algún tiempo, descendía de las cumbres como una avalancha y barría los destacamentos de cuerpos invasores, con poder y videncia extraordinarios.

Hacer cundir la insurrección de Navarra y el Alto Aragón con esas guerrillas que cimentaron el mejor sistema de persecución y hostilidad contra los franceses, que esgrimió los derechos de una nación ultrajada y que aburrió al enemigo, hasta el grado de retirarse desalojando sus posiciones que no podía conservar.

Mina libró a Navarra del ludibrio de la invasión, con esas proezas elogiadas en toda la península. A él

se debió que se reanimara el espíritu público y pudo formar un cuerpo especial de asaltantes que asestaban los golpes más duros.

Pero erró el principal: el destrozo de una fundición que surtía de armas y municiones a los franceses, establecida en unas cuevas cerca de Pamplona. Sus fuerzas en sectores, no llegaron al punto de concentración que se les marcó, por lo que Mina se vió copado en un desfiladero y tuvo que empeñar inútil acción muy sangrienta, a trueque de muchas heridas que recibió, cayendo prisionero, en manos de los franceses.

"La fortuna le abandonó—dice Robinson—; pero la llama que había encendido continuaba ardiendo. Su tío Espoz y Mina le sucedió en el mando y se mostró digno de ese honor. Su nombre está colocado entre los nombres ilustres de los más heroicos libertadores de su patria. Sin embargo, su fama no debe obscurecer la de su ilustre sobrino. Este fue el primero que enseñó a los habitantes de Navarra el sistema de una guerra irregular, pero funesta al conquistador. Su ejemplo estimuló a los españoles; arrostró con denuedo la venganza de Napoleón, y su espada abrió el camino a la emancipación de España. Veintiún años tenía cuando fue hecho prisionero. ¡Qué no podía esperarse de este joven heroico, continuando su carrera!"

La continuó, dirá el que esto escribe, porque su cautiverio en Vincennes, cerca de París, se convirtió en una academia de ciencia militar y estratégica, con los estudios a que se entregara Mina y con la consulta de famosos militares que estaban prisioneros como él, estudiando también las Matemáticas.

Allí permaneció preso hasta 1814, en que volvió a España. Fue objeto del desdén de Fernando VII, por el odio que mostraba al poder absoluto, y aunque el ministro Lardizábal le ofreció el mando del ejército de operaciones que se hallaba en la Nueva España, a las órdenes del general Félix María Calleja, él rehusó

ombramiento, con sumo orgullo, por sus ideas li-
be[illegible]s.

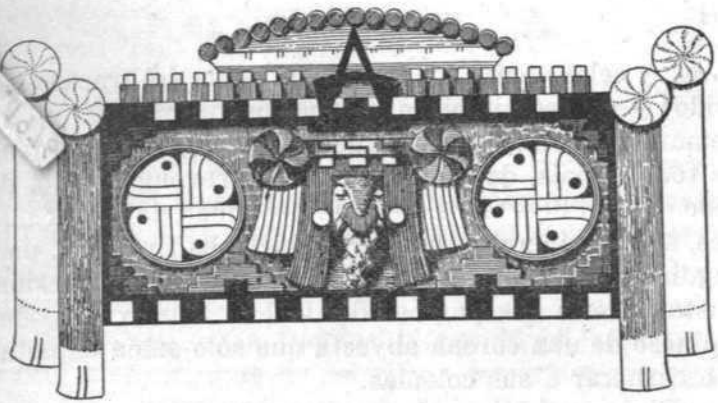
[illegible]spiró en Navarra contra el rey, reuniendo un complot de militares patriotas que juramentaron, poniendo la diestra sobre la cruz de sus espadas, defender el sistema constitucional, emanado de las Cortes de Cádiz, contra los excesos de la monarquía. Disueltas las fuerzas de su tío Espoz, que estaban comprometidas para realizar un levantamiento, hubo denuncias, y persecuciones, y arrestos; se tramitaron órdenes del rey de prender a Mina; pero éste atravesó violentamente toda la provincia de Navarra, cruzó la frontera y entró en Francia, vestido de uniforme y acompañado de unos treinta oficiales, donde los arrestaron por orden de la Cancillería francesa, conduciéndolos a Bayona; mas no tardaron muchos días en ser puestos en libertad, y Mina se refugió en Londres, donde el Gobierno británico le señaló una pensión cuantiosa, por admirar sus virtudes y la importancia política que lo carcterizaba.

En Londres cobró relaciones magníficas con políticos de talla latinoamericanos, entre ellos, como principal y más ilustrado sobre la situación de España en relación con sus colonias de América, fue el sabio doctor Fray Servando Teresa de Mier, mexicano de origen, partidario de las Cortes de Cádiz, en donde hizo campaña liberal sorprendente, condenando fueros y privilegios de cortesanos y las transgresiones escandalosas de la Corona.

Puedo asegurar que él fue el autor del plan en que se basara la expedición de Mina a México, con explicar antecedentes, causalidad, desenvolvimiento, frutos obtenidos, tendencias firmes de nuestra revolución iniciada en Dolores el año de 1810, para convencer al experto militar navarro de que él podría ser el árbitro de los destinos de América, privando al régimen absolutista y tiránico de España de sus mejores elementos rentísticos que le llegaban de ultramar, los que

mantenían y ensanchaban el aparato lujurioso del reino, las insidias deprimentes de una loca pasión que se agitara en exacciones y vituperios, con todos los quebrantos de la ley, los caprichos encenegados de una corte enriquecida por la rapacidad insaciable de concesiones y granjerías, a favor de preeminencias, exclusivismos, privilegios, contratas monopolizadoras (absorción de los derechos que debían ser colectivos), todos ellos como resortes de una política tenebrosa en juego corruptor.

ESCUDO DE MINA



UN CAUDILLO DE LA MISMA PENINSULA IBERICA, PARA LA NUEVA ESPAÑA

LOS nuevos elementos que debían reforzar el ejército insurreccional de una colonia, explotada ignominiosamente por los reyes, y la que estaba en agitaciones por sacudir el yugo secular de tres siglos de befa y de ruindad abrumadoras, iban a encontrar un nuevo caudillo venido de la misma Península, hijo de ella, pero enemigo juramentado y colérico de la monarquía, en identificación palmaria con las aspiraciones y tendencias de la magna revolución mexicana, en período caótico, como dije antes, por haber sucumbido los jefes de mayor inteligencia, de mayor energía, de más alto prestigio; y se requería el **trait d'union** que subordinara los anhelos y voluntades, caracteres disímbolos y pasiones enconadas por ambición de mando; y se necesitaba también borrar los despechos de quienes no habían sabido llegar a la meta gloriosa del triunfo y los quebrantaban y les producían envidias, y ren-

cores, y celos contra los buenos, a causa del fracaso sufrido; y se necesitaba la unificación del mando, no en demarcada zona raquítica de influencia, sino general, de todo el país, de todo el ambiente revolucionario, de todo el afán libertador, de toda necesidad de asolar plagas, sacudir inercias, apagar ambiciones tiránicas, perseguir monstruos, reducir a su última expresión, hasta hacerlo desaparecer del Nuevo Mundo, el poder ominoso de una corona abyecta que sólo sabía explotar y escarnecer a sus colonias.

El general Mina, al oponerse a las pretensiones de España y al sacrificarse por una de las causas más justas, legó su nombre a la posteridad, alcanzando el dictado de héroe. Corto, pero brillantísimo, fue el período de sus operaciones.

Relatemos en conjunto los cambiantes enérgicos de la expedición filibustera que mandaba Mina, después de salir de España huyendo, una vez frustrada la empresa que acaudilló, con el deseo de restablecer la Constitución, y a pesar de haber sublevado parte de la provincia de Navarra, con la ocupación de la fortaleza de Pamplona.

Las relaciones de Mina con algunos comerciantes ingleses, deseosos de cooperar a la independencia de Nueva España, impresionados por las explicaciones que hiciera, en vía de propaganda, el inteligente político mexicano Dr. Teresa de Mier, citado antes, facilitaron al jefe español los recursos necesarios para hacerse de un buque y de armas.

Lo escrito por Bustamante y Alamán sobre esta expedición que partió de las costas de Inglaterra, hasta desembarcar en Soto la Marina, playas de Nuevo Santander, es contradictorio en sumo grado, por lo que no debemos atenernos en la esencia del asunto, sino a lo que informa el mejor testigo y actor de esa epopeya clásica, Dr. Fray Servando Teresa de Mier, hombre extraordinario, de talento singular, de una inquietud potente, en favor de las ideas de independencia de to-

das las colonias que poseían los iberos en el Continente Americano, a quien los mismos españoles persiguieron y aprisionaron en cárceles horribles, porque durante las Cortes de Cádiz lanzó escritos sediciosos en contra de Fernando VII y de la monarquía en general, defendiendo con virulencia literaria los principios de la Constitución derogada por el rey.

Pero hay otras fuentes informativas sobre este asunto histórico que he estudiado con afecto singular y que debo referir al lector en base de profundo conocimiento, para hacer valer ante la opinión pública las grandes verdades que encierra.

Esas fuentes son las que ofrece la rara obra de Robinson, publicada en Londres a raíz de la consumación de nuestra Independencia, obra que aprovechó el diario de campaña formado por Mr. James A. Brush, quien acompañaba a la fuerza de Mina con el cargo de Comisario general; el bosquejo biográfico de Mina hecho por Mr. John E. Howard, de Baltimore; correspondencia original de Mina, dirigida al Dr. Teresa de Mier y al general norteamericano Winfield Scott; las proclamas originales del propio Mina, redactadas en Baltimore, Nueva Orleans y Soto la Marina; los partes oficiales de los generales Arredondo, De la Garza, Armiñán, Liñán y Orrantia; las declaraciones del Virreinato publicadas en las Gacetas; las memorias del mismo Dr. Mier, escritas durante su prisión en San Juan de Ulúa; opiniones basadas en libros de Robinson y de Mendívil; traducciones de documentos ingleses presentadas por el Dr. José Joaquín de Mora y el "Bosquejo de la Revolución de México," por el capitán Basilio Hall, de la Real Marina Inglesa; "Visita al Fuerte del Sombrero," por el Dr. don Agustín Rivera, quien por primera vez identificó en la Historia las verdaderas hazañas de don Pedro Moreno, compañero de Mina; y observaciones posteriores, documentos y datos aislados obtenidos por el descendiente de Moreno, don Rafael

Muñoz Moreno, el distinguido tipógrafo don Ausencio López Arce, el General don Refugio I. González, don Luis González Obregón y por el que esto escribe.

El primer proyecto de Mina, según lo indican Robinson y Hall, fue dirigirse a la costa de México, en la inteligencia de que sus habitantes se declararían en su favor; pero de resultas de malas noticias que recibió antes de su salida, mudó de plan y dió la vela con dirección a los Estados Unidos, en el mes de mayo de 1816, en compañía de treinta oficiales españoles e italianos y dos ingleses, llegando a las costas de Texas, no sin capear terribles huracanes en el Golfo de México, y otros huracanes de índole militar a bordo, con la sublevación de perversa gente que pretendía comodidades principescas. Tocó en el puerto de Gálveston, donde dió de alta como a 100 americanos mandados por un coronel Perry, y con 200 hombres más que ya le acompañaban, pasó a Nueva Orleans y allí consiguió nuevos recursos. El viaje duró 46 días, cuando el buque pudo llegar primeramente a Hampton Roads, pasando a Norfolk, y desde allí Mina se dirigió por tierra a Baltimore, donde encontró a su barco anclado y listo el 3 de julio. Acto seguido compró allí un bergantín armado y muy velero, algunas piezas de campaña, morteros, municiones, uniformes y equipos de toda especie.

Mientras se hacían estos preparativos y se disponía el buque para acomodar a los pasajeros, el general pasó a Filadelfia y a Nueva York, donde varios americanos y europeos se ofrecieron a acompañarle en calidad de oficiales. Adquirió todas las noticias que necesitaba acerca del país a que se dirigía, y supo que una plaza pequeña situada en la costa de México, al norte de Veracruz, llamada Boquilla de Piedras, estaba fortificada y mandada por el general don Guadalupe Victoria.

También se le dijo que aunque los independientes habían experimentado muchos reveses, todavía

existían gavillas en diferentes puntos del territorio mexicano.

El general Mina tuvo muchas contrariedades en los Estados Unidos, donde el ministro de España, don Luis Onis, dió algunos pasos para frustrarle sus proyectos de expedición sobre costas de la Nueva España. Onis había recibido revelaciones de cuatro o cinco aventureros hispanos, de los que Mina traía a bordo, quienes provocaron el disgusto más terrible que experimentó dicho jefe durante la expedición; y cuando desembarcaron en Baltimore, se mostraban en rudo despecho contra el que era su general, dispuestos a contrariarlo en todo lo que pudieran, por efecto de una venganza ruin.

El Ministro de España fracasó en sus pretensiones de que los Estados Unidos expulsaran de su territorio a Mina y a todos sus agentes, puesto que conspiraban e iban a hacer daño en contra de un país amigo. Se trataba de una reclamación diplomática en toda forma; pero viendo la Cancillería norteamericana que no había en aquélla datos positivos y que las leyes propias no prohibían la exportación de pertrechos militares y preceptuaban el mayor respeto de hospitalidad a todos los habitantes de la tierra, el gobierno norteamericano declaró no serle posible tomar parte en el asunto en tanto que Mina y sus agentes no saliesen del círculo que las leyes les trazaban.

"El mismo buque a cuyo bordo habían venido Mina y los suyos—asienta Robinson—fue fletado para formar parte de la expedición y, cargado de pertrechos, estando ya preparados los pasajeros, el buque fue despachado en la Aduana con dirección a San Tomas, y habiendo salido del puerto, echó el ancla junto al fuerte de Mc Henry. En la tarde del 28 de agosto, los pasajeros en número de 200 se embarcaron bajo la dirección del coronel Ruuth. Mina quedó en tierra esperando que el bergantín estuviese listo. El otro buque hizo vela a Puerto Príncipe, donde debía aguardar la llega-

da del general. El 10 de septiembre perdió de vista los cabos de Virginia, en compañía de una escuna, fletada también por Mina, y a cuyo bordo estaba el teniente coronel Myers, del cuerpo de artillería, con toda su compañía. Dos días después, las dos embarcaciones se separaron y, al cabo de una navegación de 17 días, el buque llegó a Puerto Príncipe, donde la escuna había llegado poco tiempo antes. De resultas de un huracán espantoso que sobrevino a la siguiente noche, la escuna encalló en la costa y el buque recibió considerables averías. El Presidente de la República de Haití facilitó todos los medios necesarios para su reparación."

El mismo Robinson sigue detallando las peripecias de este último viaje que cambiaba derroteros. Mina se había embarcado en Baltimore en su bergantín, el 27 de septiembre. Durante su permanencia en ese puerto "su sencillez, modestia y honradez y la suavidad de sus modales le adquirieron la estimación de los habitantes. Habiéndosele hecho la proposición de armar algunos corsarios, la rehusó con indignación a pesar de las ventajas que le ofrecían. "¿Qué razón tenéis, respondió, para pensar que Xavier Mina quiere despojar a sus inocentes compatriotas? Yo hago la guerra contra la tiranía, no contra los españoles."

El general llegó a Puerto Príncipe mientras el buque se estaba reparando. Aunque sintió mucho el último desastre y los nuevos dispendios y dilaciones que resultaban con todo lo sufrido, a fuerza de actividad y perseverancia pudo vencer este primer obstáculo de su expedición. El general Petion lo recibió con la mayor cordialidad y le suministró cuantos auxilios estaban a su alcance.

El navío y el bergantín procedieron adelante y llegaron a San Luis el 24 de noviembre, después de una incómoda navegación de 30 días.

La hora clásica del combate se aproximaba. "El general encontró allí al comodoro Aury, y como preva-

lecían a la sazón los vientos del norte, peligrosos en aquella costa, se dieron las órdenes necesarias para el desembarque de la expedición. Los buques no podían entrar cargados, por falta de agua en la barra. Fue preciso, pues, descargarlos y depositar los pertrechos en un casco de buque anclado en el puerto."

El general Mina, que andaba como desorientado, se detuvo después en Gálveston y formó un campamento para alojar sus tropas. Por fortuna, fueron conseguidos buen pan caliente, carne salada, tocino, aceite y aguardiente, y con la caza que se cogía y otras provisiones que traían los costeros, pronto se pudieron restablecer los convalecientes. El navío y el bergantín, que no podían andar con seguridad por la costa, salieron con dirección a Nueva Orleans.

Hubo necesidad de organizar las fuerzas que componían la expedición, ya muy aumentada con los elementos filibusteros que habían sido conseguidos en toda la costa norte del Golfo.

"De los oficiales americanos que no entendían el español, asegura Robinson, se formó una compañía, llamada "Guardia de honor del Congreso Mexicano." El general era el capitán de esta compañía; un coronel, el teniente, y así de lo demás. El coronel Young, que se había distinguido en el servicio de los Estados Unidos y de cuyo valor y actividad hay muchos que testifiquen, reemplazó al general algún tiempo después en el mando de la guardia...."

Todas las disposiciones que el general tomó entonces, prueban que conocía perfectamente los medios de sacar el mayor partido posible de su pequeña fuerza. La organización del cuerpo expedicionario era como sigue:

Guardia de Honor.—Coronel Young.
Artillería.—Coronel Myers.
Caballería.—Coronel Conde de Ruuth.

1er. Regimiento de línea.—Mayor Sardá.

Ingenieros.
Comisaría. } Departamento.
Medicina.

Herreros, carpinteros, impresores y sastres.

Como se ve, el ejército de Mina se adiestraba todos los días en el manejo del arma y observaba el orden más severo.

LA EXPEDICION DE MINA SE DIRIGE A LAS COSTAS MEXICANAS

POR vía de exploración, Mina envió una escuna muy velera a la costa de México, a fin de tener noticias seguras sobre la revolución de Independencia y poder conseguir una entrevista con Victoria. Esta comisión fue confiada a la experiencia y talento del doctor Teresa de Mier, quien tuvo que regresar al punto de partida por haber encontrado ocupada Boquilla de Piedras por los realistas. Después se recibieron noticias de Victoria y se supo que había tomado otro puerto llamado Nautla, al Norte de Boquilla de Pideras, en la misma costa de Veracruz. Allá se dirigió la escuna rebelde, llevando nuevos comisionados con cartas de Mina para Victoria; pero en este intervalo, la plaza había cedido a los españoles, y cuando el buque llegó, la bandera real tremolaba en las almenas del puerto. Esto produjo nueva contrariedad en el ánimo de Mina, que deseaba salir cuanto antes de la costa texana y atender, de modo firme y seguro, a la entrada de México

por los puntos más acondicionados, y sólo empleó muy poco tiempo en ir a Nueva Orleans para conferenciar con unos políticos latinoamericanos, de quienes esperaba recibir interesantes revelaciones, y le resultaron unos aventureros depravados cuyas ofertas rechazó, valiéndole en el caso la experiencia obtenida con el grupo de busca-vidas que quebrantaron los secretos de la expedición y favorecieron la intriga del ministro Onis, contra Mina. Este ya no quiso entretenerse y dictó órdenes decisivas para la partida, no sin haber adquirido el buque "Cleopatra," para que le sirviera de transporte, en lugar del que había traído de Inglaterra, cuyo contrato expiraba, y habiendo tomado sus medidas para la compra de otro, "El Neptuno," hizo velas y regresó a Gálveston, en compañía de algunos oficiales latinoamericanos y europeos que contrató. Llegó el 16 de mayo, y halló la división embarcada y dispuesta a salir.

Sigo consultando y recogiendo datos precisos de Mendívil, Robinson, Dr. Hall y Dr. Mier, para la integridad relatora, y desde luego nos dice el segundo cómo fue la entrada a Soto la Marina.

La división iba distribuída, entre los diferentes buques, del modo siguiente:

En una escuna armada, comodoro Aury con la compañía de artillería y la caballería, a las órdenes del coronel Conde de Ruuth.

"Cleopatra."—Capitán Hooper. El general Mina, el Estado Mayor, la Guardia de Honor y el primer regimiento de línea.

Dos bergantines apresados.—Regimiento de la Unión, coronel Perry.

"Neptuno."—Capitán Wisset, comisaría y provisiones.

Escuna "Elena Tooker."—Buque mercante que llegó cuando el convoy salía y se convino en acompañarle.

Un buque pequeño, capitán Williams.

La fuerza de la división, incluyendo todos los hombres que le pertenecían, marineros, operarios y criados, era de 300 hombres.

"Se tomaron las disposiciones necesarias para el desembarco y se verificó sin ningún accidente en la mañana del 15 de abril. En el mismo día, dos hombres vestidos y montados como paisanos se presentaron al general: de ellos tuvo algunos datos locales y supo que don Felipe de la Garza, Comandante del Distrito, se hallaba a la sazón con algunas fuerzas en la ciudad inmediata de Soto la Marina. Los dos hombres parecían francos y bien dispuestos; se ofrecieron a servir de guías y acompañaron a una partida de la expedición que salió a buscar caballos. Sin embargo, a la primera ocasión oportuna que hallaron, desaparecieron. Después se supo que eran criollos y soldados realistas, enviados por La Garza para conocer la fuerza de los invasores. El general había traído consigo de Nueva Orleans un natural de Soto la Marina; por consiguiente, no podría faltarle guía para sus operaciones.

"Durante el viaje de Gálveston, Mina publicó una proclama a sus soldados, en que les recordaba la magnitud de la empresa proyectada y les hacía ver que no iban a conquistar el país, sino a ayudarlo a emanciparse: por fin, les recomendaba con el mayor esmero que procurasen conciliarse la buena voluntad de los habitantes, que respetasen sus costumbres, que con la mayor veneración tratasen a los eclesiásticos y que en ninguna ocasión y por ningún pretexto violasen la santidad de los templos dedicados al culto divino." (Robinson).

¿Cómo era Soto la Marina en aquel entonces? Lo indica James A. Brush en su diario de campaña que escudriñaran los sociólogos de Europa con interés:

"La embocadura del río de Santander es sumamente estrecha y tiene una barra, por la cual no pueden pasar buques que calen más de seis pies. El terreno inmediato a las orillas, pantanoso en extremo y cubierto

de lagos y caños más o menos profundos. Pasada la barra, el río se ensancha, mas después se vuelve a angostar hacia la ciudad de Soto la Marina. Es navegable para los buques que han podido pasar la barra hasta corta distancia de esa ciudad, donde el agua es tan escasa, que apenas los botes que sean pequeños pueden navegar. El pueblo de Soto la Marina está situado en una elevación (especie de meseta), a la orilla izquierda del río y dista 18 leguas de la embocadura."

La vanguardia de la columna formada en la playa, la componían voluntarios de la guardia de honor, un escuadrón de caballería y un destacamento del primer regimiento de línea, al mando del mayor José Sardá. Fuerza tan pequeña, pero valerosa, dispuesta a arrostrar los mayores peligros, penetró con facilidad, una vez que la guarnición realista se había retirado, escoltando a muchas de las familias que allí habitaban, medrosas y compungidas porque no se esperaban una turba patriota de libertadores, sino una multitud salvaje, asoladora como el huracán. El comandante La Garza notició oficialmente que Mina traía un conjunto de herejes, que venía a aquel país con el objeto de degollar a todo bicho viviente y de destruir cuanto alcanzaran sus garras envilecidas. Por esto fue que se viera despoblado Soto la Marina cuando penetró el general Mina, quien no hizo caso de tales embustes, y dijo que sabría dar pruebas bastantes de compostura, de respetos a la propiedad particular y de garantías generales a la sociedad.

El mayor Sardá recibió instrucciones para construir un fuerte en el puerto y resistir en él cualquier ataque que hicieran los realistas, no contando sino con 135 hombres, todos resueltos a empeñar la vida en defensa de la sencilla cuanto aislada posición. Mina no esperó más, sino que avanzó hacia el interior del país, atravesando despeñaderos y ríos, soportando, alentado y contento, todo género de privaciones. Llegó al Va-

lle del Maíz, tras de haber doblado la montaña, camino de San Luis Potosí. Quería descansar con sus tropas, cuando de improviso se presentó el jefe realista don Cristóbal Villaseñor con fuerzas de Sierra Gorda, y aunque se formara en batalla, con todas las reglas de la táctica y la estrategia, fue materialmente barrido y desbaratado por los soldados de Mina, quitándole todos sus elementos; sin preocuparse por levantar el campo, siguió éste adelante, sin poder engrosar su pequeño núcleo de valientes con la gente de los campos, a quienes no inspiraba confianza, puesto que lo tenían como hereje que venía a causar daños a la religión; ésta era la voz que hacía correr el clero, pretendiendo dar al traste con la reputación gloriosa de Mina.

Entusiasta y apasionada la tropa insurgente, de tan joven, gallardo y valeroso jefe como el que tenía, marchó a Peotillos, hacienda cercana a San Luis Potosí, donde el coronel Benito Armiñán le esperaba con una división de más de 2,000 hombres, cinco veces mayor a la suya, pues Mina no contaba sino con 400 a lo sumo; pero tuvo nobles rasgos para buscar útiles ventajas sobre el terreno y quitar, de primera intención, la artillería al enemigo. El solo se desprendió para explorar mejor; hizo un recorrido por terreno limítrofe al que aquél ocupaba, y volvió a su propio campamento, ordenando a todos los soldados que cargasen a la bayoneta, yendo él al frente. El combate fue sangrientísimo y se prolongó algunas horas. Mina perdió en esta acción impetuosa y abnegada 11 oficiales que sucumbieron, pero a cambio de la derrota de Armiñán, la que fue completa, con el abandono de rico botín que ensanchó la fama de Mina y de sus tropas, exagerándose por los jefes realistas el número de éstas, pues no podían concebir que 400 hombres derrotasen una brigada tan nutrida.

Desgraciadamente, el magnífico triunfo fue contrabalanceado por la noticia de la honrosa capitulación del mayor Sardá en Soto la Marina.

Mina no pidió descanso a sus victorias adquiridas sobre Villaseñor y Armiñán, sino que pasó a la hacienda de La Hedionda, atravesó las tierras del Espíritu Santo, y llegando al mineral de Pinos, en la provincia de Zacatecas, obtuvo allí otro señalado triunfo, por haber sorprendido a la plaza de madrugada, ocupando en primer lugar el cuartel, donde recogió casi todas las armas de la guarnición, la que no se pudo defender y huyó con el mayor espanto, creyendo que una poderosa división de las tres armas era la asaltante.

"Aturdido con tanta gloria, Orrantia, que lo perseguía,—dice Guillermo Prieto en su Historia Patria —le abrió paso; pero aterrorizado el virrey Apodaca, a la vista de aquel meteoro que todo lo subyugaba, destacó contra el héroe navarro las numerosas fuerzas de Ordóñez y Castañón, que fueron a su vez aniquiladas por Mina en el Rincón de Centeno." Esto quiere decir que el jefe de la expedición que entrara por Soto la Marina, había llegado en unos cuantos días al Bajío de Guanajuato, atravesando una región de montañas abruptas y librando con estupenda gallardía cuatro batallas con éxito seguro, no teniendo como combatientes sino la friolera de los 400 hombres, número que había tenido que mermar y que sólo llegaba a 328 cuando Mina fue recibido por el esclarecido patriota don Pedro Moreno, que mandaba en el fuerte del Sombrero; pero estos acontecimientos vienen a formar como una nueva fase de la campaña que Francisco Javier Mina pretendía desarrollar en el interior del país, contando con positivos elementos de insurgencia, para emprender verdaderas acciones campales, con asalto de plazas y rendición de fortalezas.

Don Pedro Moreno, que era un hombre de conducta ejemplar, muy decente y valeroso, comprendió la importancia de Mina, a quien cedió el mando de sus fuerzas y el punto que defendía, y así lo reconoció el expedicionario caudillo cuando tuvo mayores referencias

de Moreno, calificado en la revolución como un patriota en alto grado, puesto que abandonó sus intereses, convertido en caudillo de una región ranchera muy poblada que atendió a su llamamiento, trocando azadones, palas y arados por rifles y lanzas, para engrosar un cuerpo de numerosos hombres de verdadera resolución, que iban a enfrentarse con el poder del Virreinato, habiendo salido de la hacienda de La Sauceda, que era de propiedad de Moreno.

¿QUIEN ERA PEDRO MORENO?

BUSTAMANTE, Alamán, Mendívil, Zárate, Pérez Verdía, Prieto y otros historiadores, al hablar del fuerte del Sombrero, dan algunos rasgos biográficos de don Pedro Moreno; pero ninguno presenta tantos antecedentes y pormenores como el Dr. don Agustín Rivera, sabio historiógrafo, hijo de la ciudad de Lagos, donde aquel caudillo viera la luz primera. Relacionado con amigos, parientes, compañeros de armas y criados de Moreno, pudo reunir las mejores informaciones sobre los servicios prestados a la causa de la Independencia por tan patriótico varón, haciendo un relato novedoso e interesante, de positivo mérito, porque dió luces a la Historia, en el folleto que tituló "Viaje a las Ruinas del Fuerte del Sombrero." (1)

---

(1) El Dr. don Agustín Rivera, tío carnal del que esto escribe y a quien consagra hoy cariñoso recuerdo, logró que los buenos ciudadanos, conterráneos de Moreno, le dedicaran cumplido homenaje patriótico en todos los aniversarios de su muer-

"Moreno nació en la hacienda de La Daga, perteneciente a Lagos—dice el Sr. Rivera—. Era sobrino tercer-nieto del Illmo. Sr. Verdín, Obispo de Valladolid y de Guadalajara, cuyo retrato he visto en la casa de su hermana, la señora doña Jesús Moreno, y primo hermano del Illmo. Sr. Garciadiego, primer Obispo de las Californias.

"Cualidades físicas: era blanco, alto, gordo, obeso, de ojos grandes y negros, barba poblada y cabello castaño obscuro, rizado naturalmente. Los hechos de su vida indican indicios de haber tenido las siguientes cualidades intelectuales y morales. Cualidades intelectuales: 1.ª excelente talento y 2.ª principios fijos. Cualidades morales: 1.ª patriotismo en grado heroico; 2.ª gran valor militar; 3.ª gran valor moral, y 4.ª constancia hasta la muerte en la ejecución de sus principios. Había estudiado en Guadalajara Gramática latina, Filosofía y parte de Jurisprudencia. En el curso de Filosofía obtuvo el primer lugar y fue su maestro el célebre Dr. Mancilla.

"Vivía en la casa que es hoy de la propiedad y morada del Sr. Lic. don Camilo Anaya. El zaguán actual es el mismo de entonces (ancho, alto, con puertas herradas). La tienda de Moreno (era hacendado y comerciante) es hoy la antesala de la sala de recibir, y la trastienda, lo que forma hoy los pies de la sala. (1) En la tienda vendía Moreno efectos de lence-

---

te gloriosa. Estimuló a las autoridades para que erigieran un monumento simbólico, colocando en éste la estatua del héroe. Todo quedó reducido a un pedestal de cantera rosada, pero sin la efigie del ilustre mártir.

(1) Esa casa existe aún y sigue como propiedad de la familia Anaya. Servía de centro conspirador muy reservado y ahí concurrían los hermanos Rafael y Antonio Castro, el cura don José María Castro, hermano de los anteriores, los dos Borja, don José María Torres, uno de los "Pachones" que eran tres: Encarnación, Matías y Francisco, nacidos en Zacatecas y nombrados con ese apodo porque eran vecinos del rancho de las Pachonas, especie de tunas que así se llaman también.

ría, cristalería y algunos abarrotes que compraba en San Luis Potosí. Era dueño de la hacienda de La Sauceda, de la de Matanzas de Abajo y del rancho de Coyotes, que había sido parte de La Daga, hacienda de sus abuelos. Su familia se componía: 1.°, de su esposa D.ª Rita Pérez; 2.°, de sus hijos D. Luis, de doce años de edad; D.ª Josefa, D.ª Luisa y D.ª Guadalupe, que tenía año y cuatro meses; 3.°, de sus hermanos D. José María, D. Pascual, D. Juan de Dios, D.ª María Antonia, D.ª Isabel, D.ª Nicanora y D.ª Jesús, que tenía tres años, todas célibes y que vivían con Moreno. (El escritor tiene la minuciosidad de hablar también de los criados con sus nombres y sobrenombres) .... Todos los hermanos de Moreno eran afectos a la Independencia, a excepción de D.ª María Antonia, que, por sus relaciones con el cura, era realista como él, y de D.ª Jesús, que por su poca edad no tenía todavía opinión."

Sigue diciendo el Dr. Rivera que Moreno, a fines de 1813, hizo un viaje por Michoacán, con el principal objeto de ponerse en comunicación con el Congreso de Apatzingán, acompañándolo, como amigos íntimos y correligionarios, los hermanos Rafael y Antonio Castro, quienes durante la campaña de Moreno vivieron bastante tiempo en dicha población, y especialmente D. Rafael, en íntimas relaciones con los diputados y en frecuente comunicación con Moreno, de quien se convirtió en agente. Cuando volvió a Lagos (1) puso a sus amigos, los partidarios de la insurrección, al tanto preciso de lo que observó en el Congreso; y las juntas

(1) Lagos no era una población clerical empedernida, como la pinta un biógrafo del Sr. Dr. Rivera, sino de ambiente liberal y progresista. Calleja, en uno de sus partes oficiales al virrey Venegas, al detenerse en Lagos, donde esperaba que D. Rafael Iriarte le devolviera a su esposa que traía como un rehén, al observar el sello revolucionario de aquel sitio, decía: "¡con qué gusto entregaría yo a las llamas a esta población!"

Y Lagos no sólo dió contingente de patriotas a la revolución de Independencia, sino también al federalismo, a la guerra de Reforma y a las dos guerras de intervención extranjera.

se reanudaron, siendo el alma de ellas un sacerdote de afán y tendencias liberales, D. José María Castro, hermano de los citados de ese apellido.

Se convino en tomar las armas contra el régimen tiránico de los iberos, designando desde luego como jefe a D. Pedro, cuyas virtudes y resolución firmísima conocían; pero algo sospechó la autoridad política, que lo era a la sazón D. Rafael Flores, y acordó vigilar a toda hora a quienes se reunían en la casa de aquél.

Una precaución segura tomó el jefe del grupo ya comprometido, y fue la de volver a Michoacán, conduciendo un atajo de mulas, cargadas de valiosas mercancías, para hacerse de mayores recursos de los que podía asegurar, con parte de sus propios bienes. No quiso regresar a Lagos y se quedó en la hacienda de La Sauceda, escribiendo a su esposa, con su característica sinceridad expresiva, que estaba resuelto a tomar las armas en favor de la Independencia y que ella era libre, en conciencia, para seguirlo o para quedarse con sus hijos en Lagos, o en San Juan de los Lagos, al lado de la madre de ella; y que bien podía comunicar su pensamiento a sus hermanas (las de Moreno), menos a D.ª Antonia ni a D.ª Jesús.

D.ª Rita fue a La Sauceda, dijo a Moreno que ella, con sus hijas, sus cuñadas Isabel, Ignacia y Nicanora, estaba dispuesta a seguirlo en la campaña; arregló con él la salida de Lagos y el traslado de cosas precisas del servicio doméstico, y se volvió a su casa a ordenar estos preparativos.

"El lunes de Pascua (1814), a la oración de la tarde, D.ª Rita con la niña Josefa, las Sritas. Isabel, Ignacia y Nicanora, disfrazadas con pobres vestidos, salieron de la casa y se dirigieron a la Puerta del Sol. Como a esa hora se cerraban las puertas de la villa, apenas salieron las jóvenes Isabel y Nicanora, y las otras personas se quedaron sin poder pasar....; pero lo hicieron al día siguiente, conservando el disfraz, con enaguas de chomite, rebozos burdos y un cántaro al hom-

bro. D. Juan Parada condujo a las tres a pie, desde el puente hasta la extremidad de la calle del Padre Torres, y desde allí las condujeron a caballo a la Sauceda, D. Juan de Dios Moreno, D. Juan de Dios Castillo y D. Jesús Fernández. Moreno se alegró al ver a D.ª Rita, porque dice la Escritura: "La mujer fuerte, alegra a su marido."

"El día siguiente, miércoles de Pascua, Moreno, a la cabeza de los varones de su familia (a excepción de su hermano D. José María), de muchos vecinos notables de Lagos, de todos los ranchos, de su hacienda y de otros de las rancherías inmediatas, montados a caballo y con armas, declaró en La Sauceda que tomaba las armas en favor de la Independencia. Uno de dichos sirvientes de Moreno era Marcos Román, con quien he hablado.

"A pocos días que salieron de Lagos, D.ª Rita y demás personas comisionadas, se salieron también de la casa y de la villa la otra criada y los dos criados y fueron a reunirse con sus amos. Esposo y esposa, padres e hijos, hermanos y hermanas, amos y criados, anduvieron juntos en la campaña, aconsejándose, sirviéndose y consolándose mutuamente, en medio de las vicisitudes y grandes trabajos de la guerra, y llorando sobre los de la familia que morían.

"Moreno tenía a la sazón 30 años. El hombre piensa y obra según la época de la vida en que se halla. En materias prácticas de gobierno, la juventud piensa mal y ejecuta bien. La vejez piensa bien, porque tiene el caudal de experiencia de que carece la juventud; pero ejecuta mal, porque carece de los instrumentos necesarios para la buena ejecución, que son unas pasiones vivas y la agilidad de los miembros del cuerpo.... La edad madura es mejor que la juventud y que la vejez en el pensamiento y en la ejecución. La vejez, apegada con exceso a lo antiguo, y la juventud, apasionada ciegamente por lo nuevo. Por eso ha dicho un sabio: "En una nación bien construida, los ancia-

nos deben aconsejar, los hombres maduros legislar y sentenciar, y los jóvenes ejecutar." Los jóvenes ejecutan mal sus propios pensamientos; pero puestos bajo una buena consigna, ejecutan bien. Moreno se hallaba en la edad madura. Este se fue de La Sauceda al pueblo de Comanja, donde se hallaban los Francos, jefes de una guerrilla de independientes. Muy pronto se le reunieron muchos rancheros de las haciendas del valle y sierra de Comanja; muchos indios de Moya, La Laguna y Buenavista; algunos vecinos notables de San Juan de los Lagos, entre ellos D. Manuel González, y otros vecinos también notables de la villa de la Encarnación, entre ellos D. Santiago González y D. Manuel, hermano de éste. La primera acción que se registró fue la de Piedras Coloradas, entre Moreno, con gente bien disciplinada, y Galdámez, con los "panzas" (1), ganada por éste. Moreno huyó con casi toda su gente. La segunda acción fue la de las Jaulas, ganada por Moreno a Galdámez. La tercera fue la de Ojo de Agua (rancho que pertenece hoy al Maguey, propiedad de D. Juan Gallardo), ganada también por Moreno y Galdámez, que murió en la acción. La campaña de Moreno duró 3 años 6 meses.

"Dicha campaña tuvo lugar en la sierra de Comanja y en la no menos escabrosa de Guanajuato. Moreno duró en el Fuerte del Sombrero como dos años, saliendo de él a expedicionar en la sierra, y entrando en él para defenderlo. Uno de los que atacaron el fuerte del Sombrero antes de Liñán, fue Brilanti con los "panzas," quien dió el ataque desde la Mesa de las Tablas, por lo que algunos llaman a ésta la Mesa de Brilanti."

Incidente remarcable, conmovedor, obra de un carácter patriótico, fue el que provocó la prisión de la niña Guadalupe Moreno, hija del caudillo, a quien D.ª Rita, su madre, dejó encargada en la casa del padre

(1) En Lagos llamaban "panzas" a los que servían al régimen colonial y hostilizaban a cuantos tuvieran ideas de independencia.

D. Ignacio Bravo, dueño de la hacienda de Cañada Grande y adicto a la causa de la Independencia, para que cuidara de la crianza de esa niña. Moreno iba algunas veces a dicha hacienda, de incógnito, con el objeto de ver a su hija, que estaba en la más tierna edad. Brilanti y el cura Alvarez, realista de Durango el segundo, supieron que Moreno visitaba Cañada Grande y decidieron sorprenderlo, para capturarlo. Llegó primero allí Brilanti, y no hallando a Moreno ni a ninguno de su familia, más que a la niña Guadalupe, la tomó en los brazos; a poco llegó el cura Alvarez y quiso matar a la niña y llevarse la cabecita; pero Brilanti se opuso diciéndole: "Ni un grano de maíz he tomado de esta hacienda (era la verdad); nada más que a esta niña. Ella es mi prisionera y usted no tiene ninguna facultad sobre ella." El cura Alvarez había aprehendido poco antes de ese suceso al padre Bravo y lo tenía a la sazón preso en Ledesma y de allí lo condujo a Aguascalientes, en cuya cárcel murió. Brilanti se trajo a Lagos a la niña Guadalupe (que a la sazón tenía 2 años 4 meses); la tenía en su casa, cuidaba mucho sus alimentos y comodidades, mandó hacerle muchos y muy decentes vestidos y la amó como a su hija. Cuando salía a campaña, la dejaba en la casa de una buena señora, D.ª Luz Ochoa, y le recomendaba mucho su asistencia. La niña también amó mucho a Brilanti y lo trataba de papá. Todos los realistas de Lagos llamaban a la niña Gualupita Brilanti, y ella decía que se llamaba así. Portaba siempre sobre el pecho un escudo de plata, que le mandó hacer Brilanti, con esta inscripción grabada: "Me salí de entre los insurgentes por servir a la Monarquía Española." El precioso metal destinado a inmortalizar las acciones gloriosas, nunca había servido para consignar un insulto a la autoridad paterna y una sandez.

"Como al año, Brilanti tuvo que dejar a Lagos, para ir a desempeñar su empleo de comandante de Durango, y entregó la niña a la señora D.ª Olaya Torres,

esposa de D. José María Moreno. Esta niña, después de que llegó a la edad núbil, se casó con D. Manuel Ochoa y Rábago, y murió del cólera del 33. Hay seres humanos — sigue opinando el Dr. Rivera — que llegan tranquilamente hasta la edad de 80 ó 90 años; (1) y hay otros a quienes persiguen la desgracia y la muerte desde su nacimiento. La cuna de la niña Guadalupe fue el heno de las profundas cañadas; estuvo a punto de ser degollada en su infancia; vivió en casa ajena y separada de sus padres como prisionera; no conoció a su padre; lloró la horrible muerte de él; y cuando tras una larga tempestad había aparecido la estrella del amor, cuando todavía estaba fresca en sus sienes la corona de verbena de su fiesta nupcial, fue sacrificada por la peste (ella solamente entre todos los de su familia) a la temprana edad de 20 años."

En nombre del brigadier realista D. José de la Cruz, un sacerdote laguense llamado D. Pedro Vega, fue recibido en el fuerte del Sombrero, a solicitud suya, por D. Pedro Moreno, así como su acompañante, que lo era D. José María Gómez. Con los ojos vendados entraron al fuerte, hasta que llegaron al escritorio de Moreno. Allí le entregaron el pliego que llevaban, ofreciéndole el indulto. El padre trató de persuadir al jefe insurgente, quien contestó con energía, negándose a aceptar el indulto y diciendo que había resuelto morir por la patria.

—Hágalo usted por la niña Guadalupe, su hija pequeña, ya que está prisionera.

Moreno contestó a esta nueva insinuación realista:

—Tengo otros cuatro hijos que podéis tomar también.

"Esto hubiera sido fácil — dice el Dr. Rivera — porque a cada paso Moreno tenía que dejar abandonada a la familia, ya en un rancho, ya en otro, con moti-

(1) Como llegó el Dr. Rivera a la edad de 92 años, muriendo en León de los Aldamas el 6 de julio de 1916, con demostraciones de condolencia nacional.

vo de sus expediciones. Abrimos la historia de España en el capítulo en que Mariana refiere la defensa de Tarifa por Guzmán el Bueno, y encontramos estas palabras: "Pasó pues en España (el Infante D. Juan, hermano de Sancho IV) y combatió aquella plaza con grande porfía y con todos los ingenios que se pueden pensar. Los de dentro, confiados en las buenas murallas y animados por su caudillo y cabeza Alonso Pérez de Guzmán, resistían con valor y ánimo.

"Aconteció que un solo hijo (de corta edad) que este caballero tenía, vino a poder del Infante y de los moros: sacándole a la vista de los cercados, amenazan, si no se rinden, de degollarle. No se demudó el padre por aquel lastimoso espectáculo; antes bien, decía que si 100 hijos tuviera era justo aventurallos todos por no mancillar su honra con hecho tan feo, como rendir la plaza que tenía encomendada. A las palabras añade obras: echarles desde el adarbe una espada con que ejecutasen su saña si tanto les importaba. Esto hecho, se fue a yantar."

Fuera del escritorio andaba el joven Luis Moreno, hijo de D. Pedro, a la sazón de 14 años, muy enojado, diciendo que si su papá consentía en el indulto, él seguiría con las armas en la mano.

"Este valor del niño Luisito, dice Marcos Román, era el gusto de todos los soldados, que lo vitoreaban con palabras semejantes a estas de Estacio: "Viva largos años el generoso niño y, por un camino lleno de esperanzas, crezca para la utilidad de las costumbres patrias y rivalice con su padre en los hechos!"

"El padre Vega y su acompañante fueron sacados del fuerte con la venda que habían llevado antes, y cuando así iban fueron insultados de palabra por D. José María Torres el tesorero y por otros oficiales. Volvieron a Lagos y el padre entregó a Rebuelta la respuesta por escrito de Moreno."

Antes de la comisión del padre Vega, Moreno había aprehendido a un sargento Horcasitas y a otros

dos de los "panzas." Rebuelta le había propuesto por medio de un correo el canje de dichos tres prisioneros por la niña Guadalupe. Moreno le había contestado negativamente, diciéndole: **que su hija de nada servía a la patria,** y había fusilado inmediatamente a los tres prisioneros; hecho que, aunque injusto, prueba la preferencia que el héroe daba en su corazón a la patria sobre sus hijos.

"Moreno sacrificó en las aras de la patria su hacienda, sus comodidades, la libertad y seguridad de su hija Guadalupe, a su hijo mayor, a su esposa y a sus demás hijos, entregándolos a la muerte en la horrorosa noche del rompimiento del sitio, y, en fin, sacrificó su vida propia. ¿Es esto patriotismo en grado heroico? ¿O no?...."

Moreno era religioso, austero, lleno de sinceridad, gran padre de familia, encariñado con todos los miembros de ella. Trataba con liberalidad a todos los sirvientes de su casa, amaba al pueblo y lo defendía contra los abusos del caciquismo. Llegó a golpear a un esbirro de Rebuelta, por un atropello de aquél, en que iba de por medio el honor de familia; socorría a los pobres en los trances graves, en artículo de muerte, penuria inaudita, riesgos de lanzamiento de casa, que cubría pagando por los inquilinos deudores, y otros muchos servicios semejantes facilitaba al menesteroso, por lo que tenía reputación de altruísta, de verdadero filántropo capaz de haber llegado a la fundación de una casa hospitalaria para sostenerla con sus rentas, como él lo anunció a sus parientes.

Hombre de temperamento tan abnegado, tan desprendido de ganancias, tan generoso en lo físico como en lo moral, tenía que producir una revolución intensa en la esfera de su conocimiento y de su habilidad ejercitada, reuniendo adeptos en progresivo número, hasta formar el partidarismo, opuesto a la real explotación dominante en la Nueva España.

Moreno sufrió intensamente cuando le comunicaron la muerte de su hijo Luis Moreno, que tan sólo tenía 15 años de edad, así como la muerte de su hermano D. Juan de Dios. Tales sucesos fueron incidentes de la acción registrada en la Mesa de los Caballos, lugar perteneciente a la hacienda de Rincón de Ortega, cercana a San Juan de los Llanos.

"Dicha mesa es un monte muy enhiesto que tiene la cumbre enteramente plana, en figura de mesa, de dos leguas de circunferencia. Defendieron el fuerte de esta mesa Encarnación Ortiz, con sus dos hermanos, y el padre Carmona, con sus respectivas partidas y bastante gente de Moreno, quien no se halló en la acción. El 10 de marzo de 1817 tomó el fuerte el Coronel Ordóñez, Comandante de la Provincia de Guanajuato, y sus segundos Orrantia, Pesquera y Castañón."

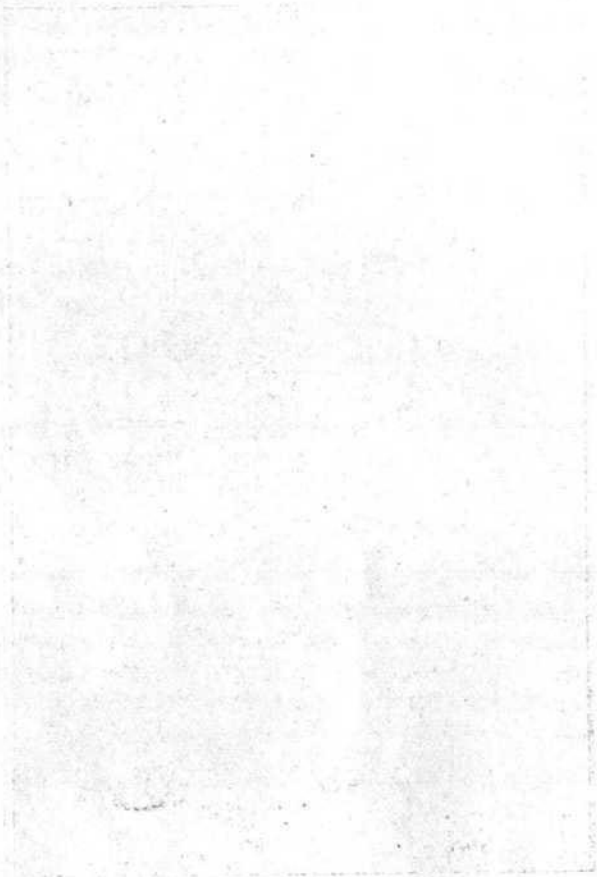
Alamán expresa que en ninguna parte se habían mostrado tan despiadados los vencedores como en la Mesa de los Caballos. Todos los que se encontraron al lado de los independientes, personas de todas clases, edad y sexo, fueron pasados a cuchillo, escapando de morir acribillados por las balas los que se arrojaban a las barrancas.

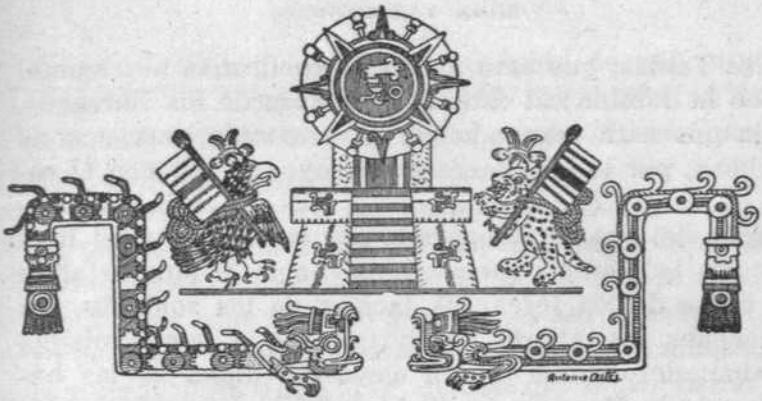
"Luis Moreno murió **vi patria:** con un valor semejante al de su padre. Era para la patria una semilla de esperanzas. Calló como la amapola se inclina sobre su tallo con la fuerza del aguacero. La horrible noche de la muerte envolvió su cabeza con una triste sombra. Fue apenas mostrado a la patria y quitado luego de su vista. (El Dr. Rivera, inspirado en Virgilio, así se expresa.)

"Su tumba fue ignorada aun por sus padres y hermanos, y no se pueden ni esparcir por ella las rojas flores que el poeta romano pedía para la del joven Marcelo."

Gral. Pedro Moreno y el Fuerte del Sombrero

1.—Mesa de las Tablas, (Cuartel General de Liñán.) 2.—Fuerte del Sombrero, (Insurgentes.) 3.—Mesa de Cerna, (posición realista.) 4.—Cerrito del Comercio, (Insurgentes.) 5.—Cerro de Negrete, (posición realista.)





DESCRIPCION DEL FUERTE DEL SOMBRERO

EL Dr. Rivera describe así el fuerte del Sombrero, que él visitó, haciendo observacoines de importancia, por lo que rectifica en mucho, sin querer, a Robinson y a Mendívil:

"Este cerro pertenecía a la hacienda de San Ignacio (propiedad de la señora doña Feliciana López de Marín), situada en el interior de la sierra de Comanja. Es muy elevado y escarpado.

"Tiene dos partes: la del sur es una meseta que se llama la Mesa de Serna, y la del norte es una planicie, en medio de la que se eleva una figura, de la que el cerro tomó su nombre. Dista seis leguas de León, que está al sur exactamente de dicho cerro, y once y media leguas de Lagos, que está al oeste exactamente del mismo cerro. (1) Este linda al norte con la Mesa

---

(1) El camino más corto y más fácil para ir al fuerte del Sombrero, es el de León, por San Bartolo, para llegar a terrenos del rancho de Barbosa, hoy propiedad de los herederos

de las Tablas, que está a tiro de fusil, más alto que él y que lo domina; al este, con la Mesa de los Borregos, de la que está separado por la profunda barranca de Barbosa, por la que corre un arroyo; al sur con el cerro de Negrete, (1) y al oeste con el cerrito del Comercio, del que está separado por la barranca del Rincón. En la planicie mencionada, hacia el sur, estaban las casas de los jefes, los jacales de los soldados, los almacenes, los talleres y el hospital, que, por lo mismo, estaban defendidos por la elevación dicha de las baterías de la Mesa de las Tablas. Las casas principales eran la de Moreno y la del tesorero, D. José María Torres. Aquélla tenía escritorio, una recámara, dos cuartos independientes con puerta al patio, despensa y cocina. La casa de Torres tenía más piezas. Cuando Mina llegó al Sombrero, Moreno le cedió su casa y pasó a habitar en la de Torres, juntamente con éste. El cementerio, que no era más que un foso, estaba a un lado de la muralla del sur, en donde comienza el declive de la barranca de Barbosa. Allí sepultaban de noche a los muertos. El cerro tiene por todas partes una pendiente muy violenta, que en lo menos difícil no baja de 43 grados de inclinación. El borde de la cumbre

---

de D. Mariano León. Se han efectuado expediciones diversas, salidas de Lagos, por el rumbo de Cuarenta, para llegar después a Comanja, en cuya sierra se halla el fuerte.

Hace algunos años se ejecutaron obras de albañilería para resguardar las ruinas de lo que fuera casa de Moreno y señalar con bardas de mampostería el perímetro del aljibe en que los sitiados recogían el agua de lluvia. Ahí se efectuaban ceremonias cívicas impresionantes por romerías que iban de Lagos, de Ojuelos y de Comanja, encabezadas por los señores Félix Gutiérrez, Ausencio López Arce, Tiburcio Amador, Jesús Rubalcaba y Juan Oliva. En una de dichas expediciones fue el autor de esta Monografía, siendo casi un niño.

(1) Este cerro se llama de Negrete, por haberlo ocupado con su tropa el coronel realista D. Pedro Celestino Negrete, quien luchó también contra el P. Torres en unión de Orrantia y de Ordóñez. Se agregó a la División del brigadier Liñán.

es una serie muy poco interrumpida de peñascos escarpados de "imposible acceso." En donde no había peñascos o no eran escarpados, tenía Moreno parapetos de piedra y barro, de una vara de espesor y un profundo foso, y sobre los parapetos estaban colocadas las piezas de menos calibre. A poca distancia abajo de dicho borde, en los lugares donde la subida era más practicable, que eran al norte y al sur, había un muro de adobe de mucho espesor, y sobre él cañoneras y aspilleras para fusil. Por dentro del muro había una banqueta, y por fuera un foso profundo abierto en la peña viva, de una vara de ancho, por no permitir más extensión la naturaleza del terreno. Tanto al norte como al sur, en una de las extremidades del cerro, había una entrada cerrada con una puerta de madera, en forma de escalera, y por el interior, a poquísima distancia de dicha puerta, una gruesa pared de piedra y mezcla de cal y arena. He dicho que sobre el muro había cañoneras y no cañones, porque Liñán, en uno de sus partes al virrey, dice: "Todas estas piezas sólo las ponen en batería en el momento de apuntarlas; mas para cargarlas, y cuando no hacen fuego, las ocultan detrás de los merlones, a cuya prudente precaución deben el no tenerlas ya desmontadas." De la muralla del norte partía una vereda a la Mesa de las Tablas, y de la muralla del sur partía una vereda al cerro de Negrete. La guarnición consistía en 650 hombres y 17 piezas de artillería (viejas y mal montadas, dice Alamán), calibre de 2 a 8. Dicha guarnición se componía de las tropas de Mina, Moreno, Ortiz, D. Miguel Borja y D. Santiago González. El coronel Young mandaba la tropa que guarnecía la entrada del norte, y el coronel Borja (1) mandaba la entrada sur. Había también en el fuerte como 350 personas que no eran

---

(1) Hijo de la ciudad de Lagos. Hombre de sumo valor.

de armas tomar, entre operarios que trabajaban en las fortificaciones, mujeres y niños. (1)

Al principio había comestibles en abundancia dentro del fuerte: reses, cerdos, aves de corral, maíz, frijol y arroz.

El soldado de Moreno, Marcos Román, en conversación con el Dr. Rivera, informaba que el fuerte **estaba muy bonito;** pero que después **ya les andaba,** cuando los españoles los cercaron.

"Nos daban maíz, un pedacito de cecina y un puñito de arroz; pero no había agua ¡qué ganábamos! Ya todos teníamos los **ojos jondos** de no comer. Lo que bebíamos era **pinos** (mezcal); de modo que yo de **jilo** estaba borracho...." Y para salirse del fuerte sin miedo, se emborrachó y lo hizo con tres compañeros, descolgándose por una cuerda sujeta a un peñasco.

Los realistas habían cortado la comunicación con el pozo de agua que existe en la barranca de Barbosa, y pretendían rendir por hambre y sed la posición contraria. (2)

Cuando Mina se alió por primera vez con los independientes, es decir, con la guerrilla de D. Cristóbal Nava, compuesta de rancheros montados, con buenos rifles, éste le indicó que allí cerca había un fuerte mandado por un hombre rico, muy inteligente y de suma lealtad a la causa de la Independencia. Se refería a

---

(1) El Dr. Rivera habla también muy extensamente de los matrimonios religiosos habidos en la capilla del fuerte, entre D. Manuel González y Doña Nicanora Moreno, y entre D. Rafael Castro y Doña Ignacia Moreno. Ambas señoritas contrayentes, eran hermanas del héroe laguense. El P. Guadalupe Díaz dió la bendición nupcial, en las ceremonias respectivas.

(2) Por facilidad del formato, no se pudo conservar la ortografía peculiar del Dr. Rivera, en lo que reproducimos del libro suyo denominado "Viaje a las Ruinas del Fuerte del Sombrero." La i latina la emplea él en todos sus luminosos escritos, como i conjunción y como final de palabra. Ejemplos: **Las plantas i sus flores.—Alegres i florecidos los campos.—Voi a salir.—Mui hermosa.—Estoi sano.—Comboi repleto.**

D. Pedro Moreno, con quien hablaba horas después, puesto que recabó y obtuvo su permiso para llegar al fuerte. El 24 de junio entró ahí la tropa de Mina, compuesta de 269 hombres, entre ellos 25 heridos, después de haber recorrido en 30 días 220 leguas, siempre entre los combatientes realistas. De estos 30 días, sólo en uno habían hecho más de una comida, carne de vaca sin pan; y a pesar de esto Mina libró tres acciones muy notables, una de ellas contra una fuerza cinco veces mayor que la suya.

Moreno dió parte de esta llegada a la Junta de Jaujilla, de la que dependía, parte que hizo circular la noticia con rapidez asombrosa, por toda la nación, a favor de haber sido publicada en el Boletín que se imprimía en la imprenta republicana, propiedad de la referida Junta. Desde entonces, Mina se dedicó a corregir los defectos de fortificación, agregando algún detalle característico del nuevo sistema de obras militares seguido en Francia, y a instruír y disciplinar a la guarnición, distribuyendo el mando de las primeras unidades entre los jefes recién llegados, sin contrariar a Ortiz, a González, a Borja y a otros patriotas que ahí andaban, desde que fuese ocupado el fuerte.

Grandes cargos han hecho a Mina algunos escritores por haber invadido la hacienda del Jaral, perteneciente al conde D. Juan Moncada, realista, adversario incisivo de la revolución, que sostenía con su dinero una compañía de 300 hombres. Supo, por las revelaciones de un criado, que el dinero estaba enterrado en una pieza contigua a la cocina. Cavaron allí y se encontra-

---

La regla que da el doctor Rivera en sus "Lecciones de Gramática Castellana" es que la **i latina** se debe usar cuando es herida y no hiere, como tercera vocal que es, y la **y griega** cuando hiere, porque es consonante junto con vocal con la que forma sílaba. Ejemplos: **Simplicidad de acción i expresión. Mui caros nos importan los bueyes. El buei solo bien se lame. Los magueyes se secan. El maguei está en su jugo.**

Esta misma regla era seguida por el distinguido académico sudamericano Don Andrés Bello.

ron muchos sacos que contenían más de 140,000 pesos. Despojaron también, según Alamán lo dice, un copioso almacén, lleno de géneros, de vestuario y consumo, y todo lo demás quedó intacto, excepción de algunos caballos y bueyes que se tomaron para conducir el dinero. "Con esto se retiró Mina, dejando un recado al marqués del Jaral para cumplimentarle, asegurándole, con amarga ironía, que tendría el honor de repetirle la visita."

Una partida de soldados condujo el dinero y los efectos del Jaral a San Bartolo, en carretas, y de allí al fuerte del Sombrero en un atajo de burros. Allí volvió a contarse el dinero y no se hallaron más que 107,000 pesos depositados en la caja militar. "Era que los soldados de la escolta, queriendo **estirar parejo**, se habían tomado más de 33,000 pesos, sobre lo que Mina tuvo que callar."

La opinión del general Refugio González, emitida en reciente época, sobre la incautación del dinero perteneciente al marqués del Jaral, es de tomarse en consideración porque como él fue, aunque muy joven, uno de los que estuvieron en el fuerte del Sombrero, pudo enterarse de la verdad del caso en sus menores detalles (1).

"El conde del Jaral había formado y equipado y sostenía a sus expensas—dice—un regimiento de caba-

---

(1) El general D. Refugio González, que estuvo, siendo niño, en el Sombrero al lado del señor su padre Don Santiago González, que era coronel con mando de la guarnición formada de los que volvieron al fuerte, cuando los sorprendieron las tropas realistas, en la marcha que emprendían al romper el sitio, fue un distinguido liberal, de gran carácter, que figuró como diputado en las administraciones de los generales Manuel González y Porfirio Díaz. Polemista de fuerza, fundó y tuvo a su cargo una sección política del semanario "El Combate." Sus artículos más vigorosos, templados al rojo blanco de la idea jacobina, llevaban el prestigiado pseudónimo de "Cabrión." Era hijo de la ciudad de Lagos. También estuvieron en el fuerte del Sombrero la señora su madre y hermanos, uno de los cuales murió en el mismo fuerte, a la entrada de Liñán. Su padre

llería que llevaba su nombre y residía ordinariamente en San Luis. El marqués D. Juan Moncada, conde de Verrios y del Jaral, era un fanático defensor del rey de España y terrible perseguidor de los independientes, y esta sola circunstancia era más que sobrado título para formar de sus bienes el tesoro que debía servir al sostenimiento de las fuerzas que combatían por conquistarnos una patria que no teníamos.

"El señor mi padre, teniente coronel entonces del regimiento de Nueva Galicia que mandaba el coronel D. Juan de Dios Moreno, recibió y condujo al fuerte, bajo su responsabilidad, el dinero y efectos tomados al enemigo por el señor Mina, y a su llegada al fuerte, entregó al señor D. José María Torres, tesorero de la división, 152,000 pesos y 500 onzas de oro, así como los demás efectos de vestuario y municiones de boca que había recibido."

Mina tuvo una entrevista en el fuerte del Sombrero con el Dr. San Martín, canónigo de Oaxaca, y el Lic. Cumplido, comisionados de la Junta de Jaujilla, para entrar con él en arreglo del plan general de campaña que estaba en estudio, y dar firmeza al gobierno que administrara todos los intereses de la insurrección.

De las declaraciones de Mina se infiere que éste puso las siguientes condiciones:

1.ª—Mina obedece a la Junta de Jaujilla;

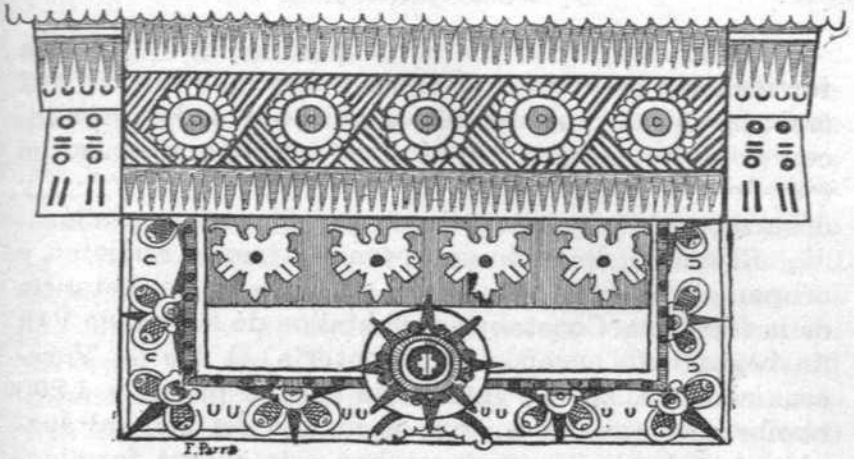
2.ª—Mina tendrá el mando en jefe de todas las fuerzas que operen en el Bajío, sierra de Comanja, sierra de Guanajuato y lugares circunvecinos;

3.ª—Quedarán a sus órdenes el padre Torres, defensor del fuerte de los Remedios; Moreno, defensor del Sombrero, Ortiz y demás jefes que militaban con sus guerrillas en el mismo territorio.

---

fue hecho prisionero a la caída del mismo fuerte y llevado ante el citado brigadier, quien ordenó su muerte; pero él logró cortar sus ligaduras con un pequeño cortaplumas que ocultaba en la palma de una mano, y emprendió valerosa fuga que le dió salvación, tras de haber corrido mil peligros.

El padre Torres aceptó con mucho disgusto la sumisión y puso todas las dificultades que logró formar para no consentir que Mina realizase sus buenos planes de campaña, a quien hostilizó por debajo de cuerda, como decían los políticos de entonces, perjudicando dicho cura la causa de la Independencia.



EL FUERTE DE SOTO LA MARINA DEFENDIDO CON HEROICIDAD

LA valerosa defensa que se hizo del fuerte de Soto la Marina es sumamente honorífica a la guarnición y manifiesta el influjo que había ejercido Mina en el espíritu de las tropas.

La fuerza numérica que quedó bajo las órdenes del mayor José Sardá, no pasaba de 135 hombres, número mermado a causa de la derrota que sufrió el capitán Andreas que había salido a traer trigo. Volvía con 23 mulas cargadas, cuando se encontró con un cuerpo de 220 realistas. Aquéllos sostuvieron una acción obstinada, por espacio de media hora, en que todos, excepto tres, fueron muertos o hechos prisioneros, para correr la misma suerte a los dos días. El único que pudo escapar de la matanza fue Andreas, con la condición de servir a la causa realista. El mayor Sardá sintió esta desgracia, puesto que de resultas de ella su fuerza quedaba reducida a sólo 130 hombres.

Como se aproximaba el enemigo, se dió prisa a la fortificación de Soto la Marina y hay que anotar que trabajaron las mujeres de los paisanos dados de alta, con notable energía, dedicándose también a matar el ganado que encontraban en los campos limítrofes, y destazaban la carne para hacer de ella cecina salada.

El día 11 de junio aparecen las tropas realistas y ocupan el rancho de San José, a una legua de distancia de la fortaleza. Constaban del batallón de Fernando VII, un regimiento europeo de infantería, el fijo de Veracruz con 350, 280 de infantería con 19 piezas y 1,200 hombres de caballería, todo al mando del general Joaquín Arredondo. Contrarrestaban esta fuerza formidable 113 hombres que tenía a la postre el mayor Sardá, de los cuales 93 componían la guarnición y 20 cuidaban los almacenes. Las piezas montadas en el fuerte se reducían a tres de campaña, dos obuses, un mortero de once pulgadas y media y tres carronadas, según lo explica Brush. Una parte del fuerte estaba enteramente abierta por no haber habido tiempo de formar un reducto.

El día 12, el enemigo abrió el fuego desde una batería distante, colocada en la orilla opuesta del río, y lo mantuvo hasta el 14 sin hacer daño notable.

Sardá procuró aprovecharse del ganado que pastaba en las inmediaciones y, como los realistas querían hacer lo mismo, se encontraron dos partidas en esa operación que emprendieron lucha formal, habiendo obtenido un triunfo la salida del fuerte, al que llevó una buena cantidad de cabezas de ganado para aumentar las provisiones. Esta acción animó a los soldados, les inspiró confianza en sus propias fuerzas y desprecio al enemigo.

Fueron destinados algunos hombres a cargar los fusiles, en tanto que los otros los debían disparar. Mil fusiles cargados y con bayoneta armada, estaban constantemente listos para el caso de asalto. Como el enemigo rompiera el fuego de cañón el día 15, con

una batería montada a la orilla izquierda del río, a tiro de fusil de la fortaleza, haciendo positivo daño a los defensores, Arredondo, una vez comprobado el buen éxito, colocó siete cañones más en la misma orilla, quedando así la guarnición entre dos fuegos expuesta a una destrucción inevitable. Esto, agregado a la falta de agua por el hecho de haber interrumpido la fuerza realista la comunicación con el río, agravó las condiciones de la defensa y presto los soldados desfallecían de sed. Tan destructor era el fuego de la infantería contraria, que ni aun los hombres más valientes se atrevían a acercarse a la orilla; pero hubo una heroica mujer mexicana, conmovida al ver que los hombres empezaban a desmayarse, que salió intrépidamente del fuerte y, en medio de un diluvio de balas, sin daño alguno, pudo llevar agua a los sitiados.

Según Robinson lo refiere, por la tarde del 15 la artillería del fuerte estaba desmontada o inutilizada; agotaron la metralla. Las obras del frente, mostraban enorme brecha que acababan de abrir los cañonazos. Se oyó el toque de asalto y divisaron las columnas que marchaban resueltas a emprenderlo.

"Este era el momento crítico en que la guarnición debía acreditar su denuedo—lo afirma Brush en su diario de campaña—y, en efecto, se dispuso a resistir con firmeza o a morir. Se formó un repuesto de fusiles cargados, se volvieron a montar algunos cañones y se les cargó hasta la boca con balas de fusil. El único obús que había quedado útil, tenía más de 900.

"El enemigo se aproximó a paso acelerado, gritando: "¡Viva el rey!" y presentando un frente formidable, al cual no parecía posible resistir. La guarnición lo dejó acercar a distancia de 100 pasos, y entonces lo recibió con una descarga cerrada acompañada de los gritos: "¡Viva la libertad! ¡Viva Mina!" Incapaz de sufrir tan vigorosa resistencia, el enemigo retrocedió en la mayor confusión y desorden; pero se rehizo y volvió al ataque, precedido por algunos caballos sin jinetes, que lo pro-

tegían del fuego y que, después de muertos, les servían para llenar los fosos.

"La guarnición aguardó como había hecho antes: el enemigo se acercó con la misma resolución, pero fue del mismo modo rechazado. En esta acción, Arredondo estuvo próximo a perder la vida, habiéndole pasado cerca una bala de cañón. La tercera tentativa, hecha del mismo modo que las anteriores, tuvo el mismo resultado."

Es de considerar la importancia de esta acción, librada por fuerzas de respeto, contra reducido grupo de defensores. Sin embargo, por heroica y sostenida que fuese la defensa, su debilidad no le consentía resistir más tiempo una lucha tan desigual, sin reposo ni refresco, porque el trabajo incesante, la fatiga de combatir y la sed abrumadora, lo imposibilitaban. La artillería era casi del todo inútil; la mayor parte de los artilleros habían perecido y la infantería estaba tan fatigada, que apenas se podía notar algún hombre que pudiese sostener el peso del fusil. Ello explica que algunos reclutas, faltos de espíritu para sacrificarse, apelaran a la fuga y el fuego cesó por ambas partes, como si se hubiese concertado un armisticio. Los realistas no aventuraron un nuevo ataque, en vista de las numerosas pérdidas que sufrierno en los anteriores, y buscaron medios distintos de rendir la constancia y el valor de aquellos soldados independientes.

El brigadier Arredondo tomó la iniciativa de ofrecer parlamento al mayor Sardá, pidiendo la rendición del fuerte a discreción. Se le contestó que la proposición era inadmisible y que podía, si lo juzgaba a propósito, aventurar otro ataque para tomar la plaza por asalto. Como el mayor Sardá consultara a sus tropas si estaban resueltas a seguir combatiendo, a pesar de la fatiga que las doblegaba y de la tortura de la sed, tanto los extranjeros como los mexicanos contestaron con firmeza heróica: "Estamos prontos a morir con usted, antes que ceder a vergonzosas condiciones."

Hubo otro parlamento con la oferta de respetar la vida de todos los individuos de la guarnición, sin otra respuesta que la misma dada antes.

"Presentóse otro tercer mensaje y, durante la conferencia (dice Robinson), un ayudante del Estado Mayor de Arrednodo dijo que su general sentía sobremanera sacrificar unos hombres que habían dado tan extraordinarias pruebas de valor, y que estaba autorizado a convenir en las condiciones más generosas y honoríficas."

En virtud de esto y después de una pequeña discusión, se propuso y entregó al oficial la siguiente capitulación:

"1.—Compréndense en esta capitulación todos los individuos que componen la guarnición del fuerte de Soto la Marina y los que se hallan en la actualidad en el río y en la barra. Serán prisioneros de guerra y se les concederá un sueldo correspondiente a sus grados. Los oficiales estarán bajo palabra de honor.

"2.—La propiedad particular será respetada.

"3.—Los extranjeros serán enviados a los Estados Unidos, en la primera ocasión. Los naturales del país se retirarán a sus casas, y no tendrán que padecer por su anterior conducta.

"4.—La guarnición dejará las armas, después de haber salido del fuerte con los honores de la guerra."

Aceptadas estas condiciones, el oficial español que iba de parlamentario, en presencia de toda la guarnición, dijo que estando autorizado por el general Arredondo para acceder a los artículos que le pareciesen convenientes, **empeñaba su palabra de honor, en nombre de su jefe,** que las condiciones de capitulación que tenía en las manos serían escrupulosamente observadas.

"El mayor Sardá estaba bien persuadido de que la palabra de un oficial realista, solemnemente empeñada, si era hombre de honor, ofrecía mayor seguridad que un documento escrito y firmado por un hombre sin

honor, porque si había interés en violar el contrato, nada era más fácil que romper un documento: por consiguiente, manifestando una ciega confianza en el honor del oficial, era más probable que sería observada la capitulación. Por esto no insisitió en que la firmase el general Arredondo." (Robinson, "Revolución de México," págs. 146 y 147).

Cesaron las hostilidades y se permitió lo convenido: que saliera del fuerte la fuerza defensora, con sus jefes, llevando sus armas. **Componíase esta guarnición de sólo 37 hombres.** ¡Sorprendente! Dejaron las armas a 500 pasos del enemigo y quedaron también prisioneros los insurgentes que se hallaban en la barra y en el río. Así se entregó el pequeño fuerte de Soto la Marina, hecho de barro, después de haber sostenido combates terribles con enemigo diez veces superior a él.

"Si se hubiera hecho semejante defensa en cualquier parte del mundo civilizado, habría ocupado un lugar distinguidísimo en las gacetas y anales militares de la edad presente, o a lo menos el comandante y los soldados hubieran sido respetados en sus personas y no se hubieran violado de un modo pérfido y cruel los términos de la capitulación." (Robinson.)

La pérdida de los realistas fue de 300 muertos y un número correspondiente de heridos.

Aunque los dos primeros días, aquella porción de héroes estaba libre bajo su palabra de honor, ello indicaba la buena fe de parte de los realistas; pero este convenio sólo duró un día más en que se produjo la violación de lo pactado.

Después de diez días de arresto, la guarnición entera fue mandada a Altamira y encerrada (cercanías de Tampico). Los prisioneros formaron un complot para buscar la fuga, mas haciéndose sospechosos, se redobló la vigilancia y se evitó toda alteración, fracasando así el golpe que los pobres defensores del fuerte de Soto la Marina proyectaban dar sorprendiendo a la guardia y desarmándola. Vino el encadenamiento

de todos, la suspensión de parte de los alimentos que se les proporcionaban diariamente y un trato brusco e inhumano.

Fueron llevados todos a Veracruz por el largo rodeo de Pachuca, a 25 leguas de la ciudad de México.

"Aunque iban a caballo—dice Brush—, el peso de los hierros, lo largo de las jornadas, la falta de alimentos sanos y el calor bochornoso, les produjeron enfermedades y una extremada debilidad. Algunos se desmayaban en el camino y era preciso atarlos con cuerdas al caballo; otros deliraban y pedían la muerte a gritos; los restantes eran conducidos como un rebaño y, al fin de la jornada, alojados en sitios estrechos y llenos de inmundicia. No se les daba sino escasa ración de malísimo alimento, que apenas podía sostener la vida. Siguióse a esto una debilidad mortal y como no les era posible tener descanso, ya no les era dable soportar el peso de las cadenas. Pocos hubieran sobrevivido si no hubiera sido por la humanidad de los habitantes." (1)

Así entraron a Veracruz aquellos atormentados prisioneros cuyo aspecto era de cadáveres por la extenuación del rostro y la delgadez del cuerpo. En una po-

---

(1) Entre los presos que trajeron de Soto la Marina a Veracruz, después de la capitulación del fuerte, se contaba una mujer francesa llamada La Mar. Su conducta altruísta curando heridos y atendiendo a los menesterosos durante los rigores del sitio, sería digna de caracterizar la mejor heroína de una novela de Lamartine. Sirvió de gran consuelo a los prisioneros por sus rasgos de buen humor, despreciando con la mayor fortaleza de espíritu las burlas y chocarrerías de la gente de Altamira y de Tampico, cuando la triste romería pasó por ahí. En Veracruz la destinaron al servicio de un hospital, como enfermera, obligándola a cubrir otras faenas denigrantes, como para humillar su temperamento. Mas logró fugarse en un barco, dejando una carta para el Comandante del puerto y otra para el virrey, llena de recriminaciones por haber faltado a los compromisos contraídos en favor de los jefes y tropa que capitularon en la fortaleza de Soto la Marina, con el mayor José Sardá, que era su jefe.

cilga húmeda, en que podrían caber tan sólo cuatro personas, estuvieron amontonados catorce, sin que pudieran respirar el aire, con sofocación terrible.

Se les condujo a Ulúa en botes, custodiados por gente armada, sin quitarles los grillos. Quien más se distinguía por su aspecto de impasibilidad y apostura serena era el mayor Sardá, revuelto entre los prisioneros, trascendiendo su categoría al conocimiento público, sólo por su nobleza de actitud.

"Yo los ví desnudos, pues estaba arrestado—dice D. Carlos María de Bustamante—. Una tarde y una mañana se emplearon en remacharles los grillos, siendo dos atados a cada barra: tratóseles con la mayor crueldad; algunos murieron de hambre, que era tal, que yo los ví lanzarse como perros a comerse unos tasajos de carne cruda, disputándosela entre sí como canes rabiosos; se les despojó de cuanto llevaban al sacar sus uniformes y dinero, que se lo tomó el teniente de rey de Veracruz, coronel D. José María Echegaray, hipócrita detestable que cuantas crueldades cometía lo hacía invocando a San Francisco de Paula, de quien afectaba ser muy devoto. Acuérdome que, colocado en el tinglado del patio del Castillo (Sardá), me llamó la atención un hombre engrillado, alto y rodeado de centinelas; su personal era imponente y conservaba su dignidad, en medio de aquel estado de humillación; por la ventanilla de mi calabozo le desprendí una torta de pan, la tomó, la acercó al pecho y me dirigió una mirada de gratitud.... ¡Ah! qué crueles eran los españoles en sus venganzas! ¡Qué inexorables y tenaces en sus odios! Aquellos prisioneros fueron hundidos en una galera húmeda que desde entonces tomó el nombre de Mina y era mirada con horror: de ahí les ví salir para los presidios de Africa. Todos eran extranjeros, y hasta griegos había entre ellos."

"Fue también prisionero en el fuerte de Soto la Marina—agrega el autor del suplemento a "Los Tres Siglos de México"—mi caro y sabio amigo el doctor

D. Servando Mier, que venía de capellán; tratósele con la mayor ignominia, mandósele preso con un par de grillos, montado caballero en una bestia de albarda, y derrumbándose en el camino, quebrósele un brazo; se le hundió en la inquisición y se le formó causa por la jurisdicción unida (civil y eclesiástica). Extinguido este tribunal, se le mandó a Ulúa y de ahí a España; pero en la Habana se fugó, regresó a Veracruz, donde fue detenido en el Castillo por el general Dávila; pero reclamado (años más tarde) por el Congreso (aun con amenaza de usar de represalias), tomó posesión de diputado y fue a poco perseguido y arrestado por orden del señor Iturbide. Nada de esto menguó la reputación del señor Mier; el pueblo de México le trató cordialmente, y su nombre no se toma en boca sin elogio por su saber, patriotismo y popularidad."

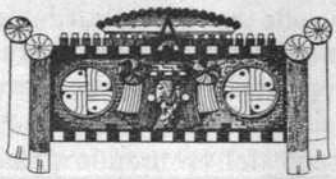
Este fue nada más que final de un cuadro escénico ofrecido en la trama de una epopeya que desarrollada sería gloriosa, a juzgar por la importancia eximia de un Mina, de un Moreno y de un doctor Mier, terceto admirable en los fastos de la historia de nuestra liberación.

Al pueblo no se le engaña con la doblez de conducta y con aparatos de mistificación testaférrea, y el despotismo, que es consecuencia de las tiranías, nunca puede obrar sino de modo cobarde, altanero, vengativo, preparando el último golpe como el de la hacha del verdugo arrepentido de serlo, pero siéndolo hasta el último trance de su vida, como por vaticinio fatal.

Mina se enteró del tremendo desastre sufrido por sus tropas que se habían quedado protegiendo el fuerte de Soto la Marina, a los pocos días de encontrarse en el fuerte del Sombrero, y juró vengar la sangre de los inmolados y la ignominia a que los realistas sujetaron a los rendidos, sintiendo de modo especial al mayor Sardá, que había sido su buen amigo, y al doctor D. Servando Teresa de Mier que lo había acompañado en toda su expedición desde que saliera de Londres,

sirviéndole de útil consejero y dándole luz sobre la verdadera situación de la Nueva España.

Dicho letrado, enemigo acérrimo del absolutismo español, corrió multitud de peripecias de índole política, en España, tras de la primera disolución de las Cortes de Cádiz, en las que no figuró como uno de los diputados; pero en la prensa independiente de aquella única región que dominaban los iberos, pudo lanzar los más terribles cargos contra la Corona, censurando con acritud la conducta pérfida del primer ministro Lardizábal. Esto le valió persecución tenaz de los esbirros, captura deprimente, anatema inquisitorial y prisión alargada, con todas las exclusiones de buena alimentación o comodidad en la celda que le destinaron. Quiero dedicar capítulo aparte a la consideración de los eminentes servicios prestados por este digno varón a la causa de la independencia; pero antes hablaré de las embarcaciones que trajo Mina, ancladas al frente de Soto la Marina y del remedo de batalla naval que se produjo.



ACCION NAVAL FRENTE AL PUERTO DE SOTO LA MARINA

SON muy raras en nuestra historia las acciones navales que hemos tenido, desde la consumación de la Independencia, por lo que salta a la vista de los que leen a menudo relatos de epopeyas nacionales, lo ocurrido frente al puerto de Soto la Marina, cuando el general Francisco Javier Mina iniciaba su expedición guerrera, a través de las provincias de Nuevo Santander, San Luis Potosí y Guanajuato.

El comodoro Aury se había hecho a la vela con su escuna, haciendo proposiciones a Mina para comprarle el bergantín denominado "Congreso Mexicano," que estaba en Nueva Orleans. También habían levado anclas los bergantines que fueron apresados, por la necesidad de conducir más pertrechos de guerra, y sólo permanecieron en la rada la "Cleopatra," "El Neptuno" y la "Elena Tooker." La primera había ido en servicio de transporte en lastre, y al "Neptuno," que servía de almacén, buque viejo, bromoso y pesado, se

le retiró del agua y lo tendieron de costado sobre la arena, desbaratándolo más tarde para emplear la madera en la fortificación que dirigía Sardá. Parte de su carga había sido arrebatada por las aguas del río y la otra parte, que consistía principalmente en pólvora, quedó almacenada en el desembarcadero. Cerca de éste existía un campamento de reducida tropa, con el encargo de vigilar de noche y de día aquellas provisiones de guerra.

Se esperaban sucesos extraordinarios. Como las tiendas de campaña llamaran la atención de unos barcos españoles que navegaban rumbo al norte, una fragata y dos escunas, los marinos que las mandaban ordenaron el desembarque de su gente para atacar a los que ocupaban dicho campamento. Los mencionados buques eran la fragata "Sabina" y las escunas "Belona" y "Proserpina," las cuales, habiendo sido despachadas de Veracruz, con orden de destruír la expedición de Mina, se habían aparecido a vista de ella en la mañana del 17 de mayo.

"Al descubrir a estos incómodos huéspedes la tripulación de la "Cleopatra," se echó a los botes y pasó a tierra, llevando la noticia de aquel suceso a Soto la Marina y abandonando el depósito de municiones que no les era posible defender contra fuerzas superiores a las suyas. Sin embargo, el capitán Hooper permaneció con su bote en el río y a corta distancia de los españoles, con el designio de observar sus movimientos."

Como el enemigo rompiera el fuego de cañón, la "Elena Tooker" levó anclas y debió su escapatoria a las excelentes condiciones de ligereza y buena maquinaria. La "Cleopatra," abordada sin resistencia, "no tenía alojado más que a un gato que los marineros habían olvidado con la prisa de desembarcar. El buque no tenía aspecto guerrero ni carga ninguna a bordo."

Se le habían hecho inútiles disparos de cañón a dicho barco, puesto que no tenía tripulación, y entonces se decidieron los marinos a bajar a tierra, con ánimo

de desembarcar y recoger o destruír los pertrechos y provisiones que estaban en la costa. Llegaron a la boca del río, pero retrocedieron creyendo que en las tiendas de campaña se ocultaba alguna fuerza considerable para batirlos y derrotarlos. A esto se debió que los españoles abandonaran la empresa, contentándose con el triunfo logrado y habiendo recogido dos cañones. Quisieron llevarse la "Cleopatra," pero no pudieron realizarlo, debido al mal estado que ofrecía, de resultas del cañoneo que le había producido fuertes averías.

A este episodio naval, de escasa importancia, le hicieron festejos los realistas de México, atribuyendo al caso una victoria en aguas marinas, extraordinaria; hecho ridículo, porque los españoles no eran mandados por ningún almirante, ni mucho menos, sino por un simple oficial y por un cabo que fue el que llegó a la "Cleopatra," después de cañonearla inútilmente, encontrando a bordo el gato de referencia, que no podía hacer el milagro de contestar el fuego.

Mina recibió con serenidad la noticia de la pérdida de su escuadrilla y recordó a Cortés por haberse quedado tranquilo con quemar sus naves.

Despachó un destacamento con una pieza de campaña, para que la emplazaran en una margen del río y se observaran los movimientos del contrario; pero, habiéndole dado cuenta el capitán Hooper de todo lo ocurrido, muy especialmente de la retirada de los barcos españoles, los recelos del caudillo se disiparon.

Ya relatamos los detalles de la caída del fuerte de Soto la Marina y de la falta de cumplimiento del convenio de capitulación, por parte de los realistas, hecho que les reprochan todos los historiadores, sin excepción.

* * *

Ya que se habla de la escuadrilla de Mina, es oportuno dar a conocer algunos fragmentos de la interesante carta que el doctor don Servando Teresa de Mier

dirige, desde Norfolk, Virginia, a un amigo a quien llama Frasquito, con fecha 1.º de julio de 1816:

"Desde Liverpool escribí a Vd. al embarcarnos el día 15 de mayo, en que zarpamos a las dos de la tarde en la fragata "Caledonia," fabricada en el norte de América el año de 1800, para el comercio de esclavos; y el 19 volví a escribir a Vd. desde frente de Cork. Habiendo llegado a Norfolk, en Virginia, el 30 de junio, espera Vd., sin duda, una relación del viaje.

"Supongo a Vd. instruído en que la fragata es de un miembro del parlamento del partido que nos es favorable, y que **adelantó los gastos, debiendo pagarlos Mina,** esto es, el gobierno de México, cuando pueda, sobre lo que no quiero entrar en detalle. Baste saber que debíamos ser 56 pasajeros y sólo fuimos 20. El general, luego que vino a bordo, para poner orden y alguna disciplina, dió unas pequeñas ordenanzas señalando las horas de reposo y los respectivos trabajos: y para arreglarnos hizo una promoción provisoria, **haciéndome a mí el confesor de todos;** comandante de artillería al coronel Jocosa, italiano, que traía su mujer, dos niños, un chiquillo y un amigo mercader, con dos artilleros, de la misma nación, que fueron hechos tenientes; Pavía fue hecho comandante de escuadrón; Humendia capitán de caballería y edecán del general; Escaño, catalán, capitán de infantería; ídem don Lázaro Goñi; capitanes los dos pretendidos habaneros, pretendidos barones, pretendidos guardias de Corps, ahora marqueses de la Bastida, ahora pretendidos tenientes coroneles y, en realidad, brutalísimos y bajos cabos de escuadra del regimiento de Castilla; en fin, subtenientes Dalleres, catalán, y un inglesito de 17 años, edecán del general; un alemán muy instruído, llamado Bianqui, fue creado comisario de guerra; Steward, el americano que corrió con los avisos y todo, intendente; y un griego de Smirna, criado en Francia, oficial de la marina inglesa que estaba en Burdeos para embarcar los oficiales de Mina y que huyó en cuanto los prendie-

ron y nos alcanzó en Liverpool, fue también hecho capitán.

"Desde la primera noche, dadas las diez, según la ordenanza, el general estaba ya recogido, y todo en silencio; yo tendía mi cama; Pavía, sin hablar, estaba en un rincón y los dos oficiales de Porlier, Heumendia y Escaño (a quienes Mina vistió y mantenía desde que llegaron desnudos y pereciendo a Londres) conversaban muy alto en la cámara. El general los exhortó desde su cama al silencio, por tres veces y no quisieron obedecer. El dispensero les hizo presente que le era preciso recoger la vela, porque estaban bajo la cámara 200 barriles de pólvora. Ellos lo maltrataron de palabras, y él les dijo que no conocía el miedo. Mina gritó que era preciso obedecer y le respondieron que no obedecían a caprichos de un déspota. Oído lo cual, Mina mandó llevar la luz, y entonces Pavía se levantó, diciendo que nunca olvidaría una acción tan indigna e indecente con oficiales, etc.

"En cuanto se levantó Mina a otro día, reunió a todos y pidió dijese cada uno si resolvía obedecerle como a general; que el que no quisiese, libre era, y lo desembarcaría en Cork, pagándole el viaje para que se restituyera a Liverpool. Ya Pavía había solicitado volver a Londres e irse por allí con su mujer a Nueva York. El primero que habló fue el comandante de artillería y dijo que obedecería, sin duda, pues que tal era la obligación de un militar. En lo mismo convenimos todos, excepto Pavía, que protestó no obedecía a déspotas, y que se desembarcaría en Nueva York; lo mismo dijeron Heumendia y Escaño. Los fingidos habaneros se mostraron resentidos de ser sólo capitanes, cuando eran tenientes coroneles, y exhortaron, luego que salió el general, a los otros refractarios a tenerse firmes y no dejarse dominar. Pero cuando vieron que nos acercábamos a Irlanda, Heumendia y Escaño echaron empeños al general, para continuar el viaje; sólo Pavía se tuvo firme. Llegó la barca de Irlanda, y Mina instó

a Pavía para que se fuese. El comenzó a gritar que estaba bajo la protección de la bandera británica y que protestaba contra la fuerza que se le hiciese; que él quería ir a los Estados Unidos y que pagaría su viaje. El sobrecargo dijo que el barco y todo era suyo, y no había violencia en echar de su casa al que quería estar en ella contra la voluntad de su dueño. No obstante, Pavía amenazó a Mina de que si lo echaba por fuerza, como amenazaba, le había de pesar, y como aquél no quería que se supiese nada, tuvo la prudencia de cejar. Ya yo había oído hablar mal de este Pavía en Londres, y Mina mismo fue avisado, poco antes de salir de Londres, que era un espía inglés, de que no hizo caso porque me dijo saber que había quebrado poco antes con el gobierno; pero él mismo me había contado los indignos medios de que se valió para desacreditar a Miranda, su bienhechor, cuando su primera expedición, y cómo fue cuando la segunda vez, a costa del gobierno inglés que le dió 500 libras para informar al Congreso de Venezuela de que sus planes, confiados a él, eran de hacerse rey y quitar clérigos y frailes. Yo me admiré mucho de que ninguno de Vdes., antiguos sabedores de todo, hubiese informado a este pobre Mina de la malicia de este hombre, cuya vista en Liverpool me dejó atónito. Los dos josefinos que habían tenido la bestialidad de enseñar a Mina la carta de Olfanil, que traían de recomendación para Su Majestad Católica D. José I, rey de las Españas y las Indias, no debían haber venido por falta de medios; pero Pavía les aconsejó recurriesen a Jastet, diciéndole que debían venir con Mina su amigo. Este fue un conjuro para Jastet, que les dió cuanto pidieron y se encargó de embarcar sus mujeres y niños, que quedaron viviendo con la mujer de Pavía, a quien abandonaron en **hóspite insalutato,** sin que sus maridos hayan tenido carta alguna. Tal para cual. A todos estos cuatro: Heumendia, Escaño, Pasamonte y Conde, Pavía les prometió que no perdían nada con Mina, que él valía más

que él en América, que antes que aquél, hablaría él al diputado de México, de Cartagena, etc.; les prometió empleos, toros y moros, de manera que hicieron un cisma manifiesto, creyendo por otra parte perdido a Mina por la prisión de sus oficiales. Hicieron más: extraviaron a los italianos, que encerraron los planos que habían levantado y no quisieron trabajar más, porque ellos les dijeron y a todo el barco que Mina no era general, sino un salteador de caminos, un tunante, un pícaro, y a ese tono iba todo. Pero el objeto de su furia éramos yo y la religión. Yo no era libre para hablar una palabra, la más inocente; la respuesta más cariñosa era: "cállate, so ignorante, pillastrón, ladrón" y otra increíble serie de denuestos groserísimos, baldones y calumnias aprendidas de la dulcísima boca del furioso Méndez por el josefino Pasamonte, hombre necio, brutal y bárbaro, que así me trató todo el viaje, hasta el día que desembarqué, creyendo salir del infierno mismo. Ante tí juro ¡Dios mío! que no digo por ahora 30 libras; pero si me viese pordioseando no trocaría mi hambre por un barco semejante.

"Pero qué mucho me tratasen así: su continua conversación era contra Dios, cargarse en él, negar que existía, llamar a la virgen pura con Gabriel, eran las menores blasfemias de los cuatro susodichos, especialmente Heumendia, Escaño y Pasamonte. Como todo el barco estaba horrorizado, Mina emprendió en la cena probarles la existencia de Dios y la bondad de Jesucristo. Heumendia lo trató de ignorante, y que no sabía más que cuatro romances. "En la tierra nos veremos," le respondió Mina y calló. Pero como no cesaban cada día de hablar contra él, le dijo por la noche que no era digno de un militar, estando desafiados, hablar mal todavía a las espaldas; el otro le respondió mil desvergüenzas. Yo estaba arriba cuando vi salir a Heumendia como un gamo, porque Mina sacó dos sables y le dió uno para que se batiese, y, si no, le cortaba las orejas. Mina subió tras él, con el sable desenvainado,

y lo mata si no me abrazo con Mina y lo vuelvo a la cámara. En yéndose, el otro cobarde pedía auxilio a sus compañeros, diciendo: que lo habían cogido indefenso, y Escaño vomitaba injurias como sargentón que es, diciendo lo de que Mina no era general sino un ladrón de caminos, etc. Entonces don Lázaro se agarró a brazo con el tal Heumendia; yo metía paz, y el Escaño dijo: "a este.... se le debe dar," pero cuando me iba a dar vino sobre él Antonio. No pudo sufrir más el capitán y trató de poner a los dos Porlieranos en grillos. Pasó ante el general y se puso a sus órdenes con sus 30 hombres de tripulación, para cuanto ordenase. Estas escenas eran contínuas, y los mismos pillos se solían desafiar, no siendo sino un hato de collones.

"La fragata a la inglesa estaba ricamente provista. Galleta fresca todos los días y patatas; vino de madera, cuatro botellones cada día; cerveza embotellada y el vino a tutiplén, tres botellones de rum; carneros, gallinas, patos, puercos, nunca faltaron a la mesa, ni pasas ni almendras, pudines y bacallas, fuera del jamón, de la carne salada y mucho queso, café y azúcar. Pues señor, porque pasados días faltaron las verduras, y al cabo el vinagre y el aceite que se dieron priesa a consumir, porque luego faltó el té, y porque tanto vino todavía no les parecía suficiente, y cada uno quería cuatro botellas diarias de cerveza, todo eran quejas y gritos, como si pagaran algo estos bribones y mereciesen algo, no queriendo obedecer al general. Mucho me incomodaba yo por los italianos que vinieron por mí, pues a más de traer tanto familión y haber pagado Mina un dineral por su equipaje en Liverpool, tuvo que dar 16 libras para que se hiciesen ropa, así como docena y media de camisas a cada uno de los otros bribones. ¡Válgame Dios, cuánto ha sufrido este pobre Mina!, pero al fin no se le atrevían cara a cara; pero a mí, ¡buen Dios! qué atroces insultos día y noche, porque me veían que, viejo y con un brazo roto, no podía ofenderles. Aun si dormía, me despertaban ti-

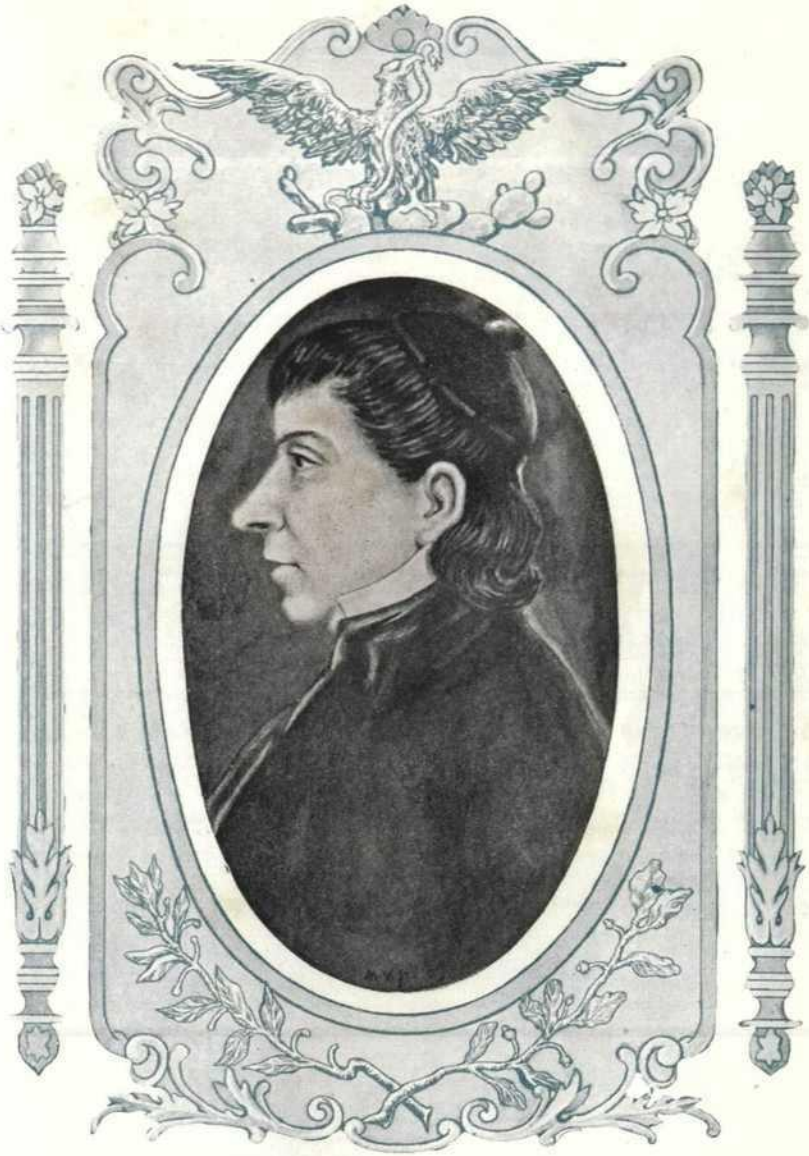
rándome algo encima: "levántese el marrano y váyase al escotillón de proa, que la cámara se hizo para los caballeros, y no para un canallón semejante." Por sosegar esta canalla en sus quejas, Mina hizo detener el barco el día 30 de junio en las Azores y envió una barca a la isla del Cuervo, que aunque es pobrísima, dió por cuatro duros algunos pescados frescos, leche, pan, una libra de té y muchos huevos. Con estas cóleras el general estuvo muy malo dos veces de sus ataques de bilis y no tenía otro consuelo que los extranjeros y yo, que le habíamos quedado fieles: yo me prevalía de todo esto para hacerle notar lo que eran los españoles y acostumbrarle a no fiarse de ellos. Yo, amargado hasta el extremo, sentía en mi cuerpo toda la aflicción de mi alma, y casi siempre tenía que estar en cama con dolor de cabeza y vómitos, que no me ha quedado tripa. El viento casi siempre contrario, cuando no teníamos calma; algunas tempestades que me hacían temblar, teniendo debajo de la cámara tanta pólvora, y qué sé yo cómo no se hundía el barco con tantas blasfemias que me estremecían, porque nunca las oí mayores. Todo mi consuelo era el general, que, mientras más los otros me insultaban, más redoblaba él de atenciones, de estimación y confianza. El bribón de Pavía conocía bien esto y jamás hablaba ni contra la religión ni contra mí; antes procuraba contener a los otros, sobre quienes tenía grande ascendiente, como lo esperaban todo de él. Y no era virtud, sino que trataba de reconciliarse y hacerles traición. Así, cuando estuvimos a la tercera parte del camino, pidió una conferencia al general para pedirle perdón de un rapto de un momento y que tenía que descubrirle los planes dañinos de los otros. Como los josefinos, a título de uniforme, intentaban sacarle dinero para irse con él a ver al rey José, con la carta que traían; como los otros protestaban dejarle en el momento e irse a buscar a otro partido, etc., etc., oliéronlo sus confederados y, después de decirle las mayores indignidades y desafiarle, fueron a contarle al

general todo lo que les había dicho y prometido para impulsarlos al arrojo, que sin él no habrían cometido, y para reconciliarse echaron muchos empeños, menos a mí que habían tan cruelmente injuriado. El general no aceptó el partido; sólo recibió en su obediencia a Pavía y a los italianos porque no se habían desmandado ni contra él ni contra mí, porque me echaron de empeño y porque éstos en su profesión son ciertamente muy hábiles y el general los ha menester.

Pero ¿cómo restituir la confianza a Pavía y a los otros cuatro, cuya indignidad estaba reconocida? ¿Cómo llevar a México tales pérfidos y ateístas? Mas si se les desahuciaba enteramente, ¿qué males no podrían hacer publicando la empresa, uniéndose a Onis y cónsules españoles? Mina resolvió que Pavía, puesto que espera a su mujer en Nueva York, y, como él dice, está demasiado viejo y cascado, quedase allí en comisión para reclutar e ir recibiendo los oficiales que vayan viniendo de Burdeos, y también al hermano del general. A los otros les dijo que no podía recibirlos en el servicio para una expedición que les parecía desesperada y en que decían los llevaba al matadero para sólo labrar su fortuna; pero que, estándose en Baltimore, no les faltaría un duro diario para comer. Se supone mientras se organizaban las cosas para no temer nada de ellos; luego fueron despedidos. Con todo, no cesaban de ladrar y echar Heumendia baladronadas, pero habiendo divisado tierra, entramos el día 30 de julio, es decir, a los 46 días, en la bahía de Chesapeak, donde echamos anclas para tratar con la aduana. Norfolk, lugar de 15,000 almas, es el lugar que quedaba a la vista, y el general Stewart, yo y Antonio nos vestimos para ir a él, que dista 14 millas. Los cuatro forajidos, sin orden alguna, se vinieron precipitadamente diciendo que no eran presos y que querían ir a tierra. Fácil era detenerlos, dijo el capitán, porque no obedeciendo al general, debían pagarle el pasaje o tenerlos a bordo; pero sabiendo que era necesario, pa-

ra desembarcar, un permiso particular, se sosegaron; Mina llamó aparte a Heumendia y le dijo: "Vd. irá conmigo a tierra, porque es preciso que Vd. se bata conmigo." El otro no admitió, aunque el general le trató de collón y hombre sin honor. A mí me pareció salir de los abismos, y ya iba algunas millas distante y todavía volvía la cara, como si me persiguiesen los demonios."

Tal era el comportamiento de algunos aventureros que, no conociéndolos Mina, los había contratado como oficiales para venir a combatir a México por su independencia. Estos fueron los que revelaron al ministro español Onis los elementos de que disponía Mina, convirtiéndose en positivos traidores. Por fortuna, Mina logró deshacerse de todos los malvados.



Fray Servando Teresa de Mier

FRAY SERVANDO TERESA DE MIER

FILOSOFO, PROPAGANDISTA DE LA INDEPENDENCIA

ESTE hombre, patriota a carta cabal, es uno de los políticos más discutidos en la historia de la Independencia, por sus ideas liberales y arrestos parlamentarios; uno de los más censurados por el clero virreinal, a causa de haber considerado como leyenda la aparición de la Virgen de Guadalupe en la Nueva España; pero sin negarla.

Oriundo de Monterrey, nacido el 18 de octubre de 1765, descendiente por parte de padre de los duques de Granada y marqueses de Altamira, y por la materna, de los primeros conquistadores del Nuevo Reino de León; ordenado de sacerdote con la gradación del doctorado en teología y cánones, convertido en fraile de Sto. Domingo, en cuyo convento pasó los mejores años de su juventud, así como en los claustros de Portacoeli y la Piedad, revelado como un gran escritor de espíri-

tu revolucionario, por las ideas reformadoras que emitía en los asuntos religiosos y políticos.

Gran orador de sindéresis clásica y copiosa elocuencia, obtuvo notable triunfo en el sermón que pronunciara, ante el virrey Branciforte, la Audiencia y el Ayuntamiento de México y ante la urna que contenía los restos de Hernán Cortés, en ceremonia llena de aparato y ostentación, puesto que se trataba de trasladar dichos restos del templo de San Francisco al de Jesús, con toda la pompa rituálica de la Iglesia y todo el aparato ostentoso de la cortesanía. (1)

A pedimento del arzobispo D. Alonso Núñez de Haro y Peralta, se le instruyó proceso canónico y estuvo recluído en las cárceles secretas de la Inquisición, tras de sentir el flagelo que lo excomulgaba, privándolo de sus prerrogativas doctorales. El clero tachó como herejía el sermón de la Guadalupana, a pesar de la argumentación que oponían el acusado y sus defensores. Tanto se preocupó el jefe de la iglesia metropolitana con las doctrinas que propagaba dicho sermón, que mandó pronunciar otros sermones en contra de ellas y en contra de su autor, acusándolo de falsario y de irreverente al tratar de deprimir una creencia que estaba en la conciencia de toda la Nueva España.

El doctor Mier consiguió pasar a España para impetrar justicia ante el Consejo de Indias, quien lo escuchó con interés, para dictaminar a su tiempo. No conforme el interesado con esa moratoria, imploró con suma habilidad la influencia de los ministros Llaguno y Jovellanos, y a este último le dedicó, en sentidos versos castizos, un delicado poema de artístico sello, delineando con perfiles griegos la aparición de una diosa que simbolizaba la justicia, visitándolo en su prisión.

Sus recursos de reivindicación no se agotaron porque se interpusiera, en contra suya, un "covachuelo"

---

(1) El historiador Don Luis González Obregón tiene publicado un magnífico relato de estos funerales, como parte integrante de su valioso libro "México Viejo y Anecdótico."

bien relacionado en la corte, D. Francisco Antonio León, a quien el Dr. Mier obligó a **desembuchar** algunos testimonios irreprochables que probaban su inocencia, la inquina del clero del Anáhuac contra él y lo injusto de los castigos que le habían impuesto.

La Academia de la Historia en Madrid tuvo que penetrarse de la voluminosa documentación que aludía al sermón censurado, al edicto excomulgante, autos del proceso instruido a Mier y observaciones defensivas de este religioso, para deducir conclusiones.

En el dictamen se lee que el Dr. Mier no negó la tradición aparicionista de la Virgen de Guadalupe y que "en ningún caso había en su sermón cosa digna de censura o nota teológica," por lo que el Dr. Mier debía ser indemnizado en su honor, patria, bienes y perjuicios.

El fallo a que aludimos fue redactado por tres eminentes teólogos; sin embargo, el quejoso ninguna reparación obtuvo administrada en justicia, y decidió emigrar a Francia; pero en el camino lo aprehendieron, lo redujeron a severa prisión; volvió a fugarse y se dirigió a Bayona, a principios de 1801. Allí sufrió miseria inaudita y tuvo que buscar recursos vitales con la magnífica traducción que hizo de la famosa novela de Chauteaubriand "Atala," y con la factura de una sesuda y muy interesante refutación a las opiniones vertidas por Volney, en su libro "Las Ruinas de Palmira."

La suerte le ayudó y con sus talentos abrióse paso, entre los franceses más distinguidos. Fue miembro del Instituto de Ciencias y se captó la estimación del sabio barón de Humboldt, cuyo trato supo cultivar, y consiguió formar parte del Concilio Francés, convocado por Napoleón I.

Le vemos después en Roma secularizarse y figurar como teólogo del Concilio y Protonotariado Apostólico. Mas su inquietud constante de espíritu lo hizo volver a España, donde se renovaron las persecuciones que

antes le redujeran a cárcel e impotencia absoluta en manos de enemigos solapados que sólo buscaban su perdición.

El **covachuelo** León no le quitó la puntería, convertido en agente fiscalizador, en toda la gama de improperios, argucias, amenazas y vejaciones, interesando con donativos áureos, venidos de América, hasta a un consejero de estado, dispuesto a **reducir a papilla** al infortunado Dr. Mier.

Cansado de tanto bregar con ministriles, fiscales y covachuelistas, se radicó en Londres y ahí estrechó amistad firme con políticos latino-americanos, agentes de revoluciones intensas, como las de Colombia y Venezuela, Argentina y Perú, impulsadas por los talentos de Bolívar, Sucre y San Martín, mientras se realizaban transacciones a la alta escuela, con la adquisición de armas y proyectiles y con la fletadura de barcos filibusteros, destinados a costas de América para apoyar la insurrección.

Don Servando prosperó en aquel medio ambiente que era de toda su devoción; y entonces publicó los notables libros críticos "Cartas de un Americano a un Español" e "Historia de la Revolución del Anáhuac" que circularon y fueron leídos en Francia, lo que le valió al distinguido escritor ser nombrado miembro del Instituto.

Se asegura que Fernando VII se hizo leer esas obras y que, debido a la comprobación de cargos contra el sistema colonial en América, y muy especialmente contra el virrey Venegas, éste fue depuesto y llamado a España para interrogarlo sobre su conducta.

Ya hablé sobre el apoyo que tan ilustre político dió a los trabajos de organización hechos por el general Francisco Javier Mina, en Londres, poniéndose al frente de una flota con gente armada para desembarcar en las playas de Nuevo Santander y ocupar Soto la Marina, donde fue construido un fuerte al mando del mayor Sardá, quien tuvo que capitular tras de una

defensa heroica con sólo 37 combatientes que luchaban contra 2,000. Como figurara entre los prisioneros el padre Mier, lo condujeron a México, formando parte de una romería dolorosa que sufrió mil contrariedades y privaciones, a causa del maltrato que recibían de su escolta, hasta dejarlos hambrientos y desfallecidos por la fatiga, a través de escarpadas serranías y de espesas selvas, con un clima abrumador, tan caluroso como el del Senegal o de la Cochinchina inglesa, sorteando todos los peligros al cruzar las barrancas más profundas o al descender de las cimas más empinadas.

El Dr. Mier sufrió un percance que le costó la fractura del brazo derecho, (1) por caer de su calbagadura, sin recibir atenciones de ningún género. Llegado a México, ingresó a las cárceles secretas de la Inquisición, la que no le siguió proceso formal, reduciéndolo tan sólo a una vida de humillación y de tortura que no bastaron para quebrantar la fortaleza y serenidad de aquel espíritu abnegado y estoico como el de los hijos de Esparta. Su único consuelo era el de escribir unas "memorias" en las que planteaba problemas de índole sociológica, a efecto de alcanzar la salud de América con su independencia.

En ellas se vindica el Dr. Mier de los cargos injustos que le hacen sus numerosos e influyentes enemigos, sobre todo por el sermón de la Guadalupana, que explica sus verdaderas ideas y su entonación canónica, sin negar bajo ningún concepto la tradición religiosa.

Se creía hasta ayer que las "memorias" de Fray Servando Teresa de Mier habían desaparecido en Ulúa, en razón de la reserva que allí se tenía con todos los escritos de prisioneros; mas, por fortuna, se encontraron en archivos españoles y acaba de publicarlas en el presente año la casa editorial "América", de Ma-

(1) El Dr. Mier ya tenía otra fractura de brazo, sufrida antes de venir con Mina. En la carta que dirige a "Frasquito" lo dice.

drid, con atildado prólogo del distinguido esteta D. Alfonso Reyes y conteniendo en resumen los siguientes capítulos:

PRIMERA PARTE

Apología

I. Antecedentes y consiguientes del sermón hasta la apertura del proceso.
II. Las pasiones se conjuran para procesar a la inocencia.
III. Las pasiones, bajo el disfraz de censores, calumnian a la inocencia.
IV. Las pasiones infaman la inocencia con un libelo llamado edicto episcopal.
V. Las pasiones acriminan la inocencia con un pedimento fiscal, que él mismo no era sino un crimen horrendo, y la condenan con una sentencia digna de semejante tribunal; pero en que se tuvo la irrisión de llamar piedad y clemencia a la pena más absurda y atroz.
VI. Informes enviados al rey, al general de Orden y al prior de las Caldas.

SEGUNDA PARTE

Relación de lo que sucedió en Europa al Doctor don Servando Teresa de Mier, después que fue trasladado allá por resultas de lo actuado contra él en México, desde julio de 1795 hasta octubre de 1805

I. Desde mi arribo a Cádiz hasta que mi negocio pasó al Consejo de Indias.
II. Desde que se puso la Real orden de que el Consejo de Indias me oyese en justicia, hasta que se me pasaron los autos para que contestase.
III. Desde que los autos pasaron a mi poder hasta el éxito del asunto.
IV. Desde que se confirmó modificativamente la resolución del Consejo hasta mi llegada a París.
V. Desde que llegué a París hasta mi salida de allí.
VI. Desde que salí de París hasta que volví de Nápoles a Roma.
VII. Desde mi regreso a Roma hasta mi vuelta a España en 1803.

VIII. Desde mi arribo a Barcelona hasta mi llegada a Madrid.

Apéndice

IX. De lo que me sucedió en Madrid hasta que escapé de España a Portugal para salvar mi vida.

En cierta ocasión el inquisidor Izquierdo mandó a Mier que rezase el Padre Nuestro, a lo que él se opuso diciendo: "Eso se les pregunta a los muchachos de escuela; yo soy doctor en teología."

"El restablecimiento de la Constitución de Cádiz hizo que el Tribunal de la Inquisición quedase suprimido; pero antes sacó de sus cárceles al preso (Mier) para entregarlo a la justicia ordinaria—dice Villaseñor—, afirmando que era el hombre más perjudicial del reino y que, a pesar de lo que había sufrido, "conservaba un ánimo inflexible y un espíritu tranquilo y superior a sus desgracias. **Su fuerte y pasión dominante es la independencia revolucionaria, que desgraciadamente ha inspirado y fomentado en ambas Américas, por medio de sus escritos llenos de ponzoña y veneno.**" Esto último lo agregaban los inquisidores en última comunicación al virrey.

Tales datos, lejos de deturpar el carácter del doctor Mier, le forman su mejor credencial de acendrado patriotismo, de intransigencia absoluta contra las prácticas de las tiranías hispanas, de impasibilidad de actitud ante los mayores conflictos, aun el de la muerte.

Y no pararon ahí los trastornos y sufrimientos de aquel hombre tan esforzado y tan decisivo en su manera de obrar y de sentir, porque, enviado al castillo de San Juan de Ulúa, supo defenderse con habilidad tan sutil ante el general Dávila, jefe de la prisión y gobernador de la fortaleza, que "asustado éste de la responsabilidad que pudiera contraer, manifestó al virrey que si no se le mandaba pronto la causa del reo, lo pondría en libertad. Atemorizadas las autoridades con esta advertencia, se apresuraron a remitir los papeles necesarios y en diciembre de 1820 nuevamente salió el doctor para Europa."

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO
INST. DE INVESTIGACIONES HISTORICAS

Como iba prisionero, consignado a las autoridades de la península, donde quedaban sus mayores y mortales enemigos, consiguió fugarse en la Habana, donde permaneció dos años en descanso, a pesar de tener ya noticias sobre la consumación de la independencia en México, hasta que lo eligieron diputado por su Estado natal (Nuevo León) al Congreso Constituyente de 1822.

Hizo viaje náutico por Veracruz, y al desembarcar.... nueva tortura.... nuevo cautiverio.... seis meses de reclusión, porque España aún retenía la posesión de San Juan de Ulúa, y volvió a caer en manos del general Dávila que conservaba su condición de comandante de la fortaleza; pero, gracias a gestiones de admiradores y amigos, interesaron la influencia del Congreso y quedó en libertad, merced a las instancias que se desplegaron en son reclamatorio.

Ingresó al Congreso el 15 de julio del citado año, y su presencia atrajo consigo numerosísimos concurrentes, que quisieron conocerlo, oírlo hablar, y que lo vitorearon con efusión. Atacó duramente al emperador Iturbide, a quien llamó "tránsfuga" y "farsante," por lo que fue encarcelado al producirse la disolución de la Cámara, escandaloso golpe de estado que sugirieran los monarquistas, a efecto de apagar las ideas republicanas que de ahí brotaban y se extendían, como las aguas de un vertedor.

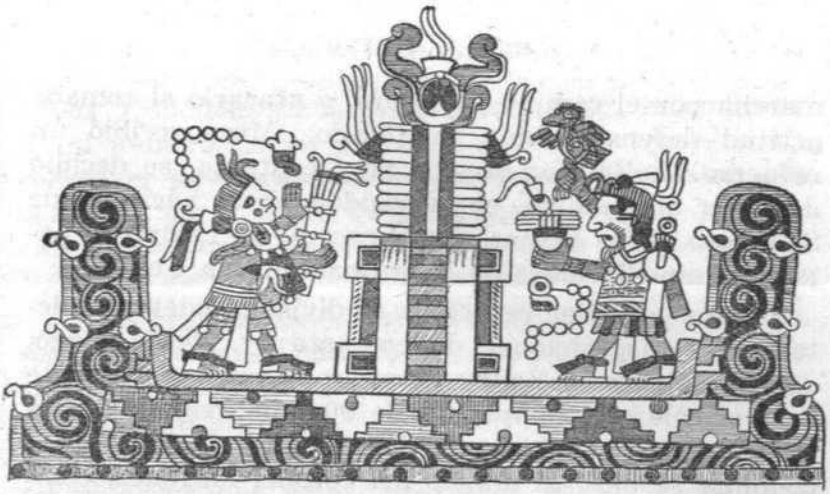
Tan extraordinario personaje, en intriga constante contra las tiranías o los abusos del poder, volvió a ocupar curul en el Congreso de 1823, gozando de la generosa ayuda del presidente Victoria, quien lo alojó en el Palacio Nacional y le concedió una pensión para que escribiera sus "memorias." Tan sólo los últimos cinco años de su azarosa vida fueron de reposo y tranquilidad, necesarios en un ser que tanto había sufrido, sin encontrar el oasis reparador, la fuente Castalia del consuelo, la sana alegría del vivir.

La muerte lo sorprendió en el estudio el 3 de diciembre de 1827, a los 62 años de edad. Imponentes

fueron sus funerales, que presidió el general Nicolás Bravo, y su entierro, de cuerpo embalsamado, se efectuó en el templo de Santo Domingo; mas extraído como momia en 1856 y depositado en el osario, de ahí desapareció en 1861, mandado a Buenos Aires con otras tres momias de religiosos; pero hay historiadores que digan que la momia del Dr. Mier fue substituída por la de un lego. Aquél podría exclamar de ultratumba, con tantos viajes y suplantaciones macabras, lo que en remate de decepciones dijera el poeta:

"Ya ni en la paz de los sepulcros creo."

Lo cierto es que se ignora el lugar que guarda los restos de tan insigne apóstol de la idea libertaria, digno de la inmortalidad, arropado en el palio tricolor de nuestra bandera como perpetuo homenaje justiciero de la nación.



MINA SALE DEL FUERTE DEL SOMBRERO Y ATACA A LOS REALISTAS

LOS soldados y oficiales de la expedición de Mina gozaron de un reposo que duró algunos días; mas el general no podía estar en quietud, viendo que era indispensable incomodar al enemigo. El 28 de julio se supo que un cuerpo de 700 hombres realistas mandados por el coronel Felipe Castañón, iba con dirección al fuerte, detenido en la ciudad de San Felipe, a sólo trece leguas de distancia, lo cual inquietó al caudillo navarro, quien se apresuró a salir al frente de la división de su mando, compuesta de 200 hombres y acompañado de D. Pedro Moreno con 50 hombres más de infantería y 80 lanceros al mando de Encarnación Ortiz "El Pachón." Toda esta fuerza emprendía la marcha hasta la media noche y se detenía en rancherías para esperar los efectos del servicio de exploración, resuelta a sorprender al enemigo en caso de continuar su

marcha por el camino carretero, o atacarlo si tomaba actitud defensiva bien fortificado. Mina recibió un refuerzo de 400 hombres, y muy contento, se decidió a buscar al enemigo, encontrándolo en la hacienda de San Juan de los Llanos, donde escogió su campo de batalla a inmediaciones de las ruinas de San Felipe.

Mina colocó en repecho a su división, mientras dictaba sus disposiciones de combate; y, desde luego, designó al coronel Young para que se pusiese al frente de una columna compuesta de 90 hombres, 45 de los cuales eran ciudadanos de los Estados Unidos. Otra columna se puso al mando del coronel Márquez, compuesta de 110 hombres, quedando la caballería en número de 90 dragones a la orden del mayor Maylefer y de Encarnación Ortiz "El Pachón" con sus respectivos núcleos de lanceros.

Mina, como de costumbre, tuvo la avilantez de salir él solo a explorar la posición enemiga, a distancia de tiro de fusil, por lo que corrió riesgo de ser muerto, toda vez que atrajo la atención del contrario con su traje militar y su caballo.

Este rasgo de audacia sorprendente agradó sobremanera a la división salida del fuerte del Sombrero y se dispuso a entrar en plena contienda con especial ardor. Así fue cómo se puso a la cabeza de los asaltantes el coronel Young, moviéndose con suma rapidez, a pesar del fuego incesante de la riflería y de la metralla enemigas, atacando sin vacilación a la bayoneta, en el punto central de la defensa, a la sazón que el mayor Maylefer flanqueó con su caballería y puso en completo desorden a todos los que formaban la línea de apoyo en despliegue táctico.

Cuando los lanceros echaron de ver que los realistas cedían, los acometieron con furor; y entonces, combinadas todas las fuerzas de Mina, su victoria fue completa. 339 enemigos quedaron muertos en el campo de batalla y 220 prisioneros. 150 hombres de caballería realista escaparon, en alas del pánico. El Coronel Or-

dóñez y oficiales de la mejor graduación, se contaron en el número de los muertos. Castañón, que era entonces el jefe principal de las fuerzas realistas que operaban en el Bajío de Guanajuato, recibió una herida mortal, de la que expiró, llevado en camilla a cinco leguas de distancia del campo de batalla.

Con la persecución incesante del enemigo en fuga, se produjo gran número de muertos y heridos, y siguió la meticulosa recolección de armas y caballos, monturas, equipo, etc.

Fue tal el impulso que tomaron los asaltantes, y tal el ardor que éstos mostraron en el ataque, que ocho minutos mediaron tan sólo entre la orden de avanzar que dió Mina y la completa derrota de Ordóñez y Castañón, según lo expresa el historiador Robinson a grandes detalles.

La pérdida de la división de Mina fue tan sólo de ocho muertos y nueve heridos; pero entre los primeros se contaba el intrépido e inteligente mayor Maylefer, cuya pérdida amenguó el regocijo del triunfo. Dicho mayor era de nacionalidad suiza, oficial de dragones al servicio de Francia y de España, donde se distinguió como instructor de reclutas. La tropa insurgente lo respetaba "no sólo a causa de sus talentos militares, sino también por su escrupuloso esmero en el cumplimiento de sus obligaciones."

En el parte estimativo de la ganancia de Mina se cuentan una pieza de artillería de campaña, fundida en bronce; un cañón de montaña; 500 fusiles, muchos uniformes y toda la existencia de municiones y bagaje pertenecientes a Castañón.

Detalle singular muy curioso: en virtud de la sorpresa recibida por los realistas, nadie podía dar con el depósito de metralla, por lo que se apresuraron los sargentos a cargar los cañones con pesos fuertes de plata, apresuramiento de extraordinaria naturaleza por su rara condición, pues en ningún país se había producido hecho semejante. Ello originó la fábula de

que México era tan rico, que sobrando la plata, no tenían inconveniente las tropas de uno y otro bando en disparar con plata de cuño auténtico, en lugar de disparar con proyectiles de marca.

Después de esta victoria, Mina se encaminó a la mañana siguiente, con todas sus fuerzas, en dirección al Sombrero, a donde llegó al caer la tarde. Una descarga de la artillería del fuerte anunció a los realistas de la Villa de León la desgracia de su partido.

El periódico órgano de la Junta de Jaujilla publicó relato exacto de la acción de San Juan de los Llanos, elogiando a Mina y a todos los jefes y tropas que le secundaban. La muerte de Castañón fue objeto de universal alegría, porque había sido hombre de sanguinarios instintos que perjudicaban en sus intereses a unos y a otros, causando atropellos de la mayor injusticia.

"Los realistas empezaron a tener grandes motivos de inquietud—asienta Robinson—. Observaban que la popularidad de Mina crecía por instantes y que las mejores tropas del ejército real habían sido derrotadas por fuerzas inferiores. Sabían que los habitantes de México estaban resueltos a recibir a Mina con los brazos abiertos, si se adelantaba hacia la capital con una fuerza capaz de protegerlos. Temían que las victorias de Mina aumentasen el desaliento que por todas partes se propagaba, y que cada batalla que ganase debilitaría más y más los vínculos que mediaban, entre los realistas y el gobierno. Aquel fue ciertamente el momento crítico en que se puede decir que los destinos de México estaban en las manos de Mina."

En efecto, la importancia de este caudillo era relevante y completa, dados su competencia militar, su valor prodigioso y las simpatías que había llegado a despertar entre la tropa mexicana, contando con el apoyo decisivo de los jefes honrados, entre otros Moreno, Borja, "El Giro," apoyo que dificultaba en buena parte las intrigas del padre Torres, celoso de la repu-

tación creciente del oriundo de Navarra. Después de la ocupación de la hacienda del Jaral y del apoderamiento de caudales pertenecientes a D. Juan de Moncada, conde de aquel nombre, se produjo el asalto de la villa de León, que fue un desastre para las tropas insurgentes a causa de un fatal encuentro con una patrulla que dió el grito de alarma. El incidente es digno de referirse aparte por sus pormenores llenos de originalidad que hicieron regocijarse a los realistas.

EL ATAQUE A LA PLAZA DE LEON

El ataque que emprendió Mina sobre León, la noche del 27 al 28 de julio, fue para sus tropas un fracaso.

Aceptamos el testimonio del señor D. Manuel Solórzano, que estuvo en el fuerte del Sombrero y vió salir las tropas que iban al asalto de aquella plaza, sabiendo que se hallaba poco guarnecida y contando con amplitud de recursos que acumulara ahí Negrete. Esta salida se efectuó la tarde del 27 "para estar temprano a las orillas de la villa de León."

Mina relató los incidentes de la acción, cuando volvió al fuerte del Sombrero, y Solórzano fue uno de los que lo escucharon. Por lo mismo, es testigo de plena veracidad. Dice éste lo que reproduzco a continuación: "La guarnición estaba compuesta de reclutas y cívicos. Los cazadores de Mina, que tomaron la vanguardia, avanzaron violentamente por las azoteas, contra los planes e intenciones de Mina. Este jefe, que venía a retaguardia, habiendo llegado a una cortadura de la plaza, se encontró con su mayor general Márquez, a quien le reconvino por aquel avance brusco de los cazadores; pero éste le respondió: "Mi general, no es tiempo de reconvenciones; los cazadores están dando fuego dentro de la plaza y es necesario sacarlos..." Mina le preguntó si podría entrar a caballo por una puerta estrecha de la cortadura; respondióle que no; en-

tonces se desmonta, entra pie a tierra con el resto de su gente: en una calle se encuentra con el coronel realista Andrade, que fue herido en el pulmón y en una pierna, e iba a ser envuelto, juzgando que aquella gente era suya. Pasa adelante, con tan buenas disposiciones, que consiguió salir de la plaza haciendo fuego, sacando la mayor parte de sus cazadores, de los que muchos quedaron muertos, y entre ellos el citado mayor Márquez. Habiéndose puesto con su salida a orillas de León, se mantuvo ahí todo el día 28 a la vista de la plaza, en el punto llamado Ibarrilla; recogiendo sus heridos y dispersos, sin que el enemigo saliese de sus trincheras, y de ahí salió para el fuerte."

El plan de Mina hubiera producido sus efectos, si no se encontrase con una patrulla enemiga que luego entró a dar parte, hizo levantar las tropas dormidas en sus cuarteles y activar la defensa con el empleo de artillería. El punto de ataque principal y más vigoroso fue en la cortadura que llamaban de San Antonio. Mina perdió en esta lucha funesta más de cien hombres entre muertos, heridos y prisioneros, que se vieron acorralados. De los últimos, veinte fueron fusilados, lo que contrastó con la generosidad de Mina, que puso en libertad a todos los realistas que cayeron en manos de sus tropas, huyendo de represalias.

Negrete, en el parte que rinde a Liñán, confiesa **"haber tenido de nuestra parte una pérdida muy grande, pues considero que sólo de mi división llega a cien hombres..."**

A todos estos hechos se debió que el brigadier Liñán avanzara con su división y se presentara ante el fuerte del Sombrero el 31 de julio, distribuyendo las tropas en las colinas cercanas, como en anfiteatro.

Solórzano señala a Liñán la fuerza de cinco mil hombres dotados de 18 cañones y 2 obuses. Estos eran los que iban a sitiar y atacar tan célebre fortaleza, que es por sí sola una página de bravura, de estoicismo grandioso y de honor consumado.

Cuando Liñán hacía a caballo un reconocimiento, fue visto por Mina desde un contrafuerte avanzado:

—¿Quién es ese hombre que se me presenta?

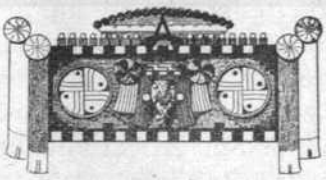
—Dicen que es el general Liñán,—le contestaron.

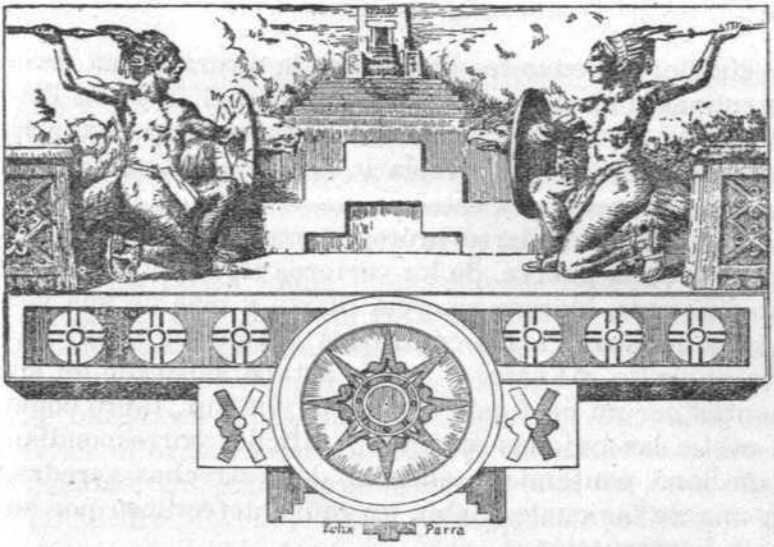
—**Ese no es general**—repuso Mina con desprecio.

Después del servicio de exploración que he mencionado, Liñán se dispuso al ataque del fuerte y dividió sus fuerzas en tres divisiones. La primera, al mando del general Loaces, la componían 617 infantes del Batallón de Zaragoza, 448 dragones de San Luis Potosí, San Carlos, Sierra Gorda y Apam, con 2 cañones de a 7, dos de a 4 y un obús de 7 pulgadas. Esta división tomó posiciones en la Mesa de las Tablas. Ahí estableció su cuartel general el jefe Liñán. La segunda división contaba con 250 infantes de Toluca y 384 caballos de Toluca, Querétaro, Nueva Galicia y Colima, con cuatro cañones de a 4 y dos obuses de a 3; estaba al mando del brigadier Pedro Celestino Negrete, situado en un cerro que después llevó su nombre.

La tercera división era la del coronel Ruiz, compuesta de 463 infantes del Regimiento de Navarra y 379 dragones de Frontera y San Luis Potosí, situada en la ladera opuesta de la barranca de Barbosa.

Don Anastasio Bustamante y el comandante Villaseñor fueron destinados a resguardar el arroyo que corría por la citada barranca, para impedir que se proveyesen de agua los sitiados.





CONTINUA EL SITIO DEL FUERTE DEL SOMBRERO

CUANDO Mina pudo salir del fuerte del Sombrero, con dirección al Valle de Santiago, con el objeto de traer víveres que eran necesarísimos a la guarnición, el general D. Pedro Moreno dictó oportunas disposiciones para mejor resguardar las piezas de artillería que les quedaban sin desmontar. En ese tiempo, dicha guarnición constaba de 80 hombres de infantería bien armados, con sus uniformes y algunos caballos, aparte del escuadrón de 200 hombres al mando de Encarnación Ortiz, que ocupaba las inmediaciones del fuerte. Este, según Robinson, se reducía a una altura de 500 pasos largos en dirección de norte a sur, elevada cerca de 1,000 pies sobre la llanura de León. Al norte había un sendero estrecho al borde de un

precipicio, por cuyo medio se unía la altura a una serie de colinas, una de las cuales dominaba el fuerte a distancia de un tiro de fusil. Esto explicará al lector la gran desventaja que ofrecía la posición defendida por los insurgentes, pues estaban materialmente en descubierto para no poderse proteger, con todas las reglas del arte de la guerra, de los certeros tiros del enemigo. Sin embargo, Moreno se creía fuerte y más de una vez llegó a rechazar a los contrarios cuando se aventuraban al asalto. Al este, el fuerte estaba separado de los montes por un profundo barranco, y al sur, tanto como al oeste, las bajadas ásperas y difíciles correspondían a un llano, contándose, además, dos estrechas veredas, en una de las cuales había un muro defectuoso por su mala construcción.

Con respecto a la dotación de artillería, el fuerte contaba con dos cañones que dominaban la mayor parte de la vereda y el declive, sin poder enfilar el barranco. Esta era la única entrada regular del fuerte.

En el lado opuesto, una elevación cónica coronada por la obra protectora de un cañón, dominaba la vereda. El fuerte se protegía también a cierta distancia, con rocas perpendiculares y precipicios, y por una muralla construida más allá; pero la verdadera defensa era el violento declive del terreno que impedía el acceso. La artillería, en conjunto, consistía en 17 piezas, viejas, malas y casi echadas a perder, de calibre de dos a ocho. La casa del comandante (de Moreno), los almacenes, hospital y la mayor parte de las cuadras de tropa, que no podían llamarse cuarteles, estaban en la parte sur de la elevación cónica. Había, además, algunas chozas entre las rocas del fuerte.

Como se ve, estos datos no coinciden con los que proporcionan Alamán, Bustamante, Mendívil y el doctor Rivera, sino que son de la observación directa de Brush, que lo hace constar en su diario de campaña, como opinión propia.

Los habitantes del fuerte seguían soportando con angustia la falta de agua que, de cuando en cuando, les distribuían las nubes como por caridad del cielo. Este fue el mayor inconveniente del sitio, por no poder aprovecharse el líquido elemento que arrastraba un arroyo a cerca de 800 pasos de la fortificación.

"La lluvia había empezado en todo el país, mas no había caído una sola gota de agua en el fuerte—dice Robinson—. Las partidas se veían obligadas a bajar por un declive sumamente escabroso. Y esta operación se hacía con tanta dificultad, que era imposible mantener el orden necesario para llevarla adelante con seguridad. Un pozo que había en la casa del comandante (D. Pedro Moreno), había estado siempre lleno, y ahora se veía seco. Así es que los habitantes del fuerte empezaron a sentir todos los horrores de la sed. Con riesgo de la vida, se trató de mitigar ese tormento por medio de algunas plantas que abundaban en las cercanías (la carnosidad de las pencas de nopales), mas este alivio era de poca importancia, para quien pasaba cuatro días sin beber una sola gota de agua."

Esto explica con elocuencia la situación penosa de todas las personas que habitaban en el fuerte, familiares de Moreno y de González, lo mismo que la tropa. Los jefes lograron adquirir, antes de establecer el sitio, unos barriles de mezcal para surtir una pequeña tienda de abarrotes que había allí; mas no podía resultar alivio, porque el vino traía por consecuencia mayor resequedad de boca y de laringe.

"Los soldados se sentían desfallecer por instantes y ya empezaba a serles casi imposible el manejo del arma. El ganado y los caballos andaban de un sitio a otro, en la más deplorable situación. Los gritos de los niños que clamaban por agua a sus infelices madres, aumentaban el horror de esta escena. Leíase en el rostro del general la compasión con que miraba los males de sus compañeros, pero aún conservaba la esperanza de que no lo abandonaría el Dios de la natura-

leza." El tiempo estaba sumamente nublado y Moreno consolaba a sus soldados, diciéndoles que el cielo no tardaría en enviarles el refrigerio que tanta falta hacía. Cuando veían acercarse una nube cargada, todos los ojos se fijaban en ella, esperando que saldría de su seno el líquido deseado. Todo estaba en preparación urgida para recibirlo. Las mujeres paseaban por los reductos de la fortaleza imágenes de santos, a fin de lograr por su intercesión el objeto de tanto anhelo. El fuerte se veía cubierto de nubes y tal era el ansia con que se aguardaba la lluvia, que no se escuchaba otro ruido sino el de la artillería enemiga; pero las nubes pasaban derramando tan sólo algunas gotas y vertiendo sus torrentes a poca distancia de los muros. No hay voces con que expresar la desesperación que entonces reinaba en todas aquellas víctimas. Muchos días se repitió este suplicio, durante los cuales la guarnición no cesaba de ver caer fuertes aguaceros en el ancho lago de Lagos y en los puestos ocupados por los realistas.

"Por fin, cayó en la fortaleza una ligera lluvia. Todos los utensilios que podían contener agua, estaban dispuestos, y a pesar del fuego del enemigo pudo hacerse un buen acopio de agua y poner alguna en reserva.

"Volvióse a hacer uso del bizcocho, que había sido inútil, por falta de agua, durante mucho tiempo. En los últimos días de sequedad, se habían escapado algunos reclutas criollos, y de este modo la guarnición disminuyó considerablemente." (Robinson.—Diario de Brush.)

Los combates se sucedieron. El fuego de los sitiadores incomodaba mucho a los sitiados, con el que les dirigían las tropas de línea distribuidas entre las rocas; mas afortunadamente los daños que ocasionaban no eran considerables. Los relevos de guardias o centinelas, se hacían de noche y siempre con peligro por las cargas de metralla que despedían los realistas. Debido

a la escasez de municiones, se ordenó que no dispararan más que los extranjeros que habían venido de Texas, que eran excelentes tiradores, porque afirmaban primero sus punterías y lograban matar a la gente realista, en las escaramuzas que se les veía organizar cerca de los muros del fuerte.

Algunas veces los realistas hablaban con los sitiados a gritos, porque era imposible el uso de la voz natural, debido a la distancia. En otra ocasión Mina celebró alguna conferencia en esa forma y les llegó a declarar los motivos que le habían inducido a abrazar aquella causa, acabando con asegurar la resolución que tomaba de vencer o morir.

Los que tenían estas conferencias, se apartaban muy amigos, y cuando los oficiales realistas volvían a sus trincheras, empezaban de nuevo las hostilidades, suspensas durante la conversación.

No se tenían noticias de Mina ni se podía contar con seguridad de provisiones, por lo que el fuerte se hallaba en las condiciones más desastrosas. Nadie se explicaba la resistencia de oficiales y soldados ocupando las trincheras y los puntos avanzados a donde correspondían las veredas. En un corto algibe tenían reserva de agua, pero era tan escasa, que se distribuía una corta dotación en pequeños jarros o pocillos una sola vez al día.

Se comentaba la inconsecuencia del padre Torres que, a pesar de haber ofrecido hacer esfuerzos por cortar la línea de tiradores y entrar al fuerte con víveres, no lo cumplió, no obstante poseer en sus dominios enorme cantidad de semillas, trigo, maíz, haba, garbanzo y otros cereales recogidos en el Bajío, vaciando las bodegas de ricas haciendas, particularmente en el rumbo del Valle de Santiago, al que materialmente asoló.

Agotada el agua en el pequeño aljibe, los habitantes del fuerte pasaron algunos días sin apurar una sola gota; y siendo desesperante la situación por los

desmayos de las mujeres y el llanto continuo de los niños, esta circunstancia pudo conmover el espíritu del soldado realista que cuidaba las márgenes del arroyo, en el que corría bastante agua por ser época de lluvia. Mas este permiso no duró muchos días, porque en una ocasión en que bajaron juntas varias mujeres con sus niños, los realistas se apoderaron de ellas y las mandaron a León, que era el punto más cercano.

"Debido a la escasez de comestibles—asienta Robinson—, hubo necesidad de comer carne de los caballos y asnos que se encontraban en el fuerte, lo que no duró una semana, porque allí se reunían no sólo las tropas de Moreno, de García y las que dejara Mina con Young, sino porción de gente de los ranchos inmediatos."

Se recordaba con tristeza que las primeras semanas de la ocupación del fuerte, pudo establecerse un mercado abundante de productos de todos géneros: cereales, carnes, frutas, conservas españolas, etc.; todo esto traído por mercaderes ambulantes de los que hacían correrías desde Lagos, Comanja, Ojuelos y León. Esto se debía a que mucha gente, por diversión la más, llegaba al fuerte, donde tenía entrada libre, a realizar compras, pues había prohibición de imponer precios altos, dadas las facilidades del acarreo de mercancías; pero esto terminó con la aproximación de las fuerzas del brigadier Pascual Liñán para poner el sitio, estrechándolo más a medida que aumentaba la debilidad de la guarnición del fuerte, con la sed devoradora.

* * *

Pero ¡oh delicia! cayó abundante aguacero, el primero que beneficiaba aquellas ansiedades torturadoras, después de muchos días de sequedad; pero el enemigo implacable, colérico contra la generosidad celeste, que aliviaba la condición de los sitiados, renovó el ataque en medio de la lluvia. No le importaba que se inutili-

zasen las armas de fuego por la acción del agua, con tal de que los rebeldes quedasen sin combatir, que ya Liñán, según su intención, repondría en breve sus pérdidas, estando en comunicación con Guanajuato. Volvieron los de las escalas, que tremolaban una bandera negra, indicio tétrico de la suerte que la guarnición debía esperar si era vencida. Llegó un momento en que se creía que de nada podrían servir, ni de una ni de otra parte, las armas de fuego. El enemigo avanzó y sólo podían tirarle los del fuerte con armas arrojadizas, por lo que continuaron las mujeres y aun muchos hombres con ellas, arrojando peñascos sobre los que ocupaban las escalas. Los sitiados, más animosos por el agua que con fruición consumían, poco después de la lluvia volvieron a hacer uso de sus rifles y afinar punterías para asegurar sus tiros. Puede asegurarse que los que usaban las escalas, sucumbieron; y que, aunque los soldados realistas, sugestionados por los oficiales, marchaban adelante, al llegar a pocas varas de la brecha, recibieron tan terrible descarga, que se separaron y retrocedieron inmediatamente, acogiéndose al abrigo de las rocas hasta que por la noche pudieron reunirse en sus campamentos.

La más sensible de las muchas bajas que sufrió la guarnición en este ataque, fue la del coronel Young, que perdió gloriosamente la vida en el momento de la victoria. ¿Cómo ocurrió este incidente lamentable? En la última retirada de los realistas, Young, deseoso de observar todos sus movimientos, subió a una piedra de la muralla y mientras conversaba con el doctor Hennessey sobre el éxito feliz de la jornada y sobre la cobardía de las tropas reales, el último tiro que disparó su batería le llevó la cabeza. El coronel Young era un oficial de mucho mérito (según Hall, Robinson y Mendívil), a quien respetaban más que a ningún otro, excepto Mina, los americanos de la división. "En todas las acciones se había distinguido por su inteligencia y valor. Mina tenía en él una confianza sin límites. Mos-

trábase muy sereno en la hora del peligro, daba sus órdenes con sangre fría y siempre estaba, espada en mano, donde había mayor riesgo. En todas sus acciones relucían el honor y la firmeza. Era muy generoso, y sufría los males con ánimo tranquilo. Había pertenecido al servicio de los Estados Unidos de América, en calidad de teniente coronel del Regimiento 29 de infantería."

Moreno sintió sobre manera la muerte de Young, como si fuese la de un hermano. Recogieron el cuerpo en mutilación horrible, y la cabeza, en otro lugar, ensangrentada. Practicaron un sepulcro en la mayor altura del cerro, cobijado por el azul celeste del firmamento, en aire de frescura, cuando acababan de alegrarse los espíritus por la benéfica dispersión del agua con que los sitiados lograron volver a llenar su aljibe y cuanta vasija tenían, apurando más agua de la necesaria, como si quisieran gastar la que había dejado de caer muchos días a sus fauces y estómagos febricitantes. El entierro de Young fue solemnísimo, en aquella eminencia de la tierra, como invocando la grandeza de la heroicidad testificada a la faz del mundo, regando ejemplos de virilidad tonificante y de hermosas acciones colectivas, al fulgor del sacerdotismo revolucionario.

"El tronco de Young fue sepultado en el foso común, y esta sepultura en la cumbre de una montaña histórica, y bajo el negro pabellón de la noche, en medio del religioso silencio y de las lágrimas de los norteamericanos y mexicanos, que en sus rostros desencajados por el hambre tenían las señales del **valor y constancia**; aquel monumento en que un cuerpo, antes lleno de vida y de ardor, y a la sazón exánime y mutilado, era depositado en una sencilla hoya por unos brazos vendados a causa de las heridas, era digno de la Iliada y de la Eneida. Los antiguos reyes de Egipto levantaban inmensas pirámides para que les sirvieran de sepulcro inmortal. La tumba de Young era más alta que las egipcias: el cerro del Som-

brero." (Dr. Rivera en su folleto "Viaje a las ruinas del fuerte del Sombrero," escrito en mayo de 1875").

Moreno presidía aquel sepelio tan conmovedor y significativo y quizá presintiera que él correría la misma suerte, más tarde, con su cabeza desprendida del tronco, en aras de la Patria, aunque por ludibrio de la soldadesca realista, como represalia de último combate personal, cuerpo a cuerpo; lo que ocurrió andando el tiempo, como verá el lector.

La consternación general de los tropas en aquel momento, era el más sincero tributo que podían ofrecer a la memoria de su valiente comandante.

"Los heridos de muerte quedaron tendidos en el campo y más de alguno en su prolija agonía (palabras del Dr. Rivera) diría en su interior, como nuestro Rodríguez Galván:

> Esperar en los hombres cosa es vana.
> No hay quien alivie mi dolor prolijo,
> Ni quien piadoso, lleve un crucifijo
> Al labio sin color."

Una de las últimas balas mató a don Manuel González, teniente coronel, esposo de doña Nicanora Moreno.

Sustituyó a Young el teniente coronel Brandburn, que era muy competente en asuntos militares técnicos y de un valor sereno que maravillaba, por lo que Moreno encontró un auxiliar de provecho y un amigo de confianza, identificado con sus ideas y tendencias en favor de la causa revolucionaria. ¡No importa la nacionalidad! Todos somos hermanos o debemos serlo ante el concepto liberal del mundo.

El enemigo suspendió el fuego, desconcertado, dubitativo, mudo, sin saber qué actitud nueva asumir, y los sitiados tuvieron la remota esperanza de que levantarían el sitio y ellos quedarían en condición de libertad para tomar la ofensiva a su debido tiempo, tras del justo reposo que ello demandaría.

* * *

En lo referente al fuerte del Sombrero ha habido muchas contradicciones entre Alamán y Bustamante, así como entre Robinson y Mendívil. El que esto escribe confía más en la veracidad del doctor Rivera, por las muchas referencias que pudo recoger con personas que estaban bien enteradas de los sucesos, antecedentes y consecuentes, relaciones y porfías: ambiente general propicio a una sana información.

El citado doctor indica que el día 18 de agosto, previa la señal de parlamento, los comisionados de Young, que fueron el doctor norteamericano Hennessey y el licenciado Solórzano (realista de Pátzcuaro, que se decía prisionero en el fuerte), salieron de éste y parlamentaron con Liñán en su tienda, proponiéndole capitulación. Agrega que Liñán contestó negándola, diciendo que se rindieran a discreción, pues ésta era la orden del virrey.... Los comisionados volvieron al fuerte, y Moreno, habiendo conseguido alguna esperanza por las palabras de Ruiz (jefe realista que estaba al lado de Liñán, quien opinó que no sería difícil que los criollos alcanzasen indulto; pero no así los extranjeros), como último recurso envió en el mismo día, con un soldado, un pliego a Liñán, proponiéndole capitulación, y diciéndole le explicara cuál sería su conducta con los criollos y cuál con los extranjeros. Liñán nada contestó.

A la mañana siguiente del día en que Mina se salió ocultamente del fuerte, lo supo Liñán y desde ese día apretó más el sitio, acercando sus baterías a los muros y redoblando el cañoneo.

"Todas las noches se fugaban del fuerte bastantes soldados, así de los mexicanos como de los extranjeros, y algunos que caían en manos de los sitiadores eran fusilados inmediatamente. Sabiendo esto Liñán, y temiendo que se le escaparan todos, en la tarde del día 15 de agosto atacó el fuerte con mayor esfuerzo

que las veces pasadas, yendo a la cabeza de su ejército, con gran denuedo. Los soldados realistas llegaron hasta el foso de los muros inferiores: unos llevados de su propio valor, y otros obligados por las amenazas y golpes de sus jefes. Uno de los soldados que estaban en la orilla del foso, tremolaba una bandera negra, y otros tenían ya las escalas dispuestas para el asalto. Los del fuerte estaban reducidos a corto número...."

El doctor Rivera habla de las pérdidas tenidas en el campo realista, contándolas en 400, conforme a lo que dice Alamán, sin que se pueda precisar nada sobre los oficiales, por la reserva excesiva que adoptó Liñán. Bustamante y otros historiadores dicen que fueron 35.

Los insurgentes tuvieron pocas bajas en esta acción, debido a que estaban bien protegidos en sus parapetos, que días antes habían sido reforzados por orden de Moreno.

El mismo historiador laguense indica que cinco motivos de desesperación tenían los sitiados, que los reducían al último extremo y estaban como arrojándolos del fuerte. Estos motivos eran: su reducido número; las muchas brechas abiertas en los muros por las balas enemigas; la escasez de municiones; hambre y sed; el hedor insoportable de la muchedumbre de cadáveres de hombres y de animales, muertos en la acción del 15.

"Tan espantosas escenas (Dr. Rivera) llevan nuestra memoria y atormentado corazón al recinto de los muros de Tebas, la de Edipo; de Troya, la de Homero y Virgilio; de Sagunto, la grecohispana; de Tiro, la rica; de Numancia, la inmortal; de Alesia, la druídica; de Jerusalem, la maldecida y de Tenoxtitlán, la siempre amada. En algunas de estas ciudades, los sitiados llegaron a comerse a los niños, exceso de que estuvieron muy lejos los del Sombrero, como no habían llegado a él sus padres los civilizados aztecas, a pesar de los horrores del hambre, en el sitio de su capital, por Cortés."

Hablando el mismo escritor laguense sobre el amontonamiento de cadáveres insepultos, durante más

de cuatro días, compara este episodio con lo que se registraba en las grandes batallas antiguas y modernas. Cita los diez generales que ganaron en la famosa batalla de las Arginusas, que eran la corona de Atenas "y, sin embargo, toda la república se indignó contra ellos y los desterró, sólo porque no habían sepultado pronto los cadáveres, sin que les valiera alegar que se los había impedido una fuerte tempestad. Es verdad que en Jerusalem, sitiada por Tiro, y en México, sitiada por Cortés, los cadáveres estuvieron bastante tiempo insepultos, y que en una y otra ciudad produjeron la peste; pero eso no fue porque se impidiese sepultarlos, sino porque eran tantos, que los brazos no alcanzaban a ello. La falta de parlamento para la sepultura de los cadáveres en el Sombrero, no se explica sino como el mutuo recelo y mutua ira de que estaban dominados sitiadores y sitiados, no queriendo ninguno dirigir al otro una sola palabra de paz, por más que sufriese." (Dr. Rivera).

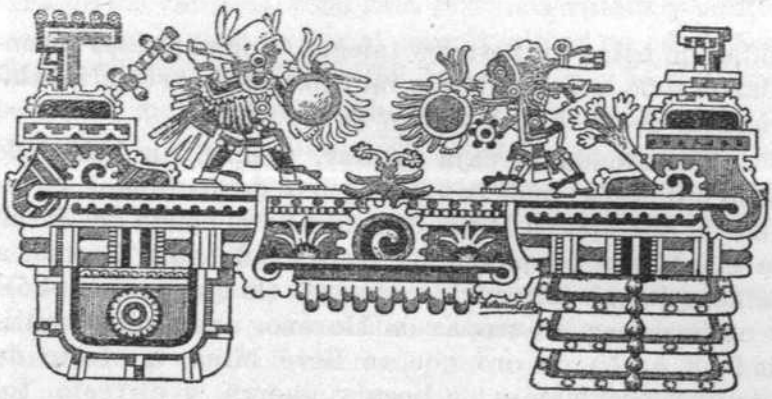
La permanencia en el sitio del Sombrero se veía ya como una imbecilidad. Los sitiados insistían tanto en no rendirse, que podía decirse que iban contra la muerte. Moreno no tuvo otro recurso que ordenar el rompimiento del sitio. En otro lugar de este relato se habla de los principales episodios que se desarrollaron con este motivo y sólo nos cabe completar información tan interesante sobre la familia Moreno, que proporcionaron parientes y amigos de los sitiados, al volver unos a León y los más a Lagos.

Las mujeres con sus niños encontraron mayores dificultades para la evasión. Alguien, que no cita la historia, explotó el conflicto en el sentido de imponer una cuota de 25 pesos por la extracción de cada persona. Las señoras Moreno, hermanas del héroe, acompañadas por don Rafael Castro, se resolvieron a salir y salieron.

La última noche del sitio, Moreno se despidió de su esposa y de sus tiernos hijos. "Esta despedida no fue entre abrazos y sollozos, como la de Coriolano de su

venerable madre, sino con aparente indiferencia, los ojos enjutos y el corazón patriota hecho pedazos; como la despedida de Régulo de su esposa y de sus pequeños hijos."

Los prófugos fueron perseguidos por la caballería que mandaban Bustamante y Villaseñor y a muchos de ellos los mataron a lanzazos. Moreno y Davis, con 50 soldados, se salvaron, a favor de la obscuridad de la noche, de la niebla de las primeras horas de la mañana, de su conocimiento del terreno y de sus buenos soldados. De dichos 50 soldados, más de 30 eran extranjeros y menos de 20 mexicanos; de los mismos 20, 7 fueron aprehendidos en la orilla de la sierra de Comanja y fusilados en Lagos el 21 de agosto.



LIÑAN, AL ENTRAR AL FUERTE DEL SOMBRERO, PASA A CUCHILLO A TODOS SUS HABITANTES

LOS jefes realistas, a pesar de haber resentido grandes pérdidas en el último intento de asalto, no quisieron levantar el sitio, esperanzados en que la debilidad extrema de los que resistían de modo casi sobrehumano, les obligaría a entregar el fuerte. En efecto, los patriotas defensores no estaban en condición de resistir un solo día más. Agotados víveres y pertrechos de guerra, ¿qué partido tomar?

Moreno, Ortiz, Bradburn y don Santiago González, tuvieron una conferencia reservada y en ella convinieron abandonar la fortaleza; y, tomadas las providencias más convenientes, se organizó la salida, pero antes hubo necesidad de enterrar los escasos utensilios, algunas armas y una cantidad de dinero en pesos fuertes que los prófugos no podrían llevarse por la incomo-

didad de estar en pesadas talegas. Por supuesto incendiaron todo lo de madera e inutilizaron la artillería, clavándola después, por mayor precaución.

Examinada la caja militar, resultó un haber de ocho mil pesos; pues la mayor parte de los fondos, entre ellos lo que aportó Mina, decomisado al conde del Jaral, se emplearon en pagar las tropas del padre Torres, a cambio de que éste enviase víveres (lo que no cumplió), y en sostener las tropas de Moreno, una fuerte cantidad en onzas de oro que se llevó Mina, a efecto de adquirir provisiones de boca y guerra, y el resto, tomado por Moreno para cubrir las necesidades de la difícil marcha que se iba a emprender, y que había sido confiado a los paisanos que tomaron la delantera.

Terribles sorpresas se habrían de producir en aquella noche trágica del 19 de agosto.

A las once en punto, se colocó en la única salida factible del Sombrero el coronel Bradburn para distribuir las fuerzas de la división en forma ordenada, a efecto de no llamar la atención del enemigo recogido en sus campamentos; pero sucedió lo que tenía que suceder: que el general Moreno quiso tomar la delantera con su Estado Mayor y consentir que las familias, numerosas mujeres con sus niños y criados cargando los equipajes, precedieran a la guarnición para esta salida.

La vereda que se había escogido era la del barranco de que hablé en párrafos anteriores, por ser la única que presentaba probabilidad de resultados favorables.

Con la alharaca e impertinencia de los sirvientes que, cargados de bultos, avanzaban sobre la difícil pendiente del cerro; los llantos de los niños llevados en brazos, casi con estrujamientos para vencer los peligros de la pasada torturadora; las voces de las mamás, haciendo advertencias a las mismas criadas, para evitar las caídas; el ruido de pisadas de la caballería colocada atrás, con el roce de estribos y armas, por mayor apre-

tura de los caballos, todo esto producía ruidos y confusión en aquel sitio de por sí complicado en su estrechez, limítrofe al mayor fondo del barranco, por lo que despertaron los centinelas que tenían avanzados los sitiadores. Y como pidieran las contraseñas de uso y no se las mostraran los que salían, resultó que se descubriera el rompimiento del sitio con todos sus componentes, y que esto diese lugar a tiroteos nutridos bajo el peso de la noche; que se produjera mayor alarma entre las señoras y los niños que acababan de salir del Sombrero y que volviesen al punto de partida los que no querían ser atados y descolgados en los precipicios, hasta el fondo del barranco. Entre ellos se contaron la esposa, hermanos y hermanas de Moreno y la familia del coronel don Santiago González, quienes prefirieron volver al fuerte, donde creían estar más seguros; y así se efectuó.

Algunos pudieron llegar al lado opuesto de la barranca; pero, sin conocimiento exacto del terreno, no sabían qué vereda seguir que les llevase lejos del enemigo y resguardara sus vidas. Sucedió todo lo contrario: que con la luz del nuevo día, las avanzadas y patrullas de Liñán los descubrieron, y haciendo blanco en sus cuerpos, la mayor parte sucumbió.

Otros fueron atropellados por los de a caballo, derribados a empellones y muertos a lanzazos, estando ya tendidos en tierra.

Abundaron las escenas de terror e infamia, las que exacerbó Liñán al entrar en el fuerte del Sombrero, que no podía tener ya defensa, destruidos, como lo habían sido al abandono del sitio, los mejores implementos de campaña.

Todos los enfermos y heridos que no tuvieron fuerzas para huír, fueron pasados por las armas, con el pretexto de que no había médicos que los curasen.

Los que estaban prisioneros, quedaron obligados a trabajar tres días en la demolición de las obras de

fortificación y corrieron la misma suerte trágica de los anteriores.

Uno de ellos descubrió el sitio donde Moreno y Young habían enterrado algún dinero, y no le valió el servicio para que le perdonaran, sino que él aumentó el número de fusilados, entre quienes se cuentan, igualmente, un hermano de Moreno, que se quedó en el fuerte para ayudar a la familia, y un hermano del coronel don Santiago González.

Debo hacer constar que no todos los oficiales españoles eran sanguinarios en el sentido de matar a sangre fría a los prisioneros, heridos o enfermos. Algunos pidieron que quedaran sujetos al indulto todos los que se rindieron en el fuerte y se remitió el oficio relativo al virrey Apodaca, quien contestó concediendo esa gracia: **pero ya era tarde.**

A Liñán le corría prisa ejercitar venganzas y rencores y jamás pudo registrarse un solo rasgo de generosidad suya.

* * *

Los esfuerzos de Mina para socorrer al Sombrero, quedaron frustrados, por la falta de ayuda del padre Torres, quien procuraba contrariar a Mina en todas sus empresas.

Esto lo obligó a pasar al fuerte de los Remedios para formalizar una conferencia con aquél y excitarlo a cumplir con sus ofrecimientos, a lo que estaba obligado, habiendo recibido una buena parte del dinero, recogido en la hacienda del Jaral.

El 17 de agosto, dos días antes de la evacuación del Sombrero, según Robinson, llegó a los Remedios con una escolta de cien hombres. El camino atraviesa los llanos de Silao, y cuando Mina los cruzaba, se le interpuso una partida de realistas de 200 hombres y hubo que empeñar acción, la que dió por resultado la derrota de los segundos, con muchas pérdidas y dispersión del resto. El jefe que mandaba dicha partida sucumbió, apresado por un ranchero con un lazo, que lo

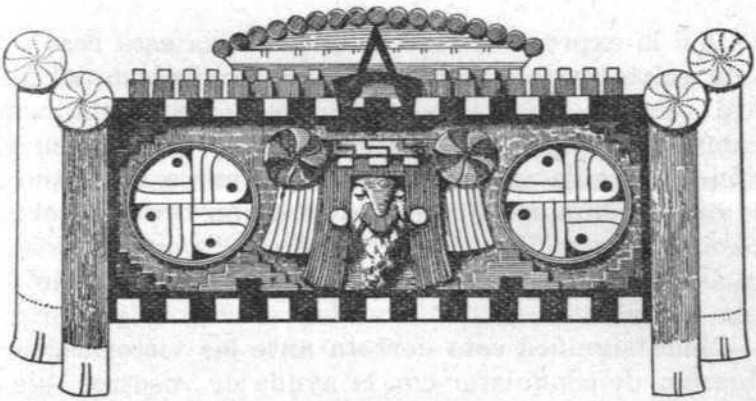
derribó del caballo y lo arrastró largo trecho, entre breñales, hasta dejarlo muerto.

Mina encontró al padre Torres muy atareado en obras de fortificación para proteger el fuerte de los Remedios, porque ya sabía que el brigadier Liñán, una vez que había rendido a la guarnición del Sombrero, pasaría a entendérselas con la que él mandaba. Nada consiguió y fueron meras contrariedades las que ahí sufriera, comprometiéndose, sin embargo, a hostilizar con guerrillas a las tropas que formaran el nuevo sitio y evitar que se proveyeran de víveres, cortándoles las comunicaciones y sorprendiéndoles los convoyes, con emboscadas, en puntos estratégicos de primer orden, como son las curvas de los caminos, la intersección de éstos, los angostos pasos formados por los flancos de los cerros, las espesuras de árboles, el paso de los ríos y arroyos, etc.

Ese género de campaña emprendió después Mina, habiendo recogido 31 extranjeros de los que desembarcaron con él en Soto la Marina y que lograron salir bien librados de la triste evacuación del Sombrero el 19 de agosto, a media noche, esperando volver a contar con los buenos servicios de don Pedro Moreno, con los de Borja y los de los Pachones, hermanos Ortiz, que le habían sido muy fieles, sin olvidar tampoco al célebre "Giro," prototipo del valeroso guerrillero mexicano, enaltecido por Fernández de Lizardi y Bustamante en sus escritos y dibujado a pluma por el arquitecto Tres Guerras, como un capricho del artista. (1)

---

(1) Hay que aclarar que hubo dos "Giros," a cual más valiente: Andrés Delgado, que apareció a raíz del movimiento de Dolores, y Albino García, que llegó a ser el segundo del Padre Torres, y que ayudó con honradez y lealtad a Mina y a Moreno.



MINA SE DISPONE A CORTAR LOS RECURSOS A LOS REALISTAS

A la retirada de la plaza de León, cuyo asalto significó nueva derrota para las fuerzas insurgentes, Mina pensó reorganizar su columna en escuadrones regulares, reponiendo las armas descompuestas y proveyéndose de bastantes municiones. Los carabineros en los casos de ataque, formarían vanguardia y retaguardia e irían en el centro los infantes, rifleros y lanceros.

Encarnación Ortiz, "El Pachón," se unió a Mina cerca de la Tlachiquera, la mañana del 30 de agosto, al frente de 19 hombres que escaparon del fuerte del Sombrero. Entre ellos había seis oficiales. Cuando el general los divisó, apretó espuelas al caballo y fue a su encuentro. Abrazó de modo cordial a todos y les preguntó con gran ansiedad: "¿Dónde están los demás?"

La respuesta fue: "¡Han perecido!"

Así lo expresa Robinson, que califica este resultado de golpe terrible para el corazón bondadoso del general navarro, cuyas facciones demudadas pintaron la amargura de su dolor intenso. Apoyó el codo en el arzón de la silla y reclinó la cabeza entre las manos. Sus ojos se humedecieron, pero muy en breve recobró su ánimo e infundió valor y energía a los que le rodeaban, inspirándoles a la vez confianza plena en el triunfo de la causa.

—Nada significa esta derrota ante las victorias que habremos de conquistar con la ayuda de vosotros,—les dijo.

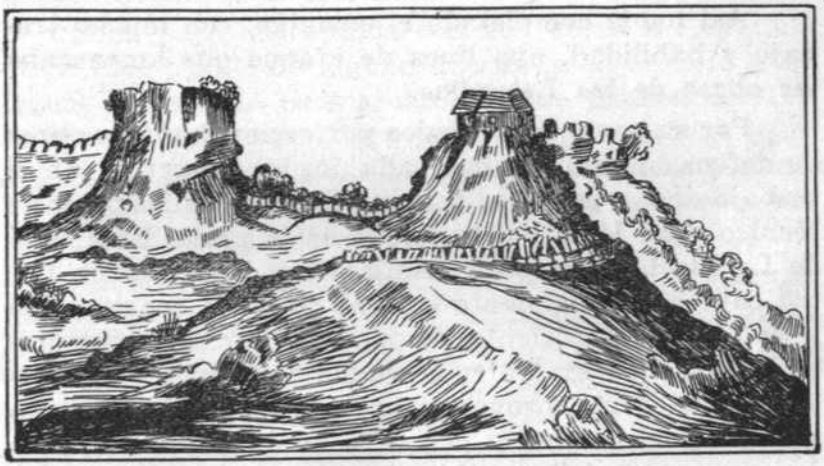
El general se quedó con cuatro oficiales y seis soldados para agregarlos a su escolta y dejó los otros a Ortiz.

Al mismo tiempo, la división de Liñán ponía sitio al fuerte de los Remedios, con fecha 31 de agosto. Barrancos y precipicios que rodeaban el fuerte, defendían a los sitiadores de las salidas y a los sitiados de los ataques. La infantería enemiga se colocó en la parte opuesta de los barrancos y enfrente de la obra de fortificación, en puntos escarpados, de los cuales uno sólo era susceptible de ataque.

Los realistas, no satisfechos con esto, se atrincheraron con todas sus baterías, viendo que podían defender su frente inmensos precipicios, sin temer nada la fuerza de retaguardia, por hallarse en puntos elevados en que no podía obrar la caballería de Mina.

El campamento principal de Liñán quedaba en la llanura, al pie de la subida que terminaba en la entrada al fuerte, y desde esta posición podían reforzar las obras del sitio a cubierto de los movimientos de Mina, a la vez que impedir las salidas de la guarnición por ese mismo punto, que es el de Panzacola. El cuartel general de la división sitiadora estaba situado en la cima, del lado opuesto al barranco que queda enfrente de Tepeaca, donde con grandes dificultades emplazaron una batería de tres cañones y dos obuses que hacían daño

visible a Tepeaca; mas, por la grande elevación, no podían determinar lo mismo sobre las otras obras. Los sitiados no habían previsto aquel inconveniente, por creer imposible el emplazamiento de artillería en sitios tan ásperos y elevados. Sin embargo, los artilleros de Liñán practicaron una excavación en la parte del precipicio inferior a la batería, en que pusieron un cañón de tal modo dispuesto, que sus disparos bien podían alcanzar a las obras del fuerte, entre Santa Rosalía y Tepeaca.



Fuerte de los Remedios

En la parte del barranco que daba el frente a Santa Rosalía y la Libertad, el enemigo había colocado dos baterías en planos distintos: una sobre otra, que alcanzaban a las obras de la fortaleza, de la que no distaban más que medio tiro de fusil. En la primera había tres piezas de artillería de campaña, y dos en la segunda. A retaguardia de la última, en una pequeña llanura bien defendida por la naturaleza, había un campo retrincherado con una pieza de artillería. Detrás de todos estos puntos, en una altura que lo dominaba, se había colocado un cañón de a 12 pulgadas y un obús. Esta posición molestaba mucho toda la parte de los Reme-

dios, desde la Cueva hasta Tepeaca. En frente del costado descubierto de Panzacola, se había formado otro campo con una batería de dos cañones y dos obuses. A la izquierda de La Cueva se pusieron después tres cañones y dos obuses, que hacían fuego a retaguardia de aquella obra. En frente de todos los puntos por los que podía practicarse una salida, se distribuyeron piquetes que cortaban toda comunicación con el exterior. El coronel Francisco de Orrantia, al mando de 800 hombres de infantería y caballería bien equipados, observaba los movimientos de Mina.

Así había completado el enemigo, con mucho trabajo y habilidad, una línea de ataque que amenazaba las obras de los Remedios.

Por su parte, los sitiados perfeccionaban sus obras de defensa y aumentaban cada día los reductos, con el trabajo de los paisanos y la inteligencia de los oficiales técnicos que Mina había dejado en la plaza. Este salió de La Tlachiquera para reunirse con Encarnación Ortiz, cuyo acantonamiento reforzó de modo considerable y tuvo fuerza suficiente, dispuesto a cortar la comunicación del enemigo, entre la ciudad de México y las provincias del norte, proyectando destruír las fortificaciones de aquel camino y privar a los convoyes realistas de apoyos tan útiles y dejarlos expuestos a las incursiones violentas de los patriotas de Jalpa, reunidos en cuerpos formidables que partían de los cerros de Querétaro. De este modo, era muy difícil que recibiese provisiones de boca y guerra el cuerpo realista que comenzaba a sitiar los Remedios.

Un incidente de esta organización fue revestido por la audacia de Mina, al sorprender el punto fortificado del Bizcocho, cuya guarnición quedó prisionera, excepto el comandante, que tuvo la prudencia de echar a correr cuando se divisaron las tropas de Mina. "La memoria de las crueldades del Sombrero, los clamores de los compañeros de Mina que habían sobrevivido a la catástrofe y la rabia que manifestó toda la división

insurgente al ver de cerca a los esbirros, vencieron el ánimo del general y por primera vez dió oídos a la voz de la venganza. 31 hombres de la guarnición fueron pasados por las armas. Pocos días antes, el general y sus tropas hubieran mirado con horror este sacrificio; pero en aquellas circunstancias, pareció necesario. A efecto de evitar nuevas atrocidades, era preciso castigar las cometidas. Mina, sin embargo, detestaba este espíritu vindicativo, y la ocasión que acabamos de indicar fue la única en que se le puede echar en cara una severidad excesiva." (Observación peculiar de James A. Brush, comisario de la división de Mina.)

Mina pasó en seguida con su fuerza a San Luis de la Paz, pueblo de alguna importancia, situado a 14 leguas al este de Guanajuato, el que guarnecían 100 hombres de infantería, agregados algunos vecinos, quienes se parapetaron en la parroquia, el curato y el cementerio, que eran los puntos de mejor condición para improvisar una defensa.

Mina intimó rendición, y como no la aceptaron los defensores, rodeó la plaza en término de no poder dejar salir un solo hombre. Y así determinó hacer una tentativa de asalto, con cuerpos cerrados que en vano pudo formar para aproximarse a la fortificación enemiga con intrepidez. Sintió este contratiempo y redujo el sitio a condición de hambre, interceptando todo auxilio. Fracasaron también las tentativas de volar un puente levadizo en que los realistas tenían toda su confianza, o bien quemarlo desde el foso. Llegaron hasta el esfuerzo de escalar el muro principal de la fortificación; pero dió la circunstancia de que al avivarse el fuego contrario, los escaladores abandonaron el sitio y dejaron solo al capitán Perrier, que los instigaba, quien escapó de caer prisionero por su habilidad en encontrar escondite seguro, en resguardo contra los proyectiles que le llovían por todos lados.

Mina, que vió inútiles sus tentativas de asalto, en cuatro días de asedio, procedió a formar un camino

cubierto de las ruinas de las casas al puente levadizo y lo consiguió para cortar éste; hecho que preocupó tanto a los sitiados, que cedieron sin la menor resistencia, pidiendo cuartel.

"Todavía estaban frescos los recuerdos del Sombrero en la memoria de las tropas—dice Robinson—, en términos que pedían venganza, recordando al general la promesa que les había hecho de no dejar con vida a ningún realista que cayera en sus manos. Pero entonces dió pruebas Mina de su condición benigna y de su templanza. Intercedió por los vencidos y pudo conseguir que sólo muriesen tres de ellos: el comandante de la Plaza, el jefe de la guarnición del Bizcocho, que se había refugiado allí, y un soldado europeo. La mayor parte de los prisioneros se alistaron bajo las banderas de Mina. Los otros fueron puestos en libertad."

Destruídas las fortificaciones de San Luis de la Paz, el coronel González, célebre guerrillero de Lagos, quedó mandando el punto, encargado de observar los movimientos del enemigo. Entre tanto, Mina se dirigía a San Miguel el Grande, punto desguarnecido, con muchos recursos aprovechables para los insurgentes; pero éstos se encontraron con fuerzas realistas que iban en auxilio de la plaza y no tuvo Mina otro recurso que alejarse con sus tropas, viendo en la práctica que la detención prolongada de San Luis de la Paz le había perjudicado, por llegar tarde a querer aprovecharse de las excelentes dotaciones que ofrecía aquel lugar.

Allí abundan los recursos de todas clases y desde aquel punto se hubiera podido llevar a cabo la empresa de cortar la cadena de comunicación del enemigo, dando un carácter diferente a la guerra. Abandonado el proyecto de apoderarse de San Miguel, Mina pasó al Valle de Santiago, pueblo situado en la parte sur del río del mismo nombre, a 16 leguas de Guanajuato, punto destruído por el padre Torres. Así lo encontró Mina cuando entró en el pueblo sin hallar la menor resis-

tencia; sólo quedaban en pie las iglesias. Los habitantes del Valle de Santiago, animados por su odio a las autoridades españolas, no echaban de menos las conveniencias que habían sacrificado a la causa de la libertad. Su patriótico entusiasmo les hizo mirar con desprecio todas las proposiciones que los realistas les habían planteado, por escritura. Su ídolo era la independencia de su patria; por lograr este objeto, daban como bien recibidos sus infortunios y pérdidas, y al fin, presentaron la última prueba de su adhesión a aquella causa, abandonando el sitio de su nacimiento, cuando cayó en poder de los realistas.

Esta es una lección de patriotismo muy acentuado, digna de todos los pueblos que sufren los desmanes del caciquismo o de la tiranía. Abandonar el pueblo en que se ha nacido; en que se han recibido las primeras luces de la educación; en que se han reanudado las relaciones más afectuosas; en que se han fincado las fortunas o riquezas y empeñado los mejores compromisos de sociedad; este sacrificio de toda una congregación de habitantes, unidos, identificados, consentidos en el triunfo de un ideal de bien común, forma un ejemplo semejante al de los espartanos, que son los seres de mayor abnegación en la historia de Grecia, abatiendo todo lo que les pueda halagar o satisfacer, en aras de un servicio patrio. Por ello es que el Valle de Santiago es tan elogiado en la Historia, porque en todas las épocas ha demostrado intensidad de patriotismo, ser un núcleo de valor egregio, un punto de resistencia a todas las infamias, un eje sustentador del civismo.

"El distrito en que está situado el pueblo, aunque no muy extenso—decía el comisario Brush—, es de mucho valer por la riqueza del suelo, el más fecundo quizás de todo el reino. A la sazón, el comercio que ahí se hacía era muy importante, en términos que los ingresos de la Comandancia no bajaban de 120,000 duros. D. Lucas Flores, el comandante, era hombre intrépido

y esforzado, y como jefe de guerrilla, se había distinguido en muchas empresas brillantes. Tal era la educación que había recibido, que ni aun sabía firmar su nombre, y tuvo que confiar el arreglo de la hacienda a un tesorero, cuyo objeto principal fue enriquecerse; así es que las rentas del distrito se disipaban y las cajas públicas estaban siempre vacías."

Esta observación pertinente de Brush es un espejo de la forma en que administraban las rentas de los pueblos algunos jefes que se quedaban como comandantes militares. Mendívil y Robinson dan mucha importancia a D. Lucas Flores, como un jefe de guerrilla de mucha iniciativa y de buena inteligencia, aunque un analfabeto. Documentos fehacientes prueban la competencia guerrera de Flores, que llegó a ser el árbitro de los procedimientos del padre Torres, lo que es mucho decir, porque este último sujeto era de una inteligencia ofuscada, capaz de todos los ardides para engañar al más precavido y al más avisado. Esto le pasó a Mina con el padre Torres y con Lucas Flores, ambos identificados en manera de hacer y de decir, únicos que pudieron desconcertar sus planes de campaña, por la falsedad de promesas y por el error político en que vivían, no pudiendo tener ni convicciones políticas, ni afecto a los principios de libertad, entrañada en el respeto de todos los derechos.

Por ello fue que Mina sufrió con ambos, no pudiendo contrarrestar su influencia, ni contrariarlos en su manera de ser, ni sugestionarlos, porque tenían más fuerza armada que la suya; porque gravitaban en un ambiente que les era favorable, conocedores de los habitantes de la región en sus modos de ser, idiosincrasia especial que Mina no podía aprovechar como él quisiera, para el efectivo mando general de la región.

Robinson hace un análisis perfecto de D. Lucas Flores, desconocido que viene a ser de notoriedad regional y caudillo de indígenas, poseedor de grandes elementos de guerra que, en caso de escasearle, se reprodu-

cían, por el conocimiento que tenía de los centros productores o depósitos de menesteres en abundancia.

"D. Lucas era uno de los comandantes confederados a las órdenes de Torres. Cediendo al mal ejemplo que éste le daba, se hizo disipado, inactivo, indolente, y perdió su popularidad por algunas tropelías que cometió. En su mano estaba, si hubiera querido obrar de buena fe con Mina, hacer el servicio más esencial a la causa común. Tenía guardadas más de 1,500 armas, de la mejor calidad, que había tomado al enemigo en diferentes ocasiones. Con estos recursos y con los que suministraba la Comandancia, no es calculable el daño que hubiera podido hacerse al enemigo. Creemos que se mostró sinceramente adicto a la Patria, pero sea por consideraciones con Torres, sea por ignorancia, orgullo o cualquier otro motivo, lo cierto es que su conducta con Mina no fue franca ni generosa. D. Lucas mandaba un cuerpo de tropas valientes, a las cuales ninguna otra había excedido en valor, cuando medía las armas con la caballería enemiga. Pero, según costumbre, la escolta del general era la única equipada."

Esto nos hace observar que el padre Torres no se había concretado a ser malo de por sí, inconsecuente y nocivo al buen orden revolucionario, sino que prostituía a los que le rodeaban, a los que, por mayor talento y recursos de sociedad, podían dominar su carácter, apaciguar sus instintos y sugestionar su inteligencia, guiando sus tendencias por camino de honradez y patriotismo, lo que no pudieron hacer ni Mina, ni Moreno, ni el doctor Cos, ni el doctor San Martín, ni Cumplido, ni "Los Pachones," ni el "Giro," a quienes tanto quería (los últimos), y perseveró en su inconsecuencia característica, en su falsedad constante y en sus procedimientos opuestos a la disciplina y al buen orden militar que Mina trataba de imponer con su actitud autoritaria a las tropas combatientes.

"Mina decidió, por esas consideraciones, separarse del padre Torres, conociendo bien la psicología de su

carácter, y estableció su cuartel general en el Valle de Santiago, aprovechando su posición topográfica, los recursos de toda clase, que abundan, y la confianza que le podía inspirar el patriotismo de sus habitantes. Estos, en efecto, le habían recibido con las más cordiales demostraciones de apego y entusiasmo, al grado de (como religiosos que eran) conducirlo a la iglesia en medio de un gran concurso, y allí se cantó el Te-Deum y no hubo quien no se enterneciera al fijar los ojos en aquel guerrero ilustre." Así lo expresa el mismo Robinson, agregando que las tropas se sentían contentas, acampadas cerca de la ciudad, con recibir raciones y pagos puntuales suministrados no sólo por la Comandancia, sino por los vecinos que recogieron cuotas de espontaneidad.

A pesar de las inconsecuencias que le jugara Torres, quería salvar a su ejército, a la división que tenía en el fuerte de San Gregorio, evitando que los sitiadores recibieran recursos, tanto en hombres como en víveres; y así, obedeciendo a estas ideas nobles y abnegadas, interceptaba los convoyes, hostilizaba a las fuerzas realistas en forma de sectores y guerrillas, con los golpes rápidos asestados en las emboscadas, sistema mexicano de que él supo aprovecharse; pero tratándose de planes serios de campaña formal, asaltos de plazas o acción campal, se decepcionó al ver que las tropas no tomaban iniciativa, avanzando de modo resuelto contra las fortificaciones artilladas del enemigo, por lo que se registraban fracasos constantes, entre otros los de las haciendas de la Zanja y de La Hoya. El enemigo le persiguió hasta el pie de la sierra de Guanajuato, donde las guerrillas insurgentes seguían su modo acostumbrado de eludir al realista, dividiéndose en pequeñas masas y siguiendo cada una diferente camino para reunirse cuando las circustancias lo determinaran.

Andaba al frente de sus fuerzas por las cercanías de Silao, cuando se le reunió el general D. Pedro Moreno, que había sido, como recordarán los lectores, co-

mandante del fuerte del Sombrero y uno de los que habían logrado salvarse de la matanza ejercida por Liñán al romperse el sitio, por lo que Mina lo estrechó contra su pecho con gran efusión. Podían calcularse las fuerzas de la división de Mina compuestas de 1,100 hombres, a muchos de los cuales se veía malísimamente equipados. Con ellas amagó las plazas fortificadas y algunos lugares abiertos del Bajío; pudo evitar que llegasen provisiones a los realistas que sitiaban los Remedios (lo que nunca quiso hacer el padre Torres con el fuerte del Sombrero), y desesperaba al coronel Orrantia, por no poder darle alcance con sus garridas huestes. El servicio de espionaje llegó a confirmar los informes de que el brigadier Liñán recibía provisiones de la ciudad de Guanajuato; lo que motivó que Mina decidiera atacar dicha plaza, pudiendo demostrar la inconveniencia de atacar a los sitiadores de los Remedios, porque estaban provistos de magnífica artillería y de un gran número de tiradores; no habiendo, en realidad, otra ventaja que la de privarlos de comunicaciones y de víveres.

ATAQUE A LA PLAZA DE GUANAJUATO E INCENDIO DE LA VALENCIANA

MINA seguía incomodando al enemigo con sus guerrillas, cortándole las provisiones con tan buen éxito, que su situación llegó a ser realmente crítica. Mientras recorría los terrenos de la hacienda de la Caja, el 10 de octubre, un paisano le dió la noticia de que Orrantia se acercaba y estaba a retaguardia a muy corta distancia. Tenía en sus tropas mayor confianza que antes, creyéndolas disciplinadas y más decisivas, por lo que dispuso entrar en acción campal y atacar con ímpetu el caserío de dicha hacienda, situada en elevación de sierra, en medio de la garganta que dos colinas formaban, a tres leguas de Tepeaca.

El combate se empeñó y por más que las disposiciones tácticas dictadas por Mina trataran de conservar el mayor orden y la más completa unidad en los momentos de la acción, las columnas se desintegraron y se produjo con la desobediencia el desorden en las masas, agravándolo un movimiento de alarma que

hicieron las mujeres de los soldados, creyéndose en peligro en una estancia avanzada de aquella propiedad rústica.

Como la retaguardia se pusiera en fuga, el cuerpo principal rompió la formación y se dispersó, en tanto que Mina, con la única tropa que mandaba en persona, resistió todo el peso de la acción. La caballería de Orrantia, echando de ver la confusión que se apoderaba de las filas insurgentes, empezó a perseguir a los fugitivos y entonces se produjo el trastorno general y la derrota fue completa.

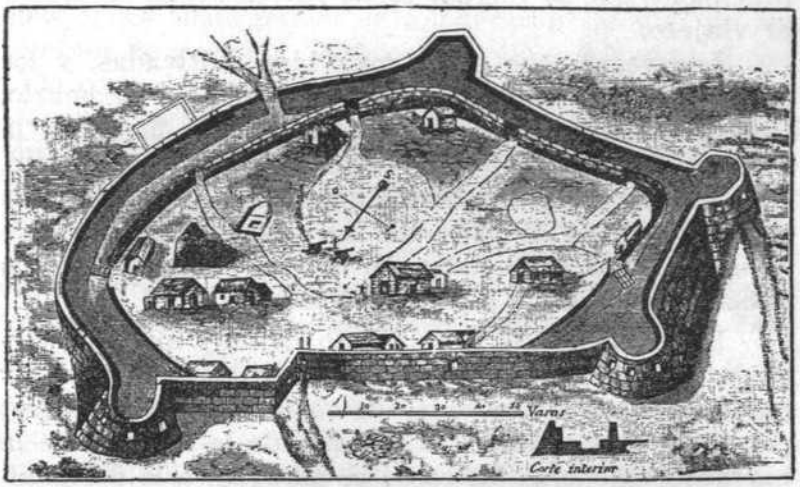
No se desanimó Mina por este nuevo fracaso, consecuencia directa de la falta de disciplina, y lejos de prentender reunir los soldados dispersos, prefirió dirigirse a conferenciar con la Junta de Jaujilla, donde a la sazón residían los miembros del Gobierno (?), con quienes deseaba conferenciar acerca de sus futuras operaciones. Púsose en camino por la tarde y llegó a dicho punto el día siguiente.

Jaujilla era un pequeño fuerte, cuyos parapetos indicaban conocimientos en fortificación. Ocupa casi toda la extensión de una isla en el lago de Zacapo, a corta distancia del pueblo del mismo nombre, en la intendencia de Valladolid, casi a veinte leguas al sudoeste del Valle de Santiago y a dieciocho al nordeste de la capital de aquella provincia. El lago, por aquella parte, tenía cinco o seis pies de profundidad y, por lo consiguiente, era necesario embarcarse para ir al fuerte.

Mina conferenció con la Junta, la que desaprobó su plan de pretender tomar Guanajuato con gente neófita e indisciplinada, aconsejándole que retirara de los Remedios la gente que había pertenecido a su expedición, cosa irrealizable habiéndose estrechado el sitio. Se habló también de organizar un cuerpo de ejército para internarse más en el país y llegar a costas del Pacífico por no tener ahí tantas fuerzas los realistas como en el Bajío y por ser la mayoría del pueblo acérrimo partidario de la independencia. Mina creyó dilatada

tal organización e insistió en la conveniencia de atacar Guanajuato, que era el centro de productos destinados a las tropas de Liñán, Orrantia, Andrade, Negrete, Iturbide, Bustamante y otros. Expuso que si no se obligaba a Liñán a levantar el sitio de los Remedios, era difícil que se presentase en lo sucesivo tan oportuna ocasión y esperaba que ese golpe bastaría para dar a la causa de la revolución un aspecto muy diferente del que por entonces ofrecía.

Mina hizo ver que su honor estaba comprometido en socorrer el fuerte de los Remedios y que en cuanto



Vista general del fuerte de Jaujilla

al ataque de Guanajuato, era una empresa que se proponía seguir adelante.

Así fue como obtuvo la ayuda de 50 hombres de infantería y salió en dirección del Valle de Santiago, que ya conocía bien, haciendo un rodeo por Puruándiro, para ir a recoger una partida de independientes que se le agregarían. Mina era perseguido por Orrantia, a quien despistó yéndose por la Caja y Pueblo Nuevo. Ahí reunió como 1,100 hombres que condujo a la hacienda de Burras y se dirigió a las alturas de Guana-

juato, trazando un nuevo rodeo por sembrados y plantíos, hasta llegar al mineral de la Luz, a cuatro leguas de aquella ciudad. Ahí se detuvo un día esperando refuerzos de caballería e infantería que, en efecto, llegaron, despachados por Encarnación Ortiz, con los cuales se completó el número total de 1,400 hombres, de los que sólo 90 eran de infantería.

Aquellas montañas que recorría Mina son ásperas, escabrosas como todas en las que abunda el mineral de Guanajuato. Córtanlas profundos barrancos de 200 a 300 varas de ancho, según Humboldt. Los espantosos precipicios que se ven por todas partes llenan de horror al viajero.

Las vegas, que están muy bien cultivadas, y los cerros que las limitan, presentan hermoso escenario, cuadro sublime de la naturaleza en que la luz y la sombra se mezclan con el más pintoresco contraste. Dice el ilustre barón alemán que citamos, que los más célebres puntos de vista de Europa, los famosos paisajes de Suiza y de Italia, no pueden competir con los que se ofrecen allí a la vista del hombre.

La situación de Guanajuato es muy extraña, circuída de barrancos y dominada por los montes. Una parte de la ciudad se extiende en forma de anfiteatro; pero en otras se dilata a lo largo de la margen de la barranca, mientras las casas se arreglan a la desigualdad del terreno y ofrecen los más llamativos y variados, alegres y caprichosos grupos. Antes de la revolución, la población de Guanajuato no bajaba de 70,000 habitantes, en su mayoría campesinos y mineros, porque en esa época las grandes minas estaban en bonanza.

Como punto estratégico, Guanajuato es juzgada como fácil de tomar, puesta en las alturas inmediatas alguna artillería. En 1817 los militares realistas no preveían ningún ataque de parte de los insurgentes y, por lo mismo, no habían querido fortificar las gargantas de las montañas, que es preciso cruzar para llegar al pueblo, y éste no tenía más defensa que la

Alhóndiga de Granaditas y unos fuertes cuarteles que estaban en el centro de la población.

Mina apeló a la sorpresa, por no contar con artillería, para apoderarse de esa ciudad y dictó sus órdenes a todos los jefes, a efecto de que entraran de noche y combinados. A las once, la vanguardia se detenía en los arrabales, en espera del grueso de la columna, observando que los desfiladeros que quedaban a retaguardia eran muy estrechos y que por algunos tan sólo un hombre podía cruzar.

La primera noticia que tuvo la guarnición de la presencia del enemigo fue cuando, después de media noche, los insurgentes se apoderaron de uno de sus cuerpos de guardia. Entonces cundió la alarma; el castillo rompió sus fuegos y se produjeron escenas desordenadas en los asaltantes, por ignorancia de medidas militares, como tropa bisoña que era, y por indisciplina, al grado de no poderlos arreglar Mina con persuasiones y amenazas. Aunque el fuego del enemigo se interrumpió por algún tiempo, ofreciendo oportunidad para el asalto, todos sus esfuerzos fueron vanos y no pudo conseguir que dieran un paso adelante.

El general estuvo trabajando hasta al rayar el día, de infructuosa manera, por restablecer el orden, mas como esto fuera imposible y se acercara el coronel Orrantia con su tropa, se vió en la imprescindible necesidad de renunciar al asalto, por la inútil pérdida de tiempo, y empezar su retirada.

Esto no pudo significar sino una positiva fuga, puesto que los soldados se agolpaban en los estrechos pasos de las barrancas, queriendo pasar unos primero que otros, y de este modo los desfiladeros se vieron obstruídos, y resultó el pánico general cuando sintieron la aproximación del contrario a retaguardia. Al fin el general, con enorme trabajo, pudo tranquilizar a su gente algún tanto y obligarla a marchar con relativo concierto.

Pero Francisco Ortiz, uno de los oficiales, faltó a las órdenes terminantes del superior, desligándose del núcleo que se retiraba, para apoderarse, con una partida, de la altura en que se hallaban las obras de la rica mina "La Valenciana," y les puso fuego, acción que encolerizó a Mina, que tantas veces había ordenado se mirasen con el mayor respeto los bienes de los particulares.

Las tropas en retiro fueron a resguardarse al mineral de La Luz, de donde habían salido, y Mina increpó a un grupo de oficiales, diciéndoles que no habían sabido cumplir con su deber, estimulando con su ejemplo a los inferiores para que avanzaran de modo resuelto a tomar las posiciones enemigas. No se contentó con esta reprensión, publicando una orden del día en que censuraba a los cobardes, elogiando a muy pocos de los que se habían portado con valor.

Contrariado por este nuevo fracaso, ordenó a sus tropas que volvieran a sus respectivas comandancias, procurando hostilizar en guerrillas a Orrantia, combinando diestramente las marchas y contramarchas, así como a las fuerzas de las guarniciones de pueblos de la región y no dejando pasar víveres a Guanajuato, a donde, con el tiempo, volvería, según sus deseos, a repetir el ataque con mejores elementos de vigor y disciplina.

Mina se quedó solamente con una escolta de 40 hombres de infantería y 30 de caballería, muy decepcionado por lo acontecido, y se fue a descansar al rancho del Venadito, estancia de la hacienda de la Tlachiquera, propiedad de su amigo don Manuel Herrera.

La misma tarde en que despidió la tropa, salió con dirección a aquel punto y pasó la noche a poca distancia de la mina de La Luz.

Los que conocen la región, dicen que el rancho del Venadito se compone de unas cuantas casas, edificadas en tierras de la Tlachiquera, que dista una legua, y a ocho de la ciudad de Silao; que está situado en

un pequeño barranco, a cuyo frente se extiende una llanura; que el barranco está cubierto de maleza, en medio de la cual sobresalen grandes masas de rocas; que por ahí pasaba el único camino a las tierras altas de las cercanías, que terminan en desfiladeros más o menos profundos.

El camino de Guanajuato a Silao, que atraviesa un barranco muy largo, angosto e intrincado, lo habitaban rancheros muy afectos a su patrón D. Mariano Herrera y a la causa de la libertad. Parecía ofrecer seguridad contra los ataques de realistas, y cuando éstos se acercaran, en breve tendría noticias el dueño de aquella hacienda, para darle tiempo de resguardarse en los puntos ocultos, pues él ya había estado prisionero y le exigieron los realistas la cantidad de $20,000 para soltarlo, la que tuvo que pagar, no sin haber recibido otros daños de mayor intensidad en la Tlachiquera, pues le quemaron los edificios que en ella había, le destruyeron las sementeras y le arrebataron el dinero de sus cajas y sus ganados; todo esto porque se sabía que tenía amistad con Mina y con Moreno y que simpatizaba con el extenso movimiento de la Independencia, desde que se había levantado Hidalgo en Dolores.

Mina nada tenía que temer, pues confiaba en las fuerzas de Ortiz, destinadas a molestar a la tropa de Orrantia, que se movía a muy larga distancia de aquel lugar. Así es que se alojó con entera confianza, rodeado de comodidades, protegido por la naturaleza.

El Venadito era, por consiguiente, en la opinión de todos sus habitantes, un lugar seguro, libre de toda sorpresa durante el día y por la noche. Herrera acostumbraba retirarse a los montes: así que, aunque en continua cautela, nada tenía que temer. En este rincón solitario podía deslizar su existencia, en compañía de su buena hermana, que había dejado a Guanajuato para tener el gusto de acompañarlo y de correr su misma suerte.

"Mina y Herrera, según noticias del comisario de la expedición, James A. Brush, eran íntimos amigos. Entre ellos reinaba una confianza sin límites, a que eran recíprocamente acreedores. Al día siguiente de la separación de las tropas insurgentes, Mina llegó al Venadito, donde fue cordialísimamente recibido por su amigo. Ahí supo que Orrantia estaba en Irapuato, ignorando absolutamente la dirección que había tomado la división patriota, y previó que sería mayor su confusión cuando supiera que ésta se había separado. Por todas estas razones, y en vista de la posición del Venadito, Mina se creyó ahí muy seguro de no ser atacado. Determinó, pues, pasar la noche en el rancho con su amigo y mandó echar a la pradera los caballos de su partido."

En esta ocasión fue cuando el general Pedro Moreno pudo reunirse con Mina. Se dieron estrecho abrazo cordial ambos camaradas y se comunicaron sus mutuas tristezas y descalabros.

Moreno había perdido a otro hermano, fusilado en el fuerte del Sombrero, al ser tomado éste por la chusma realista, y nada sabía de su esposa, creyéndola muerta también o prisionera. El había caído enfermo de seriedad, después de la desocupación del citado fuerte y una compasiva familia de labriegos lo recogió, lo resguardó de sospechas de adversarios, lo alimentó, le curó todas sus dolencias y le permitió retirarse, acompañándolo únicamente su asistente Mauricio.

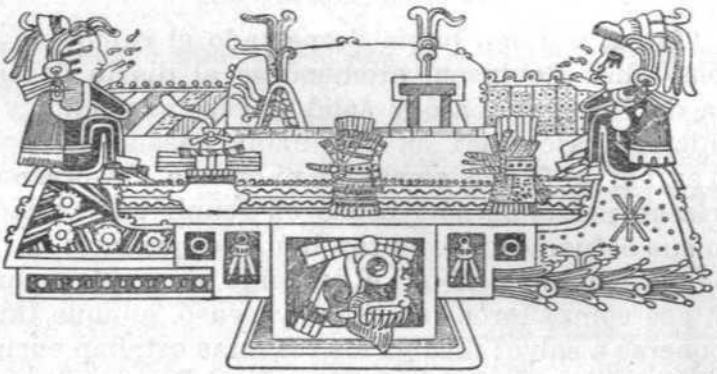
Moreno ocupó otra pieza de las del rancho del Venadito y deseaba pasar una noche tranquila, una sola siquiera, después de tanto tiempo de agitaciones y penalidades desde que abandonara a su familia y cayera en cama, y se despidió de Mina y de Herrera para verse al día siguiente e ir a reunirse a las pocas fuerzas que le quedaban.

Moreno continuaba siendo fiel a Mina; comprendía sus elevados méritos y estaba dispuesto a seguirle y ayudarlo, hasta el último trance. Este se avecinaba

en forma fatal, por efecto de ruindades, de falsedades, de espionaje y de traición. No faltó quien se enterase del recogimiento blando y amigable de los dos caudillos, ni el que le indicase a Orrantia el camino que debía seguir para llegar a la Tlachiquera y a la estancia del Venadito, y sorprender a aquéllos, creyendo, sin duda, con hipocresía, hacer un servicio a la causa del rey, con sólo delatar.

Delación cobarde, inícua, despreciable bajo todos conceptos, porque nadie podría regocijarse de una infamia como la que se desarrolló ahí mismo, con la llegada intempestiva de Orrantia, que hizo rodear todas las fincas del rancho del Venadito, sorprendiendo en la misma noche el pequeño campamento donde las escoltas dormitaban, sin tener puestos avanzados, ni grandes guardias, ni vigilancia rigurosa, puesto que no eran grandes unidades, que las nombran en servicios de campaña, y porque ahí se creían en paréntesis de descanso, protegidos por el dueño de la hacienda que les brindaba alojamiento y comida y seguridad absoluta.

Los esbirros olfatearon las piezas en que dormían los caudillos con afán dúplex a causa del enorme cansancio de muchas cabalgatas, de muchas fatigas, de contrariedades extremas, de peligros sin cuento, para ser despertados, amagados y sorprendidos por la garra enemiga.



COMO FUE LA SORPRESA DE MINA Y MORENO

UNA persona solapada hizo una visita a Mina, en un punto del camino que seguía con dirección a la Tlachiquera, y tan ansioso estaba de comunicar esta noticia, que tomó una mula ensillada y corrió a buscar a Orrantia, que desorientado acababa de llegar a Silao. El menguado espía tartufo que fingió amistad, proporcionó todos los datos sobre el itinerario de aquél, los pequeños elementos que le resguardaban y la casi seguridad de que Mina se fuera a hacer compañía a su amigo D. Mariano Herrera.

Orrantia utilizó aquella denuncia; no dió descanso a su tropa, sino que, a marchas forzadas, recorre las cinco leguas que de Silao separan al Venadito y cae de sorpresa sobre los ilustres caudillos, entregados aún en brazos de Morfeo; no sin haber preparado una emboscada para derrotar en dispersión a la escolta de Mina, la que no pudo hacer uso de sus caballos, que estaban pastando en los potreros; sin darles resultado a los dragones el unirse con la infantería, porque ésta se puso en precipitada fuga y tuvieron ellos que seguirla.

"Mina, a quien había despertado el rumor de sus tropas—dice Robinson, ateniéndose al diario de campaña de Brush—, bajó y salió precipitadamente y en el mismo traje (sic) en que había pasado la noche: esto es, sin uniforme, sombrero ni espada. Despreciando su riesgo personal, sólo pensó en reunir sus soldados, pero sus esfuerzos fueron tan inútiles, que muy en breve se vió solo. Conoció que el enemigo perseguía y cortaba a sus compañeros fugitivos, y pensó, aunque tarde, en ponerse a salvo: mas ya los realistas estaban encima. En el acto de gritar a los suyos que hiciesen alto y se formasen, fue cogido por un dragón realista, y no teniendo consigo arma de ninguna especie, toda resistencia era enteramente inútil."

Le había llegado a Mina su momento fatal de befa y de ludibrio y fue conducido, con amarras, a presencia de Orrantia, quien, del modo más altanero, le preguntó qué motivos había tenido para cometer "semejante traición," términos que el coronel acompañó de injurias y de ultrajes a mansalva, puesto que Mina se hallaba indefenso, sujetas sus manos con ataduras.

El eximio prisionero se defendió del cargo de traidor, como lo había hecho en sus vibrantes proclamas de Baltimore, de Soto la Marina y otra posterior (las que publico en el **Apéndice** de este libro), y no desmintió un solo instante su presencia de espíritu ni la firmeza que lo caracterizaban, sino que volvió a replicar a los cargos que le hacían sus aprehensores, con tanto sarcasmo y con expresiones tan fuertes de desprecio e indignación, que Orrantia se levantó de improviso de una silla que ocupaba y le atizó de golpes con la espada de plano, lo que resintió Mina sin moverse ni alterar su rostro, con aire olímpico de serenidad y decoro imborrables, características de los héroes, y respondió a la ofensa de palabra y de obra recibida con esta gran frase, burilada en la Historia:

"Siento haber caído prisionero; pero este infortunio me es mucho más amargo, por estar en manos

de un hombre que no respeta el nombre español ni el carácter de soldado."

El documento histórico de San Felipe que publicamos en otro capítulo, dice que el que dió los sablazos a Mina, fue el general Liñán, y que a éste corresponde la contestación de Mina.

No hay historiador que hable del eximio libertador de Navarra, que no reproduzca con elogio esa expresión de altivez sublime, tallada de una pieza, como en cristal de roca, látigo del despotismo y la crueldad hispanos, que caracterizan toda una época.

La captura y prisión de Mina la consideró la Cancillería de España como suceso de tanta importancia y trascendencia, que el rey Fernando VII envió al virrey D. Juan Ruiz de Apodaca el título de conde del Venadito, nombre que pareció ridículo al interesado y solicitó que se lo cambiaran. A Liñán y a Orrantia (a éste por los sablazos dados a Mina) se les enviaron condecoraciones de órdenes caballerescas; y hasta el dragón que realizó la captura del héroe resultó con el ascenso de cabo y el otorgamiento de una pensión vitalicia, por su fechoría.

Es apócrifa la declaración que se hizo aparecer como escrita por Mina y publicada en la Gaceta del gobierno, afeando la conducta del padre Torres y de otros similares y como si renegara de su venida a México; como apócrifas fueron también las retractaciones de Hidalgo y de Morelos, en artículo de muerte, elaboradas por intermediarios.

Cuatro oficiales de la división y catorce soldados murieron fusilados en su mismo campamento, y los dragones e infantes de la escolta lograron escapar, lo mismo que D. José María Licéaga.

El dueño de la hacienda de la Tlachiquera, D. Mariano Herrera, que hospedaba a Mina y a sus colaboradores, fue conducido a Irapuato y encarcelado con todo rigor. Tales fueron sus contrariedades y sufrimientos que perdió el uso de la razón. A nadie conocía,

ni aun a su propia hermana, señorita doña María Herrera, que hizo esfuerzos inauditos por salvarle desde que lo capturaron.

He ahí las víctimas de una tragedia conmovedora como las de Esquilo, relievando el dolor humano, en contraste con la fiereza de cortesanos y centuriones dignos de la reprobación universal.

El coronel Orrantia trató de investigar el monto de la fuerza que tenían los patriotas en aquellos rumbos. Interrogó a Mina sobre el particular y Mina lo satisfizo, sin comprometer a nadie, con lo que, temiendo Orrantia que los insurgentes aventurasen algún golpe desesperado para salvar a su jefe, determinó retirarse a Silao con su prisionero, al que daba malísimo trato. Mina lo sufrió todo con su acostumbrada magnanimidad. Sólo pensaba en la suerte de sus compañeros, y durante la marcha no cesó de animarlos.

Dice Robinson, en su historia sobre los últimos momentos de Mina, lo siguiente:

"Al llegar a Silao se le pusieron cadenas: de allí pasó a Irapuato y, por último, al cuartel general de Liñán, en frente del punto de Tepeaca, fuerte de los Remedios, donde se encargó su custodia al regimiento de Navarra.

"Entonces fue tratado como merece serlo todo hombre de valor en semejantes circunstancias. Se le prestaron todas las atenciones que dicta la humanidad, y su situación fue, a lo menos, soportable.

"Parece que entre los papeles que cayeron a la sazón en manos de los realistas, había algunos escritos en cifra. Era de grande importancia explicar ésta, porque en ella podrían encontrarse los nombres de los confidentes que los patriotas tenían en los pueblos ocupados por las tropas realistas. Por fortuna, Mina había tenido la costumbre de copiar de su letra todos estos avisos y romper el original.

"Sufrió largos interrogatorios sobre este asunto y todas sus respuestas respiraban fidelidad a la causa

que tenía; de este modo resplandeció nuevamente la nobleza de su carácter."

Por otros conductos, se sabía que el virrey Apodaca ordenó se procurase, por todos los medios posibles, la obtención de alguna clave que usaban los insurgentes, porque existían distintos documentos, como el de Mina, sin interpretación. Por lo tanto, el ilustre prisionero fue interrogado nuevamente sobre las cifras sospechosas que usaba en su correspondencia secreta y él contestó con entera dignidad: "Yo no revelaré mis secretos, ni perjudicaré a nadie."

Con esta conducta el caudillo excitó la admiración de todo el ejército realista, cuyos miembros, en su mayor parte, estaban más dispuestos a darle libertad que a sacrificarlo. El virrey se empeñaba en enviar correos a todos los puntos mexicanos, dando la noticia de la captura de Mina, recomendando propaganda en contra de sus ideas y tratando de que los ejemplos del caudillo no dejaran rastro.

En todos los puntos ocupados por fuerzas realistas, se cantó el Te-Deum y se hicieron salvas, iluminaciones y procesiones de fieles. Los partidarios del gobierno miraban aquel suceso como el término de la revolución.

Estas demostraciones que hacían el virrey y la colección de sus cortesanos, eran contraproducentes, porque, en todo caso, ellas sólo demostrarían la importancia de su víctima y su mayor elogio.

"En la ciudad de México se manifestó un deseo general de conocer a Mina y, si hubiera llegado allí, algunos esfuerzos se habrían hecho por salvarle la vida; pero el virrey tuvo miedo de las consecuencias, y creyendo que el preso podría tener ocasiones de fugarse, expidió una orden a Liñán para que inmediatamente le mandase quitar la vida.

"Mina recibió la intimación de su sentencia sin visible alteración. Continuó resistiendo a todas las proposiciones que se le hicieron para arrancarle los datos

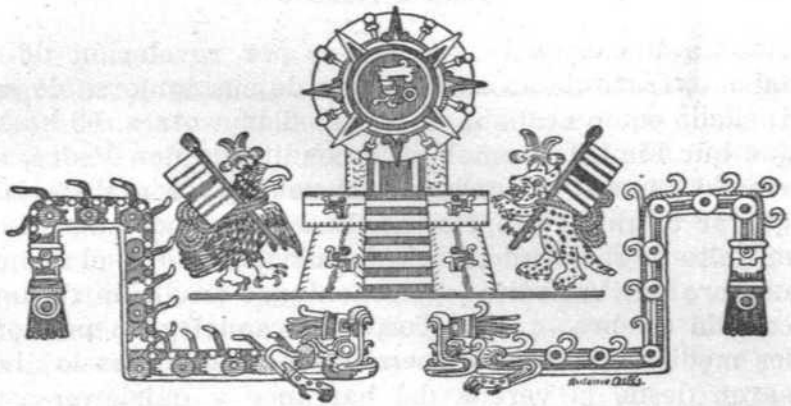
y noticias que tanto interés tenía el gobierno en saber, y declaró que sentía mucho no haber desembarcado un año antes, época en que sus servicios hubieran sido más útiles a la causa patriótica.

"El día 11 de noviembre—sigue diciendo Robinson—fue conducido por una escolta de cazadores del Regimiento de Zaragoza, al sitio de la ejecución (el cerro del Bellaco). En esta última escena de su vida, el héroe de Navarra no desmintió su noble y magnánimo carácter. Marchó con paso firme y dijo a los soldados que debían dispararle: "No me hagáis sufrir." El oficial dió la señal, y la tropa hizo fuego y cayó exánime el hombre que parecía nacido para bien de la humanidad."—Hasta aquí Robinson.

Las últimas operaciones del general Mina, no obstante serle adversas, todas indican que este ilustre guerrero, con otra clase de elementos, habría puesto en grave conflicto al ejército español y ocupado a la capital, poniendo en fuga al virrey. Su marcha a Guanajuato con un grupo numeroso de hombres, sin que se apercibiesen de ella las autoridades de aquella capital, ni que su más implacable enemigo, el coronel Orrantia, supiese el rumbo que había tomado, demuestran hasta la evidencia la suma habilidad que desplegó Mina para ocultar su movimiento y llegar hasta el centro de la población sin ser sentido.

Pero fueron vanos todos los esfuerzos que hizo a efecto de disciplinar tropas y contar con las más arrojadas, como la extranjera que le sirvió desde el desembarque en Soto la Marina, hasta el arribo al fuerte del Sombrero.

En el próximo capítulo amplío detalles aclaratorios sobre las gloriosas muertes de Mina y de Moreno y me explayo en comentarios que considero pertinetnes.



MUERTE DE MINA Y DE MORENO, LAS DOS GLORIOSAS Y EJEMPLARIAS

CUANDO Orrantia sorprendió los alojamientos de Mina y de Moreno, el segundo logró escapar en paños menores, pues que estaba embargado por el sueño, reparador de fatigas y contrariedades intensas, y sólo pudo llevarlo su espíritu de amor propio y de defensa.

Se dirigió al barranco limítrofe a la ranchería y se refugió en una cueva erizada de peñascos, con su cubierta de musgo, comunicada con la llanura por una especie de vereda rampante sembrada de cactus. Ahí hubiera salvado su vida, a mantenerse en quietud, sin dejar rastros de su persona; pero el ardor combatiente y la ansiedad de saber la suerte de Mina, lo obligaron a enviar a su fiel asistente Mauricio a que le trajera al vallado su cabalgadura y ropas que mucho necesitaba; mas el criado se hizo sospechoso a una patrulla que encontró en el camino y lo detuvieron para amedrentarlo. Alguna circunstancia especial hizo que se descubriera que aquel hombre fuese el asistente de Moreno, quizá

tuviera uniforme de soldado o por revelación de él mismo, fruto de su turbación y de sus temores de ser fusilado como acababa de ver fusilar a otros. El hecho fue que Mauricio señaló el escondite de don Pedro, su amado general, y condujo a la soldadesca realista, sin querer de motu proprio, por amenazas, por sugestión, en falta de raciocinio, hasta la cueva que lleva el mismo nombre del Venadito—por montaraz tradición de una cacería célebre—, donde esperaba aquel gran patriota los medios de salvarse; pero sus perseguidores lo divisaron desde la vereda del barranco y quisieron capturarlo, llegando hasta la boca de dicha cueva.

El carácter de Moreno no es de los que consienten en dejarse vejar o humillar, sino que, reforzado por noble orgullo o espartana dignidad, prefiere la muerte, con el recóndito coraje en lucha de titanes, haciéndose de un rifle y disparando contra los enemigos que le embestían, para trocar la sangre por la sangre y una vida por otras vidas: la suya consagrada a la causa prolífera de la libertad y del derecho de nacionalismo, contra aquellos sayones de la tiranía ibérica....

Y sucumbió; no con el deleite de Sócrates, apurando la cicuta suavemente y con sonrisa, por amor a la verdad; como sucumbieron en la hoguera Savonarola y Giordano Bruno, a gusto y refocilación de malsanos fanatismos; como murieron los hermanos Avila, conducidos con grilletes en las manos y en mulas enjaezadas al negro tablado de la decapitación; sino con el ardor sagrado de un Aquiles, héroe de Troya; con la abnegación lumínica de un Leónidas en el cañón de las Termópilas, impidiendo, con los cuerpos de los trescientos hoplitas de Esparta sacrificados, y con el suyo propio, el paso del ambicioso persa que pretendía absorber a la nación helénica y a otras naciones del mar Jónico y del Adriático; o como Ricaurte, el ilustre colombiano, que vuela un depósito de metralla del ejército de Bolívar, al que él pertenecía, embar-

gado su cuerpo en entusiasmo homérico de noble patriotismo, para que aquel caudal de municiones no cayera en manos de Boves, representante de la inquina artera del realismo incesante; y convertido en volcán, se suicida con noble explosión gloriosa que prende un planeta en el espacio, como recordación perenne de una virtud guerrera, la más insigne de un continente; Moreno expira como Cambronne en el último cuadro de la batalla de Waterloo, revolviéndose en su agonía de león, para escupir el rostro con frase vitupérica a su enemigo el vencedor....

A Moreno le cortaron la cabeza por envidia de su pensar airoso, ingenuo, dúctil, ideando problemas para resolverlos en salvación de su patria; y esa cabeza como guillotinada, se burló de los opresores con el póstumo gesto de la muerte que se estereotipó en su rostro, trascendiendo a perfume litúrgico de los apóstoles y de los mártires, colocada en una picota a la falda de un cerro (el de Lagos) como un escarnio, para el enemigo; como una ensoñación de gloria, para los patriotas. (1)

---

(1) El lugar en que estuvo enclavada la pica con la cabeza del héroe Moreno, está en la falda de una colina, al poniente de Lagos de Moreno, cerca de la ex-garita de Buenavista. La Junta Patriótica Popular "Pedro Moreno," fundada por iniciativa y con el empeño del Sr. Ausencio López Arce, periodista y tipógrafo laguense citado antes, compró en 1887 el solar de terreno correspondiente, después de identificar aquel sitio histórico, y allí se celebraron, desde entonces, muchos aniversarios de la muerte de Moreno, con actos cívicos y fiestas populares. Un humilde pilar de cal y canto, levantado con los modestos recursos pecuniarios del mismo Sr. López Arce, señala el punto en que se expuso la cabeza del heroico insurgente. Tiene grabada esta inscripción: "Lugar venerable, en que en una escarpia se colocó la cabeza del héroe laguense Don Pedro Moreno, Benemérito de la Patria en Grado Heroico; degollado en la roca del Venadito el 27 de octubre de 1817." El Dr. Rivera, refiriéndose a ese sencillo monumento en una de sus obras, se expresa en estos términos: "¡Desgraciado el hijo de Lagos, a quien nada diga ese pilar de toscas piedras...!" "¡Oh laguenses, compatriotas, amigos, hermanos!: ¡por la patria, por las luces

Mina, cargado de grillos y de reproches y de infamias, fue conducido al cerro del Bellaco, que era uno de los que limitaban con el fuerte de los Remedios, y ahí segaron su vida las balas fratricidas; porque el héroe era español que no peleaba contra España, ni contra los españoles, sino contra el absolutismo de una monarquía descarriada y perversa que derogó una Constitución protectora de los intereses del pueblo, ley que otorgara garantías de estabilidad y beneficios comunistas; la que suprimiera irritantes gabelas con las contribuciones excesivas, abrumadoras; la que contrariara caprichos y preeminencias aristocráticas; apagara de un soplo candente de huracanes la homicida parrilla de la inquisición; la que pretendiera hacer de España un país progresista, venciendo al obscurantismo y al retroceso, ahorcando por revancha el despotismo, la iniquidad absorbente del estanco monopolizador, mercaderista y bancario, generadores del hambre, de la sed, de la desnudez y de la miseria absoluta del proletariado; contra el absolutismo de todo el régimen tiránico, extensivo a las colonias de América que ya lanzaban al unísono, en concierto de fiebre, el grito de libertad.

¡Murió Mina!... ¡Murió Moreno!...

Pero alentaban los principios reivindicadores, autonómicos o libertarios, los que regenerarían a hombres, clases, pueblos y razas, e impondrían con las armas patrióticas su verdadera independencia al orgullo europeo de contumacia conquistadora, abatiendo coronas e intervenciones y satrapías, y estrangulando hidras venenosas como el encomendero, el estanquero, los cacicazgos, las Audiencias y la Inquisición, cabezas de la hidra, con sólo el empleo del mágico poder de Perseo, para borrar un virreyanto que nos duró tres siglos, con ribetes monárquicos y después con dictatoriales, en

---

del siglo XIX, por vuestra propia dignidad, no profiráis ante ese pilar ninguna palabra que no sea digna de la nobleza, de la ilustración y del honor de los hombres libres!"

gestiones estadistas de Iturbide y Maximiliano, Bustamante y Paredes, Miramón y Santa-Anna, en río que se desvía y retrocede como fenómeno de retrocavación. . . .

En sociología, significa el retroceso de la nación: retrocavación ciudadana por inercia o puerilidad, temor o desidia, efectos todos de anormalidad política sin los fundamentos esenciales de la educación.

Moreno y Mina fueron capturados la misma noche del 27 de octubre de 1817.

Mina fue llevado al cerro del Bellaco, en coro sacerdotal realista, para llamarle como a Radamés: ¡Traditore! ¡Traditore!

Moreno sucumbió con el coraje, el vigor y la bizarría acordes con su carácter de caudillo.

Mina murió con el silencio de un cisne, con la serenidad augusta y el decoro redivivo de un patriarca que amó la libertad en donde quiera que hubiese un ultraje, un escarnio, una arbitrariedad contra el derecho de vivir y progresar que tienen las naciones; murió consciente de su virtud, de su competencia política y militar, con su abnegación acrisolada y el peso enorme de la ingratitud de sus contemporáneos, que no conocieron ni supieron estimar el valor de sus aspiraciones, de sus convicciones y sanas tendencias para luchar contra el absolutismo de un régimen, donde quiera que se entronizara, e invocar a todas horas el poder de la libertad con los recursos del mejoramiento colectivo y el fulgor de la justicia en todos los actos internos o de internacionalidad. El murió como un gladiador romano, en presencia del Tetrarca ampuloso y soberbio, que lo mandaba inmolar, sin poder vencer las fieras del circo.

Tanto interés tenían los agentes del gobierno español en la muerte de Mina, que el brigadier Liñán recibió orden de nombrar un cirujano de cada puesto, en unión de los capitanes de todas las compañías, para que asistiesen a la ejecución y fuese extendida certi-

ficación del acto, con los pormenores de las heridas ocasionadas por los rifles. Llevóse a cabo esta medida y el documento de certificación fue publicado por la Gaceta virreinal.

Mina tenía 28 años. Su corta, pero brillante carrera, lo hace acreedor a obtener un lugar distinguido en el catálogo de los héroes que supieron derramar su sangre en la empresa loable de romper el cetro de la tiranía y en propagar los beneficios de la libertad entre los hombres.

Los restos de Mina y de Moreno fueron traídos a México, juntamente con los de los primeros caudillos de la Independencia, en 1823, y recogidos al paso de una comitiva que se inició en Chihuahua, deteniéndose en Zacatecas y en Silao para dirigirse a la estancia del Venadito, donde se encontraba sepultado el cuerpo de Moreno, con excepción de su cabeza llevada a Lagos, como trofeo de guerra, y colocada en una picota, a la falda del cerro del Calvario (1). La expedición se detuvo también en Guanajuato para recoger las cuatro cabezas de Hidalgo, Allende, Aldama y Jiménez, que habían estado colgadas en los cuatro ángulos de Granaditas.

---

(1) El historiador Dr. D. Agustín Rivera dice que una hermana de Moreno mandó a un criado de confianza a que desprendiese de la picota la cabeza del héroe, la ocultase con un zarape y se la llevara a su casa. Esto se realizó con el mayor sigilo, al pasar una muchedumbre que regocijada salía a la orilla de Lagos, por el camino del pueblo de Buenavista, a recibir a un obispo proveniente de Zacatecas.

La cabeza fue sepultada en el templo de la Merced de la misma ciudad, en un muro al lado del evangelio; pero ya no se encuentra en ese lugar, al decir de D. Cirilo Gómez Mendívil, que se encargó de dirigir obras de albañilería en la misma iglesia.

Algunas personas creen que el cráneo de Moreno se halla oculto en un lugar del atrio de la parroquia laguense, cerca de la puerta de la sacristía, lado derecho, a una altura como de un metro sobre del embaldosado del mismo atrio.

El Congreso de la Unión, de índole liberal, reunido en 1823, expidió un decreto declarando Beneméritos de la Patria en grado heroico a trece caudillos de la guerra de Independencia, entre quienes se contaban Mina y Moreno.

En esta forma legalizada, se confirman con toda significación e importancia testimoniales, los méritos de ambos caudillos que ofrendaron sus vidas en aras de la Patria.

He aquí el certificado de la muerte de Mina, con la firma del Dr. Manuel Falcón, cirujano del primer batallón americano:

"Certifico que hoy día de la fecha, a las seis de la tarde, se me ha llamado para reconocer el cadáver del traidor Javier Mina, el que llevaba dos horas de fusilado, en el que, reconocido, encontré una herida bastante grande en la cabeza, en el hueso occipital, quedando el dicho hueso enteramente fracturado, pues las balas causantes de la citada fractura, salieron por la boca, padeciendo ambas mandíbulas; otra herida en las espaldas, causada por la misma arma hasta perforarle el pecho, cuyas heridas son físicamente mortales, como se verificó en dicho cadáver. Esta es la verdad, la que doy en el crestón del Bellaco, a once de noviembre de 1817.—Manuel Falcón."

Véamos en seguida de este capítulo la calca escrupulosa de un documento auténtico que se dignó facilitarme el señor profesor don Alfonso Herrera, ilustrado munícipe del Ayuntamiento y Secretario de la Universidad Nacional, a quien presento mis sinceros votos de gratitud por tan señalado cuanto valioso servicio prestado a la Historia mexicana.

SEGUNDA CLASE. PARA EL BIENIO DE MIL OCHOCIENTOS CINCUENTA Y OCHO Y CINCUENTA Y NUEVE. SELLO 8º. 4 REALES.

En la Hacienda de Hachiquera, del Partido de San Felipe Estado de Guanajuato, á los veintisiete dias del mes de Octubre de mil ochocientos cincuenta y ocho, los que suscribimos mayores de edad nativos y vecinos de esta misma Hacienda, reunidos en corporacion á las diez de la mañana en la casa del Señor Don Pedro Alba, que presente esta, quien tanto en su carácter de alcalde auxiliar, como en la via particular nos citó, para este dia, con el fin de hacer mi recuerdo de que: hoy, hace cuarenta y un años, que como entre siete y media y ocho de la mañana el Español Don Pascual de Liñan llegó con su ejercito á la sierra del Oeste que está ubicada á una legua de esta misma Hacienda, en donde dominando las alturas de la cañada llamada: "Tia Luisa", que queda como á trescientos varas al Norte del rancho del Venadito, en donde estaban acampamentados en las cuevas, que entre la misma cañada habia y aun existen, los Generales Don Francisco Xabier Mina y Don Pedro de Moreno, el primero, nativo de el reinado de España y el segundo de nuestra nación Mexicana, quienes fueron aprehendidos el primero, en unión del Señor Don Manuel Herrera y Goraiz, español tambien, dueño en esa fecha de la Hacienda del Molino de "San Martin" que pertenecia á esta Hacienda de

Hachiquera, quienes estaban conversando—
en la troge que aún tambien existe en el mismo
rancho del Venadito, con la Señora su hermana Doña
Manuela de apellido igual al de el Segundo
dueña tambien en esa fecha de la Ha-
cienda donde hallamos; que habian ido de pa-
seo como anualmente lo hacia enviando iba á
ver las ordeñas de sus ganados vacunos; que en
las lomas y cerros de ese rancho que tenia des-
tinado para estancia de sus ordeñas, y al Se-
ñor Don Pedro de Moreno entre un mogote
de breña, quien al descubrirlo un grupo de sol-
dados que fueron dirigidos por el mismo a-
sistente del Señor Moreno, que lo habia bis-
to salir de la cueba donde era la asistencia
de éstos dos Jefes Insurgentes, y adonde ha-
bia alcanzado á llegar, izo fuego contra
sus contrarios con su único rifle y pistola,
defendiéndose valientemente hasta que lo
gró llegar afortinar su espalda en la peña
más inmediata que á él estaba, en la mis-
ma que fué dominado por sus contrarios,
cuándo se le agotó el parque y muerto á ba-
lazos al pie de la misma peña sin haber-
se rendido ni en palabras ni sus armas, a-
sí, como el Señor General Mina al ver de
cerca a sus contrarios les descargó su pistola
y al no tener tiempo de volver á cargarla
echó mano á la espada y se fué encima de
los primeros soldados que al frente habia,

SEGUNDA CLASE. PARA EL BIENIO DE MIL OCHOCIENTOS CINCUENTA Y OCHO Y CINCUENTA Y NUEVE. SELLO 8º 4 REALES.

sin poder lograr ni retirarlos por ha-
ber sido numerosa la tropa que
los hizo prisioneros en el momento, y
llevados al tronco de un encino que
muy cerca de las casas del mismo ran-
cho estaba, y aun existe, en el que Mina fue ama-
rrado de frente á la antes citada cañada, con
las manos para atras y permaneció debida-
mente custodiado, en tanto buscaban á Don Pedro
de Moreno, y se daba la orden de marcha de
regreso, y que, al estar ya formado el ejército
se alista, el Mariscal Liñán se acercó al citado
encino donde estaba amarrado el General Mi-
na, quien al mandar que lo soltaran para llevarlo
prisionero llamó á los dos soldados que habian cor-
tado del cadáver de Don Pedro de Moreno, la cabeza,
quienes la traian bien [illegible] da colgando á la media-
cion de una reata, cada [illegible] de una punta para
que se la presentaran al Señor General Mina, y le
dijo: "como ves la cabeza de tu compañero, despues
de fusilarte por detrás por traidor á la España
se verá la tuya en donde junto con este tu com-
pañero, tantos oficiales y soldados nos mataste,
á donde tienes que llevar cargada esa cabeza de tu
valiente compañero"; á cuya orden contestó el Se-
ñor Mina al infame Liñan, que: "Si diez vi-
das tuviera las mismas que me podria destruir,
antes que obedecer á su inicua orden, con lo
que no solo se burla de mi prision y falta á los
deberes de soldado, manchando con ella las

leyes que lo autorizaron, Uno desconoce la humanidad de lo que somos", y por respuesta a estas palabras Liñan le pegó dos cintarazos con la espada y dando la orden de marcha hacer que, desatado de las manos el Señor General Mena monte a caballo, y en la cabeza de su montura le colgaran la cabeza del cadáver de Don Pedro de Moreno, y tras de él el Señor Don Manuel Herrera Forraez, tambien amarrado, momentos en que el citado Jefe dió libres á dos de los que estan presentes a Don Pedro Alba que dice desde luego lo procuraron tanto porque era el mayordomo de esta misma Hacienda como porque lo era tambien Alcalde como hoy, y á Don Juan Albarez del rancho del Venadito estuncaen en el tiempo que tambien lo habian hecho preso no porque era alcalde de la misma estancia y racion de las ordenas de la misma Hacienda, por lo que dan fé de haber visto y oido lo acabado de escribir y tambien á la vez á ellos y á otros de los que presentes estan conste que el cadáver de Don Pedro de Moreno quedó tirado todo el dia veintisiete de Octubre que lo mataron, y otro dia hasta las cuatro de la tarde, que ya no lo quisieron seguir cuidando los peones que puso Don Pedro Alba, procedieron los dos alcaldes el de esta Hacienda y el de la estancia del Venadito, á levantar el cadáver ya corrompiéndose, y traerlo al Campo santo de esta misma Hacienda, que fue sepultado y remitido su correspondiente aviso al Curato de San Felipe, en donde quedó a-

pintada la partida de su entierro. Como en estas fechas mucho se dice que la Hacienda de Hachiquera iba á ser fraccionada en vista de que el camposanto en donde fue enterrado el cadáver de Don Pedro de Moreno General, así como el de nuestros padres y demás parientes, está completamente deteriorado que ya no quedan más que los cimientos, tanto por recordar la mala suerte que hoy hace cuarenta y un años tocó a nuestros Jefes insurgentes, como porque la presente sirva de un perpetuo recuerdo, para que nuestros hijos sepan donde quedaron enterrados los cadáveres de nuestros padres y el de Don Pedro de Moreno General, uno de los Jefes antes citados, hacemos constar que el antes citado camposanto se haya a noventa y nueve varas de distancia al Noroeste de la esquina del mismo lado de la capilla y pie de la torre que está en la cabecera de las trojes de la misma Hacienda, las mismas que en poco tiempo después fueron destruidas de sus techos por el fuego que el otro Jefe realista Orrantia mandó echar en la gran existencia de trigo, maíz, frijol y demás semillas que en ellas tenían guardado la Señora Doña Manuela Herrera y Sorraez, y su hermano del mismo nombre y apellido, habiendo quedado el cadáver del General Don Pedro de Moreno al entrar del camposanto como a las once varas a la derecha de la puerta del referido camposanto—

Para memoria de nuestros Sucesores levantamos la presente acta que quedará en poder del Señor Don Pedro Alba, quien ofrece protocolizarla con el mismo Señor Escribano Público, para que quede á perpetuidad.

Dios Independencia Libertad y Reforma.

Hacienda de Hachiquera, Octubre 27 de 1858

Por mi padre Pedro Alba — Por José Mª Albarez

Ylefesino Alba — Mª Doblado

Vicente Jerrea

Clares — Anacleto Muñoz Ledo

Por Ciriaco Lopez

Rafl. Ramirez Prado — Bernardino Gutierrez

Cándido Almagua

Por Gil Collazo

Santataleon Gonzalez — Emeñ Hernandez

Angel Montiel — Cristoval Marez — Teodoro Gutierrez

Por Martin Bárcenas — Por Juan Huerta

Manuel Amespulueta — Melquiades Amespulueta

Por Juan Lopez

Julian Anez 8 guete — José Mª Camacho

Si-

que

SEGUNDA CLASE. PARA EL BIENIO DE MIL OCHOCIENTOS CINCUENTA Y OCHO Y CINCUENTA Y NUEVE. SELLO 3.º 4 REALES

En la misma fecha para afirmar Jose Mª Medina Escribano Público Nacional vecino de la Capital de Guanajuato, Certifico: que en la Hacienda de Ilachiquera á donde fui llamado por el señor Don Pedro Alba, y á su propia costa que ante mi en corporación popular patriótica, impulsado por el mismo señor Alba, se reunieron los Señores que ante mi han firmado para levantar la presente acta que fué llenada por dictámen de los dos primeros Señores que la firmaron á mi presencia, quienes no sabiendolo hacer lo hicieron por el primero, su hijo el Señor Don Zeferino Alba y por el segundo, Don José Maria Doblado constándome: que en todas sus conferencias hechas ante mi para dictar los puntos con que se llenó la presente he revelado por ellas y asi lo aseguran que en lo que se refiere al año de mil ochocientos diez y siete, es el testimonio de los hechos que á su vista pasaron tal como en ella quedó dicho.

José Mª Medina

E. P. N.

COMENTARIOS

Debo aclarar que el manuscrito que en calca aparece al comienzo de este capítulo, hace figurar en el episodio que refiere, al mariscal Pascual Liñán, en lugar del coronel Francisco Orrantia, como el que diera golpes con su espada a Mina, hallándose este caudillo amarrado al tronco de un árbol.

La hermosa y sugestiva contestación de Mina, cuando le llamaban traidor a su patria y lo amenazaban con correr la misma suerte de Moreno, cuya cabeza le presentaban cogida de los cabellos con un lazo de pita que dos hombres a caballo sostenían por sus extremos, está redactada en el manuscrito con otros términos y circunstancias muy distintos a los que señalan los historiadores Alamán, Bustamante, Mendívil y Robinson, como puede leer el apreciable lector, con su buen criterio.

Ellos dicen que quien golpeó a Mina arbitrariamente, con alevosía y ventaja, fue el coronel Orrantia como aprehensor y jefe de la fuerza que recorría esa región de la provincia de Guanajuato.

Se me hará observar que debo atenerme al testimonio acreditado de vecinos de la hacienda de la Tlachiquera, como es el citado documento, en equivalencia considerativa a un hecho superviviente que merece entera fe, por la condición en que fue producido; la forma de seriedad que contiene su acta con la firma de 16 testigos de esos mismos hechos, coronando la comprobación de firmas como auténticas, un certificado de notario público que firma, registra y sella el texto exacto de la constancia relativa.

La buena crítica en asuntos de historia requiere el análisis escrupuloso de antecedentes, condición de personas, constancias o motivos de los casos puestos en tela de juicio, para alcanzar consecuencia lógica.

El público sensato exige comprobantes depurados en los hechos dudosos, en el propio idioma en que es-

tán escritos y con las anotaciones y aclaratorias que fueran sugiriendo las operaciones concernientes a la Metodología; sobre todo en lo de "proveniencia" e "interpretación," cuyo principal instrumento es el "análisis interno" del documento, tratando de poner de relieve todos los indicios propios, no sólo a la personalidad del autor o autores, sino al tiempo, a las circunstancias, como antes expreso, y a las influencias de todo género que pudieron referirse al personaje o al acto que se analiza.

Importan en la esencia investigadora tres elementos: el autor, el momento y el interés que sirvió de móvil.

Procediendo sin ese orden, se corre el riesgo de no comprender los textos o de comprenderlos falsamente. "Entre el texto y el espíritu prevenido que le da lectura—dice Fustel de Coulanges en su libro **Monarchie Franque,** página 31—se establece una especie de conflicto indefinible: el espíritu se resiste a comprender lo que es contrario a su idea, y el resultado más frecuente de este conflicto, no es que el espíritu se dé cuenta de la claridad del texto, sino que más bien el texto ceda, se pliegue, se acomode a la opinión preconcebida por el espíritu...

"...Poner sus ideas personales en el estudio de los documentos, es un método puramente subjetivo. Se cree mirar un objeto y es su propia idea la que se mira; se cree observar un hecho, y este hecho toma inmediatamente el color y el sentido que el espíritu quiere que tenga; se lee un texto y las frases de ese texto toman una significación particular, según la opinión anterior que se haya formado de él."

Desde Taine hasta Menéndez Pelayo, es este el error en que han incurrido los críticos llamados "esquemáticos."

Por lo expuesto, el crítico debe proceder en su análisis metódicamente y con serenidad, para hacer la clasificación de un asunto que relata hechos y circuns-

tancias contrarios a otros que vieron la luz pública con anterioridad. Con este sistema que reclama la crítica, comienzo el examen del documento, que reproduzco en buen fotograbado, por el autor:

Lo forma en el caso que analizo un grupo de diez y seis vecinos de la hacienda de la Tlachiquera del entonces partido de San Felipe, dos de ellos autoridades locales, cuyas firmas están certificadas con firma y sello de notario público. Todos estos firmantes sostienen un relato que contraría en detalles el de los historiadores, diciéndose testigos oculares para hacer constar lo que observaron respecto a la captura y muerte de los heróicos jefes del ejército independiente Mina y Moreno. ¿Qué carácter tenían dichas autoridades? Don Pedro Alba, que es el que inicia la lista de firmantes, era mayordomo de la hacienda de la Tlachiquera y alcalde, a la vez, como lo siguió siendo hasta la fecha en que se levantó el acta a que se alude, y don José María Alvarez, a su vez, era alcalde auxiliar del rancho del Venadito. Se debe tener en cuenta la circunstancia de que ambas autoridades fueron encarceladas por órdenes de Orrantia, consideradas como sospechosas de tener simpatía por la revolución. Ambos no sabían leer ni escribir.

Ahora, empléese el segundo requisito: **el momento.**

El momento en que se produjo la expedición del documento en análisis, está bien determinado con su motivo racional. El camposanto en que fue enterrado el tronco del general Pedro Moreno, iba a desaparecer, a tener otra aplicación relacionada con el negocio agrícola de la Tlachiquera; y los vecinos más caracterizados, deseando resguardar los restos, no sólo los del héroe del fuerte del Sombrero, sino también los de sus mayores, puestos de acuerdo, levantaron el acta recordatoria, señalando el sitio preciso de la fosa en que enterraron a Moreno, y otras particularidades de interés. Por esto fue que el 27 de octubre de 1858, aniversario de la captura de Mina y de Moreno y de la muerte

del segundo, a los cuarenta y un años de dicho suceso, se reunieron los principales vecinos supervivientes y actores y testigos del hecho histórico referido, para que no se perdieran las huellas de un lugar tan interesante en la historia, y menos aún los restos de un caudillo glorioso, así como los restos de antecesores familiares. Tales fueron los móviles del levantamiento del acta que publico, cuyo texto abunda en pormenores de valor intrínseco, que la buena crítica histórica podrá interpretar.

Por lo que hace al hecho de los golpes que recibió Mina, estando encadenado, ¿fueron infligidos por Liñán o por Orrantia?

Todos los historiadores señalan al segundo porque era el comisionado para perseguir a Mina e impedir que éste cortara las comunicaciones, primero con la fuerza sitiadora del Sombrero y después con la sitiadora de los Remedios, que fue una misma fuerza al mando de Liñán, en actos sucesivos.

Liñán era jefe de Orrantia y le tenía dadas instrucciones sobre lo que acabo de expresar, estimulándolo a que descubriese la madriguera del hijo de Navarra, sorprenderlo y atraparlo para darle gusto al virrey, que constantemente estaba ordenando la persecución de Mina y no dejarlo que se organizara.

Orrantia había llegado a Silao, cinco o seis leguas de distancia de la hacienda de la Tlachiquera, y ahí un hábil espía tonsurado le comunicó que Mina había disuelto sus tropas en el mineral de la Luz, después de la derrota que sufrió en Guanajuato, y que con sólo la protección de una escolta se había ido a descansar a la dicha hacienda, propiedad de su amigo don Mariano Herrera, quien ya en otras ocasiones había dado alojamiento a Moreno y a Mina en sus propias habitaciones. Orrantia no tuvo tiempo que perder: llegó en la madrugada al punto designado, rodeó la casa de Herrera y unas bodegas cercanas, y realizó la captura de Mina, quien se defendió como un león, con un

rifle, y con su espada cuando se le acabaron las municiones, y en ese mismo trance llegó un dragón, lo contuvo entre sus garras y se lo presentó a Orrantia. ¿Qué tenía que hacer en el caso un general en jefe de una división ocupada en cercar un fuerte muy distante de la Tlachiquera, como era el de los Remedios?

Suponiendo que Liñán prescindía de su condición de general en jefe y que dejaba su cuartel general, situado enfrente de Tepeaca, cerca de los Remedios, tan sólo para ver a Mina, capturado a manos de Orrantia, ¿qué tiempo necesitaba para llegar de su puesto al extraño de la Tlachiquera? La distancia que mediaba entre ambos lugares era la de unas 25 o 30 leguas, pasando por Pénjamo, en región escabrosa, las que sólo podrían recorrerse en tres jornadas. Liñán no habría podido llegar al Venadito el día 27, fecha de los acontecimientos, pues hay que contar también el tiempo que empleara el correo que le hubiese ido a dar aviso.

Mas si no bastaren las anteriores consideraciones para nulificar el acto de la agresión indigna hecha por Liñán a Mina, y no por Orrantia, que era el aprehensor, el parte rendido al virrey por el primero de los citados, que era el general en jefe de las fuerzas que operaban en esa región, da luz completa sobre el asunto.

En oficio número 145, fecha 27 de octubre, dice Liñán desde su cuartel general, situado entonces en el cerro del Bellaco, frente a Tepeaca, lo siguiente: "A esta hora, que son las once y media de la noche, acabo de recibir el parte original, que tengo la satisfacción de incluir a V. E., del señor coronel don Francisco Orrantia, en el que me participa tener en su poder al traidor Mina y la cabeza de Moreno, cuya presa consiguió al mismo tiempo que aniquiló la gavilla de doscientos hombres que tenía reunidos. Me congratulo, señor Excelentísimo, a la vez que no puedo menos de dar a V. E. la más completa enhorabuena, por un hecho que tanto honor hace a las armas del rey, como

satisfactorio debe ser a todos los que tenemos la dicha de apellidarnos **sus vasallos.**"

"Haré traer al preso (dice en otro párrafo) con el objeto de que lo vean los rebeldes de este fuerte (de los Remedios) y ver si por este medio consigo evitar la efusión de sangre, pues un golpe de tal naturaleza no dejará de influír bastante en los ánimos de los sitiados, mucho más en los pocos extranjeros que se hallan encerrados en la fortaleza."

Si Liñán hubiera tenido frente a sí a Mina el día de su aprehensión, lo habría dicho en su parte al virrey; pues, en su condición de realista vencedor, el hecho le enaltecería a los ojos del realismo, partidario de las venganzas y bajezas. Si no lo hizo, fue porque él no tuvo nada que ver en el hecho material de la aprehensión de Mina, acto realizado por José Miguel Cervantes, soldado del cuerpo de Frontera del Nuevo Santander, que materialmente cogió a Mina en el rancho del Venadito; "se le dieron quinientos pesos de esta tesorería general de México, del **caudal reservado,** con cuya nota se hizo esta exhibición en 5 de enero de 1818, dinero que recibió don José Pérez Soriano; tal remuneración fue conforme con el bando de talla de 12 de julio del año próximo anterior." Esta última constancia fue publicada en la última Gaceta virreinal.

En conclusión de punto considerativo puedo decir: Es inexacto que Liñán cintareara a Mina. Estando en su cuartel general del cerro del Bellaco, a mucha distancia del Venadito, no podía tener don de ubicuidad.

El incidente de esa agresión cobarde se debe a Orrantia, confundido con Liñán por mala memoria de los firmantes del manuscrito, a los 41 años transcurridos desde el 27 de octubre de 1817, en que fue la captura de Mina. Los relatos de Robinson, Mendívil, doctor Rivera, Prieto, etc., son de rigurosa autenticidad.

Analizo en seguida lo que se refiere al tronco del cuerpo de Moreno, enterrado en el cementerio de la ha-

cienda de la Tlachiquera el día 28 de octubre, un día después de la muerte del héroe.

En el manuscrito se lee que "el cadáver de don Pedro de Moreno quedó tirado todo el día 27 de octubre, que lo mataron (sic); y otro día hasta las cuatro de la tarde, que ya no lo quisieron seguir cuidando los peones que puso don Pedro Alba, procedieron los dos alcaldes, el de esta hacienda y el de la estancia del Venadito, a levantar el cadáver, ya corrompiéndose, y traerlo al camposanto de esta misma hacienda, que fue sepultado y remitido su correspondiente aviso al curato de San Felipe, en donde quedó apuntada la partida de su entierro. Como en estas fechas mucho se dice que la hacienda de la Tlachiquera iba a ser fraccionada en vista de que el camposanto en que fue enterrado el cadáver de don Pedro de Moreno, general, así como el de nuestros padres y demás parientes, está completamente deteriorado, que ya no quedan más que los cimientos, tanto por recordar la mala suerte que hoy hace cuarenta y un años tocó a nuestros jefes insurgentes, como porque la presente sirva de un perpetuo recuerdo para que nuestros hijos sepan dónde quedaron enterrados los cadáveres de nuestros padres y el de don Pedro de Moreno, general, uno de los jefes antes citados; hacemos constar que el antes citado camposanto se halla **a noventa y nueve varas de distancia al suroeste de la esquina del mismo lado de la capilla** y al pie de la torre que está en la cabecera de las trojes de la misma hacienda, las mismas que poco después fueron destruídas de sus techos, por el fuego que el otro jefe realista, Orrantia, mandó echar en la gran existencia de trigo, maíz, frijol y demás semillas que en ellas tenían guardadas la señora doña Manuela Herrera y Govaer y su hermano del mismo nombre y apellido, habiendo quedado el cadáver del general don Pedro de Moreno, al entrar al camposanto, como **a las once varas a la derecha** de la puerta del referido camposanto..."

Esta es la constancia que ofrecen los vecinos de la hacienda de la Tlachiquera, para decir que se cambiaran los restos a lugar seguro, protocolizando ante el notario público de Guanajuato, José María Medina, el acta que se levantó con ese motivo, a moción del antiguo alcalde auxiliar de la hacienda de la Tlachiquera, don Pedro Alba, y a su propia costa.

Pero falta comprobar un hecho de suma importancia: ¿Estaban todavía en el camposanto de la Tlachiquera los restos del general don Pedro Moreno (el tronco) el 27 de octubre de 1858, 41 años después de su muerte?

Se trata probablemente de un rasgo de ignorancia o de falta de memoria de hombres de edad avanzada, que no sabían leer ni escribir, aunque fueron alcaldes auxiliares, el uno de la mencionada hacienda y el otro del rancho del Venadito, por quienes firmaron el acta Zeferino Alba, hijo del aludido alcalde de la Tlachiquera, y José María Doblado, por Alvarez.

Conforme a los datos históricos que se tienen, los restos del general don Pedro Moreno fueron recogidos en 1823, por la comisión encargada de investigar sobre los fusilamientos de los iniciadores de nuestra independencia, yendo a Chihuahua, de donde fueron traídos los restos de Hidalgo, Allende, Aldama y Jiménez, cuyas cabezas se encontraban en Guanajuato, después de haberlas sacado de las jaulas ignominiosas en donde las exhibieron colgadas en los cuatro ángulos, (debajo del cornisamento) del Castillo de Granaditas, desde mediados de agosto de 1811, hasta la consumación de la independencia en 1821.

Hay una constancia que comprueba haber sido traídos los restos de don Pedro Moreno, los cuales están revueltos con los de los primeros caudillos y juntos también con los de Mina en la propia urna que sirvió para resguardarlos, primero en la cripta del altar de los Reyes de la catedral metropolitana y después en la capilla llamada de San José, en el mismo templo.

Estos restos fueron recibidos con grandes honores públicos a medida que cruzaban por las ciudades, despertándose verdadero interés por conocerlos; habiendo durado en llegar a la capital más de treinta días, porque hubo necesidad de detenerse en la estación de Silao para recoger los restos de Mina y de Moreno; esperando después en Acámbaro los de Matamoros que enviaban de Morelia, y, por último, ya cerca de la capital, la comitiva recogió en San Cristóbal Ecatepec los restos de Morelos.

El coleccionista Hernández y Dávalos, en uno de sus interesantes cartones adhirió un plano de la cripta del altar de los Reyes, y en él se indican los nombres de los que están allí representados **post mortem**, para ser dignos del reverente culto de los hombres patriotas. Entre esos nombres figuran los de Mina y Moreno.

Por lo mismo, se deshace la importancia que pueda tener el dato relacionado con los restos del eximio Pedro Moreno, en el manuscrito.

La persona que quiera consultar sobre el particular, puede dirigirse a la biblioteca del Museo Nacional, en las horas reglamentarias, y ahí encontrará el plano a que aludo.

He dejado para lo último analizar el sentido de la contestación de Mina a Orrantia, cuando éste perpetró la villanía de sablear a su ilustre prisionero, quien contestó, según Robinson, Bustamante y Mendívil:

"Siento haber caído prisionero; pero este infortunio me es mucho más amargo, por estar en manos de un hombre que no respeta el nombre español ni el carácter de soldado." Hay que recordar que Robinson toma los datos de su historia del diario de campaña de James A. Brush, súbdito inglés muy ilustrado, que acompañó a Mina en toda su expedición náutica, desde Inglaterra hasta México, y lo siguió con fidelidad y cariño en toda su campaña, como comisario general de su división. De suerte es que se trata de un testigo presencial irreprochable. Bustamante toma de Robin-

son el texto exacto de la vigorosa respuesta de Mina, y Mendívil en su libro no hace sino extractar todo lo del "Cuadro Histórico," de Bustamante, poniendo muy poco de su cosecha; si acaso, comentarios.

De suerte es que la contestación de Mina, en los términos en que la publico, es de rigurosa autenticidad y exactitud. Brush la tiene así en su diario de campaña. Ningún documento mejor que éste, según la buena crítica, para historiar la conducta de aquel héroe.

Todo esto lo digo comparado con el texto de la constancia manuscrita de las autoridades y vecinos de la hacienda de la Tlachiquera, que dice:

"Si diez vidas tuviera, las mismas podría destruir antes que obedecer a su inícua orden, con la que no sólo se burla de mi prisión y falta a los deberes de soldado, manchando con ellas las leyes que lo autorizaron, sino que desconoce la humanidad de lo que somos."

En esto no puede haber contradicción, sino ampliación. Dos respuestas de Mina en lugar de una, correspondiendo a hechos sucesivos. Veamos:

El manuscrito dice con respecto a la escena de la presentación de la cabeza de Moreno a Mina, cuando éste se hallaba amarrado al tronco de un árbol, que Liñán (debe decir Orrantia) le dijo: **"Como ves la cabeza de tu compañero, después de fusilarte por detrás, por traidor a España, se verá la tuya en donde, junto con este compañero, tantos oficiales y soldados nos mataste."**

A lo que contestó Mina lo que reproduzco pocas líneas atrás: "Si diez vidas tuviera, etc."

Vinieron los sablazos del irracional Orrantia por su disgusto al ver la actitud enérgica de su prisionero, y entonces debió producirse la otra respuesta que recogió Brush en su diario de campaña:

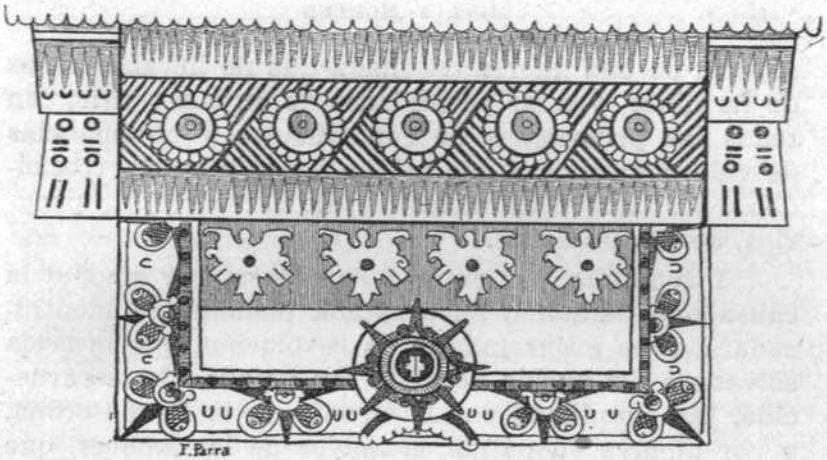
"Siento haber caído prisionero, pero este infortunio, etc."

Los hechos corresponden en significación a los actos sucesivos de provocación, bien ligados, consecuentes

unos con otros, determinantes, recíprocos. La presentación de la cabeza de Moreno y amenaza a Mina de ser también decapitado, como su compañero: primera respuesta de Mina.

Sablazos, en felonía horrenda, de Orrantia: segunde respuesta del mismo héroe, en sublevación de justa ira al sentirse golpeado en condiciones tan humillantes y crueles.

El relato de la muerte de Moreno, las circunstancias que la rodearon, la determinante del carácter del héroe, de morir matando, de saber derramar su sangre con delectación ínclita en abono del suelo libertario para germinación de ejemplos, herencia sublime de coraje y amor a una causa, está expresado, en el supradicho documento, con fidelidad, disintiendo sólo de lo que refiere el virtuoso doctor Rivera en que Moreno no blandió su espada para defenderse, sino un rifle que arrojó de sí cuando se le agotaron los tiros, cayendo exánime, con entera dignidad a los ojos de la madre Patria, que lo lloraba de pronto para enaltecerlo en lo futuro, embellecer su actitud colérica en el último trance de la vida, como un reproche a la ruindad humana y a la tiranía de los poderosos, envolviéndose en una túnica inconsútil que le da apostura gallarda en los fastos de la Historia, como ente predilecto de los dioses en el Olimpo tenue de su inmortalidad.



PENALIDADES DE DOÑA RITA PEREZ DE MORENO

CABE recordar con honor, los abnegados servicios prestados a la causa de la independencia por la virtuosa dama doña Rita Pérez de Moreno, "la mujer fuerte del Evangelio," como la llama el sabio historiador Dr. D. Agustín Rivera.

Queriendo estar al lado de su esposo, acompañándole aun en los mayores peligros y adversidades, así como le había acompañado, endulzando su vida con la ingénita bondad de su alma, en los trances felices, prósperos y sonrientes del hogar, acreditó en el fuerte del Sombrero su mayor abnegación, serena y espontánea, en los dos años y medio que duró la lucha, sin tener jamás el menor reproche para su esposo, que las había expuesto (por propia y expresa voluntad) a ella, a sus hijos y a sus hermanos, a los cambiantes

rápidos de una guerra enconada que no llevaba trazas de terminar, y a las penalidades de un largo sitio, con todas las privaciones de comodidades y abundancias de vida doméstica a que estaba acostumbrada, trocándolas por canevá de molestias, de escaseces, de penurias, de adversidades.

Y todo ello, por amor a su esposo, por amor a la causa que defendía, pues estaba plenamente identificada con los programas de la revolución, que la creía salvadora del pueblo humilde tan vejado, tan escarnecido, tan humillado por la tiranía de la Real Corona, y por amor a su patria, el mayor de los amores, que sabía suavizar todas las angustias, todas las dolencias, todas las penalidades y mantener en lo alto la antorcha encendida del ideal.

Peligros, derrotas y triunfos; esperanzas, satisfacciones o desengaños; hambre y sed a menudo; privación de libertades, y amenazas, humillaciones y torturas: ese fue el escenario en que transcurriera el paso de su vida, asociada a los grandes personajes que animaban con su fiera actitud olímpica el desarrollo de una tragedia magna, como la de Prometeo.

Y así estuvo a prueba el corazón magnánimo de aquella matrona insigne, llorando la muerte de su hijo Luis, héroe de 15 años de edad, en floración de alegrías y de sueños, de ardor juvenil y de lontananzas sonrientes, de ansiedad guerrera y ambición de lauros; considerando el secuestro de su hijita Guadalupe, de dos años y medio, en poder de realistas, como un rehén, arrebatada de la muerte que la amagaba con decapitación, a manos del cura Alvarez, y salvada, como por milagro, por Brilanti y por otro sacerdote en bondad de espíritu y verdadera caridad evangélica, como apóstol que no alteraba las doctrinas de Jesucristo, imbuidas en piedad inagotable, venero de amor a los humanos; y, por último, acongojada y trémula de emoción al saber la muerte de su idolatrado esposo en manos de esbirros que agitaban sus odios y ruindades ple-

beyas, en contra suya, aunque suavizando su dolor, la dignidad, altivez y belleza con que sucumbiera, vendiendo muy cara su vida, al verter la sangre de los sayones enemigos de su patria, con el gesto heróico de un paladín romano, ante la ruindad de un César....

Doña Rita fue también en el fuerte del Sombrero un ángel de caridad y la mujer valerosa que enjugaba las lágrimas, que infundía alientos a los desamparados, que impartía alivios en la desgracia y entusiasmo en el triunfo.

Se le vieron también preciados rasgos de clemencia para los vencidos, salvando a muchos del cautiverio y aun del patíbulo, protegiendo a las viudas de los que sucumbían; confortando a los tristes, vendando a los heridos; en general, impartiendo el bien a manos llenas en aquella fortaleza que se erguía como implorando al cielo el beneficio común, el reinado de los pobres y de los humildes, el triunfo perenne de la verdad y de la justicia.

Era esposa y madre
Era dignidad y era firmeza.

Quiso abnegarse en todos sus actos sin aparato de ostentación, y fue el bálsamo de llagas y dolores, así como el consuelo de todas las cuitas.

Se irguió sobre las preocupaciones sociales y religiosas de la época. Fue a la revolución sin orgullo ni interés, a participar de las hazañas de su caballeresco esposo, que era bienhechor de muchos, imitando a los patriarcas de la antigüedad hebrea: "Hacer el bien sin mirar a quien."

Doña Rita escuchó el toque de degüello cuando, con aires de tragedia, entró Liñán al fuerte del Sombrero, y no tembló su alma. Con serenidad contemplativa, observó los horrores de la matanza, el sacrificio de los soldados rendidos o prisioneros, la ansiedad de los más hambrientos que no podían ni hablar; la inmolación de mujeres identificadas como las que arrojaron pe-

ñascos, desde las trincheras, sobre los realistas que usaban de escalas para ascender a los reductos del fuerte, queriendo apoderarse de la artillería o sofocarla; y lloró sobre los cadáveres de su primo Manuel González y del coronel Young, y pensó en la suerte que hubieran corrido otros parientes y otros guerreros que acompañaban a Moreno con entera lealtad, como los hermanos Castro y Albino García, sin olvidar en sus recuerdos y oraciones a Francisco Javier Mina, cuyo temperamento de caudillo admiró siempre, más aún cuando estimaba con predilección a su esposo don Pedro Moreno.

Ella fue de las primeras capturadas y pasó la primera noche de la tragedia en lo más escarpado del cerro, a la intemperie, ante los rasgos más salientes de la hecatombe que sobrevino bajo el espeso manto de la noche, al llover de tiros y estallar de bombas, con el fulgor de un incendio que semejaba escena del Apocalípsis.

Ella estaba viendo, suspendida sobre las cabezas, la guadaña de la muerte. Esperó su turno y arrimó a una hijita que le respetaron, a su trémulo cuerpo, acariciándole su pequeña cabeza de blonda cabellera, con ternura de madre, cual si fuera aquella la postrer despedida.

Mantenía la entereza clásica y la dignidad augusta de la insigne Cornelia, la ilustre madre de los Gracos; la fuerza de carácter de Leona Vicario, con el amor intenso de su alma al hombre de sus sueños; la impasibilidad sublime de la Corregidora a la hora tremenda del peligro, o bien la devoción y celo en dedicación constante de la esposa de Abasolo, despreciando ofensas y desaires, humillaciones y atropellos por salvarle la vida al soberano de su corazón, como se la salvó. (1)

---

(1) La esposa de Abasolo se llamaba doña Manuela Rojas y Taboada.

Abasolo fue condenado a presidio perpetuo en el Castillo de Santa Catalina, en Cádiz, donde murió.

Y su misma entereza de espíritu y su actitud inmóvil de humildad y discreción, salvaron a doña Rita.

"Al tiempo de la ocupación del Sombrero—copio al doctor Rivera— doña Rita tenía otros dos hijos que habían nacido durante la campaña: Severiano, que tenía 2 años 6 meses, y Pudenciana, que tenía 1 año 1 mes.... En la mañana del 20 de agosto, cuando el ejército de Liñán comenzó a subir a la cumbre del Sombrero, precedido de las trompetas, la matrona sentada en su silla, rodeada de sus cuatro hijos, dos criados y dos criadas, esperaba con ánimo varonil el destino de la Providencia. Estaba ahí también doña Carmen, la esposa de don Santiago González (coronel), con sus pequeños hijos Refugio y Felipe."

Agrega el doctor Rivera a lo anterior, que un oficial, por orden de Liñán, condujo a los ahí presentes a un jacal situado en la Mesa de las Tablas, donde estuvieron presos tres días, con un centinela de vista, para ser transladados a León, durante la tarde del 22. La caminata fue hecha a pie, cargados en brazos los niños, ayudando a las **pilmamas** dos soldados, entre las sombras de la noche, y como a tientas por las dificultades del camino. A la mañana siguiente, el comandante de policía de León, que había sido un huésped de Moreno en la hacienda de La Sauceda, recibiendo atenciones de doña Rita, que entonces se hallaba ahí con su esposo, quiso tratar con ínfulas a todos los presos y a dicha señora le habló de **tú** en saludo burlesco: **¿Cómo te va, Rita?**

La respetable dama extrañó aquella actitud y se mostró en reserva, sorprendiéndole, sin embargo, el hecho de que el huésped no correspondiera atenciones y servicios, sino que la llevaba a la cárcel municipal con

---

El general don Ramón Corona, Ministro Plenipotenciario de México en España, hizo laudables gestiones por encontrar los restos de Abasolo; pero no lo logró, en razón de haber desaparecido el panteón correspondiente al mismo castillo, comprendido en la ampliación de fincas urbanas de ese puerto, como una mejora material.

sus acompañantes. Entonces comprendió la hiel que envolvió aquel saludo de aparente confianza. Tan ilustre dama quedó presa en la capilla que sirve de última estancia a los sentenciados a muerte, con sus dos niños y dos criadas; siendo aquélla tan obscura, que se veían en la necesidad de emplear velas de sebo encendidas todo el tiempo.

Personas muy educadas y de nobles sentimientos, pertenecientes a la familia Obregón, de las más distinguidas de aquella ciudad, emparentadas con doña Rita, la visitaron todos los días, le facilitaron algunas comodidades, compatibles con el lugar, e influyeron en el ánimo de las autoridades a que la dejaran pasar a Silao, con sus niños y sirvientes. Así lo acordó el intendente de Guanajuato, transladándose aquel grupo de personas, venido de la sierra de Comanja, a la ciudad vecina.

En Silao encontró doña Rita aire de simpatía o benevolencia y logró que se le señalase la ciudad por cárcel, orden extensiva a la señora de González e hijitos, con el supremo agregado de que el capitán Pedro Pasos, jefe de las armas en aquella plaza (el que había hablado con Mina en el Sombrero), instaló a todas esas personas en la casa que a él le servía de alojamiento y les consiguió los muebles y utensilios más necesarios, corriendo por cuenta suya los gastos de manutención.

Entonces, con alguna facilidad, sin el rigor de la censura, pudo recibir de su esposo cinco cartas atrasadas que le escribió desde su separación hasta la víspera de su muerte, cartas que, según lo refiere el mismo doctor Rivera, llevaba dentro de una "bolsita de raso en forma de corazón y atada al cuello." Por la última carta puede comprenderse toda la ternura del amor que ligaba a los dos esposos, "amor lleno de esa paz matrimonial tan pura y santa, pero combatida por terribles luchas, de las que debía resultar alguna víctima."

Con gusto reproduzco dos cartas de las que copió, para su obra del fuerte del Sombrero, mi ilustre tío el sabio doctor don Agustín Rivera, quien dice:

"He tenido en mi poder esta bolsita que indica haberla tenido doña Rita mucho tiempo al cuello, y dentro de ella cinco cartas, que he leído. En unas la trata Moreno de esposa, en otras de comadre y en otra de prima: dos disfraces apoyados en la verdad. He copiado dos: la una dice: "Querida Com . Un fondo de sufrimiento y conformidad vale un mayorazgo, y la única felicidad de que se puede disfrutar en la turbulenta época que nos ha tocado; ármate de tan fuerte escudo y todo será para tí llevadero.—Estoy bueno, lo que debe ser para tí de la mayor satisfacción, lo que para mí lo es tu salud y la de las muchachas.—Tu Compe P."

La otra carta dice:

"Te escribo para que sepas que estoy bueno y con la vista de mis letras depongas toda idea funesta que sólo podría originarte alguna enfermedad. Da mil abrazos a L. y otros tantos a M.—Tu C. P."

Esta carta fue el último adiós de don Pedro Moreno a la noble y valerosa consorte que soportó con entereza todas las angustias de una vida de sacrificios, como la soportaron heroínas ilustres, tan abnegadas como la madre de los Rayón y la esposa de Nicolás Bravo, muerta por manos asesinas y enterrada en la parroquia de Chilpancingo, junta con él.

Pero la fatalidad se cernía sobre aquella afligida matrona, con la muerte de su pequeña hija Pudenciana, al día siguiente de haber llegado a Silao, a causa de anterior debilidad y maltratos sufridos en la caminata nocturna, desde la Mesa de las Tablas, hecho que coincidió con un alumbramiento prematuro que puso en cama a dicha señora, imposibilitándola de movimientos, y presenciando también la muerte de su otro hijito Severiano, a los dos días. Y ¡oh tortura! vino una orden superior de transladar a México a aquella prisio-

nera, orden que afortunadamente quedó revocada a influencias generosas de Pasos y los hermanos Obregón, quienes consiguieron también de la clemencia reconocida del virrey Apodaca, la declaración de libertad de doña Rita, y el permiso de que se dirigera a San Juan de los Lagos, a reunirse con la señora su madre, que ahí residía. Esto se efectuó cuando doña Rita se hubo repuesto y ahí, en ambiente familiar, pasó el resto de su larga vida y murió, recordando a su heroico esposo y a todos sus hijos, a la edad de 82 años.

Su tumba aún existe en el cementerio de San Juan de los Lagos, y no hay monumento simbólico que la recuerde, teniéndola la Historia casi en obscuridad; pero esa tumba sencilla y modesta está marcada por el sello indeleble de la inmortalidad.

Deben ahí depositarse las rosas más fragantes de la gratitud nacional y perpetuar el nombre de la egregia heroína en placas de calles o en dedicaciones de planteles educativos, para germinación de ejemplos de abnegaciones puras en el alma de la niñez femenil.

¡Loor eterno a la **mujer fuerte del Evangelio**, toda virtud y todo amor!

* * *

Los hermanos de Moreno corrieron distinta suerte, aunque no menos trágica. Tres meses vivieron ocultos en el rancho del Chamuscado, doña Ignacia con su esposo don Rafael Castro (hijo), y doña Nicanora, viuda de González, con su hermano don Pascual Moreno. El día 15 de noviembre, cuatro días después del fusilamiento de Mina y diez y nueve de la muerte de Moreno, oyeron repentinamente detonaciones de rifles, como producidas al rededor de sus jardines, y salieron al camino, una de ellas envuelta en una sábana, por estar enferma, y a la primera ojeada comprendieron que los realistas habían sorprendido ya su escondite, quizá por alguna delación. Unos solda-

dos, que eran los que disparaban, las vieron y, acercándose a ellas, las injuriaron y golpearon. Doña Nicanora les echó en cara su ruindad y cobardía; pero la escena fue interrumpida con la llegada de otro grupo de soldados, uno de los cuales les presentó la cabeza de don Rafael Castro, padre, compañero de Moreno.

Doña Nicanora, a pesar de lo crítico de las circunstancias, "no se abstuvo, ni perdonó a la voz y a la ira," (Virgilio), sino que con fuertes palabras, hijas de una elocuencia muy natural, afeó a los soldados el que, por medio de una acción tan villana, mancharan los semblantes de ellas con la sangre de séres queridos, y con sus propias manos quitó a otro soldado un rollo de la Virgen de las Angustias, que andaba estrujando.

A poco llegó un jefe de apellido Urrea, que reprendió a la tropa por su mal comportamiento, trató con entera corrección a las dos señoras y las condujo a Lagos con la menor molestia posible; pero no fueron llevadas a la cárcel, sino a la casa del notario don Pedro Moreno Guerra, íntimo amigo del héroe y de todos los miembros de su familia. El comandante español, al dar la orden de arresto, regaló a cada una de las damas una pieza de bretaña y cinco pesos.

La cabeza de don Rafael Castro fue llevada a San Felipe y colocada en un paraje público. En cuanto a don Pascual Moreno, cuando vió llegar a los soldados enemigos con la cabeza ensangrentada de su amigo, huyó a la montaña y anduvo escondido algún tiempo, hasta que obtuvo indulto en la ciudad de León.

No quedaron en tranquilidad y sosiego deseados las hermanas de Moreno, porque el brigadier don José de la Cruz, comandante militar de la Nueva Galicia, pidió que fueran llevadas a Guadalajara, con escolta, y tal orden fue cumplida bajo el concepto de que no sólo fueran conducidas las que tenían ideas de independencia y habían ido a la campaña, siguiendo a don

Pedro, sino también a las dos realistas, que eran doña María Antonia y doña Jesús.

"Fueron a caballo, escoltadas por soldados y por cinco vecinos notables que se ofrecieron voluntariamente a hacerles este servicio, hasta Guadalajara, y no tuvieron la mortificación de ser conducidas a la cárcel pública, porque su primo, el señor licenciado don Salvador Garcíadiego, las fue a encontrar hasta San Pedro y las condujo de ahí, en su propio coche, hasta Guadalajara, "burlando las esperanzas de muchos de ver, desde sus balcones, entrar a las insurgentes de Lagos. Todos los días iban muchos visitantes a la casa del licenciado Garcíadiego, por conocer a las señoras, unos por afecto y otros por curiosidad."

Sigue informando el doctor Rivera que las señoras, después de vivir algún tiempo en la casa de su generoso primo, que era hombre de buena posición social, alquilaron una casa sola para ellas y ahí vivieron vigiladas por orden de la autoridad, hasta la consumación de la independencia. En 1821 volvieron a Lagos y tres de ellas contrajeron matrimonio canónico con respetables conterráneos, prendados de sus cualidades domésticas y patrióticas.

CONTINUAN LOS SUCESOS DEL FUERTE DE LOS REMEDIOS

LOS realistas, después de la muerte de Mina, hicieron grandes esfuerzos por tomar el fuerte, que estaba al mando del padre Torres, pero vieron que el ímpetu de la guarnición crecía, a medida de las dificultades que observaban en su misma defensa. Los sitiadores estaban muy satisfechos por no temer ya, con la muerte de Mina, que los insurgentes les sorprendieran su retaguardia, y se dispusieron a ejercitar venganzas en contra de los que habían prestado servicios a Mina.

Como el padre Torres se distraía mucho de la atención del fuerte, fue nombrado comandante general de las tropas el coronel Miguel de Borja, teniendo por segundo al coronel N. Arago.

El nutrido cañoneo que se producía por orden de Liñán, varios días continuados, ocasionó daños tremendos a las obras de los sitiados, cuya batería montada

en el punto de Santa Rosalía, quedó inútil por completo.

Tras de una intimación para que se rindieran los del fuerte, sin contestación resolutoria, se concentraron los fuegos de Liñán, dirigiéndolos tan sólo a la cortina que se dilataba entre las baterías de Santa Rosalía y La Libertad; y en la mañana del 16 de noviembre, consiguieron los sitiadores hacer una brecha considerable, por sus dimensiones. Siguió a todo esto un asalto combinado sobre La Cueva, y sobre la brecha recientemente abierta que acabo de citar, a la sazón que otros destacamentos se dirigían hacia Tepeaca y Panzacola, con el objeto de distraer la atención de los que defendían las trincheras de La Cueva. Dentro del fuerte, renació la actividad y el entusiasmo por combatir, pues hasta las mujeres y los muchachos, que a veces rivalizan en atrevimiento con los hombres, unidos a los paisanos, cubrieron algunos puntos que amenazaba el enemigo, para participar de la gloria y de los peligros, arrojando, como en el Sombrero, un diluvio de piedras que recogían de encima de la muralla, subiendo a ésta, con las canastas y mandiles llenos de guijas, sin temer a los tiros de los sitiadores más próximos.

"Algunos hombres salieron a la cabeza de la columna—asienta Robinson—; subieron a la brecha y murieron ahí. Entre ellos estaba el oficial que traía la bandera negra; a los demás se les veía como petrificados. Era conocido el desaliento de aquellos asaltantes, lo que, visto por los defensores de la brecha, los excitó a salir de ella y a dar un vigoroso ataque que obligó al enemigo a emprender su retirada. Esta fue más bien una desordenada fuga, que dejó la orilla del barranco cubierta de muertos y heridos. Mantúvose un fuego irregular en varios puntos, durante algún tiempo, hasta que el enemigo llegó a sus líneas, después de haber experimentado considerable pérdida. No fue ligera la de la guarnición, y recayó la mayor parte de

bajas en los que habían pertenecido a la expedición de Mina." (Robinson, consultando el diario de campaña de Brush).

El general Liñán se indignó por las pérdidas sufridas, que alcanzaron a 357 hombres de sus líneas, y puso toda su atención en una mina que quería abrir debajo del puente de Tepeaca, para desalojar a los insurgentes de una obra avanzada que habían construído enfrente de la galería, con el objeto de evitar que los realistas empezaran de nuevo los trabajos de zapa. En tal operación, acompañada de un vigoroso cañoneo, se emplearon muchos días: todo el resto de noviembre y todo diciembre; pero sus repetidos esfuerzos no consiguieron nada contra Tepeaca. (1)

Hay que advertir que los sitiados tenían elementos químicos suficientes para la fabricación de pólvora; sin embargo, se dictaban malas disposiciones a ese respecto, pues sólo un hombre empleaban en tan importante trabajo.

El grano era malo y muchas veces no se inflamaba, por la ignorancia de los operarios en proporcionar las correspondientes dosis de los diversos ingredientes.

Hubo notable rasgo de temeridad, asaltando los insurgentes las trincheras enemigas, al mando de Crocker y Ramsey, intrépidos jóvenes que en otra ocasión se habían distinguido atacando la misma posición. El nuevo asalto se produjo en la noche. La primera batería enemiga, tomada muy en breve, dió lugar a la toma de la segunda; pero los soldados realistas se reatrincheraron en la tercera línea, desde donde hicieron gran

---

(1) El Lic. Cornelio Ortiz de Zárate fue víctima de su curiosidad. Como se escucharan los ruidos que hacían los zapadores realistas para colocar la mina de que se habla, aquél se acercó a una trinchera de las más avanzadas, deseoso de enterarse bien del caso; pero una bala certera que encontró blanco de puntería adversaria en su cuerpo, le ocasionó la muerte.

Ortiz de Zárate fue secretario del Congreso de Apatzingán y Chilpancingo en 1814; firmó como tal el acta de Independencia y después figuró como diputado por Tlaxcala.

daño a los asaltantes con el fuego incesante, tanto de fusil como de cañón. Crocker y Ramsey se apoderaron de municiones pertenecientes al enemigo; barrenaron algunas piezas de artillería y arrojaron otras por el barranco; y realizada así tal heroicidad, se retiraron con pérdida de 27 muertos y algunos heridos más.

Fue caso comprometido para los sitiados que les escasearan sus municiones y que, no pudiendo recibir nueva dotación de ninguna parte y menos aún de Jaujilla, por estar sitiada su fortaleza, la guarnición se vió en la alternativa de abandonar la plaza, o de sufrir, sin poderse defender, un nuevo ataque. "Este último partido hubiera sido en extremo imprudente, pues en semejante caso, la guarnición quedaba de un todo a merced del enemigo. Decidióse, pues, la evacuación, la cual sólo podía verificarse por dos puntos, que eran La Cueva y Panzacola. Intentándola por La Cueva, se hacía necesario bajar a la llanura y exponerse a encontrar la fuerza principal del enemigo, con la cual era imposible luchar, por la desproporción del número. No quedaba otro arbitrio que salir por Panzacola, donde la fuerza del enemigo mermaba; pero la extraordinaria aspereza del camino presentaba otra clase de obstáculos. En los rodeos desiguales y escabrosos del barranco, era imposible marchar en formación y con orden. Además, los precipicios que por todas partes rodeaban la vereda, hacían sumamente difícil la subida a la altura opuesta de Panzacola, y aun allí el enemigo tenía una línea de trincheras. A pesar de todo esto, y de la perspectiva que se ofrecía a la guarnición, no menos terrible que la de los patriotas del Sombrero, cuando se vieron reducidos a la última extremidad, había alguna esperanza de llegar al monte antes que el enemigo pudiera reforzar sus puestos y enviar tropas de su campamento principal, en persecución de los patriotas. Resuelto, pues, que la salida se haría por Panzacola, como punto que presentaba menos inconvenientes que los otros, se señaló la noche del 1.° de enero de 1818 para

verificar la operación." (Robinson, copiando el relato que el comisario Brush hace sobre este incidente.)

Los sitiados cometieron el error de suspender los gritos de los centinelas, cosa muy extraña para quien vive acostumbrado a oírlos; por lo que los realistas sospecharon que sus enemigos proyectaban algún movimiento raro y éste no podía ser otro que la evacuación. El jefe de la fuerza avanzada tomó precauciones para cortar el retiro a los patriotas y apoderarse del mayor número posible de ellos. En el fuerte quisieron ser tan reservados, que ni aun a los oficiales extranjeros, que habían pertenecido a las fuerzas de Mina, los quisieron instruir sobre el plan aprobado, sino hasta el momento de ponerlo en ejecución, por más de que ellos lo habían sospechado por la suspensión de los alertas de centinelas.

Comenzaron a salir del fuerte, la noche del 1.° de enero de 1818, una parte de la guarnición, los paisanos, las mujeres y los niños, que se reunieron en Panzacola. "La muy lastimosa escena que precedió, pudo sobrepujar a la del fuerte del Sombrero, según lo indica Mendívil. Era necesario abandonar a los heridos, por la imposibilidad de transportarlos. Estaban expuestos a caer en manos de los contrarios y ésto les hacía recordar los horrores que se desenvolvieron en el fuerte del Sombrero, al paso de los fugitivos."

El orden en que se efectuó la salida fue indicado por el padre Torres, quien encabezó la vanguardia y bajó el barranco, sin novedad. Siguieron las divisiones de tropas que observaron dificultades de diversa condición y tuvieron que emprender una marcha sumamente lenta, en términos de que la mitad de las tropas quedaba todavía dentro del fuerte cuando la vanguardia tropezó con los primeros puestos realistas, quienes, con su nutrido tiroteo, produjeron la alarma en todas las posiciones de Liñán, quien ordenó movimientos generales sobre las veredas, para detener a los prófugos o matarlos en masa. Una columna salió del cuartel ge-

neral y entró en el fuerte por Tepeaca; mas viéndolo abandonado, comunicó tal novedad a los realistas apostados frente a Panzacola y previniéndoles que la guarnición insurgente se retiraba por aquel punto. La medida que tomaron para observar mejor los caminos que seguían los que abandonaron el fuerte, fue la de encender luminarias, que les dieron buen resultado, porque tuvieron blancos de puntería riflera e hicieron una matanza terrible entre la multitud que, a la sazón, estaba saliendo del fuerte. Se había quedado buen número de mujeres y de niños, que rompieron a llorar, lanzando aquéllas ayes de dolor, gritos de sorpresa, acentos de súplica, alternados con las amenazas y vociferaciones de los realistas, que descargaban su fusilería sobre compactos grupos indefensos. "Muchos, por huir de las bayonetas que amagaban muy de cerca, se agolpaban en el estrechísimo paso, que no podía contenerlos a todos, y caían unos sobre otros al fondo de los precipicios, donde sucumbían o bien experimentaban los dolores de las fracturas de miembros o lesiones de otra índole, como en condición de abandono, sin poder obtener auxilios. Los últimos que se precipitaban eran más felices, porque caían sobre los muertos, y como ya éstos eran muchos, les servían como de colchón y su caída no era tan peligrosa y solían escapar con vida." Las dificultades de los fugitivos fueron mayores cuando el enemigo pudo cubrir la salida de todas las veredas con infantería desplegada. Entonces muchos buscaron escondites en los barrancos, entre las peñas más pronunciadas, y otros se abrieron paso por entre las filas de la tropa, jugando el todo por el todo, con peligro inaudito de morir. Al fin se tiñó el horizonte con los primeros reflejos de la aurora, y la tamizada luz del día les sirvió a los fugitivos para orientarse en mejor camino o para ser blanco de los tiradores, que continuaron realizando una matanza horrenda, escandalosa, infame por su inutilidad, sin respetar mujeres ni niños. Las tropas de Liñán no se reducían a vigilar las salidas, sino que, dis-

tribuidas en escoltas, escudriñaban los escondites que formaban los peñascos más enhiestos y las hondonadas propias del suelo, cubiertas de maleza. Los que allí se escondían, podían dar por segura su muerte, porque se había dado el toque de degüello y no se perdonaba a ninguna persona, así lo implorase en nombre del cielo, por caridad, por compasión, por misericordia: cualidades que desconocía la soldadesca realista, cada vez que empleaba sus felonías para satisfacer apetitos bestiales, su ansiedad de sangre, su regocijo de matanza horrible, hasta quedar fatigada por el exceso de agitación criminal.

A esto se prestaba el jefe realista, como si quisiera tener en un solo puño a toda la insurgencia mexicana, para estrujarla y reducirla a fragmentos.

Se recuerda a un señor de nombre Cruz Arroyo, arrancado del sitio en que se había escondido y desgarrado su cuerpo a bayonetazos. La caballería recorrió los llanos y atropelló, derribó y mató a cuantos caminaban por aquéllos, ya con la esperanza de haber obtenido liberación, creyendo volver al seno de las familias abandonadas, al regocijo de un hogar o a la pasividad del trabajo en campos y talleres. Terrible suerte les tocó a millares de infelices, porque hay que expresar que en estas matanzas fueron víctimas, no sólo los paisanos, sino muchos de los soldados, que tenían muy pocos proyectiles para disparar con sus armas, vendiendo su vida, a razón de sangre por sangre y muerte por muerte, recíprocamente, con los realistas.

Entre los que se salvaron estaban el padre Torres y 12 hombres de la división de Mina. Los demás extranjeros expedicionarios habían muerto durante el sitio, y los que quedaban cayeron en los barrancos durante la noche. Cupo esta terrible suerte al valiente capitán Crocker y al doctor Hennessey. El coronel Novoa y las hermanas de Torres cayeron prisioneros.

Sería denigrante pintar los bárbaros excesos que se cometieron por los realistas en aquella ocasión, y más

vale ser discretos, para no levantar mayores odios en la opinión del público lector.

Sólo puede decirse que las crueldades del Sombrero fueron insignificantes, comparadas con las de los Remedios.

Crueldad mayor, indigna de hombres que se decían representantes del orden y de la cultura de una raza, fue la que inmoló a enfermos y heridos que habían quedado en abandono y quienes sabían que iban a morir, mas no en forma de atrocidad tan espantosa. "El edificio en que estaban — dice Robinson — fue incendiado por diferentes puntos y cuando el que tenía fuerzas bastantes para huir de las llamas intentaba salir, era recibido a bayonetazos. A los gritos de los incinerados, sucedió muy en breve el silencio de la muerte y sólo quedaron cenizas de lo que eran seres animados. De esta hazaña no se dió noticia en la "Gaceta de México," pero su autenticidad estriba en lo que han referido los prisioneros que Liñán tenía en su poder y muchos oficiales españoles que se estremecían al contar tan horrible episodio."

Tan sólo los prisioneros obligados a trabajar en la demolición del fuerte, trabajos que duraron varios días, tuvieron la preferencia de ser pasados por las armas sin tortura; ellos, las víctimas, murieron agradecidos a Liñán. ¡Qué tal sería su horror al ver que sus compañeros morían entre las llamas, en hacinamientos macabros, sólo comparables a las torturas que describe, con su genio soberbio, el inmortal Dante! El coronel Novoa fue de los ejecutados. En los últimos momentos de su vida, demostró un valor extraordinario, según dice el mismo Robinson, y murió gritando con toda energía: "¡Viva la República!"

Agrega Robinson que las mujeres que cayeron en manos de los enemigos, de las que pertenecían a las familias de los jefes patriotas, fueron enviadas a las ciudades que ocupaban las tropas realistas. Tal fue la suerte de dos hermanas del padre Torres, una de las

cuales era una joven inteligente, de muy buena educación ambas, y lo mismo ocurrió con las señoras de la familia del coronel Miguel Borja. Las mujeres de clase inferior, fueron rapadas a navaja y puestas en libertad. El enemigo sólo encontró en bodegas gran provisión de granos y no de municiones de guerra, aunque Liñán mintió en su parte diciendo haberlas encontrado.

Así cayó el fuerte de los Remedios, sostenido por los insurgentes durante cuatro meses, contra un enemigo muy superior en número, en artillería, en municiones y en la experiencia y disciplina de sus tropas, las cuales habían servido en los ejércitos de la Península, durante la guerra contra Francia.

El virrey creyó que con las tomas del Sombrero, los Remedios y Jaujilla y con la muerte de Mina, de Moreno, de Young, de Lucas Flores y de otros caudillos que sucumbieron en esa época, quedaba pacificado el Bajío de Guanajuato y una buena parte de Michoacán, pudiendo sus tropas ir sobre los revolucionarios del sur, acosándolos por todos los rumbos, hasta limpiar de fuerzas libertarias el escenario del Anáhuac.

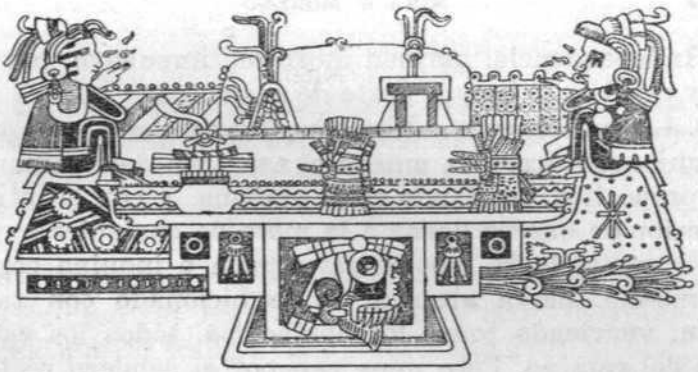
Estaba muy equivocado el virrey, porque se hallaban en plena lucha los ameritados caudillos Vicente Guerrero, Nicolás Bravo, Pedro Asencio, Guadalupe Victoria, Antonio Sesma, como quedaban también en la lucha Bradburn, Arago y don Pablo Herdosain, los extranjeros Honhors y don Antonio Mandretta, que vinieron en la expedición de Mina.

En otro lugar de esta monografía doy a conocer los antecedentes del padre Torres, de cuyo comportamiento hago la crítica metódica, con imparcialidad, aunque con dureza, por estar demostradas sus ruindades e inconsecuencias, así como la falsedad con que envolvió a Mina, perjudicando de modo extremo los intereses de la causa libertadora, determinando, como dije antes, que al ser culpable de la caída del fuerte del Sombrero, por el abandono intencional en que dejó a los defensores, atrajo la desgracia, el fracaso completo, la derrota

más terrible contra sí mismo y contra la posición fortificada que estaba a sus órdenes.

El padre Torres no pudo morir como héroe, porque estaba muy distante, en condición moral, de serlo.

Murió con la vulgaridad extrema de un fullero dotado de todas las argucias y triquiñuelas del juego de Birján, muerte ridícula, casi pantomimesca, a manos de otro jugador.



EL PADRE JOSE ANTONIO TORRES

NO hay que confundirlo con el **amo Torres**, que lleva sus mismos dos nombres y su mismo apellido, porque éste era un jefe de suma honradez, que luchaba por amor a la patria y sacrificaba sus propios intereses por los de la independencia nacional, distinguiéndose siempre por constancia y valor, espíritu de organización moralizadora y eficacia de acuerdos y procedimientos que se encaminaban a un solo fin: a derrotar al realismo. El **amo** Torres era un civil con armas y su prudencia de conducta corría en paralelismo con su gran modestia. Fue siempre generoso con los prisioneros, subordinado al superior y respetuoso de intereses particulares. Murió con serenidad, descuartizado su cuerpo por la soldadesca realista y distribuidos sus brazos y piernas en las esquinas de las calles más transitables de Guadalajara, por orden salvaje del brigadier don José de la Cruz.

Por lo contrario, el padre Torres, según el historiador Guillermo Prieto, era el **ave negra** de la revolución

de Independencia, germen morboso, impulsivo, perverso y cruel en la mayor parte de sus actos.

La suerte, una suerte casquivana como lo es todo lo que aventura y se mueve al azar, sin determinantes de propósitos, confiando en el mañana y con la intriga interior de querer llegar a la meta de cualquier modo; pero con audacia, con perseverancia e inquina contra sí mismo, hasta alcanzar lo ambicionado con tanto afán, venciendo todos los obstáculos, todos los estorbos del camino. Pero unos van por el sendero recto y con sana intención, en consciente afán volitivo de cumplir con el deber, y otros lo tuercen y lo denigran y lo afean, llegando al término con bagaje de infamias.

He aquí el anverso y el reverso del subjetivo Torres, para no confundir y tomar la moneda buena por la falsa.

El padre Torres siguió la carrera sacerdotal, porque se la impusieron sus padres, sin vocación ni aprovechamiento en las materias cursadas, y lo ordenaron como en barbecho, por la necesidad de sacerdotes en Valladolid, para el sur de la provincia, donde estaban las tribus indígenas sin rey ni roque.

Era vicario fijo de Cuitzeo del Porvenir, cuando estalló la revolución y, ligándose con "El Giro" (Albino García), guerrillero infatigable y muy inteligente, que hizo correrías por el Bajío de Guanajuato y sierras de Comanja y de la Luz, tomó a éste como jefe y acompañante, hasta que pudo "brillarla" por su cuenta y riesgo.

No se lanzó a la revolución por principios y tendencias salvadordas de los pueblos, por el anhelo de libertades y confirmación de autonomía, sino a la depravación. Jamás redactó una proclama política, ni atendió a ninguna de los jefes, y **cogió cuerda** como un extraño reloj de movimiento continuo, sin alterarse hasta que lo rompe alguna mano inexperta, que de casualidad lo encuentra.

Le ofrecieron el indulto y contestó por boca de ganso (el doctor José María Cos, en nombre de aquél), que nada le importaba la vuelta de Fernando VII a España, porque ese regreso era funesto para todos los países de la monarquía, pues aquél era en realidad un agente nocivo del emperador de los franceses."

Empezó sus correrías y tuvo cuatro derrotas seguidas que le infligió Iturbide; concurrió al sitio de Cóporo, confiado en el apoyo que le daban "El Giro," Lucas Flores, Saucedo y otros; lo rechazaron de Acámbaro, y ayudó a la sorpresa que se dió a Guanajuato, donde lo rechazaron también, con muchas pérdidas.

Cuando el general don Manuel T. Mier y Terán disolvió, en Tehuacán, el Congreso, que era de Chilpancingo y Apatzingán, por su origen, el padre Torres dió apoyo a los diputados cesantes y en la inopia, que formaron la Junta de Uruapan, disuelta también para dar lugar a la inepta e insignificante de Jaujilla, compuesta de nuevos elementos casi desconocidos para la generalidad de los revolucionarios, a excepción del doctor San Martín, que era hombre de talento, y en la cual Junta ingresó el padre Torres como vocal primero y después como presidente.

Una de sus más graves depredaciones fue el saqueo general e incendio de Valle de Santiago, a pesar de ser la mayoría de los habitantes simpatizadores o partidarios de la revolución; tenía asolados, también, a Pénjamo, Maravatío, Salvatierra, Irapuato, Silao, Celaya, Salamanca, la Piedad y una infinidad de rancherías y haciendas, a las que **limpiaba** de todos sus productos, yéndose a refugiar al cerro de San Gregorio, llamado también de los Remedios, donde a la postre construyó obras serias de fortificación, por consejos del doctor San Martín y de Licéaga.

Cuando Mina llegó al Sombrero, quiso conferenciar con la Junta de Jaujilla, que le mandó emisarios para pagar después la visita en aquel cerro a donde acudió al llamado del padre Torres. Estando presentes

éste, el recién llegado caudillo navarro, el doctor San Martín y el licenciado Cumplido, se acordó conceder al segundo el mando superior, por tener competencia militar y estar animoso en la lucha, en defensa de los principios autonómicos del Anáhuac, aunque fuese español.

El padre Torres dijo que cedía el mando "por consideración, pues que a él debía corresponderle, por tener el empleo de teniente-general que le había dado la Junta." Ofreció sumisión y apoyo a Mina, pero no lo cumplió: sus inconsecuencias obraron en contra. Si aquél se hubiese empeñado en combatir a las tropas de Liñán, que rodeaban el Sombrero, dicha fortaleza se habría salvado. Con sólo cortarle comunicaciones, como lo hizo Mina algún tiempo con los Remedios, habría prestado un servicio de verdadera importancia y utilidad. Por lo contrario, se dejó derrotar en Silao el 12 de agosto de 1817, a causa de sus descuidos, reportando enormes pérdidas. Volvió al fuerte de los Remedios, convocando a todas las partidas que había en la comarca, para afianzar la defensa, y ya explico en otro lugar las peripecias de esta lucha y sus fatales resultados con la caída del fuerte, como el del Sombrero, y las espantosas represalias que tomó Liñán.

El padre Torres continuó expedicionando por Michoacán y quiso auxiliar a Jaujilla, que estaba sitiada por Barradas y Aguirre; mas fue derrotado y perseguido por Lara, desastre que se repitió en Sacramento, cerca de Pénjamo, donde perdió los mejores elementos de lucha que reunía. Entonces adoptó el sistema de incendiar las rancherías, asolando las siembras; que de haber sido esto general, el país se habría convertido en un desierto, por su aridez. Sufrieron entonces de modo considerable San Francisco, Penjamillo y Pénjamo. Descontento de su segundo, Lucas Flores, porque no pudo introducir víveres en el fuerte, lo mandó llamar, disimuló su disgusto, jugó a los naipes con él, lo invitó a comer y lo obsequió con la mayor hipocresía,

y luego lo mandó fusilar. También sin causa legal conocida, ordenó la muerte de don Remigio Yarza, que había sido secretario del Congreso de Chilpancingo y uno de los firmantes de la Constitución de Apatzingán.

Tales crímenes no podían ser tolerados por los jefes que seguían a Torres, sino que lo desconocieron y se voltearon contra él, encabezados por "El Giro," lo que dió por resultado que el mando de la provincia de Guanajuato recayera en don Juan Arago, que vino con Mina, siendo hermano del famoso astrónomo de ese apellido.

Habiendo perdido la fuerza que le quedaba, mil hombres que combatieron contra los realistas que mandaba don Anastasio Bustamante, en el rancho de los Frijoles, perteneciente a Guanímero, huyó dejando más de 300 muertos, deshecha enteramente su caballería; pero esto no fue lo único que resintió, sino que muchos de los que habían estado bajo sus órdenes le presentaron acción, a orillas del Río Grande, guiados por Albino García, "El Giro," y acabaron de nulificar lo que le quedaba de su cuerpo de ejército. Torres pudo salvarse, debido a la ligereza de su caballo, para no volver a alcanzar preponderancia. Se vió casi sin soldados, con el mayor desprestigio encima, desobedecido por todos, pues Arago (poco tiempo después indultado), había de quedar en su lugar.

Perseguido por ambos partidos, sin tener otro refugio de confianza que la sierra de Guanajuato, en ella se mantuvo algunos meses, sin entrar en campaña, temeroso de reunir hombres de los suyos y que éstos mismos se le voltearan.

Márquez Donallo recibió el encargo de perseguirlo, de tener agentes que le siguiesen la pista, de conocer sus madrigueras en la serranía; y así lo tuvo sin poder dar un solo paso, acorralado, constreñido como en un puño, tapadas todas las veredas que solía emplear en sus afortunadas escapatorias.

¿Qué fin podía alcanzar semejante hombre en los trances en que se había colocado? En esto se cumplió la sentencia judaica: "quien a hierro mata, a hierro muere."

A fines de 1817, se encontraba Torres en la hacienda de Tultillón, perteneciente a Silao, jugando albures tranquilamente con el capitán Juan Manuel Zamora, quien tenía un bonito caballo, del que quería hacerse aquél. Habiendo perdido dicho capitán primero mil pesos, que pagó en oro, y después 250 que quedó a deber, dejó en prendas el caballo, para recobrarlo al día siguiente. Volvió con el dinero que adeudaba; pero Torres no le quiso devolver el cuadrúpedo, objeto de su mayor estima, por lo que Zamora le dirigió palabras ofensivas, sin parar mientes en ello el aludido, antes bien, invitó a los circunstantes a salir a caballo para dar un paseo, y habiéndose puesto en camino todos juntos, Zamora insistió en que el padre le devolviera su caballo, y al negárselo rotundamente Torres, éste fue atravesado con una lanza, lo que le ocasionó la muerte inmediata, corriendo la misma suerte el ofensor, a manos de Miguel Ortiz y demás acompañantes.

Este incidente ocurrió en terrenos de la Tlachiquera, y pocos momentos después expiraba el que había sido mariscal y teniente-general del cuerpo de ejército del Centro, con apoyo de la Junta de Jaujilla, en el rancho de las Cabras, donde enterraron su cadáver.

* * *

Tal fue el último episodio que coronó con mano trágica la etapa revolucionaria que cubrieron los buenos servicios y heroicidades de Mina y de Moreno.

La revolución estaba como contenida, como amenguada, a punto de nulificación.

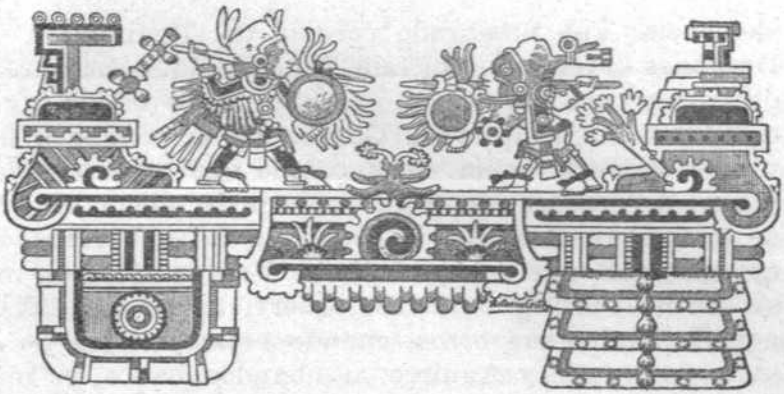
Se habían indultado otros caudillos insurgentes, los que parecían más abnegados y de mayor influencia en las zonas central y oriental del país, los generales

don Ignacio Rayón y don Manuel Mier y Terán; pero quedaban los valientes y prestigiosos generales Vicente Guerrero, Nicolás Bravo y Guadalupe Victoria.

Victoria, habiendo mandado solo en Veracruz, se retiró a los bosques como un druida y se condenó a una existencia increíblemente salvaje, antes que transigir con sus enemigos. Los realistas ordenaron su persecusión, y siendo inútiles las pesquisas, fingieron que había perecido en los bosques, consumido por el hambre y devorado por las fieras, formando sobre esto una averiguación enmarañada, que publicó la prensa virreinal.

Bravo se mostraba en persistente inercia inexplicable y sólo Guerrero, el ínclito hijo de la montaña, secundado por Pedro Asencio y por el padre Izquierdo, en las orillas del Mezcala y entre las montañas del sur, era como una protesta íntegra contra el triunfo de la fuerza despótica y como un símbolo de la fe ardiente en la realización de la Independencia.

Vendrían tiempos mejores de salvación y de verdadero triunfo, que habrían de confirmar los vaticinios de Hidalgo y las esperanzas fundadas de Morelos, que nunca dudó de la eficacia de la revolución iluminada aún con los tintes rosados de la aurora del 16 de septiembre, en Dolores, para la felicidad de México.



EL SITIO DEL FUERTE DE JAUJILLA

INCIDENTALMENTE he llegado a hablar de la fortaleza de Jaujilla, donde los llamados miembros del gobierno habían fijado su residencia. El virrey Apodaca ordenó, el mes de diciembre de 1817, que se organizara un cuerpo de mil hombres para sitiar aquel punto fortificado. Dióse el mando de esta operación a don Matías Martín y Aguirre, comandante general de la Provincia de Valladolid, a cuyo territorio pertenecía Jaujilla. Hay que aclarar que el jefe realista mencionado era pariente lejano del extinto general Francisco Javier Mina; se le tenía como un oficial inteligente y activo, quien se preciaba de "contribuir a conservar la joya de México engastada en la corona de España." Cuentan que no era sanguinario, que obedecía con repugnancia las crueles órdenes que expedía el superior; mas él procuraba suavizar los procedimientos, a favor de la benignidad de su carácter y de su propensión a la

clemencia. Fue nombrado coronel del Regimiento de Dragones "Fieles de San Luis," que, aunque compuesto de tropas poco fogueadas, era uno de los mejor organizados del ejército real. Gozaba de la confianza del virrey, quien le había recomendado que moderara sus planes de persecución y ataque, con la menor efusión de sangre posible. Así lo ordenó a los subordinados, agregándoles que debían tratar a los vencidos con misericordia, "precepto que fue observado por algunos de aquéllos, mientras otros, cuando estaban lejos de la vista de Martín y Aguirre, se abandonaban a los más culpables excesos." La conducta de dicho jefe, con los prisioneros que caían en sus manos, no sólo era humana, sino generosa, y en muchas ocasiones se hizo asimismo responsable de la desobediencia a las órdenes superiores para dar muerte a dichos prisioneros. Es satisfactorio presentar este tributo de respeto a un hombre cuyos sentimientos contrastaban con los de otros muchos que defendían la misma causa. Don Matías trató perfectamente a algunos oficiales de la expedición de Mina, que cayeron en sus manos, y daba libertad a los soldados que cogían sus tropas, imponiéndoles la condición de servir dos años en el ejército realista. Por intercesión suya, uno de ellos, que era de los Estados Unidos, fue perdonado, puesto en libertad y enviado a su patria. Ninguno de los compañeros de Mina recibió la muerte por orden suya, y aun se opuso a que fuesen enviados a España. Algunos oficiales de Mina que lograron entonces pasar al extranjero, debieron la vida al humanitario Aguirre.

Con semejante hombre tenían que habérselas los concentrados en el fuerte de Jaujilla, el cual ofrecía, contra el parecer de peritos, una formidable resistencia. El comandante era un coronel llamado Vicente Lara, y tenía en calidad de segundos a dos capitanes americanos de la división de Mina, llamados Lawrence Christie y James Devers. Pocos días después de em-

pezado el sitio, los llamados miembros del gobierno se retiraron a Tierra Caliente de Valladolid.

Los sitiados rechazaron las proposiciones de capitulación que les hacía Martín y Aguirre, quien ordenó un asalto formal, que no tuvo efecto satisfactorio, por lo que se vió precisado a emplear el recurso de rendir a la fortaleza por hambre, interceptándole todos los recursos que podía recibir del Valle de Santiago, de San Luis de la Paz o de otros puntos del Bajío.

Como algunos políticos de los consejeros del padre Torres podían ofrecer riesgo en Tierra Caliente de Valladolid, según el criterio realista, se ordenó su persecución, su incomunicación absoluta para que no pudiesen recibir auxilios de ningún género.

Tres meses habían transcurrido en el mantenimiento del sitio de Jaujilla, y el comandante Vicente Lara comenzaba a inquietarse. Previendo que el fuerte sería al fin reducido por hambre y que, en este caso, la guarnición se expondría a ser tratada como las de los otros fuertes, él y sus compañeros pensaron tomar precauciones para el resguardo de sus personas. Desde luego ocultan sus intenciones a los capitanes Christie y Devers, pues sabían que éstos no consentirían en rendir el fuerte, ínterin podía garantizarse la defensa. Alcanzaron el rasgo infame de proponer, de modo secreto, a Martín y Aguirre, la entrega del fuerte, así como la de los extranjeros citados, oferta aceptada sin dificultad. Lara y los suyos se apoderaron de los oficiales de Mina y los enviaron al cuartel general enemigo. Aguirre les reprendió su mala conducta, haciéndoles saber que él se opondría resueltamente a que sus tropas cometieran las mismas infamias que habían perpetrado las fuerzas de Liñán, tanto en el fuerte del Sombrero como en el de los Remedios.

Cayó el fuerte de Jaujilla, el que fue destruído en todas sus partes, y sólo quedó una pequeña guarnición cuidando el pueblo de Zacapo. Las tropas de la guarnición que se entregaron a los realistas, en lugar de ser

pasadas por las armas, fueron puestas en libertad, la que conservaron a pesar de órdenes superiores en contrario, pues se pretendía aprovecharlas en las columnas realistas.

Los que formaron la Junta de Gobierno de Jaujilla, se establecieron en un lugar donde, provistos de ventajas naturales, podían verse en seguridad contra cualquiera agresión contraria. Ayala, presidente; Lojero, secretario, y Tercera, uno de los vocales de aquella Junta, presentaron su dimisión; fuese porque se hubieran cansado en sus funciones, o porque conociesen que sus servicios no podían ser útiles a la patria. El doctor San Martín pasó a un pueblo llamado Zacate y ahí le nombraron presidente de la Junta Gubernamental, nombrando él, a su vez, a don Antonio Cumplido, a don Pedro Villaseñor y don Pedro Bermeo, gobernadores de varias zonas. Dicha Junta no pudo sostenerse allí mucho tiempo y sobrevino un suceso extraño, rápido, como de sorpresa: el enemigo había tomado la plaza de Zacate y capturado al presidente de la Junta, doctor San Martín, quien no pudo escapar como sus compañeros, por achaques de senectud. Los insurgentes de esa región formaron una nueva Junta como de autoridad civil, y los puestos de San Martín y Cumplido, fueron ocupados por don José Pagola, patriota honrado e inteligente, y por don Mariano Sánchez de Arriola. Estos, con Villaseñor y Bermeo, componían el cuerpo gubernativo de que Villaseñor era presidente.

El coronel Juan Arago, que había substituido en el mando supremo al padre Torres, libró acción en el rancho de los Frijoles, al frente de 1,500 combatientes; mas se quedó solo a la hora más reñida, porque todos los soldados se alejaron corriendo y esto le quitó popularidad e importancia, en relación con el aumento de peligros, por lo que decidió refugiarse en Pénjamo.

Multitud de incidentes, semejantes al relatado, preocuparon a Arago, que hacía fuerzas de flaqueza, no

sabiendo a dónde refugiarse, hasta que se vió materialmente constreñido a pedir su indulto.

Uno de los incidentes más sensacionales efectuados entre la gente de Jaujilla, se refiere al asesinato del diputado don José María Licéaga, que había sido defensor impertérrito de los derechos de su patria, diputado en Apatzingán y en Chilpancingo. Sus dificultades con Mier y Terán, con Rosains y con otros jefes insurgentes, lo obligaron a mantener actitud tranquila, alejado de discusiones y acuerdos desde que cayera el fuerte de Jaujilla. Dice Robinson que Licéaga se había separado de la política, y vivía retirado en su ha cienda de La Gavia, perteneciente al Distrito de Burras.

El señor Licéaga emprendía un viaje por un camino difícil y tuvo la desgracia de encontrarse con una patrulla ebria, perteneciente a la tropa de Borja, la que lo provocó y amenazó; se puso en fuga, pero el oficial que mandaba la fuerza, le disparó un tiro que le hizo caer al suelo y ahí lo remataron los distintos soldados. Borja trata de disculpar a su gente diciendo que Licéaga se encaminaba a Irapuato a entregarse al enemigo e implorar el perdón real, lo que ha sido tachado de calumnia, porque Licéaga, entre sus virtudes, contaba la de ser muy abnegado y leal a la causa de la Independencia.

Los de Jaujilla se vieron dispersos, en situación angustiosa, sin depender de un jefe que hiciera respetar la unidad de mando, en desorden absoluto, sin prestar servicios de eficacia o significación patriótica. Individuos obscuros, asumían de pronto el mando de las tropas insurgentes que quedaban en la región de Pénjamo y no podían ponerse de acuerdo con nadie, y resultaban estériles sus operaciones. La llamada Junta de Gobierno cambiaba de residencia sin cesar y estuvo algunos días en las llamadas Cañadas de Huango. Los realistas dirigieron una maniobra como para envolver a los revolucionarios; pero un nuevo jefe, de nombre Vicente Lazo, se adelantó con 1,500 hombres para ata-

car a Bradburn, quien se retiró; mas al tercer día, los enemigos se acercaron demasiado, atacaron a Lazo y le derrotaron toda su partida, a excepción de 30 hombres que lograron escapar. Todos los prisioneros fueron pasados por las armas en un pueblo inmediato que llaman Chacándiro.

De resultas de la mala conducta de un jefe que había reunido mucha fuerza y asumido el mando principal, "el gobierno republicano no tuvo un punto seguro donde refugiarse a celebrar sus sesiones."

El último presidente, don José Pagola, y su secretario, fueron cogidos por sorpresa y fusilados de orden de un tal Huerta, que surgió como un jefe principal. Don José Castañeda sucedió a Pagola como miembro del gobierno, y la presidencia recayó entonces en don Pedro Villaseñor.

Por estos crímenes fue muy perseguido el llamado brigadier Huerta y varios meses no se le dió punto de reposo.

En el mes de julio de 1819, la revolución estaba muy decaída; fue entonces cuando alcanzó el mayor grado de abatimiento. Pero no por esto dejaban de ser continuamente molestados los realistas, en términos que no osaban salir de las fortificaciones naturales de la sierra.

A esto se redujo la actividad de los contadísimos hombres de Mina que habían quedado y de algunos jefes de partidas inútiles, consideradas dentro del buen régimen que debe determinar todo cuerpo de ejército.

Los miembros de la llamada Junta de Gobierno, fueron a dar a la región del río de las Balsas y se refugiaron en Churumuco, donde se juntan los ríos Grande y Márquez. Ahí se consideraron libres de sorpresas, confiando, además, en el apoyo que les ofreció Guerrero, "con quien se trató de combinar alguna operación, a fin de dar otro aspecto a la causa de la Independencia."

Las tropas de Huerta decidieron abandonarlo a causa de su ineptitud militar, en sentido inverso a su gran infamia, pues todas sus facultades se reducían al atropello, al robo y al asesinato. Sus hombres se acogieron al real indulto.

El famoso "Giro" se encontró en una emboscada que le tendieron los realistas. Combatió contra ellos con todo su ardor acreditado; mató a tres e hirió a otros, con su espada; y viendo que era impracticable la fuga, cedió a la superioridad del número, por fuerza de las circunstancias. Los realistas se creyeron desde entonces con menos resistencia en la provincia de Guanajuato y en el sur, dando por sofocada la revolución, y así lo informaron al virrey. Pero no por esto dejaban de molestar a aquéllos las numerosas partidas insurgentes que quedaban, en términos de cambiar la ofensiva por la defensiva, parapetándose en puntos inexpugnables; lo que antes hicieran los Rayón, López, Mier y Terán, el padre Torres, etc.

Me parece reducido el estado numérico que publica Robinson, dando a la intendencia de Guanajuato, a la Tierra Fría y Caliente de Valladolid, a varios puntos de la Intendencia de México, a la región chapálica de la Nueva Galicia y a la costa sur y montañas limítrofes con Morelos y Puebla, 6,400 insurgentes. Sólo Guerrero, Nicolás Bravo y Victoria podían sumar mayor cantidad, pues de ellos dependían: Asencio, Montes de Oca, Ramos, Alvarez Perdomo y otros jefes de gran actividad y patriotismo.

De ahí no los podía desalojar el ejército realista, porque mantenían el espíritu de libertad, convertidos los corazones en baluartes irreductibles, por obra y fuerza de la voluntad colectiva que obra prodigios en los pueblos.

Guerrero se aprovechaba de la zona cruzada por el río Zacatula, donde mantenía a sus tropas con suma facilidad, sobrándole los víveres, por la abundancia de pesca, de ganado, de granos. El río tiene dos emboca-

duras distantes entre sí como una legua, con una barra cada una, y por la del norte pueden navegar buques pequeños sin dificultad. Como a 60 millas al este-sudeste del río, se halla la hermosa bahía de Zihuatanejo, que ofrece seguridad por su anchura y buen fondo. El gobierno español prohibió en esa región todo género de comercio.

Lord Anson fue el primer extranjero que exploró ese puerto. A 15 leguas al norte de Zacatula, hay otra excelente ensenada que llaman de Petacalco. La bahía es cómoda y segura, y el agua está tranquila la mayor parte del año. La brisa de mar suele levantarse a las ocho de la mañana y dura hasta la puesta del sol. En seguida sopla una brisa de tierra, que no cesa sino hasta la siete de la mañana.

En toda la línea de esta costa, desde Zacatula hasta Zihuatanejo, dominaba el general Vicente Guerrero, a donde no podía llegar un solo realista, a menos que lo hiciera por mar.

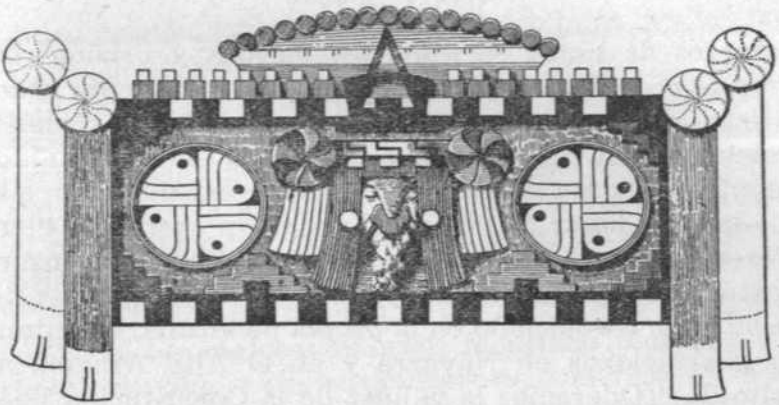
Mina tenía la idea, sugerida quizá por el doctor Mier, de infundir en el ánimo de los caudillos de la revolución en Sudamérica, particularmente de Bolívar, la importancia del puerto de Zihuatanejo, para establecer un punto defensivo y de reunión en la costa del Pacífico, al servicio de todos los ejércitos sublevados contra Fernando VII. Ello sería muy conveniente para celebrar acuerdos internacionales y burlar la influencia virreinal en las distintas colonias situadas sobre el Pacífico. Esto traería la nulificación de todo comercio entre Guayaquil, Callao, Talcahuano, Valparaíso e Iquique y puertos mexicanos del Pacífico, como Acapulco, Manzanillo, San Blas, Mazatlán, etc., obstruyendo, a la vez, el comercio con Manila.

Se pusieron objeciones al proyecto de aportar 2,000 hombres armados, entre los mulatos de Colombia, del Perú, del Ecuador y Panamá, para venir a dominar el sur de la Nueva España. El doctor Mier fue de opinión que Guerrero y Victoria no tolerarían esa invasión de

extranjeros que, aunque viniese a colaborar con nuestros hombres directores de la campaña, para ayudar a México a realizar su independencia, ello traería conflictos en lo futuro.

No era lo mismo contratar filibusteros de "alma atravesada" y certera puntería, que de nadie dependen, que provocar una invasión en forma, con numerosa gente armada perteneciente a países hermanos que, aunque formando contendencia única, contra realistas, nos podría alcanzar dificultades y peligros por el celo del triunfo, los gastos erogados por el elemento extranjero, y las reclamaciones por abusos o transgresiones de acuerdos, que no faltan en casos semejantes por causas de fuerza mayor o de envidias.

México tenía que hacer lo suyo, sin colaboración exterior, fuera de la ayuda de Mina, que era razonable por estar peleado con la monarquía ibera; y don Vicente Guerrero debió dar la nota de cordialidad y buen acuerdo, con el "Abrazo de Acatempan," como la dió al ligar su suerte con la de Iturbide, firmando, ellos los primeros, el Plan de Iguala, base, esperanza, tendencia, luminar, bandera de un nuevo movimiento distinto al desarrollado durante once años para conseguir la independencia del Anáhuac, tan ambicionada, tan discutida, tan empapada en sangre de patriotas, que ellos habían derramado queriendo lavar la obra ignominiosa del despotismo y la esclavitud que durara tres centurias por enriquecer a una corona, que comprendía, realzaba y ensombrecía con un poder tremendo, en terrorismo inquisitorial, todas las tiranías del orbe heredadas de Carlos V y Felipe II, como pesadumbre de una raza que, al fin, se libertó contemplando un nuevo sol tonificante y armonioso para alegrar su vida.



COMENTARIOS FINALES SOBRE LA EMPRESA GLORIOSA DE MINA Y MORENO

LA VIRTUD DEL CAUDILLO

FRANCISCO Javier Mina, al desnudar su espada y esgrimirla en defensa de la independencia de México, abrazaba una causa basada en los mismos principios que lo habían movido a emprender la revolución de la Navarra, y que sostuvo en sus luminosos escritos, publicados con censura de todos los realistas, en refinado encono internacional.

No le faltaron ofertas de grandes cargos, hechas por la Cancillería hispana, y en lo personal por el ministro Lardizábal, ni ocasión de aceptarlos y de cubrirlos después de haber comprobado servicios eminentes contra las tropas napoleónicas, a las que acosó en forma de guerrillas, arrebatándoles, en cierta vez, un rico convoy y haciéndoles en todo tiempo considerables

números de bajas en muertos, heridos y prisioneros. Pero él no quiso aceptar nada de una monarquía absolutista, que acababa de dar al traste con el régimen constitucional, para él convertido en la mejor fortaleza defensora de los derechos del pueblo español. Por ello fue que, en lugar de venir a mandar un cuerpo de ejército a la Nueva España, contra los abnegados insurgentes que sólo aspiraban a gozar de la independencia de su país, revolucionó en la propia península, levantando guarniciones en Navarra y en el Alto Aragón, al grito de "¡Queremos la validez de la Constitución liberal! ¡Muera el absolutismo de la corona!"

Mina creía, como muchos filósofos ilustres y como prestigiados políticos iberos, que "los tesoros del Nuevo Mundo habían ejercido un influjo funesto en la prosperidad y en la gloria de España." Por lo mismo, nadie que sepa razonar podrá acusarle de haber tomado las armas contra su nación, en América, para fomentar la revolución que iniciara el Cura de Dolores y continuaran y engrandecieran Morelos, Rayón y Guerrero. El pretendía quitarle recursos a la monarquía aciaga de Fernando VII, quien había soportado, con desdoro de su condición realesca, la aventura de Napoleón I, no tomando enseñanza de los hechos, sino acrecentando abusos y ruindades con derogar, en violento mandato, lo preceptuado por las Cortes de Cádiz, cuyas deliberaciones y acuerdos debieron ser reconocidos y aceptados, puesto que ellos significaron el mayor apoyo nacional contra la invasión de Francia, alentando al pueblo a la lucha y confirmando sus timbres de valor, abnegación y heroísmo el 2 de mayo en Madrid, y también en Zaragoza. Razón tenía Mina en apoyarse en los preceptos de las Cortes de Cádiz, porque éstas, en su puro y generoso espíritu, eran esencia, no del alma egoísta y miserable de las clases dominadoras, sino del único "mantenedor" en la resignada obediencia y el sufrido tributo de la incansable laboriosidad del enorme peso muerto del país. En las Cortes de Cádiz palpitó lo

único grande, lo único noble, lo único puro que las mantenía: el alma del pueblo.

Los que habían luchado por arrojar del suelo español a las huestes napoleónicas, sufrieron enorme decepción, pues no podían resignarse a ver con estoica indiferencia la multitud de sacrificios que había hecho el patriotismo por constituir al país, satisfaciendo sus aspiraciones.

Nada habría intentado Mina sobre la Nueva España, ni los ingleses habrían facilitado recursos a ese hábil caudillo, para ensanchar su comercio, si el monarca español, al recibir de nuevo el mando, hubiese seguido la misma marcha que las Cortes le habían trazado en su ausencia. "La disolución de éstas, el restablecimiento de la Inquisición, de los monopolios y, en una palabra, de todos los abusos que han sido siempre inherentes a los gobiernos despóticos, tenían que producir, como de hecho produjeron, funestos resultados." Analice el lector, con detenimiento, la proclama que el general Mina lanzó en Gálveston con fecha 22 de febrero de 1817, y en sus considerandos hallará confirmado lo que aquí se dice. (Véase el apéndice de este libro, en que se incluye la citada proclama).

El decreto publicado por orden de Fernando VII en Valencia el 4 de mayo de1814, fue el golpe de gracia que tan inepto monarca dió a los que lo habían arrebatado, con inmensos sacrificios, de las manos de sus enemigos. Estos hechos prueban, con tristes reflexiones que abaten el espíritu, que hay hombres cuya misión radica en introducir el desorden y hundir en el caos a los países que les confían las riendas del poder, por lo que Mina y otros distinguidos liberales iberos se rebelaron contra el absolutismo de la corona, provocando la insurrección de Navarra, que fracasó. Como Mina era el caudillo de ese movimiento, y seguía profesando ideas liberales arraigadas en su conciencia, como únicas salvadoras del pueblo español, siguió revolucionando contra el perverso monarca y contra el régimen

despótico que impuso, y por eso vino a la Nueva España a combatir contra la corona que destruía la base de un gobierno liberal, instituído por las Cortes de Cádiz, baluarte de la dignidad del pueblo.

"Las elevadas y patrióticas ideas de que Mina estaba poseído, así como su entereza para llevarlas a buen término — dice Castillo Negrete —, aparecen en las dos proclamas que dirigió a las fuerzas de su mando y a las que militaban a las órdenes del virrey. A las primeras las reanima y entusiasma, para que no desmayen en la heroica empresa que han acometido, recomendándoles el mayor respeto a la religión, a los habitantes y a sus propiedades, y una gran subordinación y disciplina, medios únicos de alcanzar la victoria, "porque no es tanto —les dice— el valor, como una severa disciplina, lo que proporciona el éxito en las grandes empresas." (Estas proclamas se publican en el Apéndice).

A las fuerzas realistas Mina les manifestaba, con grande acopio de razones y de argumentos indestructibles, que, si por desgracia, habían servido de instrumentos de oprobio y de opresión a las órdenes de un tirano, y fascinados por un error, debían en el acto abandonar aquella bandera, símbolo de la causa más injusta, y unirse a sus hermanos "para reconquistar (les dice) el suelo precioso que poseéis y que no debe ser el patrimonio del despotismo y la rapacidad: si perdéis estas miras, contrariáis a las de la Providencia, que os proporciona la mejor coyuntura para cambiar vuestra abyección y miseria. Uníos, pues, a nosotros, y los laureles que ceñirán vuestras sienes serán un premio inmarchitable, superior a todos los tesoros."

PROPAGANDA FECUNDA

La obra fecunda de propaganda que hiciera Mina al penetrar en territorio mexicano, fue de positiva importancia, pues tuvo como colaboradores de filosóficos escritos, entre ellos, al tantas veces citado doctor

Teresa de Mier, al licenciado Cornelio Ortiz de Zárate, que vivió un poco de tiempo al lado de Mina en Nueva Orleans, y al doctor Joaquín Infante, director del "Boletín Oficial" que tuvo Mina en Soto la Marina, y autor de la composición de un himno patriótico, exaltando los entusiasmos del pueblo en favor de la revolución y vitoreando los méritos de Mina. (Véase Apéndice). Los políticos saben bien que una revolución se cultiva y se ensancha merced a resortes propagandistas, sin los cuales no podrían surgir el estímulo, la convicción, la tendencia fácil de acogerse a un movimiento salvador de la dignidad y condición económica de un pueblo; por lo que tanto influye la buena prensa en el buen pensar y en el buen sentir de una nación; puesto que con ella se han conocido los verdaderos detalles de la mayor parte de las victorias resonantes en la historia de todos los pueblos. Si aludimos a México, recordaremos que Hidalgo tuvo "El Despertador Americano," dirigido por D. Francisco Severo Maldonado, en Guadalajara; Morelos editó varios órganos en Oaxaca, Apatzingán y Chilpancingo, habiendo sido los mejores "El Correo del Sur," que dirigió D. Carlos María de Bustamante, y la famosa "Avispa," de Chilpancingo. Y también tuvieron periódicos muy interesantes D. José Ignacio Rayón y D. Manuel Mier y Terán, como los tuvo Iturbide, en Iguala, que publicaron el plan de su unión con Guerrero, proclamando ideas de Independencia, en vías de consumarse ésta. Hay que aclarar que Iturbide consiguió del Obispo de Puebla, D. José Antonio Pérez Martínez, que le enviase una imprenta al cuidado del padre Furlong, quien se puso en marcha, llevando prensa de mano, cajas y tipos, papel y tinta, en transporte de atajo mular. Como se ve, Mina no descuidó el servicio de propaganda, como avezado político de recursos, pues una buena parte de su prestigio, de su conocimiento personal, de su identificación como revolucionario universal, los debió a su "Boletín Oficial,"

que tuvo en Soto la Marina, así como a los buenos efectos de sus proclamas.

Mina dirigió otra proclama a los comerciantes de Baltimore, al encontrarse falto de recursos, en donde contó con el eficaz y poderoso auxilio que le suministró el señor Dennis A. Smith, a quien, sin duda, se debió, en gran parte, que pudiera salir de Baltimore y arribar a Soto la Marina. "Servicios de tal magnitud—dice Castillo Negrete—, y en tales circunstancias, con suma dificultad se recompensan debidamente. Mina, apreciándolos en su justo valor, con la sinceridad propia de su carácter, dice a los que les dirigió la carta: "Salven ustedes a ese hombre generoso, Smith, que se ha expuesto a sacrificarlo todo a nuestra causa...."

Si analizo las dos proclamas que el comandante militar de las Provincias Internas, brigadier Joaquín Arredondo, dirigió a sus habitantes, concebidas en pomposo estilo, sostendré que no produjeron el resultado que el firmante esperaba, porque precisamente en donde mejor éxito alcanzó Mina fue en aquellos sus dominios, al desembarcar sin resistencias en Soto la Marina; al reorganizar allí sus fuerzas, aumentándolas con algunos campesinos; al proveerse de víveres y de algún dinero propiedad de realistas; y, sobre todo, al recoger gran número de cabezas de ganado caballar para organizar regimientos; darse tiempo bastante para reconocer un buen tramo del camino que tendría que seguir en su expedición, y visitar algunas haciendas del rumbo, a efecto de librarse de influencias nocivas que desarrollaban partidas ocultas del adversario.

LA DESMORALIZACION

Se encontraba en merma escandalosa la revolución de Independencia, cuando Mina desembarcó en Soto la Marina. Con la muerte de Morelos, faltaba el espíritu unificador y armonioso que diera tregua a las malas pasiones, refrenándolas e imponiendo disciplina y

orden entre los caudillos que aspiraban, todos y cada uno de ellos, a la superioridad del mando, no reconociendo, mutuamente, sus procedimientos de guerra ni los políticos, y menos aún sus respectivas esferas de acción jurisdiccionales.

Mina comprendió la desmoralización existente y la ausencia de energías, ante el avance y la mayor organización y mayor confianza del enemigo, por lo que él proyectó, desde luego, inyectar savia a la causa regeneradora del Anáhuac, confiado en las opiniones del filósofo Mier, eslabonando los caracteres y voluntades de los jefes de columnas armadas, como un árbitro desapasionado, reconocido y respetado; no para asumir el mando supremo, sino para obedecer al que designase la mayoría de los jefes militares, seguro de levantar un buen ejército instruido, valeroso y consciente de su deber; para destruir los fuerzas contrarias y alcanzar el triunfo supremo por méritos de la colectividad independiente, por abnegaciones, por esfuerzos constantes, por lealtad a un principio y al superior jerárquico acreditado, y por sacrificios de vidas, si fuese necesario, en aras de las libertades y del derecho conculcado por la tiranía.

Ya hemos visto a Mina dirigir una expedición difícil, sembrada de escollos, de peligros, de dificultades, de rencores e infamias, y lo hemos visto como político y diplomático, aprovechando en Londres los consejos de Fray Servando Teresa de Mier — lo repito — y su valiosa compañía para ganar la voluntad del gobierno y del comercio ingleses, interesando noblemente en favor de la causa de la Independencia a ilustrados políticos y hombres de empresa, tendiendo a conseguir la fletadura de una embarcación cargada de víveres y pertrechos, con gente de ánimo resuelto, dispuesta a defender dicha causa, como era la de colaborar, sin intereses mezquinos ni pasiones bastardas, ni por simple aventura filibustera, a la independencia de la Nueva España, digna de escribir su nombre en el catálogo

de los pueblos libres, progresistas y justicieros. Y no se contentó Mina con la protección de ingleses, sino que buscó mayores recursos de las antiguas empresas mexicanas de Texas y de otras de ciudadanos de Estados Unidos, en lo particular; con lo que amplió su personal guerrero, el número de sus embarcaciones y los recursos nutricios y de campaña.

Conocemos también la importancia de elementos que recogió Mina en Baltimore, en Gálveston y en Nueva Orleans, y las argucias filibusteras de mala índole que supo vencer, así como los complots fraguados contra su persona a bordo y en tierra; cómo venció los recursos movidos por el Ministro Plenipotenciario de España ante el gobierno de Wáshington, tratando de evitar que Mina se surtiera de armas y municiones en mercados de aquel país, y más aún que fletara barcos para ir contra los intereses de un país amigo.

TRES BATALLAS

La expedición de Soto la Marina al fuerte del Sombrero, produjo tres batallas llenas de valor e intrepidez de parte de Mina, como fueron las del Valle del Maíz, la hacienda de Peotillos, y el Real de Pinos, en que se distinguieron sus tropas por la rapidez y habilidad con que tomaban las plazas, resolviendo en un instante los problemas tácticos más difíciles. Fue entonces cuando Mina desconcertó al virrey Apodaca, viendo que aquel caudillo destruía las tropas realistas que se oponían a su paso, temeroso de que el nuevo elemento de importancia con que contaba la revolución se unificara con los principales jefes locales, y presentara nuevos proyectos de ensanchar las operaciones revolucionarias en el centro del país, donde los jefes estaban divididos y en pugna abierta entre sí algunos de ellos.

La presencia de Mina en el fuerte del Sombrero y el apoyo generoso, de verdadera influencia patriótica,

que le dió el general D. Pedro Moreno, sirvieron para trazar un nuevo plan de campaña, a efecto de ganar elementos en las mejores plazas de la provincia de Guanajuato. Nulificados algunos de los principales miembros del pequeño ejército de extranjeros que trajo Mina, comenzó a perderse la buena organización, el orden disciplinario y el afán conjuntivo de entrar al combate, dispuestos todos a vencer o morir. Le tocaron a Mina el mando de tropas inexpertas y el trabajo de sostenerlas por la necesidad, puesto que no contaba con la ayuda de los núcleos principales de la revolución existentes en los estados de Puebla, Veracruz, Guerrero y Michoacán, y así quedó reducido a la tutoría disimulada del padre Torres, elemento falso, de conducta morbosa, de malévolas intenciones, a efecto de negar a Mina, sin decírselo, toda concesión, toda ventaja, todo provecho que pudiera mejorar su condición militar.

Mina tuvo como principal enemigo solapado al padre Torres, cuya envidia era manifiesta, junto con el egoísmo más absurdo y la indolencia más completa, pues no se daba tiempo sino para saquear fincas campestres y para jugar a la baraja, en ocasión que debería ser de atención militar, a efecto de solucionar difíciles cuestiones relacionadas con el fuerte de los Remedios, posición que se defendía por sus propios y completos recursos naturales, y que cayó a causa del indiferentismo o apatía del tonsurado convertido en brigadier; como cayó también el fuerte del Sombrero, por haberle negado recursos que él ofreció aprontar e impartir a los sitiados que se morían de hambre y de sed.

Mina tropezó con las mayores dificultades que era imposible superar, no contando con los recursos convenientes, y menos aún con tropas disciplinadas.

A pesar de ello, nadie podrá dudar de su importancia política y de su habilidad como caudillo en la brega constante, exponiéndose a los mayores peligros y sacri-

ficándose hasta el grado de no tener cama en que dormir.

Enamorado de la causa de la Independencia, fue un celoso, constante y rendido defensor suyo, sin otra ambición que la de castigar el despotismo y la ruindad de Fernando VII y la de la separación definitiva de sus colonias americanas, que le brindaban fabulosos tesoros y el pretexto de gobernar con todo el exclusivismo fanático de Felipe II, sin fincar, ni de intención siquiera, el provecho económico y de cultura en favor de los criollos y de los colonos en general.

LA CAIDA DEL SOMBRERO

El no pudo ser culpable de la caída del fuerte del Sombrero, puesto que realizó una proeza con romper el cerco de tropas realistas que lo estrechaban, tratando de buscar víveres para sus defensores, intento que fracasó con un combate librado en defensa del convoy que traía, en la Mesa de las Tablas, a la vista de los mismos sitiados.

Nunca se habían visto mayores sacrificios en una fortaleza rodeada de sitiadores en número diez veces mayor que el de los defensores, como en el Sombrero. Los mismos realistas, que tenían concimiento de la debilidad extrema de su adversario, se admiraban de la obra de resistencia constante que sostenía. El amor a una causa obra prodigios y firmezas, en quienes la apoyan. No miden peligros ni experimentan vacilaciones por flaquezas de ánimo, y menos aún por miedo. Hacen armas de su propia debilidad y **olvidan** el hambre, la sed y las calenturas que los quebrantan, prefiriendo quedarse en las trincheras, con el rifle en preparación, que ir a buscar alivio a la enfermería.

Los prolongados sitios verificados durante la larga campaña de media centuria, entre los griegos y los medos y los persas, con abundancia de acciones gloriosas, así como de abnegación, al resistir el hambre, la

sed y la peste, los relata con su maestría genial el sabio historiador Herodoto, contemporáneo de los acontecimientos.

Muchos puntos de contacto encuentro en esos magníficos episodios con los del Sombrero, más impresionantes quizá que los de Cuautla, los de Cóporo y los de Acapulco, por la abstención prolongadísima de alimentos y por las torturas de la sed.

Y son también dignas de admiración y del elogio unánime, aquellas mujeres del fuerte, que con ira sagrada sabían combatir, arrojando peñascos a los que escalaban los flancos del cerro, pretendiendo, en su audacia, apoderarse de los cañones emplazados en las trincheras.

Este episodio elocuente, remarcable, ínclito, sería apropiado a realzar la mejor escena de una tragedia esquilina, en su fuerza de emotividad y de donaire helénicos.

Ellas fueron las heroínas que seleccionara Wagner en sus poemas sinfónicos de la admirable Trilogía.

La debilidad de su naturaleza, constreñida por las angustias del hambre y de la sed, les dió energías ciclópeas ante la avilantez del enemigo aciago y les prestó agilidad y empuje que enaltecieron su condición femenil.

Nunca se había visto mayor resistencia y serenidad en un fuerte sitiado en derredor, que la que tuviera Pedro Moreno, con impasibilidad absoluta, negándose a entregar el punto a pesar de la carencia de municiones y del extremo agotamiento de los combatientes, quienes no parecían ya figuras animadas, con la contracción de los rostros y la flacidez extrema de sus carnes, como si fueran momias. Y las momias combatían con denuedo y agilidad, como aquellos egregios soldados de hierro que cruzaban las montañas más erguidas, despreciando hondonadas y desfiladeros, en las expediciones máximas que emprendieran Amilcar o Alejandro por los Apeninos y los Alpes.

El pavor no se impone en el Sombrero y alienta hasta el último espasmo de la vida, para ejemplo de pósteros y asombro de enemigos nobles, no de los que estuvieron hechos unos salvajes al tocar a degüello, ya rendida la fortaleza por inanición, acribillando a tiros a heridos y enfermos, a los prisioneros todos que se entregaron, y hasta a las mujeres y los niños.... Infamia maldita, imborrable en el curso de las edades.

¡Qué diferencia de conducta la de Mina y la de Moreno, que respetaban al enemigo si se rendía!

LA CRUELDAD

Acusan a Mina de crueldad por haber fusilado a un español, compatriota suyo; al comandante del Bizcocho, que dejó abandonada a toda la guarnición defensora y huyó como pusilánime, y al comandante de San Luis de la Paz, siendo estos sucesos hijos de la excitación de tropas que reclamaban el castigo de los que asesinaban a indefensos, a mujeres y niños en el fuerte del Sombrero, como antes lo digo.

El caso de Bolívar, por su inventada crueldad extraordinaria contra los iberos que caían en sus manos, tiene aplicación en el caso presente.

En la existencia de un hombre tan complejo como él, se podrían presentar, en contraposición a los ejemplos de rigor, cien ejemplos de piedad. Con la verdad atinó el peruano Vidaurre, no más sospechoso que el historiador Galindo, de bolivarismo, cuando observó que Bolívar era incapaz de derramar una sola gota de sangre por placer, aunque sí era muy capaz de verter la sangre del mundo entero, si la creía necesaria a la Independencia de América.

Bolívar, cuando lo creyó menester, libró órdenes terribles; pero jamás se complació en el dolor de nadie, ni sacrificó a nadie, sino por razón de Estado.

Por la proclama de guerra a muerte; por el fusilamiento de Piar; por otros pasos de su vida, se pretendía

confirmar los cargos de asesinatos ordenados por Bolívar. No es posible equivocar la energía con la crueldad. Mina fusiló en sólo aquellos casos que la necesidad extrema reclamaba, cuando se lo exigían sus tropas, para castigar infamias imperdonables.

La inflexibilidad es necesaria a veces, por razón de Estado; pero es muy distinta del placer que experimentan los que causan el mal por causarlo, como un **sport** de sangre, como lo tenían Calígula y Nerón en Roma; como lo tenía el tirano Rosas en Argentina, y como la tuvo el traidor Huerta en México.

Bolívar fusiló a Piar porque traicionaba una causa con su artera política; pero a Páez, a Mariño, a Santander, que pudo y debió fusilarlos, según autoridad jurídica colombiana, les salvó la vida y el honor. A Bermúdez jamás le cobró antiguas ofensas.

"Bolívar no era humano—escribe el historiógrafo doctor Aníbal Galindo—. Tenía la visión, los destellos, las súbitas iluminaciones y las grandiosas concepciones del genio; arrebatadora, deslumbrante, inagotable elocuencia; templado valor personal, capaz de llegar hasta el heroísmo; inquebrantable constancia, pasmosa actividad. Total: absoluto desprendimiento de la riqueza y de bienes de la fortuna; pero le faltaba lo más simpático, lo más noble de todas las cualidades de la grandeza: la magnanimidad, la piedad, la humanidad; en una palabra, esa inefable simpatía, esa divina conmiseración por la vida y el dolor de nuestros hermanos." ("Batallas Decisivas de la Libertad," páginas 254 y 256.)

Mina pudo decir como Bolívar: "He ofrecido perdonar a todos para atraerlos a la razón, y para que la sigan he amenazado con terribles castigos. Sin embargo, no he castigado a nadie y menos a los políticos o a los inocentes...."

Mina expidió, al desembarcar en Soto la Marina, una proclama de cordialidad a los soldados españoles y a los americanos. A los primeros les decía que estaban

sirviendo al tirano de la nación española y ayudando a sus agentes en el Nuevo Mundo, lo que les era degradante, porque se constituían en verdugos de un pueblo inocente; y a los guerreros mexicanos los estimulaba a que se unieran, no buscando más de la gloria que resulta en las grandes acciones, y pidiéndoles que no abanderizaran con los que combatían en favor del virreinato, porque era combatir contra sí, contra sus propios y legítimos intereses.

Los españoles en América le lanzaron el cargo de traidor, viéndole que peleaba contra las armas españolas y sosteniendo una causa contraria a la del poder real, que tenían obligación sagrada todos los iberos de obedecer y de apoyar en el conflicto armado en que se envolvía la Nueva España.

Mina se vindica de tales cargos, que son ignominiosos, y les dice nuevamente que no lucha contra España ni contra los españoles, sino contra el absolutismo imperante, que es la vergüenza, el ludibrio y el atraso de la patria de Cervantes y de Lope de Vega.

GARANTIAS

El triunfo del Valle del Maíz determinó que todos los habitantes emigraran y los ricos abandonasen intereses valiosos por la precipitación de fuga. ¿Qué hizo Mina con el carácter de vencedor? Respetar la propiedad de particulares, amenazando a su gente con la pena de muerte si cometían un exceso saqueando o robando. A los prisioneros, los dejó en libertad, prueba de su política habilidosa y de su buen carácter que no olfateaba sangre.

"Sólo se sacaron de los almacenes pequeños **renglones**, de que la divisiôn tenía urgente necesidad, y también pidió una ligera suma de dinero, para dar de comer a sus tiradores, demostrando de este modo al pueblo que no venía a oprimirlo ni a molestarlo." Un rasgo de nobleza de Mina es el de haber recogido los

heridos del contrario, para atenderlos con todo género de consideraciones médicas y de vituallaje, habiéndolos puesto en libertad cuando sanaron. Cuatro heridos realistas, en condición grave, fueron dejados, pero Mina tuvo la atención de escribir una carta recomendando que los atendieran. La separación de unos y otros fue dolorosa. Los españoles estrecharon las manos del general, en señal de agradecimiento, deseándole felicidad en todo y dándole un eterno adiós, porque quizás exhalaran el último suspiro....

En la hacienda de Espíritu Santo (San Luis Potosí), entraron las tropas insurgentes, sin cometer el menor atropello. Una procesión de mujeres con imágenes, pretendía implorar compasión, creyendo que vendrían saqueos y excesos de todas clases; mas fue muy grande la sorpresa que tuvieron al ver el orden y compostura de los revolucionarios, quienes pagaban todo lo que consumían en el mercado. Sólo en el Real de Pinos consintió la recolecta de abundantes mercancías y objetos útiles en campaña, permitiendo a su gente, por razón de carencia de elementos, un moderado saqueo, sin exceso de ninguna clase, pues no hubo mal trato de gente, ni un solo herido. Procedimientos de este género están apoyados en las leyes de la guerra, cuando la plaza rechaza condiciones de rendición.

Los soldados recurrieron a Mina en consulta, explicándole su gran necesidad de poseer buenas prendas de ropa y mercancías diferentes para emprender la nueva caminata a través de la sierra, con dificultades de obtener allí recursos. Como Pinos era mineral, y sostenía fuerte comercio, la tropa obtuvo también bastante dinero, y todo ello lo consintió Mina, sin pasar a mayores ventajas en celebración de la victoria.

Mina tenía rasgos de profunda energía, cuando se quebrantaban sus órdenes. Mandó fusilar, sin formación de causa, a un criollo, por haber robado objetos del culto en una iglesia de Palo Alto, y dictó inmediatamente un acuerdo circular para que los soldados respe-

tasen, de preferencia, todo sitio dedicado al culto divino, declarando su firme resolución de castigar al ladrón sacrílego con pena de muerte.

Estas disposiciones aumentaban el prestigio del caudillo navarro y le hacían aparecer con sentimientos profundos de humanidad, en respeto de vidas.

LOS SITIOS

Mina, que abundaba en hermosos proyectos, cayó en el círculo de hierro en que lo sujetaran la perfidia del padre Torres, la inercia de Lucas Flores, la nulidad de influencia de la llamada Junta de Jaujilla y el vicioso sistema adoptado del parapeto, en lugar de la acción libérrima combinada, produciendo ofensivo tributo, y no la resistencia inadecuada de sitios, enfermedad purulenta de la revolución. Un buen observador de movimientos revolucionarios, podría haber censurado, con acierto de opinión, el vicio enorme del empleo de puntos fortificados como defensivos, amortizando tiempo, energías, habilidades, dinero, poder y fuerza, en lugar de multiplicar la acción y el empuje para restar alientos a la causa realista, en ofensividad productora de efectos saludables.

Véanse, analícense los sitios más importantes que tuvo la revolución de Independencia, la de Reforma, las guerras de intervenciones, y se verá, en suma de pasividad morbosa, el gran número de fracasos.

¿Que es útil entretener al enemigo, hacerle gastar recursos en detención forzada, distraerlo de otras atenciones de superior apremio? Así lo indican la estrategia y la táctica modernas; pero en casos muy especiales, no por sistema de dejarse sitiar, a fortiori, que el ejército sitiado muy raramente triunfa. Recordemos Acapulco, Oaxaca, Cóporo, Cerro Colorado, Cuautla, Huajuapam de León, Veladero, Puebla, Querétaro, etc.: los sitiadores fueron los que ganaron y los sitiados perdieron hasta la última carta de su baraja.

Mina se entretuvo, contagiado su espíritu de actividad nerviosa, con los sitios del Sombrero y los Remedios, y ahí encontró su tumba como Cuauhtémoc, como Trajano, como Ramón Rayón, como el austriaco intruso con todas sus huestes, en Querétaro: una especie de lecho de Procusto, si nos damos un trance de consideraciones en la Historia.

UNA COMPARACION

Los sucesos políticos de España y el fin del Imperio formado por el héroe del siglo, facilitaron al gobierno de la Península el poder prestar decidido apoyo a las fuerzas realistas de la Nueva España, que con valor castellano luchaban por todas partes en defensa de los intereses de la Corona. Esta lucha no era exclusiva del territorio del antiguo Anáhuac, sino que se ramificaba por los distintos hermanados países de la América del Sur que, con Bolívar, San Martín, Sucre y otros abnegados patricios, se esforzaban por sellar la grande obra de redención política.

En tal estado, Mina apeló al patriotismo de los buenos mexicanos, intentando relacionarse con los caudillos del Sur y del Oriente, lo que no consiguió por la falta de buenos elementos y la ausencia de cordialidad entre los hombres del mando superior. Si hubiera logrado, ya no como Bolívar, la fusión de cinco colonias para obtener de ellas apoyo armado numeroso, en base de extensa disciplina y marchar hacia el norte para medir sus arrestos con las fuerzas poderosas que, al lado de Boves y de Monteverde, maniobraban con pericia y valor, sino modestamente organizar una sola garrida división de las tres armas, sumadas las numerosas partidas que andaban por el Bajío de Guanajuato, la Nueva Galicia y Michoacán, sin orden ni concierto para tomar algunas plazas de recursos, atraer nuevos elementos a favor del prestigio de sus armas y de su espíritu de mando y organización e ir, en últi-

mo caso, sobre la capital, asiento del virrey, a quien podría amedrentársele y lograr su fuga con la de todo el personal oprobioso: oidores, alcaldes mayores, síndicos, encomenderos y caciques; y así determinar un triunfo, no parcial, sino colectivo, viniendo a colaborar los más connotados jefes del sur, tales como Guerrero, los Bravo, Guadalupe Victoria, Correa, Sesma, etc., así como Bolívar aprovechase en su expedición, a hombres de grandes capacidades en el arte de la guerra, como Urdaneta, D'Eluyart, Montilla y Maza, juntos con ardorosos jóvenes decididos, entusiastas, constantes, valerosos hasta la sublimidad, como Girardot y Ricaurte, y otros de no inferiores méritos, como Ortega, Vélez, Paris, Concha, Narváez, Vigil, Ribón, Campo Elías, Ramírez, Guillén, Planes, cuyas proezas de heroísmo y de valor sólo podían compararse con las de Grecia o Roma, en los mejores tiempos de su marcialidad florida de grandezas.

Por más de que Mina hubiera tenido a su lado elementos tan valiosos, de tan hermoso relieve como Sardá, Moreno, Young, Santiago González, Albino García, Novoa, Andrés Delgado, Encarnación Ortiz, Miguel Borja, Bradburn, Arago, Erdosain, Honhorst, Mandretta, Crocker y Ramsay, con ellos hubiera podido formar un poderoso cuerpo de Ejército que correspondiera a su propio carácter de sabio conductor de tropas, en posesión de ardides desconocidos en los anales de las milicias, que causaban pavor y asombro a las mismas huestes iberas, cuando se veían sorprendidas dentro de las plazas, ocupados sus cuarteles de pronto, así como sus galeras de armas y municiones, siendo mayores su admiración y sorpresa, al saber que el número de soldados que acaudillaba Mina era insignificante, comparado con las grandes unidades que vencía.

Es cierto que las fuerzas realistas eran más bien organizadas, de avezamiento cabal y firme, acostumbradas en España a luchar con otros hombres de más pericia militar, como los de Napoleón; pero no tan ague-

rridos como la gente de Mina, la que trajo en su expedición, y la mexicana con que luchara después en el campo del Bizcocho, en San Juan de los Llanos y San Luis de la Paz, mejor en convicciones, que es lo que produce el efectivo valor del soldado que aprende a vencer o morir.

Aquel aguerrido grupo que saltó de los barcos con ánimo arrojado, en las playas de Soto la Marina, marchó, en medio del entusiasmo lúgubre que se experimenta por lo desconocido y por el que busca la gloria en el porvenir. Era un sentimiento especial, siendo la mayor parte extranjeros. Pero era que Mina les comunicaba una fuerza patriótica fuera del raquitismo del amor al terruño, un amor hacia las grandes conquistas mundiales de libertad y de justicia, de mejoramiento económico de pueblos y naciones, y la preponderancia, el vigor y el apoyo de razas.

El sentimiento peculiar del criollismo, ahogaba muchas veces el que la naturaleza forma en el seno de las familias. La voz de la libertad interrumpía el quejido de todos aquellos espíritus que, aunque consentían en el sacrificio, alcanzaban a sentir la profunda herida que la patria causaba.

"Es que hay en la vida de las sociedades—dice el psicólogo sudamericano Isaac Montejo, a la altura de un Rodó—una fuerza intituiva de poder que obliga al hombre a llevar al templo de la victoria el único patrimonio de su existencia. Esta fuerza es el deber; el templo, el de la libertad."

Tales eran las ideas que germinaban en el alma de los patriotas, sin otro móvil que legar a la posteridad su nombre, como única herencia de virtudes cívicas.

Los pueblos consignan en la historia de su vida política, el nombre de sus héroes; rinden a la memoria de sus ínclitos guerreros los honores debidos al valor, a la abnegación, y al martirio. Esta es una muestra de grandeza en las naciones. La antigüedad griega ha

celebrado como a un héroe a Hércules, que concluyó la maravilla eximia de sus **doce trabajos,** conjunto de proezas salvadoras, que les causarían envidias a Júpiter Tonante y a su Ministro de la Guerra universal, Marte. A Teseo, el héroe de Atica, que acabó con el bandidaje de su país, representado en la simbólica figura del Minotauro, dueño del Laberinto, que significa una montaña de mil vericuetos propios para los albazos y las encrucijadas de los forajidos cretenses. Homero llama héroes a Aquiles y Ayos, entre los griegos; a Héctor, entre los troyanos, sin olvidar las proezas de un Edipo, que mató a la monstruosa Esfinge; ni a Belerofón, vencedor de la Quimera, que devoraba a los que no sabían descifrar sus enigmas, montado en el Pegaso, símbolo de la actividad y del denuedo, sin la menor vacilación de carácter, en resolutiva fuerza acometedora; ni la intrepidez de Jasón en busca del Vellocino de Oro, en su navío mágico el "Argos", con sus cincuenta héroes tripulantes llamados argonautas, en pos del ideal.

Y Herodoto, y Tucídides, y Jenofonte, condenan a los Atridas por sus crímenes, a los persas por sus aviesas intenciones de ensanchar sus dominios, y a los cretenses por intrigas cobardes; y admiran y veneran a los dorios de Esparta por su disciplina, su valor heroico y su patriotismo, hasta divinizar a los hoplitas.

"Aquella edad heroica que elevó a sus distinguidos servidores a la categoría de semidioses y a recibir los honores de la inmortalidad, se califica la edad de los héroes, como para significar que son superiores a otras épocas las llamadas edades de oro y plata. El valor es, pues, considerado como una de las bellas cualidades del hombre, ante cuyo luminoso poderío la humanidad se descubre para saludar a sus héroes." (Historiador Montejo).

Cuando la intrepidez es acompañada de la inteligencia, aparece entonces la edad heroica y a ésta pertenecen Epaminondas y Alejandro entre los griegos

y César entre los romanos, "en circunstancias menos favorables que aquellas que se presentaron al héroe de Macedonia."

Desde Carlomagno, hasta la época moderna, han aparecido multitud de grandes hombres reformadores, que por causas diversas han llegado a conquistar un puesto excepcional en la historia de los guerreros ilustres.

"Napoleón en Europa y Bolívar en América, son dos tipos inimitables que marcan, separadamente, una época de acontecimientos diferentes, de resultados diversos. El primero quiso fundar un poder inmenso sobre la base del absolutismo; el segundo estableció la república bajo el principio de libertad; Napoleón fue conquistador de un continente; Bolívar, el libertador de cinco repúblicas, venciendo fuerzas que el guerrero de Bailén y Zaragoza no pudo dominar." (Montejo).

Entre aquellos valerosos hombres que sacrificaron sus intereses personales y se despidieron de su patria para ir a defender los principios de libertad en suelo extraño, que para ellos era hermanable, figuran Lafayette, en Estados Unidos; Garibaldi, en El Ecuador, y Mina, en México.

Proclamaban un ideal consolador, útil y bueno: la independencia de los países americanos. Los Estados Unidos sostenían su guerra con la Gran Bretaña, que fue razonable y no llevó las cosas hasta el ludibrio. Sudamérica, con iguales motivos que la Nueva España, basaba sus aspiraciones y tendencias en principios de libertad.

La Revolución Francesa, que había sembrado anhelos de esta libertad en las almas, y la porfía napoleónica, agotando los esfuerzos de su inmenso poder en la estéril pretensión de sojuzgar a España, determinaron el rápido desarrollo de las ideas separatistas. Hábiles precursores, protegidos por Inglaterra, gozosos de conquistar para su comercio aquellos ricos mercados, contribuyeron a la Independencia, entre ellos Mina, aunque

no buscaba provechos individuales, sino cegar los mejores recursos de la monarquía envilecida, burlando los derechos del pueblo español y trocándolos por el absolutismo de un régimen que se convertía en lepra, pesadilla y tortura con la explotación más absorbente de los negocios de Estado.

Mina fue el único que no empleó la ficción de querer luchar en nombre de Fernando VII prisionero, y menos aún quiso, una vez liberto el soberano, mostrarse partidario suyo al convencerse de que dicho rey defraudaba toda esperanza de regeneración popular, con revocar todos los acuerdos liberales de las Cortes de Cádiz, y hacía volver al régimen del oprobio y terror, cegadas todas las fuentes del perfeccionismo, de la libertad bien entendida y de la justicia.

La hostilidad realista para él en la Nueva España, fue abrumadora. Se descargaron sobre él todas las fuerzas, el exclusivismo del poder virreinal, las mayores diatribas de prensa, el espionaje más activo, hasta dar con el único oásis que encontrara para el disfrute fugaz de un breve descanso; pero la persecución y la captura fueron mengua, ya no sólo de la civilización, sino del derecho de gentes, en favor de un cautivo desprovisto de toda defensa.

Si se le hubiese preguntado a Mina en qué forma deseaba morir, dentro de la tiranía que lo asfixiaba, habría remitido a su interlocutor a consultar una página del filósofo italiano Víctor Alfieri, discípulo de Taine y de Spencer, quien dice:

"Aunque la verdadera gloria es la de hacerse útil a su patria y a sus conciudadanos en grandes empresas, no puede adquirirse por el nacido y condenado a vivir bajo una tiranía que le reduce a una vida inactiva; nadie, sin embargo, podría impedir al que tenga este ardiente deseo, la gloria de morir como hombre libre, aunque nacido en la esclavitud. Por más que esta gloria parezca no servir al bien general, contribuye a él eficazmente por el sublime ejemplo que deja para imi-

tar; y Tácito, tan profundo conocedor del corazón humano, la lleva al supremo grado por la rareza de los hombres que la han merecido. No faltó, en efecto, en la muerte heroica de Traseas, de Séneca, de Cremucio Cordo y de otros tantos romanos proscritos por sus primeros tiranos, más que una causa espontánea para elevar su virtud hasta la de los Turcios, los Decios y los Régulos; y como la suprema virtud es defender la patria y la libertad con peligros de la vida, asimismo bajo la tiranía arraigada, cuyo yugo pesa constantemente, no puede haber mayor gloria que la de morir para no vivir esclavos.

"Es preciso, pues, que bajo un gobierno violento y sospechoso, los pocos hombres que piensan se conduzcan con prudencia en tanto que esto no degenere en cobardía; pero es preciso, también, cuando la razón y la fortuna los abrigan, que sepan morir valerosamente: así ilustrarán con una muerte libre y gloriosa los últimos momentos de una existencia pasada en el oprobio y la servidumbre."

CARGOS INJUSTOS

Los reaccionarios han pretendido acumular cargos contra Mina, con el prurito difamatorio convertido en arma política a través de los años.

"Mina no es digno de que México lo glorifique en 1917 como lo glorificaron en 1823, cuando fueron traídos sus restos a la Catedral—asienta alguno por ahí.

"Los españoles lo tienen como un traidor a España, porque contrarió intereses españoles." "Mina no tenía cariño a México ni le importaban sus asuntos. Vino cegado por la ambición de enriquecerse a favor de las turbulencias. Recuérdese lo que dijo a Pasos desde la muralla del fuerte del Sombrero. Véase lo que dice Alamán, único que lo sostiene en sus libros como españolado y partidario del régimen colonial."

Tengo que hacer constar que ningún cargo de los que enrolo, es hecho por escrito con probanzas lógicas

necesarias para torcer la opinión pública. Ella se halla integrada con los resortes de la verdadera crítica que impone su autoridad con atenerse a hechos o antecedentes depurados que dan la talla heroica de Mina, considerado como **Benemérito de la Patria en grado heroico,** en decreto del Congreso Nacional reunido en 1823. Ningún otro Congreso, ni conservador, ni liberal, ni federalista, ni centralista, ni yorkino, ni escocés, han pretendido nulificar esa resolución, esa gran sanción, esa vigencia legislativa, porque son justas.

Y los señores legisladores de entonces tenían elementos sobrados para aquilatar servicios o demostrar falsedades en la hoja política de algún caudillo, general, mariscal, coronel, etc., o de algún simple soldado.

¿El decreto aludido fue en realidad justo con relación a Mina, no siendo éste mexicano? ¿Fue obra de la pasión política de esa época? ¿No hay hechos supervinientes que contraríen o rebajen los méritos del revolucionario de Navarra?

A la primera pregunta debo contestar que en aquel entonces los primeros Congresos que hubo, el de 1822, el de 1823 y el de 1824, estuvieron formados por distintas clases de hombres que no se identificaban en un solo grado de cultura; en lista de méritos contraídos a los ojos de la revolución de independencia; en importancia e influencia políticas, como en ningún Congreso, por selecta que resulte la elección, pueden identificarse los grupos. La disensión de opiniones es fruto natural de asambleas populares que representan intereses, ideas, tendencias o finalidades distintas; pero en el Congreso de 1823 la opinión se unificó con regocijo al sentir consuelo todos los diputados con que recibieran honores los héroes más ilustres de nuestra guerra de emancipación política. Y entre los 13 glorificados y reconocidos como **Beneméritos de la Patria en grado heroico,** se hallaban Mina y Pedro Moreno.

Si en ese año la mayoría conservadora del Congreso no hubiese expedido dicho decreto por unanimi-

dad de votos, lo habría hecho en mejor ambiente de libertades y aptitudes conscientes el de 1824, asamblea notable por haber instituído algunos de los más sanos principios que aún profesamos, delineando la más sólida pauta republicana que desde luego izó bandera liberal, aunque con algunas restricciones, hijas del momento político. Ya asomaba por ahí la influencia reformadora de Valentín Gómez Farías. La república se habría de salvar. La idea monárquica quedó amortajada.

¿Fue obra de pasiones políticas la designación de Mina? Sí; los partidarios del nuevo sistema que derrocó a Iturbide, amantes de nuestros héroes y redentores, no habrían de perder oportunidad e hicieron justicia a los principales caudillos. El talento incontrovertible del doctor don Servando Teresa de Mier debe haber influido también en la decisión, por sus enormes prestigios de revolucionario honrado a carta cabal. Era diputado entonces.

¿Hay hechos supervinientes que contraríen o rebajen los méritos de Mina?

Los hay confirmatorios de esos méritos y aun en aumento de orden considerativo, porque no en vano se publicaron periódicos liberales, amigos de la república, con Guadalupe Victoria, primer Presidente electo por el pueblo; no en vano se conservan las Gacetas de Cancelada, que respiraban odio a la revolución y reproducían los "caritativos partes" de comandantes militares realistas, como los de Calleja, José de la Cruz, Armijo, Arredondo, Márquez Donallo, Liñán, Orrantia y otros, **entonando endechas de amor a.... los vencidos.** No en vano investigan los archiveros y paleógrafos, los más estudiosos historiadores, y no en balde publicaron sus luminosos libros Bustamante, Mendívil, Robinson, doctor Teresa de Mier (sus Memorias, que yo tengo), doctor Agustín Rivera, Zárate, Prieto, Pérez Verdía, Santoscoy, Emilio del Castillo Negrete y otros que testifican y comprueban los grandes servicios prestados

por Mina a la causa de la independencia de México, por la que murió, no como un aventurero vulgar e interesado, sino como un positivo revolucionario enemigo del absolutismo monárquico de Fernando VII, en España y en México, en Haití, en Puerto Rico y en los Estados Unidos.... en donde quiera que se escuchó su voz y se contempló la fuerza de sus convicciones políticas, la orientación segura de su temperamento y su apego a lo ofrecido, hasta alcanzar el fin propuesto. El que muere gloriosamente en México por darnos libertades, ese es nuestro; le llamamos mexicano y nos honramos con llamarlo así.

¿Traidor a los suyos? Quienes lo dicen no eran suyos.

El no era español, ni mexicano, ni francés, ni británico, ni germanista. Era un revolucionario de carácter universal, como Bolívar. Amaba la libertad y quería implantarla donde fuera. ¿El rey Fernando VII se mostraba indecoroso y arbitrario, despótico y cruel con su pueblo? Contra él iba, puesto que representaba el absolutismo contumaz reponiendo a la Inquisición sus arteras funciones horrendas, restableciendo privilegios de aristocracia y mercaderías inícuas por la absorción de utilidades, ballena enorme que devora a los humildes y a los timoratos, rémora pertinente, insoportable, inícua, de la cultura y del progreso, verdugo y fiscalizador, mordaza y ariete contra la prensa no asalariada, hasta llegar al **sumum del oprobio monarquista, absolutista y tiránico**: hacer añicos la Constitución aprobada por las Cortes de Cádiz, en obra liberal de sumo patriotismo que tonificó el carácter del pueblo español y dió al traste con la aventura napoleónica en Madrid y Zaragoza, como ya lo expresé en página anterior, dando ocasión a efervescencias populares, efectos tremulantes de la ira sagrada para enaltecer las glorias del 2 de mayo en las calles de la metrópoli ibera y las proezas de los aragoneses inflexibles, invocando a su Pilarica.

Si vivieran los hombres de esa época en la patria de Cervantes y Rioja, aplaudirían a Mina, por su labor en la Nueva España, donde sólo buscaba cultivar las públicas libertades y cegar la fuente de los recursos que contribuían en gran parte a engrosar los tesoros de la Corona aciaga que constreñía, que debilitaba, que estrangulaba a los pueblos todos, con los de España: a los de sus colonias de América, sin exceptuar uno solo.

Por ello fue que se levantaron, como en un concierto de protestas, y sostuvieron una guerra tenaz, firme y legítima, acreditada, prepotente, cruenta, como que acabó con el régimen colonial, **at perpetuam,** en América, la que descubrió Colón.

Mina se libra de los cargos de traidor en sus propias y bien escritas proclamas. Léalas, quien desee hacerlo, en el apéndice de este libro.

Mina no necesita de vindicaciones. Como Lafayette, como Garibaldi, como Bolívar, que fueron a otros países y lucharon contra la tiranía que asolaba a su patria y la de vecinos, está vindicado, sereno, altivo, en depuración psicológica ante la opinión de México, ante la opinión universal, libérrima, y ante la Historia.

La pasión del patriotismo es indudablemente de forma solidaria; pero no constreñida, como lo quiere Bakounine, a un afecto instintivo, maquinal y completamente desprovisto de crítica, por costumbres de existencia colectiva adquiridas por herencia o tradición, y una hostilidad constante contra toda otra manera de vivir.... "Es el amor de los suyos y de lo suyo, y el odio de todo lo que tiene un carácter extraño."

Esto equivaldría a un egoísmo colectivo, como lo tenían las tribus primitivas fundadoras de pueblos y razas; un egoísmo, por una parte, y por la otra, motivos de guerra constantes aun por vecindad.

En las humanas colectividades debidas a los triunfos de la civilización, surgen, se cultivan y se reanudan las relaciones de confraternidad, y el patriotismo es

extensivo a lo que nos rodea, nos satisface, lo creemos afine con nuestro modo de pensar y de sentir y nos sirve de elemento esencial de la vida. Un héroe que defiende principios de libertad y de justicia hace labor universal, para la humanidad, para todos los necesitados de ellas y en esta forma el patriotismo rompe sus moldes egoístas y se torna extensivo y utilitario, constituyendo el fondo de las sociedades como de las naciones. Mina impugnaba el absolutismo tiránico, donde quiera que se produjese, y decidió atacarlo en su país y fuera de su país, contrariándole recursos y facilidades de sustentación, empeñando, si ello era preciso dentro de su tarea política y regeradora, hasta la vida.

No por esto debe decirse que Mina deje de tener patriotismo llevando a los hijos de América sus doce trabajos, como Hércules, al triunfo de la idea liberal, salvadora y unificante, de efecto comunista. Fue un héroe con toda la gama del valor civil con que la Providencia lo había dotado.

Cooperador eficacísimo de la libertad americana, Mina se reviste de todos los sentimientos de los americanos, hace suya su causa y también modelo de una imitación ejemplar. Se consagró todo entero a la restauración de la disciplina militar, desconocida casi totalmente en el Bajío, a la creación de nuevos cuerpos, a su armamento y equipo, y en poquísimos días ofrece a la América en espectáculo dos batallones medianamente disciplinados y capaces de sostener, con constancia, valor y dignidad, los famosos sitios de los fuertes del Sombrero y de los Remedios.

En ambos puntos militares, Mina presta los más importantes servicios, exponiendo su persona en los mayores riesgos, ya para defender el Sombrero, ya para socorrer esta plaza con víveres, ya para divertir las fuerzas enemigas, y obligar a Liñán a debilitar los ataques. Si fue desafortunado en las acciones de la Zanja, de León, de la Caja y de Guanajuato, culpa fue de la fortuna que le cambió su aspecto plácido en desdeñoso

y esquivo, pues Mina hizo cuanto estuvo de su parte para cortar nuevos laureles. La derrota de Guanajuato le impresionó de tal modo, que reuniendo a sus oficiales, les echó en cara su cobardía al no haber querido ponerse al frente de los pelotones de infantes para avanzar con rapidez y apoderarse, por sorpresa, de los reductos enemigos; sino que, tolerando la renuencia de las tropas en avanzar, consintieron la media vuelta de todos sus soldados, y ellos mismos siguieron el mismo procedimiento, desconcertando todo plan reorganizador. Mortificado en extremo, tuvo que retirarse Mina y cometió el error de dispersar sus fuerzas en el mineral de La Luz, para retirarse a la hacienda de la Tlachiquera con sólo una pequeña escolta de unos cuantos hombres, débil, confiado, desprevenido, para buscar aquel corto descanso que tuvo en la ranchería del Venadito, única noche que no durmió entre sus tropas, sin quitarse el uniforme y sirviéndole de almohada la silla de montar. Ese corto descanso le sirvió como de sentencia de muerte, porque atrajo a las fuerzas enemigas, se vió copado de pronto, sin otra defensa que la personal, y fue reducido a dura prisión y humillado de la manera más ignominiosa por el jefe de la fuerza aprehensora, que se portó con una villanía atroz, como ya dije.

Se habla de una carta autógrafa escrita al general Liñán cuando estaba próximo a morir, ofreciéndole dar algunos datos para la pacificación de la Nueva España. "No es, a mi juicio—dice Castillo Negrete—, una verdadera mancha que deturpe el buen nombre de este general. El se honraba con el carácter de buen español y deseaba la gloria de su patria, con la supresión completa del absolutismo. Conocía que España no podía adquirirla, si ambos pueblos no se estrechaban con un vínculo fuerte y común que hiciese de entrambos una sola familia: ésta era, en su concepto, la Constitución de Cádiz, por la cual el gobierno de Fernando VII quedaba sujeto a las leyes, e incapaz de causar el menor daño. Equívoco político y muy disimulado fue éste; pues

jamás una Constitución democrática en su fondo, podía convenir a una monarquía formada sobre las bases del despotismo gótico, y apoyada en un clero servil y fanático."

Sobre la carta de Liñán, Robinson expresa razones fundamentales para suponer que fuese falsa. Los realistas tuvieron el prurito de hacer aparecer a los caudillos insurgentes como retractándose de lo que hicieron y ordenaron en la revolución, viéndolo como error político que determinara arrepentimientos y dobleces. Todos los historiadores desapasionados, reprochan esos documentos porque, aunque en ellos se calcen las firmas de los caudillos, ello significa la más ruda presión, sobre los sentenciados, en artículo de muerte. Recuérdese que a Hidalgo no lo abandonaron en su prisión dos delegados de la Mitra de Durango, para buscar que escribiera un documento retractante, amenazándolo con las penas del infierno y con mayor humillación y desprecio a la hora de morir, pues que no se le vería como un cristiano, sino como un hereje, enemigo de todas las doctrinas de la iglesia.

La misma operación obró en el ánimo de Morelos, cuando todos los historiadores saben también que aquel espíritu era inconmovible.

Los documentos de retractación que se exigen, que se firman, que se arrebatan con amenaza, no pueden tener fuerza ante la buena crítica histórica, porque ningún hombre de carácter borra de una sola plumada las obras meritorias en favor comunal.

Se le hacen cargos también a Mina por la respuesta que dió a don Pedro Pazos, oficial del regimiento de Zaragoza, tras de una trinchera de las del fuerte del Sombrero, a distancia de más de un tiro de fusil, contestando a una oferta condicional de rendición e indulto y a palabras de reproche por ayudar a los mexicanos a tomar las armas contra la madre patria.

Según Alamán, Mina contestó que no defendía la causa de los independientes, sino la causa liberal de

España, y que su pensamiento era hostilizar indirectamente a Fernando VII, añadiendo: "Yo no amo a los americanos, ni mucho ni poco," e invitó a Pazos a pasarse a su bandera.

El doctor Rivera considera este hecho rigurosamente histórico y dice: "¡Cómo se quedarían los independientes del fuerte al escuchar las palabras de Mina! La falta de simpatía y de confianza que le tenían muchos, se hicieron generales algún tiempo, mientras no se borró tan mala impresión; pero la necesidad carece de ley, y cuando se camina en coche o a caballo por un camino muy peligroso, hay necesidad de bajarse en los malos pasos. Callaron, disimularon por entonces su enojo y siguieron militando a sus órdenes."

Respetando opiniones caracterizadas, yo creo sencillamente que el rasgo de Mina fue una de tantas efervescencias de carácter que tienen los genios, como las tenían Alejandro, Napoleón, Bolívar, sin que pudieran destruir la firmeza y esplendor de la obra general.

Los héroes, en su vida militar, no pueden ser impecables. Es humano, no sólo la virtud, el desprendimiento y la magnanimidad, sino también el error, las inconveniencias de carácter, cualquiera equivocación inconsecuente con la manera de ser.

La declaración hecha a Pazos quedó borrada ante los nuevos rasgos de gallardía, generosidad y altivez de temperamento que tuvo Mina, confirmando su prestigio y estimación ante los guerreros mexicanos que le admiraban y le seguían.

FRUTOS DE REVOLUCION

De nuestras revoluciones más intensas y trascendentales, desde la de Dolores, inicio de la Independencia, hasta la basada en el plan de Guadalupe, muy pocas han acarreado beneficios al pueblo con resolver problemas de arraigo, dentro de las necesidades políticas y sociales.

La primera nos trajo la abolición de la esclavitud, decretada por el Padre de la patria, creador de nuestra nacionalidad independiente.

Constitución liberal, concluida en Apatzingán el 22 de octubre de 1814, sancionada con la declaración de independencia hecha en Chilpancingo el 6 de noviembre del mismo año. Esta fue la verdadera base de la revolución, tratando de que dependiera de un Centro Directivo para ordenar los procedimientos. Dicha ley, aunque no fue cumplida ni respetada por jefes de las divisiones del ejército independiente, sirvió de antecedente histórico y de una probanza de la seriedad y patriotismo con que Morelos deseaba que se procediese. La Constitución se había fundado en los principios consagrados por la carta fundamental de los Estados Unidos, aunque con algunas variantes de otra naturaleza.

El Plan de Iguala fue el último producto de seriedad y eficacia de la revolución, proclamado el 21 de febrero de 1821. El nos trajo la independencia absoluta de la Nueva España, aunque reconociendo como soberano suyo a Fernando VII, tratando de hacer venir a éste a la tierra del antiguo Anáhuac.

Se reconocía la igualdad de derechos para todos los ciudadanos y se daban garantías a las propiedades.

Se creaba el ejército de las Tres Garantías, que después sirvió para sostener el impolítico gobierno de Iturbide y sus irregularidades profundas, dando al traste con las promesas del citado plan, puesto que el partido servil gobernó con elementos propiamente coloniales, confirmando los fueros y privilegios de las altas clases y entronizando una monarquía absoluta con la coronación ridícula de Iturbide, el falso revolucionario de Iguala, que fue el primero en dar un golpe de Estado a una Cámara de representantes, al ver que le minaba el pedestal de su gloria y de su orgullo real, con discursos y acuerdos democráticos en espíritu de verdadera independencia, lo que fue como el advenimiento

de la República, porque esas ideas, al propagarse y cristalizar, determinaron la abolición de la monarquía con la fuga de Iturbide y de sus principales partidarios. La consumación de nuestra Independencia se dificultaba por el poder de la aristocracia y el clero, que seguían conspirando; con la absurda pretensión de traer un monarca de la borbónica estirpe, al no resolverse Fernando VII a aceptar la corona de México, que sólo podían ofrecerle sus antiguos vasallos, buscando conservar preeminencias y granjerías, con la fuerza impositiva del sable, la unificación imprescindible de la iglesia y del Estado y el respeto absoluto a los bienes de comunidades.

Por fortuna los Congresos de 1823 y 1824 hablaron de soberanía popular; de la independencia de los Estados y la del Poder Judicial; de la supresión de monopolios absorbentes y denigrantes de la economía pública, prohibiendo estrictamente fueros y privilegios de clases.

La obra monárquica de los reaccionarios, ensoberbecidos con los proyectos del Conde de Aranda, acabó de desprestigiarse y de hundirse con la aventura de Barradas al desembarcar en Tampico: irrisoria pretensión de reconquistar el Anáhuac, seguida, al poco tiempo, con la malhadada expedición de Iturbide que soñaba, en su ambición realista, recuperar su corona, a cambio de la cual los mexicanos fronterizos le brindaron en Padilla un cadalso, como años más tarde, en el 67, otro cadalso se levantó en el Cerro de las Campanas, para sellar la obra firme, serena, abnegada y patriótica del Partido Liberal.

Desde entonces, no hemos vuelto a pensar en la monarquía. Somos república independiente y no tememos al antiguo adversario que tantos daños nos acarreó con su conducta tiránica, en el curso de las centurias crueles, con la marca del oprobio, el aguijón inquisitorial y la venda del obscurantismo.

México recobró su independencia y hoy la confirma con la conquista de su mejoramiento económico, conocedor de todos sus derechos, buscando cubrir sus necesidades bajo la egida moral de la unión en el trabajo, de la concordia en la confianza interior y exterior, por mutuos acuerdos con países amigos, y de la equidad social basada en la obra legislativa más notable que alientan los pueblos jóvenes de la América Latina, para su mayor seguridad, su mayor progreso y su mayor beneficio, levantando en todo tiempo la bandera que tremolaron con dignidad sublime nuestros libertadores.

LA APOTEOSIS

La República Mexicana celebra en esta fecha memorable—27 de octubre de 1917—el centenario glorioso de una escena patética que ha impresionado vivamente a tres generaciones, un episodio trágico que nos habla del sacrificio de dos héroes de valor supremo: Francisco Javier Mina y Pedro Moreno; pues aunque el primero murió en fecha posterior, el 11 de noviembre del mismo año, su captura se estima como un hecho determinante de su partida eterna.

Los mártires de esta gran epopeya mexicana han desaparecido; sólo nos queda su memoria, para invocar sus nombres con veneración y con profundo respeto, profesando las mismas ideas que ellos proclamaron. Imitar, ante todo, su virtud patriótica con la de otros de nuestros más caracterizados héroes, debe ser como un cultivo de educación cívica en la escuela primaria y con ello habremos salvado nuestro decoro público y nuestra nacionalidad.

APENDICE

DESDE GALVESTON

Proclama del General Mina

"Al separarme para siempre de la asociación política, por cuya prosperidad he trabajado desde mis tiernos años, es un deber sagrado el dar cuenta a mis amigos y a la nación entera de los motivos que me han dictado esta resolución. Jamás, lo sé, jamás podré satisfacer a los agentes del espantoso despotismo que aflige a mi desventurada patria; pero es a los españoles oprimidos, y no a los opresores, a quienes deseo persuadir que no la venganza ni otras bajas pasiones, sino el interés nacional, principios los más puros, y una convicción íntima e irresisitible han influído sobre mi conducta pública y privada.

"Es bien notorio que yo me hallaba estudiando en la Universidad de Zaragoza, cuando las disensiones domésticas de la familia real de España y las transacciones de Bayona nos redujeron, o a ser vil presa de una nación extraña, o a sacrificarlo todo a la defensa de nuestros derechos. Colocados así entre la ignominia y la muerte, esta triste alternativa indicó su deber a todos los españoles, en quienes la tiranía de los reinados pasados no había podido relajar enteramente el **amor a su patria.** Como otros muchos, yo me sentí animado de este santo fuego, y fiel a mi deber, me dediqué a la defensa común, acompañé sucesivamente como voluntario los ejércitos de la derecha y del centro: dispersos desgraciadamente aquellos ejércitos por los enemigos, corrí al lugar de mi nacimiento, en donde era más conocido; me reuní a doce hombres, que me escogieron por su caudillo, y en breve llegué a organizar en Navarra cuerpos respetables de voluntarios, de que la Junta Central me nombró comandante general. Pasaré en silencio los trabajos y sacrificios de mis compañeros de armas: baste decir que peleamos como buenos patriotas hasta que tuve la desgracia de caer prisionero. La división que yo mandaba tomó entonces mi nombre por divisa, y escogió, para sucederme, a mi tío don Francisco Espoz: el gobierno nacional, que aprobó aquella determinación, permitió también a mi tío el añadir a su nombre el de Mina; y todos saben cuál fue el patriotismo, cuánta la gloria que distinguió a aquella división bajo sus órdenes.

"Cuando la nación española se resolvió a entrar en una lucha tan desigual, debe suponerse que el objeto de tantos riesgos y privaciones no era restablecer el antiguo gobierno en el pie de corrupción y venalidad que nos había reducido a la miseria. Nos acordamos que teníamos derechos imprescriptibles que nos aseguraban nuestras leyes fundamentales, y de que habíamos sido despojados por la fuerza. Este sólo recuerdo lo puso todo en movimiento, y nos resolvimos a vencer o morir. Se comenzaron, efectivamente, a destruír los antiguos abusos, revivieron nuestros derechos y juramos solemnemente defenderlos hasta el último punto. He aquí el principio que hizo obrar prodigios de valor al pueblo español en la última guerra.

"Al restablecer así en nuestro suelo la dignidad del hombre y nuestras antiguas leyes, creímos que Fernando VII, que había sido compañero nuestro y víctima de la opresión, se apresuraría a reparar, con los beneficios de su reinado, las desdichas que habían agobiado al estado en el de sus predecesores. Nada le debíamos: la generosidad nacional lo había llamado gratuitamente al trono, de donde su propia debilidad y la mala administración de su padre lo habían derribado. **Le habíamos ya perdonado las bajezas de que se había hecho criminal en Bayona y Valencey:** habíamos olvidado que, más atento a su propia tranquilidad que al honor nacional, había correspondido a nuestros sacrificios deseando enlazarse con la familia de nuestro opresor; confiábamos en que él tendría siempre presente a qué precio había sido repuesto en la posesión del cetro, y en que, unido a sus libertadores, sanase de concierto las profundas heridas de que, por su causa, resentía la nación.

"La España logró por fin reconquistarse a sí misma, y conquistar la libertad del rey que se había elegido. La mitad de la nación había sido devorada por la guerra; la otra mitad estaba aún cubierta de sangre enemiga y de sangre española, y al restituirse Fernando al seno de sus protectores, las ruinas de que por todas partes estaba cubierto su camino debieron manifestarle sus deudas y las obligaciones en que estaba hacia los que lo habían salvado. ¿Podía creerse que su famoso decreto, dado en Valencia a 4 de mayo de 1814, fuese el indicio de la recompensa que el ingrato preparaba a la nación entera? Las cortes, esa antigua egida de la libertad española, a quien en nuestra orfandad debió la nación su dignidad y su honor; las cortes, que acababan de triunfar de un enemigo colosal, se vieron disueltas, y sus miembros huyendo, en todas direcciones, de la persecución de los cortesanos. El encarcelamiento, cadenas y presidios, fueron la recompensa de los que tuvieron bastante firmeza para oponerse a usurpación tan escandalosa; **la inquisición, el antiguo escudo de la tiranía, la impía, la infernal inquisición, fue restablecida en todo el furor de su pri-**

mitiva institución; la constitución abolida, y la España esclavizada de nuevo por el mismo a quien ella había rescatado con ríos de sangre y con inmensos sacrificios.

"Libre yo ya, por aquella época, de las prisiones francesas, corrí a Madrid, por si podía contribuir, con otros amigos de la libertad, al restablecimiento de los principios que habíamos jurado sostener. ¡Cuál fue mi sorpresa al ver el nuevo orden de cosas! Los satélites del tirano sólo se ocupaban en acabar de destruír la obra de tantos sudores: ya no se pensaba sino en consumar la subyugación de las provincias de ultramar, y el ministro don Manuel de Lardizábal, equivocando los sentimientos de mi corazón, me propuso el mando de una división contra México; como si la causa que defendían los americanos fuese distinta de la que había exaltado la gloria del pueblo español; como si mis principios me asemejaran a los serviles y egoístas que, para oprobio nuestro, manda a pillar y desolar la América; como si fuese nuevo el derecho que tiene el oprimido para resistir al opresor, y como si estuviese calculado para verdugo de un pueblo inocente quien sentía todo el peso de las cadenas que abrumaban a mis conciudadanos.

"Mis heridas, aún no bien cicatrizadas, me indicaron de un modo irresistible mi deber. Me retiré, pues, para Navarra, y, de concierto con mi tío don Francisco Espoz, determinamos apoderarnos de Pamplona y ofrecer allí un asilo a los héroes españoles, a los beneméritos de la patria que habían sido proscritos o tratados como facinerosos. Por toda una noche fuí dueño de la ciudad; y cuando mi tío venía a reforzarme, para contener, en caso necesario, a una parte de la guarnición de quien no nos prometíamos conformidad, uno de sus regimientos rehusó obedecerle. Aquellos valientes soldados que tantas veces habían triunfado por la independencia nacional, se vieron atados, cuando se trataba de su libertad, por lazos vergonzosos, por preocupaciones arraigadas, y por la ignorancia que aún no habíamos podido vencer. Frustrada así la empresa, me fue necesario refugiarme a países extranjeros, con algunos de mis compañeros, y, animado siempre del amor a la libertad, pensé defender su causa en donde mis débiles esfuerzos fuesen sostenidos por la opinión y los esfuerzos de la comunidad: en donde ellos pudiesen ser más benéficos a mi patria oprimida y más fatales a su tirano. De las provincias de este lado del océano obtenía el usurpador los medios de obtener su arbitrariedad; en ellas se combatía también por la libertad, y, desde el momento, la causa de los americanos fue la mía.

"Españoles: ¿Me creeréis acaso degenerado? ¿Decidiréis que yo he abandonado los intereses, la prosperidad de la España? ¿De cuándo acá la felicidad de ésta consiste en la degradación de una parte de nuestros hermanos? ¿Será ella

menos feliz cuando el rey carezca de los medios de sostener su imperio absoluto? ¿Será ella menos feliz cuando no haya monopolistas que sostengan el despotismo? ¿Será ella menos agrícola, menos industriosa, cuando no haya gracias exclusivas que conceder, ni empleos de **Indias** con que cebar y aumentar el número de bajos aduladores? ¿Será ella menos dedicada al comercio, cuando, no reducido éste a ciertas y determinadas personas, pase a una clase más numerosa y más ilustrada?

"La parte sana y sensata de la España está hoy bien convencida de que es, no solamente imposible volver a conquistar la América, sino impolítico y contrario a los intereses bien entendidos. Prescindiendo de la justicia incuestionable que asiste a los americanos, ¿cuáles serían las ventajas que se conseguirían en subyugarla otra vez? ¿Quiénes serían los que ganarían con tamaña iniquidad, si ella fuese posible?

"Dos clases de personas son las que única y exclusivamente se aprovechan allí de la esclavitud de los americanos: **el rey y los monopolistas**; el primero para sostener su imperio absoluto y oprimirnos a su arbitrio, los segundos para ganar riquezas con que apoyar el despotismo y mantener al pueblo en la mendicidad. He aquí los agentes más activos de Fernando y los enemigos más encarnizados de la América. Los cortesanos y los monopolistas quisieran eternizar el pupilaje en que han puesto a la nación, para elevar sobre sus ruinas su fortuna y la de sus descendientes.

"**La España**, dicen ellos, **no puede existir sin nuestras Américas.** Claro está que por España entienden estos señores el corto número de sus personas, parientes y allegados. Porque, emancipada la América, no habrá más gracias exclusivas, ni ventas de gobiernos, intendencias y demás empleos de **Indias** para sus criaturas. Porque, abiertos los puertos americanos a las naciones extranjeras, el comercio español pasará a una clase más numerosa e ilustrada. Porque, en fin, libre la América, revivirá indubitablemente la industria nacional, sacrificada en el día a los intereses rastreros de unos pocos hombres.

"Si bajo este punto de vista, la emancipación de los americanos es útil y conveniente a la mayoría del pueblo español, lo es mucho más por su tendencia infalible a establecer definitivamente gobiernos liberales en toda la extensión de la antigua monarquía. Sin echar por tierra en todas partes el coloso del despotismo, sostenido por los fanáticos y monopolistas, jamás podremos recuperar nuestra dignidad. Para esa empresa es indispensable que todos los pueblos donde se habla el castellano aprendan a ser libres, a conocer y practicar sus derechos. En el momento en que una sola sección de la América haya afianzado su independencia, podemos lisonjearnos de que los principios liberales, tarde o temprano, extenderán sus ben-

diciones al resto. Esta es la época terrible que los agentes y partidarios de la tiranía temen sin cesar. Ven ellos, en el exceso de su desesperación, desplomarse su imperio, y quisieran sacrificarlo todo a su rabia impotente.

"En tales circunstancias, consultad, españoles, la experiencia de lo pasado, y en ella encontraréis lecciones bastante instructivas con que pautar vuestra conducta futura. La causa de los hombres libres **es la de los españoles no degenerados. La patria no está circunscripta al lugar en que hemos nacido, sino, más propiamente, al que pone a cubierto nuestros derechos personales.** Vuestros opresores calculan que, para restablecer sobre vosotros y sobre vuestros hijos su bárbara dominación, es indispensable esclavizar al todo. Justamente temía el célebre Pitt semejantes consecuencias, cuando justificaba, a presencia del parlamento británico, la resistencia de los anglo-americanos. "Nos dicen que la América está obstinada (decía él), que la " América está en rebelión abierta. Me glorío, señor, de que " la América resista. Tres millones de habitantes, que, indife- " rentes a los impulsos de la libertad, se sometiesen voluntа- " riamente, serían después los instrumentos más adecuados pa- " ra imponer cadenas a todo el resto."

"Americanos: he aquí los principios que me han decidido a unirme con vosotros; si ellos son rectos, os responderán satisfactoriamente de mi sinceridad. Por ella sola he empuñado las armas hasta ahora; sólo en su defensa las tomaré de aquí en adelante. Permitidme, amigos, permitidme participar de vuestras gloriosas tareas, aceptad la cooperación de mis pequeños esfuerzos en favor de vuestra noble empresa... Contadme entre vuestros compatriotas. Ojalá que yo pudiese merecer este título, haciendo que vuestra libertad se enseñorease, **sacrificando mi propia existencia.** Entonces, decid, a lo menos, a vuestros hijos en recompensa: esta tierra feliz fue dos veces inundada en sangre por españoles serviles, esclavos abyectos de un rey; pero hubo también españoles amigos de la libertad, que sacrificaron su reposo y su vida por nuestro bien."

"Gálveston, 22 de febrero de 1817.—**Xavier Mina.**"

Proclama de Mina a los soldados alistados en su expedición

¡Compañeros de armas!:

Vosotros os habéis reunido bajo mis órdenes, a fin de trabajar por la libertad e independencia de México. Ha siete años que este pueblo lucha con sus opresores para obtener tan noble objeto. Hasta ahora no ha sido protegido: a las almas generosas toca mezclarse en la contienda. Así vosotros, si-

guiéndome, habéis emprendido defender la mejor causa que puede suscitarse sobre la tierra. Hemos tenido que vencer muchas dificultades; yo soy testigo de vuestra constancia y sufrimiento. Los hombres de bien sabrán apreciar vuestra virtud, y ahora váis a recibir su premio, es decir, el triunfo o el honor que de él resulta. Vosotros sabéis que, al pisar el suelo mexicano, no vamos a conquistar, sino a auxiliar a los ilustres defensores de los más sagrados derechos del hombre en sociedad. Hagamos, pues, que sus esfuerzos sean coronados, tomando una parte activa en la carrera gloriosa en que contienden. Os recomiendo el respeto a la religión, a las personas y a las propiedades, y espero no olvidaréis el principio de que no es tanto el valor como una severa disciplina lo que proporciona el éxito en las grandes empresas.

Río Bravo del Norte, a 12 de abril de 1817.—Xavier Mina.

Proclama de Mina a los soldados españoles y americanos que hacían la guerra en Nueva España

¡Soldados españoles del Rey Fernando!

Si la fascinación os hace instrumento de las pasiones de un mal monarca o sus agentes, un compatriota vuestro, que ha consagrado sus más preciosos días al bien de la patria, viene a desengañaros, sin otro interés que el de la verdad y justicia.

Fernando, después de los sacrificios que los españoles le prodigaron, oprime a la España con más furor que los franceses cuando la invadieron. Los hombres que más trabajaron por su restauración y por la libertad de ese ingrato, arrastran hoy cadenas, están sumergidos en calabozos, o huyen de su crueldad. Sirviendo, pues, a tal príncipe, servís al tirano de vuestra nación, y ayudando a sus agentes en el nuevo mundo, os degradáis hasta constituiros verdugos de un pueblo inocente, víctima de mayor crueldad por iguales principios que los que distinguieron al pueblo español en su más gloriosa época.

¡Soldados americanos del rey Fernando!

Si la fuerza os mantiene en la esclavitud y obliga a que persigáis a vuestros hermanos, tiempo es de que salgáis de vuestro vergonzoso estado. Un esfuerzo ahora os realzará hasta elevaros a la dignidad de hombres, de que estáis privados ha tres siglos: uníos a nosotros, que venimos a libraros sin más fin que la gloria que resulta en las grandes acciones.

¡Qué triste experiencia tenéis de la metrópoli, y qué dolorosas lecciones habéis recibido de los malos españoles que,

para oprobio de los buenos, han venido hasta aquí a subyugaros y a enriquecer a costa vuestra!

Si entre vosotros hay quienes, abanderizados con ellos, hacen causa común por cobardía, intereses o ambición, abandonadlos, detestadlos y aún destruidlos; son peores que los tiranos principales a quienes se juntan, pues degeneran de su propia naturaleza, y se sacrifican a tan rastreras pasiones.

El suelo precioso que poséeis no debe ser el patrimonio del despotismo y la rapacidad; si perdéis estas miras, contrariáis a las de la Providencia que os proporciona la mejor coyuntura para cambiar vuestra abyección y miseria. Uníos, pues, a nosotros, y los laureles que ceñirán vuestras sienes serán un premio inmarchitable, superior a todos los tesoros.

Soto la Marina, etc.—Xavier Mina.

Canción patriótica que, al desembarcar el general mina y sus tropas, compuso Joaquín Infante, Auditor de la División Auxiliar de la República Mexicana

Acabad, mexicanos,
De romper las cadenas
Con que infames tiranos
Redoblan vuestras penas.

De tierras diferentes
Venimos a ayudaros,
A defender valientes
Derechos los más caros.

En vuestra insurrección
Todo republicano
Toma gustoso acción,
Quiere daros la mano.
Acabad, etc.

Mina está a la cabeza
De un cuerpo auxiliador;
El guiará vuestra empresa
Al colmo del honor....

Si españoles serviles
Aumentan vuestros males,
También hay liberales
Que os den lauros a miles.
Acabad, etc.

Venid, pues, mexicanos,
A vuestros batallones;
Seamos todos hermanos
Bajo iguales pendones.

Forzad, con noble saña,
Ese yugo insolente
Que hoy gravita la España
Tan indebidamente.

Acabad, etc.

Nuestra gloria cifremos
En que seais exaltados:
Veros, pues, procuramos
Libres y emancipados.

De nuestros sacrificios
No queremos más premio:
Los sucesos propicios
Serán, si hacemos gremio.

Acabad, etc.

Abajo los partidos
Y toda vil pasión:
Estando siempre unidos,
Formaremos nación.

Independencia, gloria,
Religión, libertad,
Grábense en vuestra historia
Por una eternidad.

Acabad, etc.

Los mozos, los ancianos,
Las mujeres también
Esfuerzos sobre-humanos
Hagan por su bien.

Y si los opresores
No huyeren arredrados,
Por vuestros defensores
Serán exterminados.

Acabad, etc.

Soto la Marina, 1817. Samuel Bangs, impresor de la división auxiliar de la República Mexicana.

* * *

La carta que este ilustre caudillo escribió en Baltimore pidiendo recursos, es un documento histórico de gran interés y que revela los propósitos e ideas de Mina, sobre la Independencia. He aquí su texto:

Carta de Mina en Baltimore, pidiendo se le proporcione dinero

Baltimore, septiembre 9 de 1816.

Muy señor mío de todo mi aprecio:

Soy aquel mismo Mina a quien quizás habrá Vd. oído nombrar, porque fue quien comenzó el sistema de partidas y guerrillas en España, y organizó en Navarra una división que dió algo que hacer a los enemigos, y que, prisionero ya yo, se distinguió mucho bajo el mando de mi tío don Francisco Espoz, que me sucedió en el mando de ella y en el nombre. Cuando Fernando, con el aparato de un conquistador, invadió a Madrid, aprisionó a la representación nacional, abolió la Constitución, objeto de tanta sangre y de sacrificios tan costosos: desterró y encadenó a la virtud y al patriotismo, y sepultó a la nación en la esclavitud, yo fuí el primero que osó resistirle: otros han seguido mis huellas, mas la ignorancia de los pueblos y el servilismo de los militares antiguos los han hecho aún más desgraciados.

El grito de todos los españoles capaces de raciocinio, y de los innumerables que han emigrado, es que en América ha de conquistarse la libertad de la España. La esclavitud de ésta coincidió con la conquista de aquélla, porque los reyes tuvieron con qué asalariar bayonetas: sepárese la América, y ya está abismado el coloso del despotismo; porque, independiente de ella, el rey no será independiente de la nación. México es el corazón del coloso, y es de quien debemos procurar con más ahinco la independencia. He jurado morir o conseguirla: vengo a realizar, en cuanto esté de mi parte, el voto de los buenos españoles, así como el de los americanos. Cuantos había en Londres de diferentes partes de la América y de carácter me animaron, y **conjuraron al doctor Mier a que me acompañase.** El es el Vicario general de la expedición que conduzco desde allí, y que altos amigos de la independencia de América me proporcionaron. Con ella salí el 5 de mayo y llegué aquí a principios de julio. Sobre mi crédito he procurado aumentarla y hacerla más respetable: varios incidentes me han contrariado de parte de quien menos debía aguardarlo: Monseñor Mier dirá a Vd.

Mi principal objeto para arribar a este puerto fue creer que estaba aquí el señor Herrera, Plenipotenciario de esa república, con quien pensaba acordar mis medidas, conforme a la situación y circunstancias. ¡Con cuánto dolor he sabido al fin la violenta disolución del Congreso, la anarquía, y tantos males que alejan el órden y, por consiguiente, el fin de los padecimientos! Sabidos aquí, me han dañado a mí también para los avances necesarios de dinero, en estos países, escasísimo; sin embargo, cuentos con algunos buques bien armados, con un buen parque, con muchos y buenos compañeros, con vestuarios, armamento y equipo para algunos miles de hombres, con todo lo que será necesario para fortificarme y dar un apoyo al Gono nacional; pues luego que he sabido el desórden de algunos, he creído indispensable llevar fuerzas capaces de conservar el órden, sostener al Gobierno, y hacer el desembarco de un modo respetable. Habría deseado partir de aquí con un número de tropas aún más crecido, pero tengo ya empeñado mi crédito en más de cuatrocientos mil pesos. Con cien mil pesos más, desembarcaré de modo que el éxito sea infaliblemente feliz: y si logro hacer efectivo el pagamento, a lo menos en parte, al hombre generoso que, arrostrando todos los peligros, ha expuesto su fortuna y el crédito de su casa por salvar a México, nos seguirá tal surtido en todos los ramos, que ni siquiera pueda ocurrir duda sobre la libertad de Nueva-España.

Ya algunos de mis buques, con parte de mis compañeros, han partido para el punto de reunión; yo salgo mañana con el resto para el mismo punto. Allí me reforzaré con oficiales americanos excelentes, y me dirigiré a donde acabe de hacer más efectiva mi fuerza, si puedo encontrar socorros de dinero, lo único de que tengo falta. Pero, ¿qué mejor que Vdes., o quiénes más interesados que Vdes. en la libertad de la Patria, que, perdido este golpe, sería aún más abrumada? La generosidad de Vdes. sería recompensada como merece: el golpe sería decisivo, y tal, cual en Europa y aquí se espera de mi opinión. No hay que temer nada del gobierno español, impotente, porque no está sostenido por los votos de la nación: un momento de unión, y México está libre, y Europa reconoce su independencia. La oficialidad que llevo es científica, aguerrida y de una probidad sin tacha: la mayor parte anglo-americanos; muchos, muchos americanos españoles, y entre ellos muchos de Nueva-España.

Conjuro, pues, a Vdes., por el amor de su patria y de sus familias, a que me ayuden con todo el dinero posible, única cosa que me falta. Consulte Vd. inmediatamente a nuestros amigos: confíen Vdes. en mí, que nunca he mancillado mi honor: hagan una subscripción, y cualquiera que sea el auxilio, envíenmelo con la persona dadora de esta carta, a quien todos

Vdes. conocen muy bien y cuyos servicios y sufrimientos son tan notorios.

Para hacer frente a mis comprometimientos existentes, recabar mayores auxilios, y presentarme ahí en actitud que inspire confianza a nuestros amigos y terror a los serviles, necesito ahora mismo, en dinero efectivo, a lo menos cien mil pesos, y un pagaré de trescientos mil, firmado por Vdes., con la condición de que será efectivo, luego que yo desembarque en esa costa con dos regimientos de infantería, los cuadros de otros dos, uno de caballería, el cuadro de otro, una brigada de artillería volante, el cuadro de otra, un buen parque de artillería de plaza, y lo necesario para construír un buen fuerte. Así, jamás me faltarán medios de hacer la guerra; su crédito de Vdes. quedaría a cubierto, y se lograría fijar entre nosotros el imperio de las leyes. Mediten Vdes. que nada pido para mí, y que sólo ansío por protejer y combatir por mis compatriotas. La nación española, la gran nación americana se unen a mí en esta demanda, y esperan de Vdes. o su libertad, o la más degradante esclavitud.

Fiado en el patriotismo de Vdes. y firme en tan lisonjera esperanza, sólo añadiré que cuenten Vdes. con mi eterno reconocimiento, con el pagamento de lo que contribuyan sobre mi palabra de honor, y con cuantos servicios pueda tributarles su afectísimo compatriota y obediente servidor.—**Xavier Mina.**

P. D.—Con más meditaciones he observado que el modo en que propongo a Vdes. que extiendan el pagaré, y que fue dictado puramente por mi deseo de probar a Vdes. mi sinceridad, podrá no convenirles en la situación en que respectivamente nos hallamos: sin embargo, él me es de absoluta necesidad. A cada momento mis preparativos se aumentan: cada momento añade nuevas obligaciones a las que yo debía al señor Dennis A. Smith de esta ciudad. Yo, pues, suplico, conjuro a Vdes., por cuanto puede ser sagrado a los amigos de su país, que me envíen en efectivo cuanto les sea posible, y que por el resto, o hagan el pagaré según propongo arriba, si Vdes. así lo prefieren, o lo hagan sin condición en favor del señor Smith, o lo libren en favor del mismo sobre Jamaica, Londres, Cádiz, estos estados o cualquiera otra plaza de comercio.

Pero, como quiera que sea, salven Vdes. a ese hombre generoso que se ha expuesto a sacrificarlo todo a nuestra causa: salven Vdes. mi honor comprometido, que nunca se comprometió sino por el bien de mis compatriotas y que hasta ahora jamás ha quedado a descubierto.

Por las precauciones con que será entregada a Vdes. esta carta, conocerán cuán cara es a mi corazón la seguridad y el

reposo de mis amigos: ¿lo será menos a Vdes. el de sus favorecedores, el de sus compatriotas, el de la misma patria?

No, mi firme esperanza no será engañada, y todos quedaremos salvados.

Septiembre 9 de 1816.—Xavier Mina.

Proclama de Mina desde Jaujilla

"Nobles navarros, generosos paisanos míos, valientes españoles todos!: mis sentimientos son los mismos que tenía cuando merecí vuestra confianza peleando en defensa de nuestra amada España y de los sagrados derechos del hombre. Nuestra patria se sacrificó por sostener al ingrato Fernando de Borbón: consiguió su intento con honor y bizarría, y cuando esperaba verlo en su seno como padre de un pueblo ultrajado, se presentó en su corte como un tirano, multiplicando el infortunio de las provincias, y remachando los grillos de su esclavitud. Con su llegada, perdieron los buenos españoles la esperanza de ser hombres libres: volvimos al deshonroso estado servil, y sucumbimos al despotismo, a la arbitrariedad, a los caprichos de un débil monarca, y a la ambición de sus torpes favoritos.

Nuestros hermanos de América, en razón directa de la premura de España, han de sufrir mayores vejaciones. Las cuantiosa sumas con que las provincias contribuyeron voluntariamente para la guerra contra Napoleón, y el grito universal con que proclamaron al rey, se les están satisfaciendo con la devastación de sus campos, con el derramamiento de la sangre de sus hijos, y con la bárbara resolución de no escuchar el doloroso clamor de todos los pueblos.

Paisanos: Yo estoy resuelto a sacrificarme en obseqiuo de la humanidad afligida: he venido a socorrer a los americanos en la generosa lucha que sostienen para ser hombres libres, y sacudir el pesado yugo que los oprime. A todos os convido para que me ayudéis en tan grande empresa. El más ligero esfuerzo que hagáis a favor de la América, os dará el triunfo, os llenará de gloria y hará felices a vuestros hijos y descendientes.

Vosotros debéis renunciar la esperanza de volver a la destruída tiranizada España: reputad a la América como a vuestro suelo natálico: uníos con sus propios hijos, y dad con ellos la sonorosa voz de independencia. Esta justa resolución economizará la sangre de los hombres: asegurará vuestra vida e intereses: os dará el derecho de ciudadanos; acabará con los males de la guerra; abatirá el despotismo de Fernando, y, entonces todos, europeos y americanos, contribuiremos a la felici-

dad de España, la arancaremos de la servidumbre de los Borbones, y la pondremos en manos de nuestros compatriotas.

Este es el sistema del gobierno mexicano. Yo salgo por garante de sus rectas intenciones, y os protesto a su nombre que formando todos un cuerpo republicano, serán mayores vuestras ventajas: que saldréis del estado servil en que os ha sumergido el déspota Fernando: que la América será libre, y que la España, entre todas las naciones, tendrá el rango de poderosa, sabia e ilustrada que siempre había ocupado.

Paisanos, europeos todos: despojaos de las preocupaciones que por fines particulares sostienen los mandarines de España: dejad la apatía; ponéos en alarma; reuníos en masa, y haréis temblar las débiles fuerzas que obran en esta guerra desoladora: juntad vuestros brazos y vuestro espíritu con el de los americanos, y entonces toda la Europa dirá que sois hijos dignos de la antigua España, y que vuestro nombre debe ser verdaderamente inmortal.

Fortaleza de Xauxilla, octubre 19 de 1817.—Xavier Mina.

Parte de Liñán al Virrey sobre la prisión de Mina

Excelentísimo señor:

Paso a manos de V. E. el adjunto parte circunstanciado y relación original que me ha remitido el señor coronel don Francisco Orrantia, en que demuestra este celoso jefe todas las ocurrencias de sus últimas marchas en persecución del traidor Mina, hasta la aprehensión del mismo y destrucción de su gavilla en el rancho del Venadito, la mañana del 27 de octubre último, con las demás ventajas que V. E. advertirá en el expresado parte.

Faltaría a la justicia si no manifestase nuevamente a V. E. que el coronel Orrantia, infatigable en la campaña y siempre dispuesto a contar nuevos servicios al rey, es uno de aquellos jefes de quienes debe esperarse mucho: su valor, conocimiento y buenos deseos los ha demostrado de un modo en todos tiempos, que ha sido la admiración de cuantos le han observado y el terror de los rebeldes. En esta ocasión está por sí solo bien demostrado, el distinguidísimo servicio que acaba de hacer con la captura de aquel malvado, y a fin de no hacer a V. E. sobre este acontecimiento, un relato que pudiera ser tachado de difuso, me limito a asegurarle que el precitado coronel, jefes, oficiales y tropa que lo han acompañado en toda esta expedición, son bien dignos de que V. E. se sirva dispensarles, a nombre del rey N. S., las gracias que juzgue convenientes.

Dios guarde a V. E. muchos años. Cuartel general del cerro del Bellaco, 3 de noviembre de 1817.—Excmo. Sr.—Pascual de Liñán.—Excelentísimo señor virrey don Juan Ruiz de Apodaca.

Parte del coronel don Francisco Orrantia

Desde la persecución que hice al traidor Mina el 21 del corriente, emprendió éste su marcha con la mayor reserva y citó su reunión para Pueblo Nuevo y hacienda de Burras, y, no teniendo yo noticia de esto, anduve el 22 y 23, buscándolo por varias partes, hasta que supe había pasado el río Grande por Santiaguillo, y al momento me dirigí para Salamanca, por ser el mejor lado, y el 24 salí de dicha villa por Pueblo Nuevo a la hacienda de Cuchicuato, tomando en el camino la huella de la gavilla, que ya se componía de 700 caballos y 60 infantes, llevándome de ventaja día y medio de camino.

El 25 salí de dicha hacienda de Cuchicuato, dirigiéndome por la de Burras a Guanajuato, haciendo una marcha de tres horas por haber oído tiros de cañón y haber visto mucho humo en el tiro general de Valencia, por lo que supe que los rebeldes habían intentado alguna cosa contra dicha ciudad, en lo que no me equivoqué, pues empezaron a atacarla a la una de la mañana del citado día y, según supe, desistieron a pocas horas, por haber sabido me dirigía yo sobre ellos, retirándose para la sierra o ruina de la Luz, según que me informó el comandante de armas de Guanajuato. En la noche se mandaron algunos espías, los que volvieron a las once del día 26, diciendo que en la noche se habían dispersado en tres trozos, y aunque en todos decían iba Mina, lo más cierto es que tomó el rumbo de la hacienda de la Tlachiquera, con 200 hombres, por lo que salí de Marfil a la una de la tarde y llegué a Silao a las cinco. A las siete de la noche vinieron los confidentes del comandante de dicho pueblo, capitán don Mariano Reynoso, asegurando que Mina debía hacer noche en el rancho del Venadito, distante nueve leguas del mencionado pueblo, por lo que inmediatamente dispuse salir a las diez de la noche, con 500 caballos escogidos de los cuerpos de Frontera, Nueva Vizcaya, dragones de San Luis, Sierra Gorda, San Carlos, fieles del Potosí y una partida de Nueva Galicia, que se hallaba en Silao, dejando en el expresado pueblo al capitán de granaderos de Zaragoza, graduado de teniente coronel, don Pedro San Julián, con la infantería y resto de caballería que no podía seguir la marcha.

A las siete de la mañana del 27, llegué al citado rancho del Venadito, con la referida fuerza de caballería, sin ser sen-

tido de las avanzadas enemigas, respecto a haber hecho la marcha por veredas poco usadas, por lo que se consiguió que mi descubierta, compuesta de 120 hombres de Frontera, al mando del teniente coronel graduado don José María Novoa, no fuese vista hasta que estuvo a menos de un cuarto de legua de distancia de los rebeldes, por cuyo motivo no tuvieron éstos lugar de tomar sus caballos, ni de ponerse en defensa, y sólo trataron de ocultarse en el bosque que tenían inmediato, en el que fue hecho prisionero el traidor Javier Mina, por el dragón de Frontera José Miguel Cervantes, y además otros 25, incluso un francés asistente de dicho traidor, habiendo muerto casi la mitad de los de la gavilla, incluso el cabecilla Pedro Moreno y tres extranjeros.

Sigue una noticia de los efectos de guerra tomados a Mina y concluye:

Dios guarde a V. S. muchos años. Irapuato, octubre 29 de 1817.— **Francisco de Orrantia.**—Señor mariscal de campo don Pascual de Liñán.

NOTABLES CARTAS DE DON PEDRO MORENO

El distinguido historiador don Luis González Obregón fue el primero que dió publicidad a las notables cartas originales de don Pedro Moreno.

"Tengo de ellas — dice — copia autógrafa y autorizada por don L. González Cos, quien la sacó de los originales que poseía el año de 1864, en Silao, el padre don Ignacio Gutiérrez.

La copia perteneció al inspirado poeta don José Rosas Moreno y me la donó una de sus apreciables hermanas, quien la conservaba como recuerdo de familia, pues es bien sabido que el ilustre cantor de los niños tuvo entre sus ascendientes al inmaculado insurgente don Pedro Moreno.

Las cartas son de un valor inapreciable: las de los realistas demuestran el respeto que les inspiraba Moreno, y las contestaciones de éste son dignas, enérgicas y patrióticas.

Don Pedro Moreno fue, sin disputa, uno de los más nobles y valientes caudillos de nuestra guerra de independencia. Sacrificó en defensa de la patria no sólo su vida, sino sus bienes de fortuna y aun algunos de los seres más queridos de su corazón. Su familia dió pruebas de gran patriotismo, pues su esposa y varios de sus hermanos sufrieron prisiones por causa de la libertad. Su hijo Luis y su hermano don Juan de Dios murieron luchando en la acción de la Mesa de los Caballos.

Don Pedro, en fin, fue el héroe del glorioso sitio de El Sombrero, y el distinguido colaborador de don Javier Mina en muchas de sus campañas.

Luis González Obregón."

Oficio del general don José de la Cruz a don Pedro Moreno

Las noticias que he procurado adquirir, luego que he llegado a esta villa, del carácter de usted, me han decidido a escribirle, suponiendo también que tendrá usted noticia de los frecuentes e importantes golpes que ha llevado el partido que usted sigue, y que éstos habrán puesto a usted en claro que las falsedades esparcidas por los sujetos a quienes usted debe conocer están descubiertas, como que estos hombres sólo procuran entretener a los infelices que los siguen, franqueando para el efecto toda especie de invenciones para continuar de este modo proporcionándose recursos para la subsistencia, único objeto que dirige su manejo. Usted no se halla en este caso; tiene usted, por fortuna, bienes que puede recuperar honesta y decorosamente, poniéndose bajo la protección del gobierno legítimo y abandonando un partido tan opuesto a su deber, y tan ajeno a un hombre de sus principios de usted y de su calidad. Si las venganzas que usted ha tomado con los infelices de esta jurisdicción que ha encontrado, han sido para satisfacer algún agravio personal que haya podido hacerle algún individuo, ¿no bastan ya estos sacrificios para haber hecho a usted conocer, en los remordimientos que deben seguirlos, que las víctimas sacrificadas en nada le han ofendido? El país en que usted ha nacido y las mismas haciendas de su patrimonio, ¿deben por ventura ser el teatro de las escenas de horror y de sangre que en ellas se representan, debiendo serlo únicamente para los frutos de la agricultura y de la industria? No creo ni debo esperar que no le penetre a usted esta reflexión, ya sea porque sus verdaderos intereses le hagan conocer sus extravíos, y ya, finalmente, porque es imposible que haya abandonado a usted en lo absoluto la virtud, fruto de la educación que recibió, que me consta no fue para formarle traidor al rey y a su patria. No puede usted ignorar, repito, los sucesos a que me refiero al principio, por su notoriedad y porque están publicados sin otro aparato que el de la sencillez debida. Me contraigo solamente a la rendición de la isla de Mezcala, a la del campo fortificado de San Miguel, a la toma de Monte Blanco, a la presentación de don José Vargas y don José Salgado con todos los que les seguían a la organización de todo el territorio que ocupaban, en el que se ha presentado un número crecido de hombres de to-

das clases; finalmente, a la rendición de Cóporo, acaecida el día 13 del presente, según se me ha participado en el camino.

Cuál haya sido la suerte de los que se han presentado al indulto; cuál sea el trato que reciben y protección que disfrutan con un olvido absoluto de lo pasado, proporcionando medios de vivir honesta y honrosamente al que carece de auxilios, le es a usted por necesidad bien conocido y, por tanto, excuso repetir lo que se sabe por pública notoriedad. Debe asimismo no ser a usted desconocido el sistema que he seguido en los seis años de mi mando en Nueva Galicia y, en vista de todo, no puedo ni aun imaginarme que desconfíe usted de mis palabras, no habiendo faltado jamás a ninguna que haya dado. Se la doy a usted de indultarlo y a todos los que le acompañen, si ofrecen ser en lo sucesivo unos fieles vasallos del rey N. S., vivir quietos y pacíficos en su domicilio, eligiendo para su residencia el que gusten, con la calidad de entregar el puesto fortificado que ocupan con sus armas y municiones.

Si tuviere usted la menor duda sobre la certidumbre de esta oferta, algún inconveniente que vencer para admitirla, o cualquiera otra cosa que pueda servirle de embarazo, y quisiere usted venir en persona a esta villa a hablar conmigo como desearía, puede usted ejecutarlo con seguridad en todo el día de hoy. Para verificarlo (en el caso de admitir esta proposición) puede usted venir acompañado de cuatro, seis u ocho personas, bajo el concepto de que quedará usted siempre en libertad de volverse a su puesto, sin riesgo alguno ni detención.

Deseo el bien de usted mismo y el de su desgraciada esposa y hermanos, los bienes de la paz de la jurisdicción a que usted pertenece, para que se restablezca de tantas ruinas como ha padecido, y deseo eficazmente el bien público general que exige de mí toda atención y desvelo.

Ocupado de estas ideas, repito a usted la seguridad con que puede concurrir a ellas mismas, conforme lo exigen de usted los deberes íntimos de su propia conciencia y educación.

Espero de usted que el portador sea tratado bien, como es debido. Esta idea y la confianza que tengo en sus principios de educación, me han decidido a rogarle que admita este encargo.

Nuestro Señor guarde a usted muchos años, como apetezco.

Lagos, 16 de enero de 1817.—**José de la Cruz.**—Señor don Pedro Moreno.

Respuesta de Moreno

Si los sujetos de quien usted procuró informarse de mi carácter, lo hubieran hecho con la franqueza y veracidad debidas, desde luego hubiera conocido que es inútil toda tentativa

para hacerme abrazar propuestas que me degradan. Supongo que hayan sido importantes los golpes que ha llevado el partido nacional en estos últimos días; pero conozco que son alternativas de la guerra, de que jamás podrá eximirse el partido europeo, y que no han sido de menos consideración los que los americanos han dado por otros rumbos.

Cuando me decidí a favor de la patria, no fue para vengar personalidades, de que estoy muy distante, sino para añadir mis esfuerzos a los de tantos insignes varones que, poseídos de ideas liberales, intentaron sacudir el yugo opresor, que por el espacio de casi trescientos años habían sufrido los desgraciados americanos.

Las escenas de horror y de sangre que se han representado en mi país, son más debidas a las armas del mando de usted que a mí.

Todos los americanos están autorizados, por el derecho de represalia, para hacer sufrir a sus enemigos los mismos males que éstos les infieren. Conozco que este derecho tiene sus límites; pero al mismo tiempo advierto que no guardan alguno las tropas enemigas que han inundado este territorio, llegando las agresiones hasta el extremo de asesinar a las mujeres.

Ese rasgo de virtud que, por razón de mi educación, supone usted en mí, influyó poderosamente en mi decisión, obligándome a despreciar los riesgos y a sacrificar el reposo de mi familia. ¿Pero de qué sacrificios no es acreedora la patria?

Cuál haya de ser la suerte de los infames que se han acogido al indulto, lo verán los que sobrevivan al tiempo de la presente lucha. Yo desde ahora les anuncio que habrá de ser la misma que sufrieron los crédulos peruleros.

Si la vulgar educación de Vargas y Salgado los indujo a cometer tamaña felonía, no debe usted esperar de mí otro tanto, pues quiero más bien la muerte que respirar un solo instante entre mis enemigos. El presbítero Vega ha sido tratado como usted justamente debía prometerse de mis principios.

Dios guarde a usted muchos años, como deseo.

Campo del Sombrero, enero 16 de 1817.—**Pedro Moreno.**—Es copia del original remitido a esta plaza.—San Miguel, 17 de febrero de 1817.—**Núñez**, secretario.

Carta escrita por el coronel don Mariano Reynoso, Comandante de Silao, a don Pedro Moreno

La antigua amistad que llevaron nuestros padres, la que mantuvimos usted y yo después, y el amor de mi patria, son unos motivos para mí tan poderosos, que me han precisado a

tomar la pluma en esta vez para hablar con usted sobre una materia que, aunque por su naturaleza pide tino y acierto para desempeñarse, yo me he sobrepuesto a todo, porque mi sistema es que todo debe ceder a la amistad y a la patria. Dios sabe muy bien que estos objetos sólo me he propuesto y que ninguna pasión abierta y degradante que mancillaría mi honor, son los estímulos. Si logro mis intentos será el mayor de mis gozos y muy poco tendré ya que apetecer. Pero ¿por qué no lograrlo cuando voy a hablar a un hombre de principios, educación, y que a un talento claro y despejado une una alma limpia de la tenacidad? Tal, pues, es el concepto que de usted tengo, y, por lo mismo, me pronostico buenos efectos hablándole sobre lo injusto y antipolítico que es el partido de la rebelión, que usted por desgracia sigue y que ya me parece va a abandonar. Sí, es injusto desde sus principios, eslo en sus medios y en sus fines. Para librar esta proposición de toda duda bastaría recordar que, aunque algunos pudieron dudar de la legitimidad con que los reyes de España poseen estos dominios, son hoy tan luminosos y demostrados e incontestables los argumentos que abonan su señorío desde Carlos I, que sería cansar a usted, refiriendo hechos y pasajes cuyos pormenores constan en nuestra historia. A usted no se le ocultan ni éstos ni menos los raciocinios sólidos que emanan de ellos, y, por lo mismo, los omito y paso a hablar sobre el derecho que en nosotros tiene el señor don Fernando VII, que tan felizmente nos gobierna. Para esto, es preciso retroceder a los años de 8 y recordar los sucesos de estos días. Usted tendrá presente que apenas se supo en los lugares de la Nueva España la cautividad de Su Majestad, cuando, obrando uniformemente y como por concierto común, los pueblos todos vitoreaban al rey, formaban paseos alegóricos, y no hubo corporación que no significase, o diese a entender, que gustosa y libremente prestaba obediencia al desgraciado monarca, y que estaban prontos a defender esta parte de su patrimonio hasta el último extremo, acelerando el juramento de vasallaje y fidelidad por medio de sus respectivos representantes, pues que así se creían más unidos a Su Majestad. ¿Y esta aclamación no añade derecho a derecho y consolida más el título con que posee estos dominios? Esta voz general que se oyó desde Veracruz hasta Nuevo México, llamando a Fernando VII soberano de estos países, sin que precediera amenaza ni mandamiento, sino que fluyó del corazón, no lo constituye señor de ellos, una vez que nosotros lo llamábamos con tan augusto y respetable nombre? Ello es así, y por más coloridos y subterfugios que se inventen, Fernando VII tiene derecho sobre nosotros, no sólo por la elección que de él hicimos todos los habitantes de la Nueva España

cuando nos presentamos espontáneamente a jurarle vasallaje y a reconocerle por nuestro único rey.

Este hecho tan notorio y general lo hizo dueño de las Américas, aun suponiendo por un instante que no tuviera otros que justificaran sus dominios y posesión.

Bajo esta verdad, pregunto yo ahora: ¿Quién ha relajado este juramento y qué ley permite al súbdito levantarse contra su superior no más que porque le place o porque se siente quejoso de alguna posesión de sus conciudadanos o de algunos de sus magistrados? El orden de las cosas pedía que los americanos resentidos hubieran elevado sus quejas a los representantes de la autoridad real que nos mandaban en su augusto nombre, o esperar el feliz advenimiento de Su Majestad, y entonces hacerle presentes los agravios y quejas que era preciso remediara un rey que, por sus bondades, ocupó nuestro corazón desde los acaecimientos de Aranjuez y desde la causa del Escorial. Nada de esto se hizo, sino arrebatadamente se dió la voz de sublevación, se quebrantó el juramento y se trastornó el orden social. Esto es ser perjuro; es querer que el vasallo pueda romper los vínculos más sagrados que lo unen con sus reyes, e impedir la marcha majestuosa de todas las naciones, aun las más bárbaras; es querer introducir novedades que repugnan a todos los derechos, y, en suma, es obrar con injusticia que no admite disculpa.

Pero aun hay más: quiero suponer con usted, por un momento, que ni Fernando VII ni sus antecesores tienen derecho a estos dominios y que la justicia está de parte de los disidentes: ¿Podrá concluirse esta lucha a favor de éstos, sin que cueste, como está costando, centenares de hombres? No por cierto: usted sabe la matanza que ha habido hasta el día, y es preciso que convenga conmigo que si la España sucumbiera, sería después de que la América quedara desierta, pues si un soldado del rey subsiste, éste luchará contra la rebelión y le causará descalabros: lo cual, en el orden moral y cristiano, la hace injusta, y en lo civil antipolítica, que es el otro miembro de la proposición sentada al principio.

Si el cura de Dolores hubiera conocido los auxilios y recursos con que cuenta un gobierno antiguo y bien cimentado, y hubiera, por otra parte, tenido nociones de los elementos militares, se habría abstenido de su empresa desesperada y no lloráramos tantos males.

Las batallas de Aculco, Guanajuato y Calderón, debieron desengañarlo a él y a sus parciales, pues que desde entonces se presagió que las victorias siempre estarían de parte de las armas del rey, tanto por la justicia con que pelean, como por su táctica y disciplina militar. Si desde entonces a acá ha habido

algunas escaramuzas en que la ventaja haya estado de parte de los disidentes, esto ha provenido de que mil, verbigracia, o más, han peleado sorprendiendo a ciento o menos de los nuestros. ¿Qué lugar han ocupado que no hayan perdido y qué plaza han embestido de que no hayan sido rechazados? La más pequeña guarnición realista cuenta sus victorias, sin embargo de las armas que hoy tienen y de su caballería que es el todo de su apoyo. No debe ser otra cosa, siendo un partido acefalado, falto de sistema, de planes, de conformidad y concierto en el obrar. ¿Cuál es el jefe que, reconcentrando el poder, dirige las operaciones? Ninguno, porque si en algún tiempo lo ha habido, ha sido tan viciado, tan inepto, de intereses tan encontrados, tan débil y tan insuficiente, que la anarquía que les imbuyó Hidalgo ha subsistido y subsistirá, ha derruido y destruirá lo que se quiera ordenar. Este ha sido el estado de la revolución desde sus principios. Cada uno de los jefes se juzga independiente de los demás, se maneja con despotismo, y si alguien quiere reglar a sus compañeros, es víctima de ellos mismos. Usted habrá notado que, aun emigrando algunos sujetos de luces con ustedes, nada han adelantado y todo permanece desarreglado, y la rebelión, por más armas que tenga, no da un paso adelante, porque Dios, que mueve los seres como le place, no nos abandona y no quiere nuestra ruina. Sí, no la quiere, pues conserva entre los disidentes esa confusión como en Babel.

Sentada esta verdad y la de que el partido revolucionario, bajo el pie en que está y del que no es de esperar salga por una multitud de causas políticas que lo impiden, es imposible y casi físico el que obtenga por sí solo nada, y era preciso que para lograr sus fines se ligase con otras potencias. Pero ¿cuáles son éstas? ¿Serán la Francia, Islanda, la Inglaterra o nuestros limítrofes de los Estados Unidos? Yo no puedo creer que estos gobiernos pospongan las ventajas que les resultan de la unión de las Américas con la Península, a las ningunas que les daría la coalisión con ustedes. Mas haciendo esto a un lado y permitiendo que están dispuestos a confederarse contra España, en tal hipótesis, ¿con quién tratan? ¿Quién sale por garante de los artículos de la alianza? ¿Qué corporación o jefe supremo ha reasumido la soberanía, para que pueda negociar válidamente por sí o por plenipotenciario? ¿Cuál de estas naciones querrá exponerse a reclamos y guerras por no habérsele cumplido los tratados con religiosidad? Esto debería suceder, pues no habiendo ningún gobierno que haya reconocido la independencia de la Nueva España, y estando, por otra parte, los disidentes de ésta tan desunidos entre sí, ninguna potencia querrá comprometer su gabinete.

Bastaba lo dicho para conocer cuán impolítica es la rebelión de América; pero permítame usted que adelante un algo más. Supongamos que entre ustedes hay orden, que éste rige y gobierna las expediciones; que tienen ustedes armas y todas municiones, y aun doy de barato que nuestros vecinos los angloamericanos se declaren sus protectores, y, por último, que ya está hecho todo. Pues yo digo a usted que entonces comienzan los disturbios, que la guerra desplegará sus terribles efectos, porque... hablemos claro; la doctrina anárquica de Hidalgo ha echado tan profundas raíces, que entonces el más fuerte ha de querer dominar al más débil y aquélla aparecerá con sus terribles y feos consiguientes. Entonces se conocerá que se erró en seguir un partido tan injusto como antipolítico y que el despotismo más cruel es preferible a la anarquía. Ustedes no deben confiar en esas fortificaciones que juzgan inaccesibles e inexpugnables, pues sabido es que toda plaza, por más fuerte que sea, al cabo se rinde. Las del Bajío no son superiores a las de Mezcala, Cóporo, Cerro Colorado y a otras que se han rendido en estos días. ¿Y por qué lo habrán hecho? Porque hostilizados, por una parte, de las armas del rey; hostigados, por otra, de una guerra en que nada medran, y, por último, desengañados de sus yerros, no han podido menos que implorar la gracia del indulto y acogerse al Gobierno, que los recibe con los brazos abiertos, olvida sus extravíos, y se complace en verlos volver a habitar en el seno de la quietud y del reposo.

Solamente usted y el padre Torres falta que den este gran día a la América; día de salud ciertamente y que impetro del religioso corazón de usted. ¿No se precia usted de justo? ¿No trata usted de evitar tristezas y desconsuelos a nuestro país? Pues, vamos, déselo usted evitando tantos desórdenes y extravíos, tantos males complicados, ya en el orden cristiano, ya en el político. No quiera usted sacrificarse sin fruto alguno; el hombre debe hacerlo cuando se ha de conseguir el fin aunque tarde; pero si aquí ni tarde ni temprano, ¿a qué ese capricho que ofende tanto la humanidad? ¿No ve usted que el partido disidente se ha hecho el asilo de los infractores de la ley, y que adherirse a él es dar acogida al libertinaje y otros vicios que degradan la filosofía que en usted supongo y sus sentimientos filantrópicos? Abandone usted, pues, un partido que todo es desventajas; conozca usted que Comanja ha de correr la suerte que la Mesa de los Caballos, según el plan de operaciones militares. Abrame usted proposiciones, que yo las elevaré a la superioridad y trabajaré por conseguirlas; y, por conclusión, deme usted el placer de estrecharle entre mis brazos, de verlo reconciliado con el gobierno, sin oír estas rivalidades que

tanto degradan y ofenden a un hombre del talento y conocimientos de usted.

Espero de la prudencia de usted que una que otra proposición que parezca cáustica la atribuya al calor con que escribo, a la materia que he tratado, y no a mi carácter y genio. Asimismo espero tenga usted la bondad de tratar a mi enviado como lo exige la política de usted, pues éste no sabe lo que lleva y sólo va por obedecerme.

Dios guarde a usted muchos años.—Silao, marzo 26 de 1817.—Sr. don Pedro Moreno.

Respuesta de Moreno a don Mariano Reynoso

Mis escasos conocimientos no me permiten hablar con la extensión y acierto que exigen, por su naturaleza, las diversas e intrincadísimas materias que usted me toca; sin embargo, con la sinceridad que me caracteriza, refutaré una por una las objeciones que usted me hace contra el partido a que espontáneamente me he adherido, el que no es injusto ni puede ser antipolítico. Para demostrar verdad tan conocida, me basta decir a usted que, después que los españoles, valiéndose de los medios más reprobados, consiguieron despojar a los que de inmemorial tiempo poseían el natural dominio de este vasto continente, sacrificaron a sus magistrados y sujetaron a sus habitantes a la más dura servidumbre. Después que fijaron su dominio, continuaron con la política más ratera, sofocando la naturaleza, y, lo que más horroriza, privando a sus mismos hijos de la ilustración, cultivo de las artes, y de todo aquello que el derecho natural permite, sin que para lo justo y honesto nos fuese concedido hacer representaciones legales, so pena de perder la vida; siendo por otra parte intolerables las exacciones y ningunos los arbitrios para adquirir. En tales circunstancias, con la voluntad presunta y aun expresa de todos los pueblos, el Exmo. señor don Miguel Hidalgo, de inmortal memoria, se valió del último recurso, entre los extremos viciados, que es el de la guerra. De esta sencilla y verídica narración se infiere naturalmente que al partido que usted llama de la rebelión sobreabunda la justicia, sin que para ofuscarla pueda servir la objeción que usted hace, sacada de la uniformidad y concierto con que todos los lugares de la Nueva España vitoreaban a Fernando VII, porque el populacho, siempre rudo y bárbaro, obra por una especie de movimiento maquinal que pueden imprimirle cualesquiera que tengan intereses en ello, como entonces lo ejecutaron los españoles. Además de que si

usted puede usar de tal argumento para probar el señorío de Fernando VII sobre las Américas, ¿por qué no nos ha de valer para justificar los procedimientos del señor Hidalgo, que con mayor generalidad fueron aplaudidos, no solamente del bajo pueblo, sino de muchas corporaciones y hombres ilustrados de casi todas las provincias? Esto así fue, y por más que se diga, el partido de la libertad es justísimo.

Bien puede Fernando VII tener un corazón bondadoso; pero lo que hemos palpado es: que durante su reinado todo ha sido horror y sangre derramada por Calleja, Cruz, Negrete y todos los comandantes que, lejos de ser castigados o siquiera reconvenidos por un rey bueno y amante de sus vasallos, han sido premiados con proporción a sus excesos. El sistema de los españoles para perpetuar su dominación en las Américas, impide oír las quejas de los agraviados, por lo que ni el rey ni los representantes de la soberanía podrán hacer otra cosa, para llevarlo adelante, que desentenderse de las quejas de los americanos (como ha sucedido con las que con justicia elevó a Calleja el doctor don Antonio Lavarrieta, del coronel Iturbide), haciéndoles grandes promesas, con el ánimo de no cumplirlas. Semejante conducta, a más de que justifica, persuade la necesidad en que el señor Hidalgo se halló para dar la voz de independencia, autorizándolo suficientemente el atentado del 16 de septiembre de 1808, cometido contra la persona del Exmo. señor don José de Iturrigaray, sin haber otra causa que haber querido este jefe, con arreglo a las leyes, con consentimiento de todas las corporaciones y a nombre del rey, establecer una Junta que gobernase durante su cautiverio.

Estas son pruebas de hechos, tan notorias, que se puede asegurar no hay quien los ignore en todo México. Si atendemos al derecho con que los reyes se hacen señores de sus vasallos, me debe usted conceder que el rey es un depositario de la soberanía que reside en el pueblo, que luego que aquél degenera en un tirano, deja de ser rey, quedando sus vasallos soberanos de sí mismos, en virtud de lo qué pueden elegir la forma de gobierno que mejor les convenga, según las circunstancias.

Toda novación en la forma de gobierno prepara funestas consecuencias, y ya hemos palpado lo que nos ha costado la presente novedad; pero la consecuencia legítima no es la que usted deduce, sino que, faltando a los españoles la justicia en el orden moral y cristiano, ellos serán los injustos y los que habrán de responder a Dios y los hombres de las innumerables víctimas, y ellos también serán tratados de inhumanos e impolíticos.

El señor Hidalgo era sabio de primer orden, y no podrían ocultársele ni los elementos militares, ni los grandes recursos del gobierno que quería echar por tierra; pero sabía muy bien que, en circunstancias más tristes, nuestros vecinos de los Estados Unidos habían llevado adelante sus miras de independencia hasta conseguirla; además de que este argumento es tan general, que nada puede concluir, pues probaría que jamás podría nación alguna conseguir su libertad. Las batallas de Aculco, Guanajuato y Calderón, comparadas con las jornadas de Piñones, Zitácuaro, San Agustín del Palmar, Cuautla, Tonalán y otras, prueban hasta la evidencia que la naturaleza no obra por saltos, sino gradualmente, y que debemos decir de nuestras desgracias, lo que Pedro el Grande dijo de sus derrotas: que a fuerza de ser vencido aprendería a vencer. Esta refleja me hace concebir fundadas esperanzas de que los defectos que usted nota en los partidarios de la independencia, se habrán de corregir, pues si extendemos la vista a las revoluciones de todos los tiempos y últimamente a la de Francia, podemos asegurar que los excesos nuestros son ningunos, comparados con aquéllos, y que, pasada la borrasca, se hace lugar a la serenidad.

Tenga usted por cierto que los americanos, por nosotros mismos, o protegidos por alguna potencia extranjera, hemos de obtener nuestra independencia, en que las naciones tienen tanto interés como los mismos mexicanos, porque saben muy bien que el gobierno de España ha sido tan mezquino que sólo ha consultado sus monopolios, no permitiendo más que el tráfico se hiciese de las exportaciones de la América a los puertos de España, y las exportaciones extranjeras de estos mismos a la América, después de haber pasado por tres o cuatro manos, lo que hacía los precios exorbitantes, privando, de este modo, a las otras naciones y a los americanos del beneficio que les resultara de tener un recíproco y mutuo comercio. Con que, lejos de proporcionarles ventajas la unión de las Américas con la Península, les resulta un manifiesto perjuicio, como queda demostrado.

No finja usted hipótesis; sepa usted que la confederación la hay por lo menos con los Estados Unidos, y que el rompimiento de la Gran Bretaña con España, cuando no se haya verificado, está al efectuarse; que los gabinetes de Europa deben tratar por ahora con el señor Herrera, quien llevó plenos poderes del Congreso, y, concluida la presente lucha, con la corporación que tenga la representación nacional, que entonces debe juntarse de nuevo, conforme a nuestro derecho constitucional. Conseguida la pacificación de los Estados, desaparecerá la anarquía que al abrigo de ambos partidos se

ha radicado. Por lo que a mí toca, debo decir a usted que no juzgo inexpugnable esta fortaleza, como ni tampoco las de ustedes, pareciéndome muy fácil la ruina de las más guarnecidas, siempre que las premediten los americanos. Tampoco juzgo superiores las del Bajío a las de Mezcala y Cóporo; pero sí puedo asegurar que éstas se rindieron por la intriga y mala fe de sus comandantes, la que no ha de hallar usted en los jefes del Bajío. Vargas y Salgado, y después los Rayones, temerosos del castigo que justamente esperaban por su inobediencia a las legítimas autoridades, por su mala versación en el manejo de los caudales públicos, y por otros muchos vicios de que se hallaban contaminados, se acogieron al gobierno que detestaron, implorando la vergonzosa gracia del indulto y tolerando la más ignominiosa reforma en sus empleos. No se prometa usted lo mismo de los héroes del Bajío, aun cuando por desgracias que no podemos prever, quedase uno solo.

En efecto trato de evitar tristezas, y no de aumentar desconsuelos a nuestro país, lo que sucedería si, atraído de promesas que no pueden cumplirse, u obligado de mis delitos, incurriese en la fea nota de inconstante y traidor a la patria. Ya dije a usted que las responsabilidades en el orden cristiano y civil habrán de ser para el que cause los desórdenes; ambos partidos son el asilo de los infractores, porque todos aquellos que no se pueden tolerar entre nosotros hallan segura acogida entre los españoles. Los homicidas, los salteadores, los hombres más execrables por su mala conducta, forman en León el cuerpo de los Bañados, observándose lo mismo en los demás lugares.

Conozco que puedo correr la misma suerte que los del campo de San Miguel, pero puedo asegurar que el triunfo ha de costar caro y que se podrá decir lo que de los vencedores en la batalla de Raben: que el vencido quedó vencido y el vencedor perdido, pues cuando más no se pueda, todos hemos de quedar sepultados bajo las ruinas del Sombrero.

Jamás ha sido mi ánimo abrir capitulaciones con el gobierno de México, por lo que no hago las proposiciones que usted me insta, y acaso podré en alguna ocasión verificarlo, siempre que las tropas del partido que usted sigue observen los derechos de gentes y de guerra.

Puede usted cuando me escriba expresarse en los términos más convenientes, como yo lo he hecho ahora, con el solo fin de explicar mis conceptos.

Dios guarde a usted muchos años.—Sombrero, marzo 31 de 1817.—**Pedro Moreno.**—Sr. don Mariano Reynoso.—Silao.

Carta de Moreno al Coronel Ordóñez

Bien conoció usted, por la carta a mi compadre Benavide, que ningunas razones bastarían para convencerme de la justicia con que los reyes de España dominan en las Américas; sin que mis expresiones, que sólo manifiestan lo convencido que estoy de su injusticia y el conocimiento que tengo de mis derechos, sean motivo bastante para que usted me aplique el título de **espíritu fuerte**, pues estas mismas, y otras aún más agrias, que los peninsulares usaron contra Bonaparte, no dieron a entender que eran una nación de jacobinos, sino por el contrario, unos hombres ilustrados que rehusaban someterse a un usurpador injusto.

Mi proposición no sólo debe entenderse de la dominación que ejercían los reyes de España en estos países, sino también de la que en su consorcio tenían todos los españoles emigrados a nuestro suelo; sus expresiones aseguran un aserto y sus obras lo confirman. El oidor Aguirre no cesaba de repetir: que, si sucumbía la España y un solo gato quedaba en ella, a él debían estar sujetos todos los americanos. Los españoles eran otros tantos Tetrarcas o reyezuelos, esparcidos en nuestro continente para oprimir a los americanos; se creían, con desprecio de las autoridades legítimas, jueces privativos de los imaginados delitos contra esta su especie de soberanía. Tenemos un reciente ejemplar en el atentado cometido contra la persona del Exmo. señor don José de Iturrigaray, por un complot de hombres facciosos y turbulentos, que obraron por sí mismos y sin conocimiento de ninguna autoridad, colocando en lugar de dicho excelentísimo señor a un estafermo octogenario, para mandar en México a su arbitrio. Igual ha sido su conducta por todo el tiempo de la guerra, hasta ahora que, por motivos que a usted no se le ocultan, quieren ser una misma cosa con los americanos y llamarse sus hermanos. ¡Qué metamorfosis tan maliciosa! ¡Cuántos males no prepara a los americanos esta aparente bondad! No me creo teólogo ni jurisconsulto, pero sí con luces suficientes para conocer mis derechos y lo injusto de nuestra opresión, porque ¿en qué funda usted la justicia para el señorío de Fernando VII? "En la donación hecha por los Sumos Pontífices a los reyes de España, de toda la parte del mundo al Occidente;" estas son sus expresiones. Los Papas no tienen ningún dominio sobre lo temporal, y por eso Jesucristo dijo a Pilatos que su reino no era de este mundo. Ni los reyes de España ni los españoles creen en los pontífices facultades para dar lo que no es suyo. Si Pío VII cediera la España a los alemanes u otra nación, ¿qué estómago

haría a Fernando VII y a sus vasallos la tal cesión? Ni obsta la disparidad de que el pontífice donó estas tierras para que se publicara en ellas el evangelio, de lo que no hay necesidad en España; pues el yugo de Jesucristo no es conquistador, y por eso no armó a sus apóstoles de escudos ni de lanzas para el establecimiento de la religión, sino únicamente de paciencia; despachándolos, aun sin báculo, ni bolsillo, como ovejas entre lobos, y no al contrario, como vinieron los misioneros a las Américas y como están aún yendo a las provincias internas, escudados de una buena manga de soldados para sujetar a los indios a pretexto de bautizarlos. Tal fue el concepto en que estuvieron los apóstoles y los sumos pontífices de los siglos de oro de la Iglesia, y no se sabe que San Silvestre o alguno de sus inmediatos sucesores hubiera donado a Constantino u otros reyes, que estaban convirtiéndose, el dominio de las naciones idólatras, para sujetarlas a la fe.

Dice usted que aun cuando fuera injusta la dominación de los reyes de Castilla en las Américas, deberíamos estar sujetos a ellos, porque nos obliga el precepto del apóstol, cuando dice a los romanos: "que toda alma está sujeta a las potestades sublimes." ¿Ignora usted que el señor Hidalgo dió la voz de independencia durante la orfandad de la nación, y cuando estaba acefalada por el cautiverio del soberano; cuando trastornada la máquina social y en perpetua contradicción consigo misma, tantas efímeras autoridades se sucedían unas a otras con la rapidez del rayo, y cuando, por esto mismo, habíamos quedado los americanos en el estado de naturaleza, soberanos de nosotros mismos? Esto justifica al señor Hidalgo y nos pone a cubierto de la nota de ingratos y traidores al rey; pero aun hay más: suponiendo que la voz de independencia se hubiera dado cuando todas las cosas estaban tranquilas, nuestra separación era justa. ¿No sabe usted que en sentir de los jurisconsultos más sabios, como Covarrubias y otros, el rey deja de serlo cuando degenera en tirano? Tenemos un ejemplo de esto en la sagrada Escritura: Dios sujetó a los israelitas, por sus pecados, al yugo de los reyes de Babilonia y sucesivamente a los de Persia y Siria, y se mantuvieron bajo su dominación, todo el tiempo que se gobernaron con ellos, como un buen padre con sus hijos. Pero apenas Antioco comenzó a tiranizarlos, ellos se rebelaron contra su rey a quien Dios los había sujetado, y lejos de desaprobar Su Majestad esta conducta, los favoreció con los más portentosos milagros, hasta que consiguieron su fin; y yo creo que en esto mismo se fundaría Carlos III, rey de España, para proteger a los angloamericanos que se habían sublevado contra su legítimo soberano, el rey de la Gran Bretaña.

Nosotros no despreciamos las censuras en sí mismas, sino sólo cuando vienen fulminadas como las de la inquisición de México. Este tribunal declaró excomulgados a todos los que dijeran que la soberanía residía en el pueblo; y poco después nos quiere sujetar bajo la misma pena a las juntas de España, cuya legitimidad estaba fundada en este principio: esto es lo mismo que si se fulminara excomunión para los que dijeran que la persona de los reyes era sagrada, y luego después se declararan excomulgados los que mataran a un rey porque su persona era sagrada; y esto mismo hace que las censuras sean nulas y contradictorias, y, por consiguente, contemptibles.

Los americanos no han usurpado la potestad eclesiástica, sino que ocurrieron a los obispos y cabildos sede-vacantes para el remedio de sus necesidades espirituales, quienes, lejos de remediarlas, han visto con complacencia, a guisa de pastores mercenarios, la muerte espiritual de sus ovejas que creen descarriadas, persiguiendo de muerte a los sacerdotes que alivian en algo sus trabajos. En tales circunstancias, nuestro gobierno, deseando aplicar el posible remedio a un grave mal, recurrió por la más bien fundada epiqueya, al arbitrio de crear un vicario general castrense, quien sólo por algún tiempo ha funcionado en lo muy preciso, sin hacer uso de todas las facultades que le son concedidas. ¿Es esto causar un cisma? ¿Quién ha roto la túnica inconsútil de Jesucristo? ¿Los españoles que enseñan, con Bayo y Jansenio, que Dios no quiere salvar a los insurgentes; que, con el San Cipriano, rebautizan los niños que han recibido este sacramento de los sacerdotes americanos; que enseñan con Lutero que es amisible el carácter sacerdotal; que han renovado el error de los sigilistas de Portugal; que, con los Iconoclastas, desprecian las santas imágenes, y que atropellan la inmunidad eclesiástica, o los americanos que no han dogmatizado en materia de religión? Yo y todos los que hemos gemido por algún tiempo bajo la tiranía española, después que se dió la voz de independencia, somos testigos auriculares de lo primero, y usted y todos sus secuaces, oculares de lo último; y acaso habrá usted también mandado (me estremezco al escribirlo), incendiar los templos y fusilar a los sacerdotes en un patíbulo.

Dice usted que, en el supuesto que los reyes de España hubiesen usurpado estos dominios a sus legítimos poseedores, no me tocaba a mí reclamar su restitución, porque no soy americano. Pero ¿en qué funda usted este aserto? En lo que usted literalmente dice: "individuo de una nación se entiende, aquel que ha nacido de padres y de abuelos que a ella pertenecen." Ahora pues, todos los americanos hemos nacido de padres y

abuelos que pertenecen a la nación mexicana, pues es notorio que los primeros españoles de quienes nosotros descendemos, casaron con mujeres de este suelo, que poblaban el Anáhuac, y este argumento, lejos de probar nada, concluye directamente contra usted. Además, que si "individuo de una nación, se entiende el hijo de padres y abuelos que a ella pertenecen," todos los españoles serían moros, por ser hijos de abuelos y ascendientes que pertenecieron a esta nación que dominó más de ochocientos años en la Península.

Los reyes de España despojaron violentamente de sus dominios a todos los soberanos de este continente, y el juramento de fidelidad que les prestaron fue tan débil y espontáneo, como el que hicieron los españoles de obedecer a Bonaparte, cuando con sus bayonetas ocupaba casi toda la España. Por lo que no sólo yo, el padre Torres, Ortiz, Arroyo y los americanos de todas castas (a quienes usted desprecia, diciendo que son mezcla de la raíz de Caín, en lo que usted yerra torpemente, siendo de fe que todos los hombres perecieron en el Diluvio, a excepción de Noé y su familia, de quien descendemos todos los actuales pobladores de la Tierra, y éste, según la Escritura, era de la descendencia de Seth), nacidos en este suelo, tenemos acción a reclamar los derechos de nuestros padres. Los robos y asesinatos son consecuencias necesarias de toda guerra, y en esta parte las tropas que se llaman del rey nos han excedido con muchas ventajas. ¿Quién sino Negrete, Ortiz de Roges, Alvarez, Zavala, Revueltas, y, en general, todos los comandantes, a excepción de muy pocos, han asesinado en sus casos multitud de mujeres y niños, pacíficos pobladores de los campos? Yo no sé que algún americano haya cometido excesos de igual tamaño. De todo lo dicho se infiere que las declaraciones de las Juntas de Zitácuaro y Apatzingán, estando fundadas en la más rigurosa justicia, nos pondrán a cubierto, en el terrible tribunal de Dios, de los cargos que usted nos hace, debiendo recaer éstos sobre los españoles, injustos usurpadores.

No necesita usted de tomarse trabajo para explicarme la verdadera inteligencia de las palabras **Nación, Pueblo, Usurpación, Tiranía**, etc., pues, a no tenerla yo de ellas, hubiera encorvado mi cerviz bajo la coyunda de la servidumbre española y no hubiera abrazado el partido de la libertad en que vivo satisfecho. Sin preciarme de bizarro, digo a usted que no todos los jefes de la insurrección son valientes de palabra y huyen cobardemente cuando ven las tropas de ustedes. Pregunte a Bagües, a las tropas de Galdames, a Márquez, y, por último, a Monsalve, si en los Altos, en la Jaula, en San Juan de los Herreros y en este campo el 14 del pasado septiembre, huímos

a la vista de esas tropas mercenarias, mandadas por sañudos Martes, y ellas también dirán a usted por parte de quién estuvo el número de gente.

El Padre de las luces, por su misericordia, ha iluminado mi entendimiento y quitado de mis ojos el vendaje que ciega a mis desgraciados hermanos; por eso, a pesar de los peligros, defiendo mis derechos para cumplir con la primera de mis obligaciones en lo civil. Por eso no confío en la real palabra de Fernando VII que usted me empeña para garantir mi persona, en caso de acogerme al indulto degradante; ni menos en la del virrey Apodaca. ¿Habrá hombre, por bárbaro que sea, que confíe en la palabra de los reyes, cuando después de muchos años de perdonados los comuneros en tiempo de Carlos V, sufrían la pena de muerte, a pretexto de haberse asentado en las escuelas la proposición de ser imperdonable el delito de lesa majestad; cuando después de haber empeñado Carlos III su real palabra de perdonar a los culpables en la conjuración de Madrid, fueron castigados con el último suplicio los individuos que tomaron la voz del pueblo; cuando Ruiz de Castilla en Quito degolló a los principales magistrados de aquella ciudad, habiendo antes jurado, a nombre de Fernando VII, echar en olvido todo lo pasado? ¿Será posible que haya hombres tan estólidos que se crean de las promesas de Apodaca, habiendo degollado éste sesenta y dos mil hombres en Caracas y Cartagena, después de haber invocado el nombre santo de Dios, con los juramentos más solemnes, para desarmar a los crédulos cartagineses y caraqueños? Cuando se nos asegura, por los mejores conductos, haber pedido el gobierno de México lista de los indultados en todos los lugares, ¿será acaso para premiarlos? ¿será para reemplazarles las pérdidas que han tenido durante la guerra? No, por cierto, sino para que sean sacrificados, en las aras de la venganza, al resentimiento de los españoles. Este es el fin de todos los indultos, y por más que ustedes procuren dismular sus sentimientos, su ardiente deseo de venganza hace que nos los descubran, como también que nos hagan ver que éste no tiene límites, pues me dice usted terminantemente: "y manchando con el mismo borrón que siempre obscurecerá su memoria a todos sus parientes, deudos y amigos y sirviendo de espanto y compasión a sus demás semejantes." Sólo la crueldad de los españoles puede hacer que el inocente sobrelleve los crímenes del culpado. ¿Qué delito han cometido mis parientes, deudos y amigos para que sean comprendidos en mi pretendida caída? ¿Y no es esto una confirmación de lo que llevo dicho? Por lo que me he resuelto, cualquiera que sea mi suerte, a morir primero libre que a sufrir una servidumbre que no conocerá límites, viviendo por

ahora satisfecho con el testimonio de mi conciencia, que no me acusa de haber faltado a los deberes de mi patria, y deplorando la ceguedad de mis hermanos que van a caer en el lazo que ellos mismos se han armado.

Es cuanto tiene que decir a usted Pedro Moreno, su hermano, como de todos los hombres, quien ruega encarecidamente al Todopoderoso, no deje a usted cometer los crímenes que le prepara su mal entendido celo por Fernando VII; que le abra los ojos para que conozca sus derechos, y quien le ofrece un asilo seguro en medio de la nación mexicana, en donde tendrá la mayor satisfacción de estrecharlo en sus brazos como un amigo.

Dios guarde a usted muchos años.—**Pedro Moreno.**

NOTA.—La copia que teníamos no mostraba la fecha de esta carta.

* * *

Corroborando lo asentado en los comentarios (página 162), al Manuscrito que aparece en el cuerpo de esta obra en lo relativo a los restos de Mina y Moreno existentes en la catedral de México, junto con los de los demás héroes de nuestra independencia, cierro este Apéndice con la calca del plano de Hernández y Dávalos, en que se ve la colocación de los restos de cada uno de los caudillos, entre ellos, los pertenecientes a los generales Francisco Javier Mina y Pedro Moreno.

Orden con que fueron colocados los huesos de los primeros Heroes de la Patria, en una preciosa Urna que se les dedicó el 17 de Septiembre de 1823, con motivo del Solemne Aniversario que se les hizo en dicho dia en esta Santa Iglesia Catedral Metropolitana (*)

Altar mayor

Toda la hosamenta del Exmo Sr General DON XAVIER	FRANCISCO MINA.
Idem del Sr. D. VICTOR	Brigadier ROSALES
Calauera solo del Exmo Sr Tente Cl D MARIANO XIMENEZ.	Un pedazo de cosco de calauera, y otros huesos del Sr Brigadr D. PEDRO MORENO.
Calauera y canillas de piernas del Serenisimo Sr Generalisimo delas Armas D IGNACIO ALLENDE	Hosamenta entera del Exmo Sr. Generalisimo delas Armas D. JOSE MARIA MORELOS.
Calauera, y dos canillas de los brazos del Serenisimo Sr Generalisimo delas Armas D MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA.	

Evangelio

Epistola.

En un baulito enlutado toda la hosamenta del Exmo. Sr Tente Cl. DON MARIANO MATAMOROS.

Coro

(*) Vease la Gazeta extraordinaria del Gobierno Supremo de Mexico del Sabado 20 de Septiembre de 1823 - 3º 2º.

INDICE

Mina en España contra los franceses. . . . . .
Un caudillo de la misma Península ibérica, para la Nueva España. . . . . .
La expedición de Mina se dirige a las costas mexicanas. . 2.
¿Quién era Pedro Moreno?. 31
Descripción del fuerte del Sombrero. 43
El fuerte de Soto la Marina defendido con heroicidad. . . 51
Acción naval frente al puerto de Soto la Marina. 61
Fray Servando Teresa de Mier, filósofo, propagandista de la Independencia. 73
Mina sale del fuerte del Sombrero y ataca a los realistas. 83
El ataque a la plaza de León. 87
Continúa el sitio del fuerte del Sombrero. 91
Liñán, al entrar al fuerte del Sombrero, pasa a cuchillo a todos sus habitantes. 105
Mina se dispone a cortar los recursos a los realistas. . . . 111
Ataque a la plaza de Guanajuato e incendio de la Valenciana. 123
Cómo fue la sorpresa de Mina y Moreno. 133
Muerte de Mina y de Moreno: las dos gloriosas y ejemplarias. 139
Manuscrito que relata la captura de Mina y muerte de Moreno. 147
Comentarios al anterior. 154
Penalidades de doña Rita Pérez de Moreno. 165
Continúan los sucesos del fuerte de los Remedios. 175
El padre José Antonio Torres. 185
El sitio del fuerte de Jaujilla. 193
Comentarios finales sobre la empresa gloriosa de Mina y Moreno:
- La virtud del caudillo. 203
- Propaganda fecunda. 206
- La desmoralización. 208
- Tres batallas. 210
- La caída del Sombrero 212
- La crueldad. 214
- Garantías. 216

ce: Págs.

os sitios. 218
Una comparación. 219
argos injustos. 225
rutos de revolución. 233
a apoteosis. 236
de Gálveston.—Proclama del general Mina. . . . 239
oclama de Mina a los soldados alistados en su expedición. 243
roclama de Mina a los soldados españoles y americanos que hacían la guerra en Nueva España. 244
Canción patriótica que, al desembarcar el general Mina y sus tropas, compuso Joaquín Infante, auditor de la división auxiliar de la República Mexicana. . 245
Carta de Mina en Baltimore, pidiendo se le proporcione dinero. 247
Proclama de Mina desde Jaujilla. 250
Parte de Liñán al virrey, sobre la prisión de Mina. . . 251
Parte del coronel don Francisco Orrantia. 252
Notables cartas de don Pedro Moreno. 253
Oficio del general don José de la Cruz a don Pedro Moreno. 254
Respuesta de Moreno. 255
Carta escrita por el coronel don Mariano Reynoso, comandante de Silao, a don Pedro Moreno. 256
Respuesta de Moreno a don Mariano Reynoso. 261
Carta de Moreno al coronel Ordóñez. 265
Plano que explica el orden con que fueron colocados los restos de los principales héroes de la Independencia. 271

ERRATA

En la página 154, línea 24, dice: **a un hecho superviviente**; debe decir: **a un hecho SUPERVINIENTE.**

F.R
F1232
R61
INVENTARIO 1994
Fh. 7858
AUTOR
RIVERA DE LA TORRE
TITULO Francisco Javier Lina y Pedro Moreno, caudillos libertadores
FECHA DE VENCIMIENTO
NOMBRE DEL LECTOR
30 JUN. 1993
28 SET. 1993
29 SET. 1993
15 JUN. 1993
01 JUN. 1993
06 MAY. 1993
03 JUN 2002
20 AGO
ESTE LIBRO NO PUEDE SALIR DE LA BIBLIOTECA
F.R
ESTE LIBRO NO PUEDE SALIR DE LA BIBLIOTECA
F1232
R61
Fh. 7858